Título original: *The Greeks: A Great Adventure*.
Publicado por acuerdo con Houghton Niffilin, C. Boston, Mass., U.S.A.
Traductor: Néstor Migues
Escaneador: Dom
Corrector: Miguel

Calle Milán, 38; Teléfono 200 00 45
ISBN: 84-206-1810-1 Depósito legal: M. 2.800-1981
Compuesto en Linotipias Fernández, Oudrid, 11. Madrid-20
Impreso en Hijos de E. Minuesa, S. L.
Ronda de Toledo, 24. Madrid-5
Printed in Spain
Impreso en España

1. La Edad Micénica

En el borde sudoriental de Europa, adentrándose en el mar Mediterráneo, hay una pequeña península a la que llamamos Grecia. Es montañosa y árida, con una línea costera dentada y pequeñas corrientes.

A lo largo de toda su historia, Grecia siempre ha estado rodeada de Estados más grandes, más ricos y más poderosos. Sí sólo se consulta el mapa, en comparación con sus vecinos, siempre parece una tierra pequeña y sin importancia.

Sin embargo, no hay tierra más famosa que Grecia; ningún pueblo ha dejado en la historia una huella más profunda que los griegos.

Los griegos que vivieron hace veinticinco siglos (los «antiguos griegos») escribieron fascinantes relatos sobre sus dioses y héroes y aún más fascinantes relatos sobre sí mismos. Construyeron hermosos templos, esculpieron maravillosas estatuas y escribieron magníficas obras de teatro. Dieron algunos de los más grandes pensadores que ha tenido el mundo.

Nuestras ideas modernas sobre política, medicina, arte, drama, historia y ciencia se remontan a esos antiguos griegos. Aún leemos sus escritos, estudiamos sus matemáticas, meditamos sobre su filosofía y contemplamos asombrados hasta las ruinas y fragmentos de sus bellos edificios y estatuas.

Toda la civilización occidental desciende directamente de la obra de los antiguos griegos, y la historia de sus triunfos y desastres nunca pierde su fascinación.

Cnosos

En una época bastante anterior al 2000 a. C., tribus de pueblos grecohablantes comenzaron a desplazarse hacia el Sur desde la región noroeste de la península Balcánica, hasta la tierra que luego sería Grecia. Por entonces, las tribus griegas aún elaboraban herramientas de piedra, pues no se había desarrollado el uso del metal. Pero al sur de la península estaba la isla de Creta.

Creta, con una superficie de unos 8.300 kilómetros cuadrados, es un poco mayor que la mitad del Estado de Connecticut, pero era mucho más importante, en aquellos remotos tiempos, de lo que cabría suponer por su tamaño. Alrededor del 3000 a. C., su pueblo usaba el cobre y había comenzado a construir buenos barcos.

Rodeadas por el mar, las ciudades cretenses debían desarrollar la navegación para comerciar con las naciones de las costas continentales del Sur y del Este. Las flotas de guerra se desarrollaron para proteger a esos barcos de modo que Creta se convirtió en la primera potencia naval de la historia.

Hacia el 2000 a. C., la isla se unió bajo una monarquía fuerte. Durante siglos, la armada la protegió contra las invasiones. Las ciudades de la isla prosperaron y no necesitaron murallas para su defensa. Sus gobernantes construyeron lujosos palacios, realizaron grandes fiestas con elaborados rituales -entre ellos combates taurinos- y crearon bellas obras de arte que aún podemos ver y admirar en los museos.


DORIOS
ACAYA
Iolcos
Helesponto
Troya
Calidón
Itaca
Tebas
Atenas
Corinto
Micenas
Argos
Tirinto
PELOPONESO
Pilos
Esparta
CICLADAS
CRETA
Cnosos
LA GRECIA
MICENICA

Los griegos de épocas posteriores guardaron un oscuro recuerdo de esa antigua tierra que dominaba los mares cuando ellos acababan de entrar en Grecia. En sus mitos, hablaban de un poderoso rey Minos que antaño había gobernado Creta.

Durante largo tiempo, los historiadores pensaron que esto no era más que una leyenda, pero a principios de 1893 un arqueólogo inglés, Arthur John Evans, llevó a cabo una serie de excavaciones en Creta que pusieron al descubierto los restos sepultados de la gran civilización que había existido miles de años antes.

En particular, encontró los restos de un magnífico palacio en el emplazamiento de la antigua ciudad de Cnosos, donde se suponía que había gobernado el rey Mínos. Por eso, el período de la grandeza de Creta fue llamado la Edad Minoica, en honor al más grande de sus reyes. Esta era se extiende desde alrededor del 3000 a. C. hasta aproximadamente el 1400 a. C.

La civilización cretense se expandió por las islas del Egeo hacia el Norte, y hasta llegó a la tierra firme europea. Cuando las tribus griegas aprendieron las lecciones de civilización de los cretenses, se hicieron más poderosas, crearon ciudades propias cada vez mayores y comenzaron a comerciar con sus vecinos. Pero los griegos siempre tuvieron que estar preparados para resistir las invasiones de las tribus aún no civilizadas del Norte. Por ello, rodearon sus ciudades de grandes murallas.

La parte más meridional de Grecia es la más cercana a Creta, por lo cual fue la que sufrió la mayor influencia civilizadora. Esa parte (aproximadamente del tamaño del Estado de Massachusetts) está casi totalmente separada del resto de Grecia por un estrecho brazo del mar Mediterráneo. Está unida al resto de Grecia por una angosta franja de tierra, o istmo, de unos 32 kilómetros de largo y, en algunos puntos, sólo unos 6 kilómetros de ancho.

Esta península meridional de Grecia era llamada el Peloponeso en la antigüedad, que significa «la isla de Pélops» (pues es casi una isla), porque se creía que en tiempos primitivos había estado gobernada por un legendario rey llamado Pélops.

En la región noreste de la península había tres ciudades importantes: Micenas [1], Tirinto y Argos. A unos sesenta y cinco kilómetros al sur de estas tres ciudades está Esparta, y a unos treinta kilómetros al norte, Corinto. En la costa occidental del Peloponeso se hallaba la ciudad de Pilos.

Corinto se encuentra exactamente en el extremo sudoeste del istmo, que, por esta razón, recibe el nombre de istmo de Corinto. El brazo de mar que está al norte del Peloponeso es el golfo de Corinto.

Al noreste del istmo estaban las ciudades de Atenas y Tebas, pero en aquellos lejanos días estas ciudades cercanas al Peloponeso eran relativamente pequeñas y sin importancia.

Al hacerse más fuertes, cundió el descontento entre los griegos continentales por la dominación cretense y se rebelaron contra ella. No conocemos los detalles de

---

[1] Esta no es la ortografía ni la pronunciación de los griegos. Estos usaban un alfabeto diferente del nuestro, y su pronunciación, trasladada a las letras castellanas más semejantes, sería «Mukenai», donde la «u» debe pronunciarse como la «u» francesa (o la «ii» alemana). Los romanos usaron el alfabeto que hemos heredado nosotros, y «Micenas», en su ortografía, era «Mycenae». En el latín hablado por los romanos, la «c» se pronuciaba como «k», y «ae» como una «i» larga, al igual que el griego «ai». En este libro usamos las formas castellanas de ortografía y pronunciación derivadas del latín, pero no iguales a ellas. Recuérdese, entonces, que estas formas no representan la ortografía ni la pronunciación griegas. [En la nota anterior del original, el autor, naturalmente, hace referencia a la lengua inglesa. Por razones obvias, hemos debido adaptarla a las características del castellano. N. del T.

la rebelión, pero los griegos de épocas posteriores conservaban el recuerdo de un héroe ateniense, Teseo, que puso fin al tributo que Atenas pagaba a Creta .

Los griegos lograron derrotar a la armada cretense y dieron fin a los muchos siglos de dominio cretense sobre la tierra firme. Recibieron la ayuda de algún desastre, probablemente un terremoto, que destruyó Cnosos por el 1700 a. C. Finalmente, alrededor del 1400 a. C., los griegos atacaron Creta, se apoderaron de Cnosos y destruyeron el palacio. Este fue reconstruido más tarde, pero Creta nunca recuperó su poder.

La lengua cretense no ha sído descifrada, por lo que no podemos leer las inscripciones encontradas en ella. Hay varios tipos de escritura cretense. Los más antiguos, usados antes de 1700 a. C., eran pictográficos. Posteriormente, los cretenses usaron una escritura que consistía esencialmente en líneas onduladas irregulares (como nuestra escritura manuscrita). La primera variedad de esta escritura lineal fue llamada «Lineal A». La variedad posterior, usada por la época de la destrucción de Cnosos, es la «Lineal B».

En 1953, el arqueólogo inglés Michael Ventris logró descifrar la Lineal B y halló que era una forma de griego. Aunque no se usaba el alfabeto griego, las palabras eran griegas.

Los documentos escritos en Lineal B que han sido descifrados consisten en inventarios, recetas, instrucciones para el trabajo, etc. No hay grandes obras de arte, ciencia o historia. Pero hasta los más triviales memorándums comerciales arrojan luz sobre la vida cotidiana de hombres y mujeres, y los historiadores se alegran de tenerlos. Los detalles de la sociedad minoica son un poco más claros gracias a la obra de Ventris.

Además, muestra que la influencia de los griegos continentales se difundió cuando Cnosos era aún una potencia. Probablemente, los comerciantes griegos ocuparon la tierra, los barcos griegos se hicieron cargo del comercio y los cretenses perdieron gradualmente el dominio de su propia isla. La destrucción de Cnosos sólo puso fin a algo que estaba acabando de todas maneras.

Micenas y Troya

La influencia de los griegos continentales siguió expandiéndose. La ciudad más poderosa de la época era Micenas, por lo que el período de la historia griega comprendido entre 1400 y 1100 a. C. es llamada la Edad Micénica.

Las flotas micénicas se esparcieron por el mar Egeo para comerciar, y a menudo llevaban colonos o guerreros para extender su influencia por la ocupación o la fuerza. Se apoderaron totalmente de Creta en 1250 a. C. y se establecieron en la isla de Chipre, en la parte noroeste del Mediterráneo, a unos 500 kilómetros al este de Creta. Hasta entraron en el mar Negro, al noroeste del Egeo.

Los griegos de edades posteriores consideraban esta Edad Micénica como un período heroico, en el que grandes hombres (supuestamente hijos de dioses) llevaron a cabo impresionantes hazañas. La primera entrada en el mar Negro fue descrita en la forma de la historia de Jasón, quien navegó hacia el noroeste en el barco Argos impulsado por cincuenta «argonautas» remeros. Después de superar grandes peligros, este barco llegó al extremo oriental del mar Negro para conseguir y llevarse un vellocino de oro. Este «vellocino de oro» bien podría ser la versión novelesca de lo que los argonautas buscaban realmente: la riqueza que brinda una expedición comercial de éxito.

Para entrar en el mar Negro, los barcos micénicos tenían que atravesar angostos estrechos. El primero era el Helesponto, que en tiempos modernos recibe el nombre de Dardanelos. En algunos lugares, este tiene un kilómetro y medio de ancho.

El Helesponto da acceso a la Propóntide, pequeño mar del tamaño del Estado de Connecticut. Su nombre signifíca «antes del mar», porque al atravesarlo en una u otra dirección se entra en un gran mar. La Propóntide se contrae pronto para formar un segundo estrecho, el Bósforo, que en algunos sitios sólo tiene unos 800 metros de ancho. Sólo después de atravesar el Bósforo se penetra en el mar Negro propiamente dicho.

Todo pueblo que dominase los estrechos del Helesponto y el Bósforo estaba en condiciones de controlar el rico comercio del mar Negro. Podía cobrar peajes por el paso, y hasta elevados peajes.

En tiempos micénicos, la región estaba gobernada por la ciudad de Troya, ubicada sobre la costa asiática, en el extremo sudoeste del Helesponto. Los troyanos se enriquecieron e hicieron poderosos gracias al comercio del mar Negro, y los griegos micénicos se sintieron cada vez más descontentos por esa situación.

Finalmente, decidieron apoderarse de los estrechos por la fuerza, y aproximadamente en el 1200 a. C. (1184 a. C. es la fecha tradicional que daban los griegos posteriores) un ejército griego puso sitio a Troya y, por último, la destruyó.

El ejército griego, según la tradición, estaba conducido por Agamenón, rey de Micenas y nieto de aquel Pélops de quien había recibido su nombre el Peloponeso.

El relato de algunos episodios de ese sitio lo realizó (o le dio su forma final) un poeta a quien la tradición llama Homero y que vivió y escribió por el 850 a. C. El largo poema épico *La Ilíada* (de Ilión, otro nombre de la ciudad de Troya) relata la historia de la querella entre Agamenón, jefe del ejército, y Aquiles, el mejor de sus guerreros.

Otro poema*, La Odisea*, presuntamente también de Homero, cuenta las aventuras por las que pasó Odiseo (o Ulises), uno de los guerreros griegos, durante los diez años en los que deambuló después de terminar la guerra.

Tal es la grandeza de los poemas homéricos que viven hasta hoy y han sido leídos y admirados por todas las generaciones posteriores a Homero. Son considerados no sólo las primeras producciones literarias griegas, sino también las más grandes.

El relato de Homero está lleno de sucesos sobrenaturales. Los dioses intervienen constantemente en el curso que toman las batallas y a veces hasta se unen al combate. Hasta hace un siglo, los sabios modernos consideraban que los poemas homéricos eran sólo fábulas. Estaban seguros de que nunca había existido realmente la ciudad de Troya ni se había producido sitio alguno. Estaban convencidos de que todo ello era invención y mito de los griegos.

Pero un joven alemán llamado Heinrich Schliemann, nacido en 1822, leyó los poemas homéricos y se sintió fascinado por ellos. Estaba seguro de que eran historia verdadera (excepto en lo concerniente a los dioses, claro está). Su sueño era excavar las antiguas ruinas en las que había estado Troya y hallar la ciudad descrita por Homero.

Se dedicó a los negocios y trabajó duramente a fin de obtener la fortuna que necesitaba para realizar la investigación, y estudió arqueología para tener los conocimientos necesarios. Todo ocurrió como lo había planeado. Se hizo rico, estudió arqueología y la lengua griega, y en 1870 se marchó a Turquía.

En la región noroeste de ese país había una pequeña aldea que era su objetivo, pues su estudio de La Ilíada lo había convencido de que los montículos cercanos cubrían las ruinas despedazadas de la antigua ciudad.

Comenzó a excavar y descubrió las ruinas, no de una ciudad, sino de una serie de ciudades, una encima de otra. Comparó la descripción de La Ilíada con una de esas ciudades, y hoy ya nadie duda de que Troya existio realmente.

En 1876, Schliemann inició excavaciones similares en Micenas y descubrió rastros de una poderosa ciudad de espesas murallas. Gracias a su labor, ha visto la luz buena parte del conocimiento moderno sobre la época de la guerra troyana.

Argivos y aqueos

En sus poemas, Homero usa dos palabras para referirse a los griegos: argivos y aqueos. Evidentemente, se trata de nombres tribales. El gobierno de Agamenón se centraba en las ciudades de Micenas, Tirinto y Argos. En tiempos de Homero, Argos se había convertido en la más poderosa de las tres, de modo que era natural que considerase a Agamenón como un argivo.

Aunque Agamenón dirigió el ejército griego, no gobernaba a todos los griegos como rey absoluto, pues otras regiones tenían sus propios reyes. Pero los otros reyes, en particular los del Peloponeso, concedían a Agamenón el primer lugar. La ciudad de Esparta estaba gobernada por Menelao, hermano de Agamenón. Más aún, Agamenón suministró barcos a las ciudades del interior del Peloponeso, las cuales, al no poseer acceso al mar, no tenían barcos propios. El término argivos, pues, quizás incluyera a todos los habitantes del Peloponeso.

Pero ¿qué ocurría con los aqueos? A unos 80 kilómetros al norte del golfo de Corinto, hay un sector de la costa egea que forma la parte más meridional de una gran llanura habitada antaño por gentes llamadas aqueos. Jasón era un aqueo, según la leyenda, y lo mismo Aquiles.

Al parecer, los aqueos no estaban tanto bajo la férula de Agarnenón como los argivos del Peloponeso. Aquiles riñó con Agarnenón y se retiró altaneramente del combate cuando sintió que sus derechos no habían sido respetados. Actuó como si fuera un aliado independiente, no como un subordinado.

Los aqueos, que vivían bastante más al norte que los argivos, estuvieron menos expuestos a la influencia civilizadora de Creta y eran más salvajes. Aquiles es descrito como un hombre colérico, que no vacilaba en abandonar a sus aliados en un ataque de furia. Más tarde, cuando el enemigo provoca su ira nuevamente, se lanza a la batalla de la manera más feroz.

Los miembros de una de las tribus aqueas se llamaban a sí mismos helenos, y la región en que vivían era la Hélade. Aunque sólo son mencionados casualmente en un verso de La Ilíada, probablemente es un indicio de la temprana importancia de los aqueos el que esos nombres se difundieran hasta incluir a toda Grecia.

A lo largo de toda la historia, desde la Epoca Micénica, los griegos han llamado a su tierra la «Hélade» y a sí mismos helenos. Aún ahora el nombre oficial del moderno reino de Grecia es la Hélade [2].

Nuestras palabras «Grecia» y «griego» fueron heredadas de los romanos. Ocurrió que un grupo de helenos emigró a Italia algún tiempo después del Período Micénico (la parte más meridional de Italia está separada de la Grecia noroccidental por una extensión de mar de sólo unos 50 kilómetros). Los miembros de la tribu que emigró a Italia se llamaban a sí mismos «graikoi», que en la lengua latina de los romanos se convirtió en «graeci».Los romanos aplicaron este nombre a todos los helenos, perteneciesen o no a la tribu de los *graikoi*. En castellano, esta palabra se ha convertido en «griegos».

Los sabios que estudian la historia griega usan también el término más antiguo. Por ejemplo, al período más primitivo de la historia griega, hasta la guerra de Troya y un poco después, es llamado el Período Heládico. Lo que he llamado la Edad Micénica, pues, puede llamarse también Período Heládico Tardío.

---

[2] Hellas (N. de Dom) Esta no es la ortografía ni la pronunciación de los griegos. Estos usaban un alfabeto diferente del nuestro, y su pronunciación, trasladada a las letras castellanas más semejantes, sería «Mukenai», donde la «u» debe pronunciarse como la «u» francesa (o la «ii» alemana). Los romanos usaron el alfabeto que hemos heredado nosotros, y «Mícenas», en su ortografía, era «Mycenae». En el latín hablado por los romanos, la «c» se pronuciaba como «k», y «ae» como una «i» larga, al igual que el griego «ai». En este libro usamos las formas castellanas de ortografía y pronunciación derivadas del latín, pero no iguales a ellas. Recuérdese, entonces, que estas formas no representan la ortografía ni la pronunciación griegas. [En la nota anterior del original, el autor, naturalmente, hace referencia a la lengua inglesa. Por razones obvias, hemos debido adaptarla a las características del castellano.. N. del T.

2. La Edad de Hierro

La lengua griega

Si bien los griegos aun desde los tiempos más antiguos reconocían la existencia de tribus separadas, también comprendían que había un parentesco entre todas las tribus que hablaban griego. La lengua siempre es importante, pues los grupos de personas, por diferentes que sean en algunos aspectos, pueden comunicarse entre sí mientras hablen una lengua común. Ello les da una literatura común y una comprensión mutua de sus tradiciones. En suma, comparten una herencia similar y sienten un parentesco natural.

Por ello, con el tiempo los griegos tendieron a dividir a todo el mundo en dos grupos: ellos, los grecoparlantes, y los extranjeros, los que no hablaban griego. Para los griegos, los extranjeros parecían proferir sílabas sin sentido, que eran como decir «bar-bar-bar-bar» por el significado que tenían (al menos para los griegos). Así, los griegos llamaban a todos los que no eran griegos *barbaroi*, que significaba algo así como «gente que habla de manera extraña». Nuestra versión de esa palabra es «bárbaros».

Al principio, esa palabra no significaba «no civilizado»; sólo significaba «no griego». Los sirios y los egipcios, que poseían elevadas civilizaciones mucho más antiguas que la griega, eran, sin embargo, «bárbaros».

Pero en siglos posteriores, la civilización griega alcanzó grandes alturas, y los más profundos pensamientos de los filósofos y los literatos llegaron a estar plasmados en la lengua griega. Los griegos elaboraron un vocabulario muy complicado y un modo flexible de formar nuevas palabras (para expresar nuevas ideas) a partir de las viejas. En efecto, aún decimos comúnmente «los griegos tienen una palabra para eso», lo cual significa sencillamente que, cualquier nueva idea que se nos ocurra, siempre podremos hallar una palabra o frase en la lengua griega para expresarla. El vocabulario científico moderno ha tomado muchísimas voces del griego para expresar términos y nociones que ningún griego de la antigüedad oyó jamás.

Comparadas con la lengua griega, otras lenguas parecen habitualmente defectuosas y torpes. Comparadas con la civilización griega, las de otros pueblos parecían atrasadas. Como consecuencia de esto, a medida que transcurrieron los siglos, un bárbaro (uno que no hablaba griego) llegó a ser considerado como totalmente incivilizado. La gente incivilizada tiende a ser cruel y salvaje, y éste ha llegado a ser el significado de «bárbaro».

Los griegos, aunque reconocían su lengua común, también se percataban de que existían varios dialectos de esa lengua. No todos los griegos hablaban el griego exactamente del mismo modo.

En la Edad Micénica, los dos dialectos griegos más importantes eran el jónico y el eolio. Parece probable que en tiempos de Agamenón los argivos hablasen un griego jónico, mientras que los aqueos hablaban una forma de griego eólico.

En tiempos micénicos, sin embargo, había un grupo de griegos que hablaban un tercer dialecto, el dórico. Mientras Agamenón, el jonio, y Aquiles, el eólio, se coaligaban para destruir a la ciudad de Troya, los dorios vivían lejos, en el Noroeste. Alejados de la influencia del Sur avanzado, permanecieron atrasados e incivilizados.

«Los Pueblos del Mar»

Ya en pleno florecimiento de la Edad Micénica, se gestaban graves conmociones; los pueblos que habitaban fuera del ámbito civilizado estaban agitándose y desplazándose.

Esto ocurre periódicamente en la historia. En alguna parte de Asia Central, quizá, transcurre una larga serie de años de buenas lluvias durante los cuales las cosechas y los rebaños se multiplican y la población aumenta. Pero a esos pueden seguir años de sequía, durante los que la población puede enfrentarse con el hambre. No tíenen más remedio que marcharse en busca de pastos para sus rebaños y una vida mejor para ellos.

Las tribus que reciben el primer embate de los invasores deben a su vez huir, y esto pone en movimiento a un nuevo grupo de pueblos. Con el tiempo, las tribus migrantes provocan grandes trastornos en vastas regiones. Esto fue lo que ocurrió en la Era Micénica.

Los dorios, que eran los que vivían más al norte de todos los griegos, fueron también los primeros en sufrir la presión. Se desplazaron hacia el Sur, contra las tribus de lengua eólica, las que a su vez debieron moverse hacia el Sur.

Los miembros de una de las tribus eolias recibían el nombre de *tesalios*. Poco después de la guerra de Troya (1150 a. C., quizá) se desplazaron hacia el Sur, a la llanura donde vivían los aqueos y de la cual forma parte la Ftiótide. Allí se establecieron en forma permanente, por lo que desde entonces esa región (del tamaño del Estado de Connecticut, aproximadamente), ha sido llamada Tesalia.

Otra tribu eólia, los beocios, se desplazaron aún más al sur por el 1120 a. C., a la llanura un poco menor que rodea a la ciudad de Tebas. Esa región fue llamada Beocia.

Bajo la presión de sus congéneres eolios, los aqueos se vieron obligados, a su vez, a marcharse hacia el Sur. Invadieron el Peloponeso y expulsaron a la población jonia, acorralándola en la región que rodea a Atenas: una península que sobresale hacia el Sur desde Grecia central. (En verdad, esto puede haber ocurrido antes de la guerra de Troya, y quizás el ejército de Agamenón se vio obligado a llevar la guerra a Asia por la presión de las conmociones que se estaban produciendo en la misma Grecia.) A lo largo de la costa septentrional del Peloponeso, bordeando el golfo de Corinto, hay una región que llegó a ser llamada Acaya, como resultado de esta invasión.

La continua presión que sufrían desde el Norte forzó a los jonios y los aqueos a lanzarse al mar. Se desbordaron hacia el Este y hacia el Sur, sobre las islas, y contra las costas de Asia y Afríca, devastando y trastornando los asentamientos humanos que encontraban.

Desembarcaron en Egipto, por ejemplo, donde los sorprendidos egipcios los llamaron «los Pueblos del Mar». Egipto sobrevivió al choque, pero la invasión contribuyó al derrumbe de un gran Imperio, que ya por entonces se hallaba en decadencia. (En *La Ilíada*, Aquiles habla respetuosamente de la capital de este Imperio Egipcio y la llama la ciudad más rica del mundo.)

En Asia Menor, la llegada de los aqueos migrantes fue aún más desastrosa. Allí el Imperio Hitita, desde hacía tiempo ya en decadencia, fue destruido por la invasión.

Pero otra parte de los aqueos llegó a la costa siria a través de Chipre y se estableció en ella. Eran los filisteos, tan importantes en la historia primitiva de los israelitas.

La invasión doria

En la misma Grecia, las cosas fueron de mal en peor, pues a los aqueos siguieron los dorios aún salvajes. Se detuvieron durante unos años en una zona de Grecia Central situada a unos 25 kilómetros al norte del golfo de Corinto. Allí fundaron la ciudad de Doris.

El lector podría pensar que las rudas bandas guerreras dorias no tenían posibilidad de superar a los ejércitos organizados de la Grecia Micénica, ejércitos descritos con tanta admiración por Homero. Pero no fue así, pues, entre otras cosas, los dorios tenían una importante arma nueva.

Durante la Edad Micénica, las armas se hacían con la aleación de cobre y estaño que llamamos bronce. Los héroes de *La Ilíada* arrojaban lanzas con puntas de bronce contra escudos de bronce y esgrimían espadas de bronce, según la cuidadosa descripción de Homero. El bronce era a la sazón el metal más duro del que disponían los griegos, y el período en que se usó en la guerra es llamado la Edad del Bronce.

El hierro era conocido por entonces y los hombres comprendieron que se lo podía tratar de tal modo que fuera más duro que el bronce. Pero no se conocían métodos para obtener hierro de los minerales que lo contenían, de manera que el único hierro disponible provenía del ocasional hallazgo de hierro metálico en la forma de un meteorito. Por eso, los micénicos lo consideraban un metal precioso.

Pero durante la Epoca Micénica hombres de los dominios hititas, a unos 1.200 kilómetros al este de Grecia, habían descubierto métodos para fundir minerales de hierro y obtener éste en cantidades suficientes para fabricar armas. Este conocimiento les proporcionó una importante arma de guerra nueva. Las espadas de hierro podían atravesar fácilmente los escudos de bronce. Las lanzas con puntas de bronce y las espadas de bronce rebotaban, melladas e inocuas, en los escudos de hierro. Tales armas, aunque disponibles sólo en escaso número, ayudaron a los hititas a mantener su imperio.

Las noticias sobre nuevas invenciones y técnicas circulaban lentamente en aquellos remotos días, pero, por el 1100 a. C., el secreto de las armas de hierro había llegado a los dorios, aunque no a los griegos micénicos. El resultado de ello fue que las bandas guerreras dorias con armas de hierro derrotaron a los guerreros con armas de bronce y sus correrías se extendieron cada vez más al sur; atravesaron el estrecho de Corinto por un punto angosto e invadieron el Peloponeso por el 1100 a. C.

Los dorios procedieron a establecerse como gobernantes permanentes en el sur y el este del Peloponeso. Esparta y los viejos dominios de Agamenón cayeron en sus manos. Micenas y Tirinto fueron incendiadas y quedaron reducidas, en épocas posteriores, a oscuras aldeas. Esto selló el fin de la Edad Micénica.

Las islas y el Asia Menor

Cuando los dorios completaron la conquista del Peloponeso, los jonios conservaron el dominio de sólo una parte de la Grecia continental: el Atica, la península triangular en la que se encuentra Atenas. En cuanto a los eolios, no sólo conservaron parte del Peloponeso, sino también la mayoría de las regiones situadas al norte del golfo de Corinto.

Pero los tiempos eran duros para todos. Los salvajes dorios habían destruido ricas ciudades y desalojado a poblaciones asentadas. El nivel de la civilización descendió de las alturas alcanzadas en la Edad Micénica y durante tres siglos se

estableció en la tierra una oscura Edad de Hierro. Fue de hierro por las nuevas armas y por la escasez y miseria que cundió por la tierra.

Muchos jonios y eolios huyeron del asolado continente y migraron a las islas del mar Egeo. La mayoría de esas islas se hicieron jónicas en lo que respecta al lenguaje, si no lo eran ya antes. La más cercana a tierra firme de ellas es Eubea, que tiene aproximadamente la extensión, la forma y el tamaño de Long Island, al sur de Connecticut. Eubea es la isla más grande del Egeo y se extiende de noroeste a sudeste frente a la costa de Beocia y Atica. Está muy cerca de tierra firme, y en un punto está separada de Beocia por un estrecho de menos de un kilómetro y medio de ancho. En ese punto se fundó la ciudad de Calcis. Su nombre proviene de la palabra griega que significa «bronce»; Calcis fue probablemente un centro de trabajo del bronce. La otra ciudad importante de Eubea era Eretria, a unos 24 kilómetros al este de Calcis.

Por el 1000 a. C., los jonios habían llegado a las costas orientales del Egeo y comenzado a establecerse a lo largo de la costa, expulsando o absorbiendo lentamente a la población nativa.

Los griegos llamaban a esta tierra del Este *Anatolia*, nombre derivado de la voz griega para «sol naciente», pues, en verdad, está en la dirección por donde sale el sol para quien vaya a ella desde Grecia.

También recibió un nombre que quizá derivaba de un término aún más antiguo que significaba «el Este». Algunos creen que las palabras usadas por vez primera para describir las tierras situadas al oeste y al este del mar Egeo provenían de *ereb* (oeste) y *assu* (este). Estas palabras pertenecen a la lengua semítica hablada por el pueblo que habitaba las costas más orientales del Mediterráneo.

Esos semitas comerciaban con Creta, que está en la parte sur del Egeo. Para los cretenses, las costas continentales estaban realmente al oeste y al este, y con el tiempo las palabras semíticas se habrían convertido en «Europa» y «Asia». (Existe un mito griego según el cual el primer ser humano que llegó a Creta fue una princesa proveniente de las costas más orientales del Mediterráneo. Su nombre era Europa, y Minos era su hijo.)

En un principio, la voz «Asia» se aplicaba solamente a la tierra que estaba inmediatamente al este del Egeo. A medida que los griegos fueron sabiendo cada vez más cosas sobre el vasto territorio que se halla aún más al este, la voz extendió su significado. Hoy se le aplica a todo el continente, el más grande del mundo. La península situada al este del Egeo fue distinguida del gran continente del que formaba parte y se la llamó Asia Menor, nombre comúnmente usado en la actualidad.

El término «Europa» también se extendió hasta abarcar a todo el continente del que Grecia forma parte. Posteriormente, se descubrió que si bien Europa y Asia están separadas por el mar Egeo y el mar Negro, no están separadas más al norte, sino que forman una larga extensión de tierra a la que a veces se llama, en conjunto, Eurasia.

Los jonios que desembarcaron en las costas de Asia Menor, al este de las islas de Quío y Samos, fundaron doce ciudades importantes, y esta parte de la costa (más las islas cercanas) fue llamada Jonía.

De las ciudades jónicas, la más importante era Mileto. Está ubicada en una bahía que forma la desembocadura del río Meandro, corriente tan famosa por su curso

ondulante que la palabra «meandro» ha llegado a significar todo movimiento irregular que varía constantemente de dirección.

La «ciudad-Estado»

Las invasiones dóricas resquebrajaron la estructura de los reinos micéníсos. En tiempos micéníсos, Grecia estaba gobernada por reyes, cada uno de los cuales ejercía su dominio sobre una superficie considerable y era tanto juez como alto sacerdote.

En los desórdenes que siguieron a la invasión doria, los viejos reinos micénicos fueron destruídos, La gente de cada pequeño valle de la irregular superficie de Grecia se unió para tratar de defenderse. Se apiñaba dentro de las murallas de la ciudad local cuando sufría una invasión y podía, si se le presentaba la ocasión, salir de ella para hacer una incursión por algún valle vecino.

Lentamente, los griegos comenzaron a crear el ideal de la polis, una comunidad autónoma formada por una ciudad principal y una pequeña franja de tierra laborable a su alrededor. Para nuestra mentalidad moderna, la polis no es nada más que una ciudad independiente, y no muy grande tampoco, de modo que la llamamos una «Ciudad-Estado». (La palabra «Estado» alude a toda región no sometida a dominio externo.)

Para las personas del mundo moderno, que viven en gigantescas naciones, es importante hacerse una idea del pequeño tamaño de la polis griega. La ciudad-Estado media tenía, quizá, unos 80 kilómetros cuadrados de superficie, es decir, no más que los límites urbanos de Akron, en Ohio.

Cada ciudad-Estado se consideraba una nación separada y catalogaba como «extranjeros» a las personas de otras ciudades-Estados. Cada una tenía su propio gobierno, sus propias fiestas y sus propias tradiciones. Las ciudades hasta se hacían la guerra unas a otras. Contemplar la Grecia de este período es como observar un mundo en miniatura.

Sin duda, las ciudades-Estado de una región particular a menudo trataban de formar unidades mayores. En Beocia, por ejemplo, Tebas, por ser la ciudad más grande, habitualmente esperaba desempeñar un papel dirigente y tomar las decisiones políticas. Pero la ciudad Beocia de Orcómeno, situada a unos 30 kilómetros al noroeste de Tebas, había sido poderosa en tiempos micénicos y nunca lo olvidó. Por ello, perpetuamente luchaba con Tebas por el predominio en Beocia. La ciudad Beocía de Platea, a unos 15 kilómetros al sur de Tebas, también fue siempre hostil a Tebas.

Aunque Tebas logró dominar Beocia, su fuerza se agotaba en estas luchas internas y todo ejército que amenazaba a Tebas podía contar siempre con la ayuda de esas ciudades-Estado beocias rivales. Como resultado de esto, Tebas nunca pudo hacer sentir verdaderamente su fuerza en Grecia, excepto durante un breve período, al que nos referiremos en el capítulo 11.

Lo mismo puede decirse de otras regiones. En muy gran medida, el poder de cada ciudad-Estado era neutralizado por sus vecinas, y todas eran débiles, finalmente. Las únicas dos ciudades que lograron dominar regiones considerables fueron Esparta y Atenas, las «grandes potencias» del mundo griego.

Sin embargo, aun ellas eran pequeñas. El territorio de Atenas era aproximadamente como el de Rhode Island, el Estado más pequeño de los

Estados. Unidos. La superficie de Esparta era como el de Rhode Island más el de Delaware, los dos Estados más pequeños de Estados Unidos.

Tampoco las poblaciones eran muy grandes. Atenas, en el momento de su esplendor, tenía una población de unos 43.000 ciudadanos adultos de sexo masculino, y esta cifra era enorme para una polis griega. Por supuesto, había también mujeres, niños, extranjeros y esclavos en Atenas, pero aun así la población total no puede haber sido superior a los 250.000, que es aproximadamente la población de Wichita, en Kansas.

Pero hasta esa cifra parecía demasiado grande a los griegos de épocas posteriores, que trataron de elaborar teorías sobre cómo debía ser una ciudad-Estado bien administrada. Estimaban que el ideal, quizá, era 10.000 ciudadanos; de hecho, la mayoría de las ciudades-Estado sólo tenían 5.000 o menos. Entre ellas se contaba la «gigantesca» Esparta, de cuyos habitantes muy pocos eran admitidos como ciudadanos.

Sin embargo, estas diminutas ciudades-Estado elaboraron sistemas de gobierno tan útiles qué han resultado ser más adecuados a los tiempos modernos que las simples monarquías autoritarias de los grandes imperios orientales que rodeaban a Grecia. Todavía hoy, a la técnica del gobierno la llamamos «política» de la polis griega, y una persona dedicada a la tarea de gobernar es un «político». (Más obvio es el hecho de que a los protectores armados de una ciudad se los llama su «policía».)

La palabra polis también es usada ocasionalmente como subfijo más bien fantasioso para nombres de ciudades, aun fuera de Grecia y hasta en los tiempos modernos. En Estados Unidos, tres ejemplos destacados son Annapolis, de Maryland; Indianápolis, de Indiana, y Minneapolis, de Minnesota.

Los griegos siempre conservaron su ideal de la polis autónoma, y pensaban que en esto consistía la libertad, aunque esa polis fuese gobernada por unos pocos hombres, en realidad, y aunque la mitad de la población estuviese formada por esclavos.

Los griegos lucharon a muerte por su libertad: fue el único pueblo de su época que lo hizo. Y aunque su idea de la libertad no es suficientemente amplia para nosotros, se fue dilatando con los siglos, y el ideal de la libertad, tan importante para el mundo moderno, no es más que la libertad griega ampliada y mejorada.

Por entonces, también, con cientos de ciudades-Estado diferentes, cada una de las cuales seguía su propio camino, la cultura griega pudo alcanzar un color y una variedad sorprendentes. La ciudad de Atenas llevó esta cultura a su culminación, y en algunos aspectos es más valiosa que todo el resto de Grecia junta. Pero es muy probable que Atenas no hubiese llegado a tal altura de no haber sido estimulada por cientos de culturas diferentes, todas cercanas.

A medida que la polis se desarrolló, el cargo de rey fue perdiendo importancia. En un reino de regular tamaño hay suficiente riqueza para proporcionar al rey un lujo y un ceremonial considerables, y es posible crear una corte nutrida. Esto separa al rey de otras personas, aun de los terratenientes comunes (y por lo general los terratenientes son los «nobles», a diferencia del «pueblo» sin tierras). Ese lujo y ese ceremonial agradan a la población, que los contempla como un reflejo del poderío de la nación y, por ende, de su propio poder.

Pero en una polis se dispone de tan poca riqueza que el rey no es mucho más rico que los otros nobles. No puede erigirse en una figura separada de los demás ni puede esperar que los nobles lo traten con especial consideración.

Por consiguiente, la necesidad de un rey se esfuma en una polis. En un gran Estado, es útil que haya un hombre capaz de tomar rápidas decisiones para todo el reino. Una polis, en cambio, es tan pequeña que los individuos pueden reunirse fácilmente y tomar decisiones, o al menos hacer conocer sus preferencias. Pueden elegir un gobernante que esté de acuerdo con sus decisiones y derrocarlo si no las cumple. O pueden elegir uno nuevo cada tanto, sencillamente por principio, para impedir que un viejo gobernante se haga demasiado poderoso.

La palabra griega para designar a un gobernante era arkhos, derivada de otra que significaba «primero», puesto que el gobernante es el primer hombre del Estado. Un solo gobernante sería un «monarca». A lo largo de la mayor parte de la historia, un solo gobernante era por lo general un rey, de modo que «monarca» ha llegado a ser sinónimo de «rey», aunque un presidente elegido, por ejemplo, es también un solo gobernante. Un reino, pues, puede ser llamado una «monarquía».

En cambio, sí el poder real está en manos de unos pocos nobles, los jefes de las familias terratenientes más importantes, entonces, tenemos una «oligarquía» (unos pocos gobernantes). Así, aunque Grecia entró en el período de las invasiones dorias como un pequeño número de monarquías bastante grandes, emergíó de él como un gran número de pequeñas oligarquías. Aun aquellas ciudades-Estado que conservaron sus reyes (como Esparta, por ejemplo), limitaron su poder drásticamente y, en realidad, estaban gobernadas por una oligarquía.

La mayoría de las personas que no forman parte de la oligarquía tienden a pensar que los pocos gobernantes actúan principalmente para mantenerse en el poder, aunque esto suponga ignorar las necesidades y los deseos de la gente común. Por esta razón, para nosotros, el térmíno «oligarquía» suena mal.

Pero los oligarcas, naturalmente, estaban satisfechos de la situación. Pensaban que la razón de que el poder estuviera en sus manos residía en que ellos eran los hombres más capaces, los mejores. Por ello, se consideraban a sí mismos «aristócratas» («los mejores en el poder») y a su gobierno como una «aristocracia».

Homero escribió *La Ilíada* para un público de oligarcas. No se sabe prácticamente nada de Homero; las cosas que se dijeron luego de él eran tradiciones inventadas mucho después de su época. Por ejemplo, según una tradición, era ciego. Una cantidad de ciudades diferentes pretendían haber sido el lugar de su nacimiento, pero son mayoría las personas que lo ubican en la isla egea de Quío. Las suposiciones sobre la época en que vivió varían en no menos de cinco siglos, pero la mejor conjetura es la que lo ubica alrededor del 850 a. C. (En realidad, no hay prueba alguna de que Homero haya existido; pero, por otro lado, alguien escribió *La Ilíada* y *La Odisea*.)

La llíada refleja los prejuicios del 850 a. C. Los héroes son todos nobles. Son reyes, desde luego, pero del tipo de reyes que surgió en los siglos posteriores a la invasión doria, y no realmente reyes micénicos. Es decir, eran «padres del pueblo» que vivían sencillamente, araban sus tierras, consultaban a los nobles antes de tomar decisiones y evidentemente eran «uno de los muchachos».

Por otra parte, el pueblo común no aparece con claridad. En *La llíada* sólo hay una breve escena en la que habla un hombre común. Es Tersites, que eleva su voz para objetar la política de Agamenón. Lo que dice tiene sentido común, pero Homero lo describe como un hombre deforme y grosero, y hace que el noble

Odiseo lo derribe altivamente (de un golpe) ante las risas del ejército. Sin duda, el público olígárquico también reía.

En *La Odisea*, poema posterior y más bondadoso, aparece Eumeo, un esclavo y humilde porquero que, sin embargo, es uno de los personajes más dignos y encantadores del poema. Y los pretendientes de Penélope (la esposa de Odiseo), unos repugnantes villanos, son todos nobles.

El partido de la gente común fue tomado por la otra gran figura literaria de esa época, Hesíodo, quien vivió alrededor del 750 a. C. Sus padres emigraron de Eolia, en Asia Menor, a Beocia, por lo que Hesíodo era beocio de nacimiento. Era un campesino que trabajaba duramente, y su principal obra literaria se titula *Los trabajos y los días*. En ella, enseña la buena administración de una granja, y la más importante moraleja del libro es el valor y la dignidad del trabajo.

Otra obra importante también atribuida a Hesíodo es la *Teogonía*. Esta palabra significa «el nacimiento de los dioses» y es un intento de organizar los mitos que circulaban entre los griegos por ese entonces. Los relatos de Hesíodo sobre Zeus y los otros dioses (junto con los cuentos menos sistemáticos sobre los dioses que se encuentran en Homero) fueron la base de la religión oficial de los griegos de épocas posteriores.

Los lazos de unión

El desarrollo de la polis y las constantes guerras que había entre las ciudades-Estado griegas no hicieron que los griegos olvidasen su origen común. Hubo siempre algunos factores que los mantuvo unidos aun en medio de las más enconadas guerras.

Por una parte, todos hablaban griego, de modo que siempre se sentían helenos, en contraposición con los bárbaros que no hablaban griego. Por otra, conservaron el recuerdo de la guerra de Troya, cuando los griegos formaron un solo ejército; y allí estaban los magníficos poemas de Homero para recordárselo.

Además, tenían un conjunto común de dioses. Los detalles de las festividades religiosas variaban de una polis a otra, pero todas reconocían a Zeus como dios principal, y también rendían homenaje a los otros dioses.

Había santuarios que eran considerados propiedad común de todo el mundo griego. El más importante de ellos estaba en la región llamada Fócida, que está al oeste de Beocia. En tiempos micénicos hubo allí una ciudad llamada Pito, al pie del Monte Parnaso y a unos diez kilómetros al norte del golfo de Corinto. Allí había un famoso altar dedicado a la diosa de la tierra, atendido por una sacerdotisa llamada la «Pitia». Se creía que tenía el don de actuar como médium por la cual podían conocerse los deseos y la sabiduría de los dioses.

Era un «oráculo». El oráculo de Pito es mencionado en *La Odisea.*

Las bandas guerreras dorias devastaron la Fócida, v cuando pasaron al Peloponeso, Pito cambió de nombre por el de Delfos y se convirtió en una ciudad-Estado independiente. Entonces fue dedicada a Apolo, dios de la juventud, la belleza, la poesía y la música, y a las Musas, un grupo de nueve diosas que, según el mito, inspiraba a los hombres el conocimiento de las artes y las ciencias. (La palabra «música» proviene de «Musa».)

A medida que transcurrieron los siglos, el oráculo de Delfos aumentó su reputación. Todas las ciudades-Estado griegas, y hasta algunos gobiernos no griegos, de tanto en tanto enviaban delegaciones para obtener el consejo de Apolo. Y como cada delegación llevaba donativos (pues Apolo no era inmune al

soborno), el templo se enriqueció. Puesto que era territorio sagrado, que los hombres no osaban atacar o robar, las ciudades y los individuos depositaban allí tesoros para su custodia.

Las ciudades focenses se resentían de la pérdida de Delfos, sobre todo porque resultó ser una magnífica fuente de ingresos, y durante siglos trataron de recuperar el dominio sobre el oráculo. Los intentos de los focenses provocaron una serie de «Guerras Sagradas» (sagradas porque involucraban al santuario) en siglos posteriores, pero siempre fracasaban, finalmente.

La razón de este fracaso es que Delfos podía llamar a otras ciudades-Estado para que la defendieran. De hecho, se convirtió en una especie de territorio internacional y estuvo bajo la protección de una docena de regiones vecinas (incluso la Fócida).

Otras actividades en las que intervenían todos los griegos eran las fiestas que acompañaban a ciertos ritos religiosos. A veces animaban estas fiestas carreras y otros sucesos atléticos. También se realizaban a veces torneos musicales y literarios, pues los griegos valoraban los productos del espíritu,

La principal de esas competiciones era los juegos Olímpicos, que se realizaban cada cuatro años. La tradición hacía remontar los juegos a una carrera a pie en la que intervino Pélops (el abuelo de Agamenón) para conquistar la mano de una princesa. Según esto, habría sido originalmente una fiesta micénica, y tal vez lo fue. Sin embargo, la lista oficial de los ganadores de torneos comienza en el 776 a. C., y por lo común se considera ésta la fecha de iniciación de los juegos Olímpicos.

Tan importantes llegaron a ser estos juegos para los griegos que contaban el tiempo por intervalos de cuatro años llamados Olimpíadas. Según este sistema, el 465 a. C. sería el tercer año de la Olimpíada LXXVIII, por ejemplo.

Los juegos Olímpicos se realizaban en la ciudad de Olimpia, situada en la región central occidental del Peloponeso. Pero los juegos no recibían su nombre de la ciudad, sino que tanto los primeros como la segunda eran así llamados en honor de Zeus Olímpico, el dios principal de los griegos, a quien se asignaba como morada el monte Olimpo.

La montaña tiene casi 3.200 metros de altura, y es la más elevada de Grecia. Está situada en el límite norte de Tesalia, a unos 16 kilómetros del mar Egeo. A causa de su altura (y porque las primitivas tribus griegas quizá tenían santuarios en su vecindad, antes de desplazarse hacia el Sur), esa montaña fue considerada la morada particular de los dioses. Por esta razón, la religión basada en los cuentos de Homero y Hesíodo es llamada la «religión olímpica».

Olimpia era sagrada por los juegos y los ritos religiosos vinculados con ellos, de modo que los tesoros podían ser depositados tanto allí como en Delfos. Los representantes de diferentes ciudades-Estado podían reunirse allí aunque sus ciudades estuviesen en guerra, por lo que servía como territorio internacional neutral. Durante los juegos Olímpicos y durante algún tiempo antes y después, las guerras se suspendían temporariamente para que los griegos pudiesen viajar a Olimpia y volver de ella en paz.

Los juegos estaban abiertos a todos los griegos, y éstos acudían de todas partes para presenciarlos e intervenir en ellos. De hecho, dar permiso a una ciudad para tomar parte en los juegos equivalía a ser considerada oficialmente como griega.

Cuando los juegos Olímpicos se hicieron importantes y populares y Olimpia se llenó de tesoros, surgió naturalmente una gran competencia entre las ciudades vecinas por el derecho a organizar y dirigir los Juegos. En el 700 a. C., este honor correspondió a Élide, ciudad situada a unos 40 kilómetros al noroeste de Olimpia. Dio su nombre a toda la región, pero a lo largo de toda la historia griega su única importancia consistió en el hecho de que tenía a su cargo la organización de los juegos Olímpicos. Con breves interrupciones, desempeñó esta tarea mientras duraron los juegos.

Había también otros juegos importantes en los que participaban todos los griegos, pero todos fueron creados dos siglos después de la primera Olimpíada. Entre ellos estaban los juegos Píticos, que se realizaban en Delfos cada cuatro años, en medio de cada Olimpíada; los juegos Istmicos, que se efectuaban en el golfo de Corinto; y los Juegos Nemeos, que tenían lugar en Nemea, a 16 kilómetros al sudoeste del istmo. Tanto los juegos Istmicos como los Nemeos se realizaban con intervalos de dos años.

Los ganadores de esos juegos no recibían dinero ni ningún premio valioso en sí mismo, pero, por supuesto, obtenían mucho honor y fama. Símbolo de este honor era la guirnalda de hojas que se otorgaba al vencedor.

El vencedor de los juegos Olímpicos recibía una guírnalda de hojas de olivo y el de los juegos Píticos una de laureles. El laurel estaba consagrado a Apolo, y esas guirnaldas parecían una recompensa particularmente adecuada para el que sobresalía en cualquier campo de las actividades humanas, Aún hoy decimos de quien ha realizado algo importante que «se ha ganado sus laureles». Si posteriormente cae en la indolencia y no hace nada más de importancia, decimos que «se ha dormido en los laureles».

3. La edad de la colonización

El avance hacia el Este

Lentamente durante los tres siglos que siguieron a la embestida doria, Grecia se recuperó y recobró su prosperidad. En el siglo VIII: a. C. se hallaba en el mismo punto en que se encontraba antes de las grandes invasiones y estaba lista para ascender a un plano más alto de civilización que el que nunca habían tenido los micénicos.

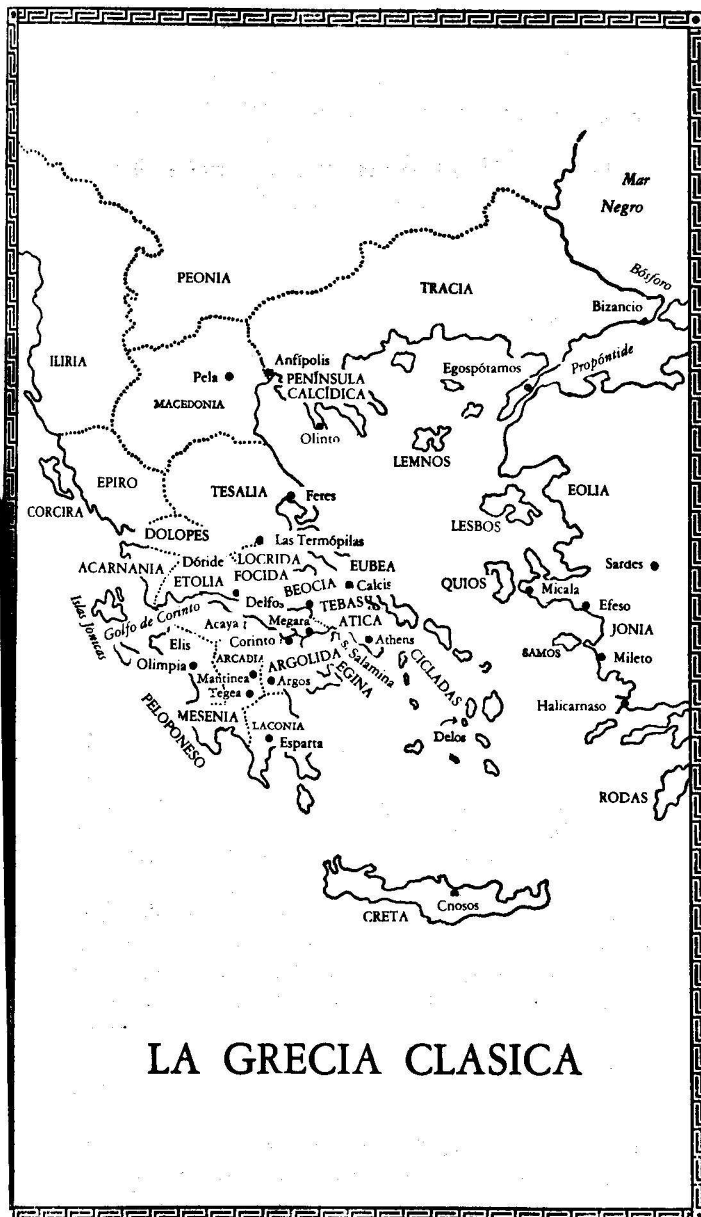
Los historiadores adoptan por conveniencia la fecha del primer año de la primera Olimpíada, que marca el punto desde el cual se inicia el nuevo ascenso. Se dice que esa fecha da comienzo al «Período Helénico» de la historia griega, período que incluye a los cuatro siglos y medio siguientes y abarca la época más gloriosa de la civilización griega.

Al iniciarse los tiempos helénicos el retorno de la prosperidad también planteó serios problemas a los griegos. Con los buenos tiempos, la población se multiplicó y superó la capacidad de las escasas tierras griegas de proporcionar alimento. En tales condiciones, una solución natural había sido que una ciudad-Estado hiciera la guerra a sus vecinas para procurarse nuevas tierras. Pero con una excepción (que consideraremos en el capítulo próximo), ninguna de las ciudades-Estados era bastante fuerte para hacerlo con éxito. En conjunto, tenían un poder demasiado similar para hacer provechosa una carrera de conquistas. Sus innumerables guerras generalmente terminaban en el mutuo agotamiento o en alguna pequeña victoria que no podía ser aprovechada sin hacer surgir toda una serie de nuevos enemigos temerosos de que el vencedor obtuviera demasiadas ganancias y se hiciese demasiado poderoso.

Otra solución posible, la que adoptaron casi todas las ciudades-Estados, era enviar parte de la población en exceso allende los mares, para crear nuevas ciudades-Estado en costas extranjeras.

Esta era una solución práctica, porque las costas septentrionales del mar Mediterráneo estaban habitadas, en aquellos tiempos lejanos, por tribus escasamente organizadas y con un bajo nivel de civilización. No podían expulsar a los griegos, que tenían una vasta experiencia en la guerra.

Además, los griegos, por lo general, se interesaban solamente por aquellas líneas costeras que, como comerciantes experimentados, ya habían explorado y donde ya habían establecido relaciones comerciales con los nativos. Los colonizadores griegos se limitaban a las líneas costeras, donde se dedicaban a la navegación, el comercio y las artesanías, y dejaban la agricultura y la minería a las tribus del interior. Los griegos compraban alimentos, maderas y minerales, y, a cambio, vendían productos manufacturados. Era un acuerdo que beneficiaba a los griegos y a los nativos, por lo que las ciudades griegas habitualmente estaban en paz (al menos, en lo concerniente a los nativos del interior).



Al comenzar los tiempos helénicos, las costas orientales del mar Egeo ya habían sido colonizadas y estaban llenas de pujantes ciudades. Pero el Norte no había sido tocado.

En particular, hay una península con tres salientes que se extiende por el ángulo noroeste del mar Egeo y que parecía especialmente apropiada para la colonización. Está a sólo unos 100 kilómetros al norte del extremo septentrional de Eubea, y las ciudades de Calcis y Eretria de esta isla colonizaron dicha península totalmente en los siglos VIII y VII a. C.

De hecho, sólo Calcis fundó no menos de treinta ciudades en la península; tanto que toda la península llevó su nombre en su honor y se la conoció como la península Calcídica.

En 685 a. C colonizadores griegos atravesaron el Helesponto y la Propóntide y fundaron una ciudad en la parte asiática del Bósforo. La llamaron Calcedonia, por las minas de cobre que había en sus cercanías. Más tarde, en 660 a. C., otra partida de griegos (al mando de un jefe llamado Bizas, según la tradición) fundó

una ciudad en la parte europea del Bósforo, justo enfrente de Calcedonia. Se la llamó Bizancio, por el jefe de la expedición.

Bizancío se encontró ahora en la posición en que había estado Troya. Dominaba los estrechos por donde debía pasar el comercio. Podía enriquecerse y lo hizo. De tanto en tanto la arruinaba alguna guerra, pero siempre resurgía y prosperaba nuevamente. Con el tiempo iba a ser la mayor ciudad grecohablante del mundo.

Pero entonces los griegos, después de colonizar los estrechos, estaban en las puertas del mar Negro. Siguieron entusiastamente los pasos del legendario Jasón y sus argonautas, y Mileto tomó la delantera. Por el 600 a. C., todas las costas del mar Negro estaban salpicadas de colonias griegas.

Los griegos también partieron del Egeo en dirección al Sur, para entrar en el mismo vasto mar Mediterráneo. La isla de Chipre tenía colonias griegas ya en tiempos micénicos pero ahora se fundaron otras en las costas meridionales de Asia Menor. justo al norte de la isla de Chipre, por ejemplo, los jonios fundaron la ciudad de Tarso ya, quizá, en el 850 a. C.

Al sudoeste de Tarso se fundó la ciudad de Soli. Su nombre tuvo un peculiar destino. Los griegos que edificaban ciudades en medio de los bárbaros y permanecían separados de la mayoría de sus compatriotas solían desarrollar peculiaridades lingüísticas. Cuando los griegos de las grandes ciudades de Grecia encontraban a esos colonizadores, se divertían al oír sus extrañas palabras, pronunciaciones y formas gramaticales. Por alguna razón, los habitantes de Soli fueron, en particular, objeto de burla por ello. Los solios se hicieron tan famosos por su mal griego que hasta hoy llamamos «solecismo» a todo error gramatical.

El avance hacia el Oeste

Los griegos tuvieron tanto éxito en la colonización del Oeste como en la del Este.

El mar situado al occidente de Grecia es llamado el mar Jónico. Esto no obedece a conexión alguna con los griegos de habla jónica, sino a su relación con el mito griego concerniente a la ninfa lo. Las islas de este mar, que están exactamente frente a la tierra firme griega occidental del golfo de Corinto, son las islas Jónicas.

Las del grupo principal de estas islas, que forman aproximadamente un semicírculo al oeste del golfo, ya eran griegas en época micénica. Una de las más pequeñas, Itaca, era el hogar legendario de Ulises, el héroe de *La Odisea*.

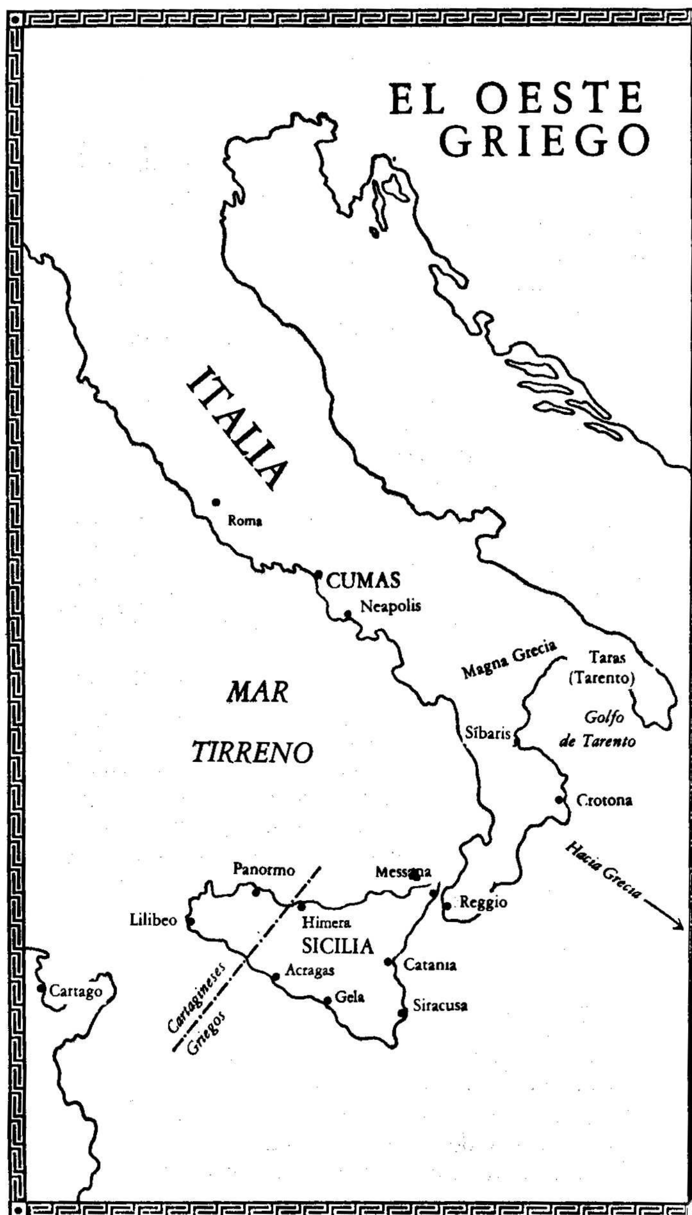
La que está más al norte de las islas Jónicas, a unos 100 kilómetros de Itaca, es Corcira. No fue griega hasta alrededores de 734 a. C., cuando, según la tradición, un grupo de colonizadores de Corinto desembarcó en ella.

Del otro lado del mar Jónico está la punta de la península en forma de bota de Italia. Justo delante de la punta de la bota, con la apariencia (en el mapa) de una pelota de fútbol a punto de ser pateada, hay una isla triangular que es tan grande como el Estado de Vermont. En verdad, es la isla más grande del mar Mediterráneo.

Los griegos a veces la llamaban Trinacria, que significa «tres puntas», pero estaba habitada por tribus cuyos miembros se llamaban a sí mismos «sicanos» y «sículos», de quienes deriva el nombre de «Sicilia».

En la época de la colonización, los griegos llegaron en gran número a Sicilia y al sur de Italia, y convirtieron esas tierras en otra Grecia. En verdad, algunas de esas ciudades con el tiempo llegaron a ser más prósperas que cualquiera de las

ciudades de la misma Grecia. Por esta causa, la parte meridional de Italia era llamada la Magna Grecia.



Los corintios parecen haber sido de los primeros en llegar a Sicilia. En 735 a. C., colonizadores corintios fundaron la ciudad de Siracusa, sobre la costa oriental de Sicilia.

En Italia, la primera ciudad griega que se fundó fue Kyme, mucho más conocida por la forma latina de su nombre, *Cumae* (Cumas). Está a un tercio del camino ascendente de la costa occidental de Italia y fue en ésta el asentamiento más septentrional de los griegos. Según la tradición, fue fundada aún antes del 1000 a. C., pero esto es totalmente imposible y tal afirmación no era más que la pretensión de poseer una especial antigüedad. Probablemente fue fundada por colonizadores de Calcis alrededor del 760 a. C.

En el empeine de la bota italiana, colonizadores de Acaya fundaron la ciudad de Síbaris en 721 a. C. El territorio de Síbaris se extendía a través de los 480

kilómetros de ancho que tiene la bota italiana en este punto, hasta la costa septentrional. Llegó a ser rica y próspera, y su lujo fue famoso entre los griegos. Hay una conocida historia acerca de un hombre de Síbaris que tenía su lecho cubierto de pétalos de rosas, pero insistía en que era incómodo porque uno de los pétalos estaba arrugado. Por ello, la palabra «sibarita» se usa hoy para referirse a una persona amante del lujo extremado.

Otro grupo de colonizadores aqueos fundó Crotona en 710 a. C. Estaba en la punta del pie de la bota italiana, a unos 80 kilómetros al sur de Síbaris, a lo largo de la costa. Pese a la hermandad de origen de ambas ciudades, entre Crotona y Síbarís existía ese género de enemistad tradicional que era frecuente entre las ciudades-Estado griegas vecinas. Fue uno de los poco casos en que una ciudad-Estado logró una total y devastadora victoria sobre otra. La vencedora fue Crotona, y su victoria, según reza la historia, se logró a expensas del lujo de los sibaritas.

Al parecer, los sibaritas enseñaban a bailar a sus caballos al son de la música, por lo que sus desfiles eran muy impresionantes. En el 510 a. C., libraron una batalla contra los habitantes de Crotona, quienes, sabedores de ese hecho, fueron a la batalla con músicos. Los caballos sibaritas empezaron a danzar y las tropas sibaritas cayeron en confusión. Los crotoniatas ganaron y destruyeron Síbaris tan totalmente que en siglos posteriores se discutió dónde exactamente había estado el emplazamiento de la ciudad.

En el interior del talón italiano, los espartanos fundaron en 707 a. C. *Taras*, que llegó a ser la ciudad griega más importante de Italia. Es mucho más conocida por su nombre latino de *Tarentum* (Tarento). Fue la única ciudad que fundaron los espartanos allende los mares, pues estaban preocupados por una difícil guerra doméstica (como explicaremos en el próximo capítulo).

Alrededor del 600 a. C., colonizadores de Cumas fundaron una nueva ciudad a unos pocos kilómetros al Sur, a lo largo de la costa, y la llamaron sencillamente «Ciudad Nueva». Por supuesto, la llamaron así en griego, o sea *Neapolis*. En castellano este nombre se ha convertido en Nápoles.

Los colonizadores griegos llegaron aún más lejos que Italia. Focea, la más septentrional de las ciudades jónicas de Asia Menor, envió colonizadores focenses a la costa septentrional del Mediterráneo, a unos 650 kilómetros al noroeste de Cumas, y fundaron *Massalia* alrededor de 600 a. C. Es la moderna Marsella.

Egipto

Sólo las costas septentrionales del Mediterráneo estaban abiertas a la colonización griega. Las otras costas no estaban ocupadas por tribus atrasadas que se retiraban cautelosamente ante los avanzados forasteros sino por civilizaciones más viejas que la misma Grecia.

Al sur de Asia Menor, a unos 550 kilómetros por el Mediterráneo, estaba la fabulosa tierra de Egipto, ya antigua en tiempos micénícos.

Durante la Epoca Mícénica, Egipto poseía un gran poder militar y había creado un imperio que abarcaba grandes regiones del Asia cercana. Los griegos tenían vagos recuerdos de esto y en siglos posteriores hablaban de un rey conquistador llamado Sesostris, que creó un imperio mundial. Esto era una exageración, desde luego.

Pero después del 1200 a. C., bandas piratas de aqueos saquearon las costas egipcias (los «Pueblos del Mar»). Estas correrías también hallaron un eco en las leyendas griegas, pues se contaba que Menelao, de Esparta había desembarcado en Egipto en su camino de regreso desde Troya y había permanecido allí durante siete años.

Esas incursiones debilitaron al ya declinante Imperio Egipcio, hasta el punto de que nunca volvió a ser una potencia militar. Esto fue afortunado para los griegos, pues hizo que durante los oscuros siglos que siguieron a las invasiones dorias las ciudades-Estado griegas pudieran desarrollarse libremente sin la interferencia de lo que podía haber sido un Egipto poderoso y agresivo.

Entre tanto, en Asia, a unos 1.500 kilómetros al este de Egipto, surgió un pueblo guerrero de creciente poder. Armado, como los dorios, con armas de hierro, llevaron una cruel guerra contra los pueblos circundantes y comenzaron a crear un imperio alrededor del 900 a. C. Llamaban a su país «Ashur», por su dios principal, pero nos es más conocido por la versión griega de ese nombre: Asiria.

A los griegos sólo llegaron débiles rumores de esa temible pero lejana nación. Por ejemplo, imaginaban en años posteriores que el primer rey asirio había sido Nino y que la capital asiria Nínive había recibido su nombre de él. También creían que había sido sucedido por su bella, inmoral e inteligente esposa, Semíramis, de quien suponían que había conquistado las tierras del Imperio Asirio. En realidad, esas leyendas carecían de valor, pero el núcleo de ellas era que Asiria había sido poderosa en un tiempo, y esto era verdad.

Por el 750 a. C., cuando los colonizadores griegos comenzaron a explorar y establecerse en las costas mediterráneas del Norte, Asiria empezó a presionar hacía la costa oriental del mismo mar, y por el 700 a. C. había llegado a él. Este avance inspiró temor a los egipcios, quienes financiaron rebeliones contra Asiria que fueron siempre derrotadas. En 671 Asiria decidió descargar el golpe sobre la fuente de sus dificultades e invadió Egipto. La resistencia fue débil, y Egipto quedó anexado al Imperio Asirio.

Al llegar a ese punto, la misma Grecia podía haberse hallado en peligro, pero su buena suerte la salvó nuevamente. Asiria se había extendido hasta donde pudo. Trataba a sus enemigos con horrible crueldad, y el resultado fue que era odiada por todos los pueblos que dominaba. Hubo continuas rebeliones, primero en un lugar, luego en otro. Durante algunos años, todas esas rebeliones fueron derrotadas, pero mantuvieron ocupada a Asiria y los griegos estuvieron a salvo.

Egipto mismo se rebeló varías veces (y, en los tres siglos siguientes, las rebeliones egipcias contra las naciones que lo dominaban iban a envolver a menudo a los griegos, a veces desastrosamente). En el 652 a. C., los egipcios conquistaron la libertad y entraron en su último período de independencia. La capital egipcia se estableció entonces en Saís, cerca de una de las desembocaduras del río Nilo, y a este período de su historia lo podemos llamar el del Egipto Saítico.

El Egipto Saítico tuvo buena disposición hacia los griegos, pues los consideraba como posibles aliados contra nuevos peligros provenientes del Este. Las grandes monarquías orientales de la época tenían ejércitos muy numerosos, pero mal organizados. Dependían del peso del número, más que de maniobras cuidadosamente planeadas, y también de la caballería: de los hombres a caballo o en carros. Las pérdidas de los infantes carecían de importancia, porque podían ser fácilmente reemplazados; por ello, los soldados de infantería estaban armados con armas ligeras.

Los griegos, en cambio, estaban divididos en pequeñas ciudades-Estado en perpetuas guerras unas con otras. Las ciudades-Estado tenían ejércitos pequeños que (en la montañosa tierra griega) estaban formados casi totalmente por soldados de infanteria, y la victoria dependía mucho de las cualidades guerreras del individuo.

Prácticamente todo griego era entrenado en las armas desde la infancia y, para aprovechar al máximo los pocos soldados valiosos disponibles, cada uno iba pesadamente armado. Los infantes llevaban lanzas y espadas de buena calidad, un resistente yelmo que protegía su cabeza, metal en todas las partes del cuerpo y las piernas, y un pesado escudo que los protegía todo. Estos soldados pesadamente armados recibían el nombre de «hoplitas», de una palabra griega que significaba «arma».

Un grupo de hoplitas podía derrotar a un conjunto considerablemente mayor de tropas asiáticas mal disciplinadas y ligeramente armadas (como se demostró repetidamente en la historia posterior), de modo que los griegos eran muy codiciados como tropas mercenarias; es decir, como soldados que servían a gobiernos extranjeros por una paga.

A menudo había griegos disponibles para estos servicios, pues cuando una ciudad-Estado era derrotada en la guerra con otra, los hombres del Estado vencido buscaban empleo en el exterior, en lugar de soportar malos tiempos en su patria. Además, el envío de tropas mercenarias al exterior era otro modo de resolver el problema del exceso de población, Durante cinco siglos, los mercenarios griegos iban a desempeñar un papel importante en las guerras de las costas mediterráneas.

En tiempos saíticos, los egipcios hallaron útiles a los hoplitas griegos. También estimularon el comercio griego y hasta les permitieron establecer un puesto comercial en la desembocadura del Nilo. Este puesto, fundado en 635 a. C. Por colonizadores de Mileto, se convirtió en la ciudad de *Naucratis*, nombre que significa «soberano del mar».

Este señala el comienzo de la penetración griega en Egipto, que iba a culminar tres siglos después. Los griegos aplicaban sus propios nombres a los objetos que veían, y puesto que en años posteriores el griego era comprendido, pero no la lengua egipcia original, los que han sobrevivido son los nombres griegos. Esto ha dado a la historia egipcia. un aroma curiosamente griego.

La capital del Imperio Egipcio de tiempos micénicos era llamada «No» por los egipcios, pero los griegos la llamaron «Tebas» por alguna razón, aunque no tenía ninguna vinculación con la ciudad beocia. En siglos posteriores se convirtió en *Dióspolis*, o «ciudad de los dioses», por los muchos templos que contenía.

La Tebas egipcia estaba a 650 kilómetros Nilo arriba. Mucho más cerca de la desembocadura, casi en el punto en que el río forma un delta, había una importante ciudad con un nombre egipcio que los griegos transformaron en Menfis. De otra versión de ese nombre, los griegos quizás hayan derivado «Aigyptos» (esto es, Egipto), que aplicaron a la nación entera. La cercana ciudad de On más tarde se convirtió en *Heliópolis*, o «ciudad del sol», por los templos al dios Sol que había en ella.

Las gigantescas tumbas construidas por los primeros monarcas egipcios fueron llamadas *pi-mar* por los egipcios, pero los griegos cambiaron la palabra por «pirámides», de sonido más griego. Los griegos sentían, con toda razón, la más profunda admiración por esas gigantescas estructuras, y más tarde las

registraron como la primera de las siete estructuras hechas por el hombre más maravillosas del mundo. (Habitualmente se las llama «las siete maravillas del mundo».)

Cerca de las pirámides hay una enorme estructura con cuerpo de león y cabeza de hombre. Los griegos contaban entre sus monstruos míticos ciertos leones con cabeza de mujer, a los que llamaban «esfinges». Aplicaron este nombre a esa estructura egipcia, que desde entonces ha sido llamada la «Gran Esfinge».

Los egipcios también erigían altas y esbeltas estructuras en las que inscribían el elogio de sus monarcas victoriosos. Las más importantes fueron elevadas alrededor del 1450 a. C., cuando el Imperio Egipcio estaba en su cúspide. Los griegos las llamaban jocosamente «pequeños asadores» (obeliskós). Por consiguiente, aún los llamamos «obeliscos».

Las inscripciones de los obeliscos y otros monumentos estaban escritas en la antigua escritura pictográfica de los egipcios. Para los griegos, que no podían leerlas, esos signos tenían una significación religiosa tal vez misteriosa y llena de poder. Los llamaban la escritura jeroglífica (escritura sagrada), y lo mismo hacemos hoy.

Fenicia

Los egipcios nunca fueron un pueblo navegante. Defendían sus tierras, pero no competían con los griegos en el mar ni enviaban colonizadores al exterior.

Pero no ocurría lo mismo con otro pueblo mediterráneo. Las tierras bañadas por la parte más oriental del mar estaban habitadas por descendientes del pueblo que en la Biblia recibe el nombre de cananeos. Tenían una antigua experiencia en la navegación y sus barcos penetraban en lo desconocido aún más audazmente que los de los griegos.

En tiempo de los griegos, la ciudad principal de esas costas orientales era llamada «Sur» (roca) por sus habitantes, porque había sido construida originalmente, por el 1450 a. C.. en una isla rocosa cercana a la costa. La forma griega de ese nombre nos ha llegado como «Tiro», La mayor fuente de prosperidad de Tiro la constituían sus tinturas. Obtenían una tintura rojo-purpúrea de un marisco de sus costas mediante un procedimiento que mantuvieron secreto. En aquellos días, las buenas tinturas, que no se desleían o borraban, eran muy escasas, y esta «púrpura tiria», como aún se le llama, era muy codiciada. Los mercaderes tirios pedían buenos precios por ella y prosperaban.

Cuando los griegos encontraron por primera vez a los mercaderes y navegantes de Tiro, quedaron impresionados por las coloridas ropas que usaban. Por ello, los llamaron «fenicios», voz derivada de una palabra que significaba «rojo sangre», y a la tierra de los tirios la llamaron «Fenicia».

Los fenicios figuran en las leyendas griegas. Según esas leyendas, el antiguo rey de Creta, Minos, era hijo de la princesa fenicia Europa (véase pág. 24). Se creía que el hermano de Europa, Cadmo, había llegado a las tierras continentales de Grecia y había fundado la ciudad de Tebas.

Esto bien podría ser el eco de incursiones fenicias en tiempos micénicos. Los fenicios se establecieron en la isla de Chipre, que está a sólo 320 kilómetros al noroeste de Tiro, durante el agitado período que siguió a las invasiones dorias. Los griegos ya se habían establecido allí en época micénica, y durante todos los tiempos helenicos hubo en Chipre ciudades griegas y fenicias (a menudo en conflicto unas con otras).

Los fenicios no sólo cerraron el extremo oriental del Mediterráneo a la colonización griega, sino también el extremo occidental.

Ya antes de que comenzara la gran oleada de colonización griega, los colonizadores fenicios habían desembarcado en la costa sur del Mediterráneo, a unos 1.500 kilómetros al oeste del Nilo. Fundaron dos ciudades, la primera de las cuales era conocida por los romanos de siglos posteriores como Útica y la segunda, fundada en 814 a. C., como Cartago.

Cartago prosperó. Se hizo soberana de toda la costa y, en verdad, llegó a ser mucho más poderosa que Tiro. Durante un largo período, fue la ciudad más grande y más rica del Mediterráneo occidental y ningún barco podía entrar en esa parte del mar sin permiso de Cartago.

Más aún, Cartago comenzó a establecer zonas de dominación, en competencia directa con los griegos. La ciudad está separada del extremo occidental de Sicilia por sólo 150 kilómetros de mar. No cabe sorprenderse, pues, de que los cartagineses se desplazaron a Sicilia occidental, como los griegos habían ocupado la parte oriental de la isla.

A lo largo de todos los tiempos helénicos, los cartagineses y los griegos se combatieron hasta llegar a un estancamiento. Ninguno de los pueblos pudo nunca expulsar totalmente de la isla al otro, aunque uno y otro estuvieron a punto de conseguirlo a veces.

La expansión griega hacia el noroeste de la península Itálica también se detuvo y no pasó de Cumas, la primera colonia que fundaron. Al noroeste de Cumas estaban los etruscos.

Muy poco es lo que se sabe de los etruscos. Tal vez llegaron a Italia desde Asia Menor, pero también esto es incierto. No comprendemos su lengua, y su cultura ha dejado escasos restos que podamos estudiar. Más tarde fueron absorbidos por los romanos, tan completamente que casi no queda nada de ellos.

Pero cuando los griegos estaban asentándose en Italia, los etruscos aún eran poderosos. Y opusieron resistencia cuando los griegos trataron de llegar a las grandes islas de Cerdeña y Córcega, que están entre Italia y el asentamiento griego de Massalia.

Los focenses, que se habían establecido en Massalia, tomaron la delantera en el intento de colonizar las islas, por el 550 a. C. Pero alrededor del 540 a. C., los etruscos, en alianza con los cartagineses, derrotaron a la flota focense en una batalla naval que se libró cerca de Cerdeña. Fue un desastre para los colonizadores griegos, quienes fueron muertos o expulsados de la isla. Cartago se apoderó de Cerdeña, mientras que Córcega cayó en manos de los etruscos.

Esa batalla marcó el fin de la Edad de la Colonización griega. Las zonas disponibles para la colonización habían sido ocupadas y los griegos ya no pudieron seguir expandiéndose.

Aunque al respecto los fenicios y sus colonizadores frustraron a los griegos, en otro respecto les hicieron -e hicieron a todo el mundo- un gran favor. Inventaron el sistema de escribir palabras mediante unos pocos símbolos diferentes.

Las civilizaciones anteriores, por ejemplo, la de los egipcios, habían inventado la escritura, pero usaban cientos o hasta miles de símbolos diferentes, uno para cada palabra diferente o al menos para cada sílaba diferente. (Es lo que hacen los chinos hasta el día de hoy.)

Los fenicios fueron los primeros en percatarse de que era totalmente posible hacer que cada símbolo representase sólo a una consonante y que bastaban dos docenas de «letras». Cada palabra sería una combinación de varias letras.

La invención fenicia tal vez fue la única de esta especie. Todos los otros grupos humanos que han aprendido a escribir de esta manera parecen haber tomado las letras fenicias, aunque a veces de un modo muy indirecto.

Los griegos tomaron sus letras de las fenicias, y lo admitieron en sus leyendas. Fue Cadmo, el príncipe fenicio fundador de Tebas, quien según la leyenda enseñó a los griegos el sistema de escritura con letras.

Pero los griegos introdujeron un cambio. Hicieron que algunas de las letras representasen vocales, dando más sencillez y claridad al sistema, al permitir distinguir «masa», «mesa», «misa», «musa» y «amasa». [Por supuesto, hemos adaptado el ejemplo inglés del original al castellano. (N. del T.)].

4. El ascenso de Esparta

Laconia

La mayor parte del esfuerzo de la colonización griega fue realizado, con mucho, por los pueblos jonios de las islas del Egeo y de Asia Menor. De las ciudades dóricas, sólo Corinto participó intensamente en la colonización.

Pero Coríntο estaba situada en el istmo, tanto frente al Este a Asia Menor, como al Oeste, a Sicilia. Estaba bien ubicada para el comercio, y durante todos los tiempos helénicos y aún después fue una ciudad próspera que, a veces, poseyó una gran flota.

Otra cosa ocurría con las demás ciudades dorias del Peloponeso. Estas conservaban la tradición de la conquista territorial y no se inclinaban a lanzarse al mar. Y de todas ellas, la que tenía mayor propensión a combatir bien en tierra y mal en el mar era Esparta.

Esparta, también llamada Lacedemonia, según el nombre de un fundador mítico, estaba a orillas del río Eurotas, a unos 40 kilómetros del mar. Por ende, es una ciudad del interior.

En tiempos micénicos había sido una ciudad importante, pero después de ser tomada por los dorios, aproximadamente en el 1100 a. C., cayó en la oscuridad durante un tiempo. En los tres siglos siguientes se recuperó gradualmente y aún extendió su influencia sobre ciudades vecinas; por el 800 a. C., Esparta era la soberana de todo el valle del Eurotas, una región llamada Laconia.

Los conquistadores dorios eran los únicos ciudadanos de Esparta y de las zonas que llegaba a dominar. Eran los únicos que intervenían en el gobierno. Los espartanos propiamente dichos eran esta clase dominante, y cuando en este libro hablemos de los espartanos, habitualmente nos referimos a ella. Fueron siempre una minoría de la población total de las regiones dominadas por Esparta, y en tiempos posteriores no pasaron de constituir el 5 por 100 de la población o aún menos.

Las únicas actividades que los espartanos consideraban honorables eran la guerra y el gobierno. Pero alguien debía tener a su cargo el comercio y la industria, y estas actividades estuvieron en manos de otro pequeño grupo, el de los *periecos*. Estos eran hombres libres, pero sin ningún poder político. Probablemente descendían de los habitantes predorios de Esparta, que se habían aliado a tiempo, prudentemente, con los invasores.

Pero la masa de la población de los territorios espartanos estaba formada por pueblos conquistados que habían cometido el error de resistir. Fueron derrotados y luego brutalmente esclavizados. Una de las primeras cíudades que sufrió este destino fue Helo, cuyos infortunados habitantes fueron esclavizados en masa.

Con el tiempo, el término *ilota* llegó a designar a cualquíer esclavo espartano, fuese o no descendiente del pueblo de Helo. Ocasionalmente, un ilota podía ser manumitido por sus buenos servicios a Esparta y se le permitía incorporarse a las filas de los periecos. Pero en conjunto los ilotas eran tratados como seres sin

derechos humanos y estaban sometidos a un tratamiento más cruel que el de otros esclavos del mundo griego.

Los espartanos, que eran los más conservadores de los griegos y los menos inclinados al cambio, conservaron sus reyes mientras la ciudad gozó de alguna forma de autonomía. Más aún, su realeza era poco común, pues Esparta difería de la mayoría de los gobiernos, griegos o no, en que tenía dos reyes. En otras palabras, era una *diarquía*.

La causa de esto, probablemente, fue que dos tribus separadas de los dorios se unieron para conquistar y ocupar Esparta, y convinieron en que las familias de cada jefe gobernaran conjuntamente sobre las fuerzas aliadas. Los mismos espartanos explicaban el hecho diciendo que los reyes descendían de los hermanos gemelos de uno de sus más antiguos monarcas.

Pero con el tiempo el poder de los reyes espartanos fue severamente limitado. Su función principal consistía en conducir los ejércitos. Eran principalmente generales, y sólo tenían poder fuera de las fronteras de Esparta.

Internamente, el gobierno se hallaba bajo el férreo control de una oligarquía de treinta hombres. Los dos reyes formaban parte de ella, pero sólo representaban dos votos sobre treinta. Los otros veintiocho eran elegidos entre los espartanos que habían llegado a la edad de sesenta años. Formaban la *gerusía*, de una palabra griega que significa «viejo».

Había también cinco *éforos* que hacían las veces de magistrados. Eran los ejecutivos encargados de que se cumplieran las decisiones de la gerusía. Internamente y en tiempo de paz, los éforos tenían más poder que los reyes y podían multarlos o castigarlos por cualquier acción contraria a la ley.

En conjunto, este ineficaz modo de gobernar la ciudad mediante dos reyes. y un grupo de oligarcas contribuyó a hacer de Esparta un Estado tradicionalmente inmovilista; hasta su fin, nunca hizo intento alguno de modernizar su gobierno.

Argos y Mesenia

Durante los siglos oscuros, mientras Esparta se hacía dueña del valle del Eurotas, la ciudad más poderosa del Peloponeso era Argos. Esta dominación era suficientemente acentuada como para hacer que Homero llamase argivos a todos los griegos del Peloponeso.

Argos era similar a Esparta, pero menos rígida. Tenía reyes, pero los suprimió en una época en que Esparta aún los conservaba. Tenía un sistema de castas, pero no tan estricto como el de Esparta.

Argos llegó a la cumbre de su poder bajo Fidón, quien gobernó por el 750 a. C. Bajo su reinado, Argos llegó a dominar la Argólida, además de las costas orientales del Peloponeso y la isla de Citera, frente al extremo sudoriental del Peloponeso. Hasta logró ejercer una importante influencia sobre el Peloponeso occidental. Por ejemplo, en 748 a. C. arrancó a Élide el control de los juegos Olímpicos y presidió los mismos juegos.

Los elianos pidieron ayuda a Esparta, y éste fue el comienzo de una larga y enconada rivalidad entre Esparta y Argos que perduró por siglos. Muy poco se sabe en detalle de lo que siguió, pero Esparta debe de haber ganado, pues los elianos recuperaron su primacía en los juegos Olímpicos y eliminaron de los registros aquel que había presidido Fidón.

Después de la muerte de Fidón, Argos se debilitó y Esparta pudo apoderarse de Citera y de la costa oriental del Peloponeso. Argos quedó limitada a la Argólida y allí vegetó. Los argivos nunca olvidaron que habían tenido la supremacía en el Peloponeso ni perdonaron nunca a los espartanos el haberlos derrotado. Durante siglos, sólo tuvieron una meta: derrotar a Esparta. Se unieron a todos los posibles enemigos de Esparta y jamás tomaron parte en ninguna actividad en la que la conductora fuese Esparta.

A la par que Esparta se expandía hacia el Este, en dirección al mar, también lo hacía hacia el Oeste, quizá, por el estímulo de su ayuda a Élide.

Al oeste de los territorios espartanos, en la región sudoriental del Peloponeso, se hallaba Mesenia. En tiempos micénicos, la principal ciudad de la región fue Pilos, señalada por su excelente puerto. Durante la guerra de Troya, según Homero, su rey era Néstor, el más viejo y sabio de los héroes griegos.

Los dorios conquistaron Mesenia como habían conquístado Esparta, pero en la primera se mezclaron con los pueblos anteriores. No mantuvieron sus actividades guerreras, y a los dorios de Esparta debe de haberles parecido que se habían ablandado.

Sin embargo, los mesenios no deben de haber sido tan blandos, pues según la tradición los espartanos necesitaron dos guerras, de veinte años de duración cado una, para conquistar a los mesenios. Poco se conoce de los detalles de ambas guerras, pues los historiadores griegos cuyas descripciones nos han llegado vivieron mucho después y encontramos en ellos una serie de cuentos que parecen ser encantadoras ficciones.

La Primera Guerra Mesenia comenzó por el 730 a. C., cuando los espartanos invadieron repentinamente Mesenia. Después de varios años de lucha, los mesenios, conducidos por su rey Aristodemo, se retiraron al monte Itome, un pico de 800 metros de altura situado en el centro del país y que en futuras ocasiones también iba a servir a los mesenios de fortaleza. Allí, los mesenios resistieron durante muchos años, pero finalmente, por el 710 a. C., se vieron obligados a rendirse.

Los espartanos, encolerizados por su prolongada resistencia, convirtieron implacablemente en ilotas a los mesenios.

En 685 a. C., los mesenios, oprimidos más allá de lo resistible, se rebelaron bajo la conducción de Aristómenes. Relatos posteriores hicieron de Aristómenes una especie de superhombre que, casi sin ayuda, inspiró a los mesenios proezas de gran valentía y, con gran capacidad como general, mantuvo a raya las superiores fuerzas espartanas. Finalmente, después de diecisiete años, al perder una batalla decisiva por la traición de un aliado, Aristómenes y un pequeño grupo de adictos abandonó el país y se embarcó hacía tierras libres de ultramar. En 668 a. C., pues, Mesenia se hallaba nuevamente postrada.

En cuanto a los refugiados mesenios, se supone que se dirigieron a la región de Sicilia donde ésta casi se toca con Italia. Allí colonizadores de Calcis habían fundado una ciudad en 715 que llamaron Zancle, que significa «hoz», porque la franja de tierra sobre la que estaba construida se asemejaba a una hoz. Los mesenios llegaron a dominar la ciudad y cambiaron su nombre por el de Messana, en honor a su tierra natal esclavizada.

El modo espartano de vida

Las guerras mesenias también costaron un alto precio a Esparta. Medio siglo de guerra tan duramente librada enraizó profundamente la vida militar en la conciencia espartana. Pensaban que jamás debían descuidarse, sobre todo habiendo tan pocos espartanos y tantos ilotas, Sin duda, si los espartanos se descuidaban, aun ligeramente, los ilotas se rebelarían de inmediato.

Además, las guerras mesenias hicieron surgir la figura del hoplita. El entrenamiento militar debía ser particularmente duro para habituar al soldado a usar una armadura pesada y blandir armas pesadas. El combate no era tarea para debiluchos, tal como lo practicaban los espartanos.

Por esta razón, los espartanos dedicaban su vida a las cosas de la guerra. Los niños espartanos eran examinados al nacer, para ver si eran físicamente sanos. Si no lo eran, se los abandonaba y dejaba morir. A los siete años, se los apartaba de sus madres y se los criaba en cuarteles.

Se les enseñaba a soportar el frío y el hambre, no se les permitía usar ropas finas ni comer alimentos delicados. se los entrenaba en todas las artes marciales y aprendían a sobrellevar el cansancio y el dolor sin quejarse.

Las reglas espartanas eran luchar duramente, cumplir las órdenes sin discutir y morir antes que retirarse o rendirse. Para huir, un soldado tenía que arrojar su pesado escudo, pues de lo contrario sólo podía avanzar lentamente; si moría, era llevado a su hogar con honra sobre su escudo. Por ello, las madres espartanas debían enseñar a sus hijos a volver de la guerra «con sus escudos o sobre ellos».

Los espartanos adultos comían en una mesa común, a la que cada uno llevaba su parte, y todos contribuían con lo que producían sus tierras mediante el trabajo de sus ilotas. (Si un espartano perdía sus tierras por cualquier razón, ya no podía ocupar un lugar en la mesa, lo cual era una gran desgracia. En siglos posteriores, fue cada vez menor el número de espartanos que podían ocupar tal lugar, pues la tierra quedó concentrada cada vez en menos manos. Esto fue una fuente de debilidad para Esparta, pero sólo al fin de su historia trató de remediar esta situación.)

El alimento tomado en la mesa común estaba destinado a satisfacer a una persona y mantener la vida, pero nada más. Se decía que algunos griegos no espartanos, después de probar el potaje que los espartanos comían en sus cuarteles, ya no se asombraban de que éstos lucharan tan bravamente y sin el menor miedo a la muerte. Ese potaje hacía desear la muerte.

En siglos posteriores, los espartanos atribuían este modo de vida a un hombre llamado Licurgo, que vivió, según la tradición, alrededor del 850 a. C., mucho antes de las guerras mesenias. Pero casi seguro que no fue así y hasta es dudoso que Licurgo haya existido siquiera. La prueba de esto es que hasta aproximadamente 650 a. C. Esparta no parece haber sido muy diferente de los otros Estados griegos. Tenía su arte, su música y su poesía. En el siglo VII, un músico de Lesbos llamado Terpandro llegó a Esparta y la pasó bien allí. Se dice que introdujo mejoras en la lira y se le llama el «padre de la música griega».

El más famoso de todos los músicos espartanos fue Tirteo. De acuerdo con la tradición, era ateniense, pero bien puede haber sido espartano nativo. Sea como fuere, vivió durante la Segunda Guerra Mesenia, y se dice que su música inspiró a los espartanos proezas de bravura, cuando su ardor flaqueaba.

Sólo después de la Segunda Guerra Mesenía la mano letal del militarismo absoluto sofocó completamente todos los elementos creadores y humanos en

Esparta. El arte, la música y la literatura desaparecieron. Hasta la oratoria fue suprimida (y a todos los griegos les ha gustado hablar, desde la antigüedad hasta el presente) pues los espartanos solían hablar muy breve y sucintamente. La misma palabra «locónico» (de Laconia) ha llegado a significar la cualidad de hablar de manera concisa.

El Peloponeso

Cuando la época de la colonización griega se aproximaba a su fin, Esparta, que prácticamente no había tomado parte en ella, era la dueña absoluta del tercio septentrional del Peloponeso. Era con mucho la mayor de las ciudades-Estado griegas y, por su modo de vida, la más entregada al militarismo.

Las otras ciudades-Estado griegas del Peloponeso -al menos las que aún eran libres- contemplaban la situacíón con gran ansiedad. Argos, por supuesto, había tratado de ayudar a Mesenia durante la Segunda Guerra Mesenia (todo para perjudicar a Esparta), pero Corinto estuvo del lado espartano (todo para perjudicar a Argos).

Las ciudades que estaban inmediatamente al norte de Esparta, en la región central del Peloponeso llamada Arcadia, se hallaban particularmente preocupadas. De ellas, las principales eran Tegea, a unos 40 kilómetros al norte de la ciudad de Esparta, y Mantinea, a unos 20 kilómetros más al norte.

Como de costumbre, Tegea y Mantinea peleaban entre sí y con otras ciudades de Arcadia, de modo que ésta en su conjunto era débil. Sin embargo, bajo el liderazgo de Tegea se enfrentaron con Esparta más o menos unidas.

Después de la dura prueba que fueron las Guerras Mesenias, Esparta no deseaba lanzarse a la ligera a ninguna guerra seria y durante muchas décadas dejó enfriar su rivalidad con Arcadia. Pero en 560 a. C. Quilón fue elegido entre los éforos espartanos. Era una personalidad dominante que ganó reputación por su reflexiva prudencia y fue contado más tarde entre los «Siete Sabios» de Grecia. Según algunas tradiciones, fundó el *eforado*, de modo que fue quizá bajo su mandato cuando por primera vez se pusieron drásticos límites al poder de los reyes.

Quilón exigió una política fuerte; Esparta derrotó rápidamente a los arcadios, quienes se apresuraron a someterse. Se permitió a Tegea conservar su independencia, y sus ciudadanos, quienes deben de haber temido ser reducidos a ilotas, se mostraron agradecidos. Los arcadios fueron leales aliados de Esparta durante casi dos siglos, y ninguna ciudad fue más leal que Tegea.

De este modo, sólo quedaba Argos, que aún soñaba con su antigua supremacía. En 669 a. C., mientras Esparta se hallaba ocupada en la Segunda Guerra Mesenia, Argos ganó una batalla contra Esparta. Pero en el siglo siguiente permaneció inactiva, llena de resentimiento y odio, mas sin osar moverse.

En 520 a. C., Cleómenes I llegó a ocupar uno de los tronos espartanos. Poco después de acceder a éste, marchó sobre la Argólida y, cerca de Tirinto, infligió a Argos una nueva derrota.

La derrota de Argos puso de manifiesto algo que ya era un hecho después de la victoria sobre Tegea: Esparta ejercía la supremacía sobre todo el Peloponeso. Poseía un tercio de él, y, de los otros dos tercios, uno era su aliado y el otro permanecía atemorizado ante ella. En ninguna parte del Peloponeso se podía mover un soldado sin permiso de Esparta. En verdad, Esparta era la potencia

territorial dominante en toda Grecia y durante casi dos siglos fue aceptada como líder del mundo griego.

Pero Esparta no estaba realmente preparada para ser la conductora de Grecia. Los griegos estaban en su elemento en el mar, y Esparta no. Los griegos tenían intereses de un extremo al otro del Mediterráneo, mientras que Esparta sólo se interesaba (en su corazón) por el Peloponeso. Los griegos eran de espíritu rápido, artístico y libre; los espartanos eran lentos, obtusos y esclavizados unos a otros o al modo militar de vida.

En años posteriores, los griegos de otras ciudades-Estado a veces admiraban el modo espartano de vida porque les parecía virtuoso y pensaban que había llevado a Esparta a la gloria militar. Pero se equivocaban. En arte, música, literatura y el amor a la vida -en todo lo que hace que merezca la pena vivir- Esparta no hizo ninguna contribución.

Sólo podía ofrecer un modo de vida cruel e inhumano de la brutal esclavitud de la mayoría de su población y sólo una especie de ciego coraje animal como virtud. Y su modo de vida pronto fue más aparente que real; fue su reputación la que la salvó durante un tiempo, mientras su sustancia estaba podrida.

Parecía fuerte en tanto obtuviese victorias, pero mientras que otros Estados podían soportar las derrotas y recuperarse, Esparta perdió la dominación de Grecia, corno veremos, después de una sola derrota. La pérdida de una batalla importante iba a ponerla al descubierto y a echarla por tierra. (Y, extrañamente, fue más admirable en los días de debilidad que siguieron, que durante su período de vigor.)

5. La edad de los tiranos

De la agricultura al comercio

La colonización griega del Mediterráneo fue parte de un gran cambio que se produjo en el modo de vida de algunas ciudades griegas. El hecho de la colonización también aceleró ese cambio.

En tiempos micénicos, Grecia había tenido un comercio muy desarrollado, pero después de las invasiones dorias la vida se hizo más sencilla y más pobre. La población griega se dedicó a la «agricultura de subsistencia». Es decir, cada zona cultivaba las materias primas que necesitaba. Cultivaba cereales y vegetales, criaba ganado para obtener leche, ovejas para obtener lana, cerdos para obtener carne, etc.

En tales condiciones, se necesitaba muy poco comercio, y las ciudades se autoabastecían. Ahora bien, en un país poco fértil como Grecia, esto significó que el nivel de vida bajó mucho. Cada ciudad apenas era autosuficiente y no podía permitirse un gran aumento de la población. (Cuando se producía tal aumento, esto obligaba a la colonización.)

Pero el comercio fue recuperándose lentamente, y el proceso de colonización apresuró ese renacimiento. Se hizo posible importar alimentos de allende los mares, de Sicilia o de la región septentrional del mar Negro, por ejemplo. Tales regiones eran más fértiles que la misma Grecia, y en ellas el alimento se podía obtener en mayores cantidades y con menor esfuerzo. Para pagar tales importaciones de alimentos, las ciudades griegas se dedicaron a la industria; fabricaron armas, textiles o cerámica para intercambiar por los cereales. A veces las ciudades también se dedicaban a la «agricultura especializada», para intercambiar vinos y aceite de oliva (para los que la tierra griega es apropiada) por cereales.

Una ciudad que pudiera obtener suficiente alimento para mantener una pequeña población podía fabricar bastantes materiales como para comprar gran cantidad de alimentos del exterior y, de este modo, sustentar a muchas más personas. Así, la población creció, particularmente en las ciudades más activas en el comercio y la colonización.

Al sudoeste de Atenas, entre el Ática y la Argólida, hay un brazo de mar llamado el Golfo Sarónico. En medio de él se encuentra la pequeña isla de Egina, que tiene aproximadamente el doble del tamaño de la isla de Manhattan. Es rocosa y estéril, pero fue una de las ciudades griegas que prosperó y hasta llegó a ser poderosa a consecuencia del comercio. En verdad, Egina hizo una importante innovación.

En tiempos primitivos, los hombres comerciaban por trueque, intercambiando productos: cada individuo cedía algo que no necesitaba demasiado por otra cosa que necesitaba o deseaba mucho. Lentamente, se impuso la costumbre de usar metales como el oro o la plata en este comercio. Esos metales no se gastaban o arruinaban y eran atrayentes y muy raros, de modo que pronto se difundió su uso. En suma, constituían un útil «medio de intercambio».

Mas para que el comercio fuera equitativo, cierto peso convenido de oro debía ser cambiado, por ejemplo, por un par de cabezas de ganado o determinada extensión de tierra. Esto suponía que los mercaderes debían llevar balanzas en las cuales pesar el oro o la plata, lo cual podía provocar muchas disputas sobre si las balanzas eran fieles o si el oro o la plata eran puros.

En algún momento del siglo VII a. C., la nación de Lidia, de Asia Menor, comenzó a emitir pepitas de oro y plata con respaldo del gobierno usando metales de garantizada pureza y estampando en cada pepita su peso o su valor. El uso de tales «monedas» facilitó mucho las pequeñas transacciones y contribuyó a la prosperidad de quienes utilizaban la invención.

Este nuevo sistema de monedas fue adoptado en Grecía. Según la tradición, el rey Fidón, de Argos, fue el primero en usarlas, pero esto no puede ser porque reinó un siglo antes. En realidad, fue Egina la primera en hacer uso en gran escala de las monedas en el comercio. Su prosperidad aumentó y llegó a su cúspide alrededor del 500 a. C.; otras ciudades-Estado se apresuraron a imitarla a este respecto.

Curiosamente, la creciente prosperidad provocó perturbaciones. Cuando la riqueza entraba en una ciudad, surgía una nueva clase de hombres poderosos: los ricos mercaderes. No siempre la vieja clase terrateniente admitía compartir el poder político con estos nuevos ricos, y esto engendró intranquilidad.

Al mismo tiempo, a medida que entraba dinero, los precios, naturalmente se elevaban, de modo que se producía inflación. Esto hacía que las personas que no participaban de la nueva prosperidad, particularmente los granjeros, en realidad estaban peor que antes. Se endeudaron.

El nuevo comercio también aumentó el valor de los esclavos. En las fábricas de alfarería o de vestidos podían emplearse muchos más esclavos que en las granjas, y los mercaderes podían proporcionar esos esclavos. Por ello, aumentó la tendencia a esclavizar a los agricultores endeudados, como castigo por no poder pagar sus deudas.

El uso de esclavos creó dificultades a los artesanos libres, que elaboraban productos manufacturados en pequeña escala para mantener su prosperidad.

La introducción de la acuñación de monedas hizo que todo el proceso se produjera más rápida y drásticamente. A veces, la vieja clase terrateniente se entendía con la nueva clase mercantil para hacerse de un aliado vigoroso, mientras que los agricultores y artesanos se unían en la oposición.

Sólo Esparta pudo evitar las conmociones y dislocamientos provocados por la expansión comercial. Prohibió el uso de la moneda y la importación de artículos de lujo. Se aferró a la agricultura de subsistencia y a las viejas costumbres. Esto creó un bajo nivel de vida, pero era considerado como una virtud espartana y su gobierno fue estable.

En otras partes, en cambio, un encono y una violencia nuevos entraron en la política, donde unos pocos «ricos» se enfrentaban con un número creciente de «pobres» cada vez más pobres. Y la situación fue peor precisamente en las ciudades más dedicadas al comercio.

Los tiranos de Jonia

Para que se hiciese sentir la insatisfacción popular por las oligarquías, el pueblo necesitaba líderes. A menudo hallaban alguno (a veces, uno de los mismos nobles, que había reñido con los otros) con suficiente audacia para armarlos y

conducirlos a una rebelión contra sus gobernantes. En tal caso, el líder habitualmente quedaba como único gobernante. En verdad, tal vez fuera la ambición de este tipo de gobierno la que lo llevase originalmente a combatir a la oligarquía.

No se trataba de un rey, pues no había heredado su cargo ni, por ende, tenía ningún derecho legal o sagrado a él. Era sencillamente un «amo», nada más. La palabra griega que lo designaba era *tyrannos*, que se ha convertido en nuestra voz «tirano». (La expresión «tirano» es equivalente a lo que hoy llamaríamos un «dictador». Ahora usamos la palabra «tirano» en un mal sentido, para designar a un gobernante cruel y vicioso, mas para los griegos sólo designaba a un gobernante que no había heredado el poder. Podía muy bien ser un líder amable y bueno.)

Los tiranos fueron numerosos en la historia griega entre 650 y 500 a. C. Por ello, la segunda mitad de la Edad de la Colonización es también llamada «Edad de los Tiranos». No es una denominación muy apropiada, pues hubo muchas ciudades sin tiranos en este período y hubo más tarde muchas ciudades que los tuvieron.

A menudo los tiranos fueron gobernantes capaces que dieron prosperidad y paz a sus ciudades. Puesto que habían obtenido el poder a causa del cambio de los tiempos y el descontento popular, adaptaron el gobierno a las nuevas costumbres como el método más sabio de permanecer en el poder. Por ello, la suerte de la gente común por lo general mejoró bajo ellos. Los tiranos trataron de hacerse populares embelleciendo la ciudad (y por tanto empleando artesanos en los necesarios trabajos de construcción y conquistando su apoyo), introduciendo nuevas fiestas para diversión del pueblo, etc.

Los tiranos llegaron primero al poder en Jonia, donde florecía el comercio con el interior de Asia Menor y donde las nuevas costumbres se hicieron sentir con mayor fuerza. El más famoso de ellos fue Trasíbulo, quien gobernó en la gran ciudad colonizadora de Mileto alrededor del 610 a. C. Bajo su gobierno, Mileto alcanzó la cúspide de su fama y su poder, y fue realmente la ciudad más floreciente e importante del mundo griego.

Y bajo Trasíbulo surgió en Mileto un grupo de hombres que, a la larga, fueron más importantes que cualquier cantidad de tiranos.

El primero de ellos fue Tales, quien nació en Mileto aproximadamente en 640 a. C. Se supone que era de madre fenicia y se dice que visitó Egipto y Babilonia. Presumiblemente llevó a Grecia el saber y los conocimientos de las civilizaciones, mucho más antiguas, del Sur y el Este.

De los babilonios, por ejemplo, aprendió bastante astronomía como para predecir eclipses; su predicción de un eclipse que se produjo en 585 a. C. asombró a los hombres y elevó el prestigio de Tales a gran altura.

También tomó la geometría de los egipcios, pero realizó en ella dos avances fundamentales. En primer lugar, la convirtió en una disciplina abstracta y, según nuestro conocimiento, fue el primer hombre que la concibió como referida a líneas imaginarias de espesor nulo y rectitud perfecta y no a líneas reales, con espesor e irregulares marcadas en la arena, garabateadas en cera o formadas por cuerdas tensas.

En segundo lugar, demostró enunciados matemáticos mediante una serie regular de argumentos, poniendo orden en lo que ya se sabía y procediendo paso a paso hasta la prueba buscada, como consecuencia inevitable. Esto llevó al progreso de la geometría, que fue la mayor realización científica de los griegos.

En las ciencias físicas, fue el primero en estudiar la manera cómo el ámbar atrae objetos ligeros cuando se lo frota. El nombre griego del ámbar es *elektron* y en siglos posteriores a esa atracción se la consideró resultado de la «electricidad».

Tales también estudió una piedra negra que atraía al hierro. Esa piedra provenía de la cercana ciudad de Magnesia, por lo que se la llamaba *magnetis lithos* (la piedra de magnesia), que dio origen al término «magnetismo».

Finalmente, especuló sobre la constitución del Universo, sobre su naturaleza y sobre su origen. Para ello, partió de dos supuestos. Primero, afirmó que no había dioses ni demonios involucrados, sino que el Universo opera por leyes inmutables. Segundo, sostuvo que la mente humana, mediante la observación y la reflexión, podía llegar a saber cuáles son esas leyes. Toda la ciencia, desde la época de Tales, parte de estos dos supuestos.

Otros siguieron el camino de Tales, en Míleto y en otras ciudades de Jonia, durante el siglo siguiente; se los llama la «Escuela Jónica». Así, el discípulo de Tales, Anaximandro, nacido en 611 a. C., y un pensador más joven, Anaxímenes, también especularon sobre la naturaleza del Universo. Y lo mismo Heráclito, nacido alrededor del 540 a. C. en la cercana ciudad de Efeso.

No ha sobrevivido ninguno de los escritos de esos antiguos pensadores. Sólo los conocemos por citas casuales en las obras de autores posteriores.

El más famoso de esos primeros científicos fue Pitágoras, quien nació alrededor del 582 a. C. en la isla de Samos, frente a la costa jónica. Se llamaba a sí mismo un «filósofo» (amante del saber), y el mismo nombre llegó a aplicarse a todos los pensadores griegos.

En la época de Trasíbulo, el tirano de Mileto, y de Tales, el científico de Mileto, otro tirano gobernaba en la isla eolia de Lesbos. Se trataba de Pítaco, que ejerció su dominación sobre Mitilene, la principal ciudad de la isla.

Aproximadamente en 611 a. C., llevó a cabo una revolución contra un hombre que gobernaba mal y cruelmente. Hecho esto, se percató de que el único modo de asegurar que la ciudad tuviese un buen gobierno era que él mismo se convirtiera en tirano. Finalmente aceptó el cargo en 589 a. C. y gobernó durante diez años. En 579 a. C., pensando que había realizado su tarea y que a la edad de setenta años poco más era lo que podía hacer, renunció.

Pítaco gobernó tan bien que, en siglos posteriores, cuando los griegos elaboraron sus listas de los Siete Sabios (esto es, los siete políticos que condujeron el mundo griego durante el siglo VI, en el que se produjo el paso de la oscuridad a la riqueza y el poder), fue colocado junto a Quilón de Esparta (véase página 59). El tercero en la lista era Tales de Mileto, no por su actividad científica, sino por sus sabios consejos políticos, que expondremos más adelante. El cuarto «Sabio» era Cleóbulo, quien gobernó como tirano sobre una ciudad de la isla de Rodas por el 560 a. C.

Bajo Pítaco, la isla de Lesbos tuvo un período de gran desarrollo cultural. Alrededor del 600 a. C., se destacó en la isla el poeta lírico griego Alceo. Escribió canciones de amor y también poemas políticos en los que denunciaba a los gobernantes que juzgaba malos. Pítaco consideró prudente enviarlo al exilio durante su tiranía, pero el poeta volvió después de la renuncia de aquél. Sin embargo, Alceo no era ningún héroe en el combate, pues lo que se dice con más frecuencia de él es que en una ocasión, durante una batalla, «arrojó su escudo», es decir, huyó.

También en Lesbos y por la misma época vivió Safo, poetisa que fue la primera gran figura literaria femenina de la historia. Quizá la consideraríamos la más grande, tanto como la primera, si pudiésemos conocer su obra. Desgraciadamente, se ha perdido casi en su totalidad; pero muchos de los griegos antiguos la consideraban a la par de Homero, y por lo común es posible fiarse de su buen gusto.

Los tiranos de tierra firme

La Grecia continental tuvo algunos tiranos notables en las ciudades comerciales. La ciudad de Megara, situada en el istmo, estuvo bajo la dominación del tirano Teágenes desde aproximadamente el 640 a. C. en adelante. Hizo construir un acueducto que llevaba agua dulce a la ciudad, ejemplo del modo en que los tiranos se hacían populares mediante la ejecución de proyectos útiles.

En la cercana Corinto, situada a unos 50 kilómetros al sudoeste de Megara, hubo un caso aún más brillante de tiranía: el de Cipselo, quien llegó a ser tirano por el 655 a. C. y treinta años más tarde transmitió el cargo a su hijo, Periandro.

Periandro tuvo aún más éxito y era más capaz que su padre; bajo su gobierno Corinto llegó a la cumbre de su importancia y se convirtió en la ciudad más culta de la Grecia continental. Fue también la qué mayor éxito comercial tuvo.

Bajo Periandro la cultura floreció. El poeta Aríón fue invitado a su corte. (Sobre este poeta se tejieron luego muchas leyendas, como aquella de que, habiendo sido lanzado al mar por unos piratas, fue llevado a tierra por un delfín.)

Por entonces, los griegos empezaron a construir templos de piedra, ya no de madera, y los corintios llevaron a un elevado nivel la técnica de la construcción con piedra.

No usaban arcos, sino que sustentaban los techos pesados sobre una línea de pilares. Corinto abrió el camino, ideando pilares robustos y simples, con acanaladuras o estrías verticales que corrían a todo lo largo de ellos, para hacerlos parecer más altos y gráciles, y sin ornamentos en su parte superior. Esos pilares pertenecen al orden dórico. En Jonia se hicieron pilares más altos y esbeltos, con algún ornamento en la parte de arriba. Constituían el orden jónico. (En siglos posteriores, los pilares aún más altos y esbeltos y ornamentados al extremo fueron llamados el «orden Corintio», pero ellos aparecieron cuando el arte griego empezó a declinar.)

Periandro murió en 586 a. C., después de reinar con éxito suficiente como para ser incluido entre los Siete Sabios. Tenía fama de haber gobernado con gran crueldad, particularmente al final de su vida, pero los testimonios provienen en gran parte de los oligarcas a quienes exilió, los cuales, muy naturalmente, eran parciales en contra de él. Le sucedió un sobrino que pronto fue derrocado y con el cual llegó a su fin la tiranía en Corinto.

Por el 600 a. C., el tirano Clístenes gobernó la ciudad de Sición, situada a unos 15 kilómetros al noroeste de Corinto, Clístenes obtuvo un importante triunfo al norte del golfo de Corinto. Ello ocurrió del siguiente modo: la ciudad focense de Crisa, cercana a Delfos, trató de apoderarse del oráculo en 590 a. C., lo cual pronto dio origen a la «Primera Guerra Sacra», pues los miembros del grupo de ciudades-Estado que controlaban Delfos se unieron para castigar a Crisa.

Clístenes dirigió las fuerzas que derrotaron a Crisa. La ciudad culpable fue destruida completamente y se pronunció una maldición contra quienquiera que la

reconstruyese o cultivase su territorio. En conmemoración de la victoria, Clístenes creó los juegos Píticos (véase página 34), alrededor del 582 a. C.

Samos

Tal vez el más notable de los primeros tiranos fue Polícrates, quien llegó a ser tirano de la isla de Samos por el 535 a. C. Durante años tuvo mucho éxito y triunfó en todas sus empresas. Se hizo construir un centenar de barcos y dirigió correrías piratas a lo largo y lo ancho del mar Egeo, del cual se hizo dueño.

Como era habitual en los tiranos, Polícrates estimuló la cultura y las obras públicas. Hizo construir un acueducto, para lo cual contrató a un hombre de Megara, Eupalino. Los griegos siempre valoraron el pensamiento abstracto y prestaron poca atención a sus propias realizaciones como ingenieros prácticos, de modo que es poco lo que ha llegado hasta nosotros sobre hombres como Eupalino, lo cual es muy de lamentar.

Polícrates selló una alianza con el rey del Egipto Saíta. Este rey era por entonces Ahmés II, quien gobernó de 569 a 525 a. C. Es más conocido por la forma griega de su nombre, Amosis.

Amosis era un admirador de la cultura griega. Tuvo una guardia de corps griega, envió dones al templo de Delfos y permitió que la estación comercial de Naucratis se convirtiera en una ciudad. Le complacía estar aliado a un gobernante griego inteligente y poderoso, cuya flota podía serle útil.

Pero Amosis sentía una supersticiosa intranquilidad por la invariable buena fortuna de Polícrates. El rey egipcio pensaba que los dioses preparaban algo horrible para el tirano, para restaurar el equilibrio. Por ello, Amosis aconsejó a Polícrates (según una historia que los griegos contaban posteriormente) que arrojase alguna cosa de valor. Esto sería para él una pequeña adversidad que, al restaurar el equilibrio, aquietaría a los dioses e impediría que ocurriese algo realmente malo.

Polícrates atendió al consejo, tomó un valioso anillo y lo arrojó al mar. Algunos días más tarde, se llevó a palacio un pescado para la mesa del tirano y, al ser abierto, se encontró el anillo en él. Al oír esto, Amosis comprendió que Polícrates estaba condenado y rompió la alianza. Alrededor del 522 a. C., Polícrates cayó en una emboscada en tierra firme jónica, fue capturado por un enemigo y recibió una cruel muerte. (Amosis no se enteró de esto, pues había muerto tres años antes.)

El reinado de Polícrates tuvo una consecuencia importante para la historia de la ciencia. Cuando se convirtió en tirano, el filósofo Pitágoras (según una tradición) sintió que ya no podía permanecer en su isla natal, pues era un oligarca por sus simpatías. Abandonó Samos en 529 a. C. y emigró a la ciudad de Crotona, en el Sur de Italia. Llevó consigo la tradición científica de los jonios, y allí, en el occidente griego, echó raíces, aunque Pitágoras rompió con la completa y sencilla claridad de Tales y fundó, en cambio, un culto caracterizado por el secreto, el ascetismo y el misticismo.

Con todo, Pitágoras y sus seguidores lograron realizar importantes avances científicos. Fueron los primeros en estudiar la «teoría de números»; investigaron las relaciones entre los números y demostraron, por ejemplo, que la raíz cuadrada de 2 no puede ser representada mediante una fracción exacta.

Luego iniciaron el estudio del sonido. Demostraron que las cuerdas de los instrumentos musicales dan sonidos de altura cada vez mayor cuando más

cortas son y que las notas producidas por dos cuerdas son particularmente armoniosas si las longitudes están relacionadas entre sí de ciertas maneras muy simples.

También estudiaron astronomía y fueron los primeros en sostener que la Tierra es una esfera. Hasta especularon que podría desplazarse por los cielos. También se supone que Pitágoras descubrió el famoso teorema según el cual la suma de los cuadrados de los catetos de un triángulo rectángulo es igual al cuadrado de la hipotenusa.

Pero el movimiento pitagórico no se limitó a la ciencia y la matemática. Logró un importante poder político y ejerció una influencia favorable a la oligarquía. Cuando se expulsó a los oligarcas de Crotona, también Pitágoras fue exiliado. El pitagorismo perduró dos siglos más como movimiento político, pero se debilitó continuamente.

En este período de la historia griega, las tiranías no duraban mucho, entre otras razones porque, mientras un rey recibía el sustento de la ley, la tradición y la religión, el tirano no podía apelar a nada de esto. Había alcanzado el poder por la fuerza y podía ser expulsado por la fuerza. Por ello, los tiranos debían estar siempre vigilantes y ser recelosos, y con frecuencia gobernaban con gran dureza y crueldad. (Esta es la razón de que la palabra «tirano» haya llegado a designar hoy a un gobernante particularmente malvado.)

Asimismo, Esparta, el Estado militarmente más poderoso de Grecia, se opuso firmemente a las tiranías. Esparta había sido y siguió siendo oligárquica, y era hostil a todo debilitamiento de las oligarquías en cualquier parte. Fue la influencia espartana lo que ayudó a poner fin a las tiranías en Corinto y Megara.

Esparta también causó el fin de una tiranía en Atenas. Este suceso resultó ser de la mayor importancia en la historia de Grecia y, en verdad, del mundo, y a él volveremos más adelante.

6. El surgimiento de Atenas

Los comienzos

En tiempos muy antiguos, Atenas o el Ática -la península triangular en la que se hallaba emplazada la ciudad- no tenía nada particularmente distinto. Se la menciona en *La Iliada*, pero no era una ciudad destacada entre las fuerzas griegas. Su líder, Menesteo, era de secundaria importancia.

En los siglos posteriores a la Guerra de Troya, el Ática logró sobrevivir a la invasión dórica y a los desórdenes que siguieron. Fue la única parte de la Grecia continental que siguió siendo jónica.

Lentamente, a lo largo de esos remotos siglos, toda el Ática se unió. Esto no se debió a que Atenas lograse la dominación absoluta sobre la otra ciudad del Ática, como la había alcanzado Esparta sobre las otras ciudades de Laconia. Tampoco encabezó una Confederación Ática, como Tebas encabezó la Confederación Beocia. En cambio, Atenas ensayó algo único, que puso los cimientos de su futura grandeza. Se expandió hasta convertirse en una gran ciudad que abarcaba toda la Ática. Una persona nacida en cualquier parte del Ática era considerada tan ateniense como si hubiera nacido en la ciudad misma.

Según las leyendas atenienses, ése había sido el logro del héroe micénico Teseo, padre del Menesteo de la Guerra Troyana. Sin embargo, es muy improbable que la unión del Ática fuese obra de un solo hombre en un momento determinado. Es mucho más verosímil que se produjera gradualmente, a lo largo de generaciones. Sea como fuere, en el 700 a. C. el Ática estaba unificada.

La última parte del Ática que se incorporó a la unión fue Eleusis, situada en la parte noroeste de la península, a unos 22 kilómetros de la ciudad de Atenas.

En Eleusis se practicaban ciertos ritos religiosos que luego pasaron al Ática y al mundo griego. Este tipo de ritual fue realmente más importante para los griegos que la religión olímpica de Homero y Hesíodo. Los dioses olímpicos representaban la religión oficial, pero era la descrita por los poetas y literatos. En realidad, no ofrecía un ritual emotivo ni ninguna promesa de futuro. En *La Odisea,* cuando Ulises visita el Hades, la sombra de Aquiles dice lúgubremente que es mucho mejor ser un esclavo en la tierra que un príncipe en el reino de los muertos. Esto no era un consuelo para los individuos cuya vida en la tierra era como la de los esclavos. Querían la promesa de algo mejor, al menos después de la muerte.

Los ritos eleusinos (y otros del mismo género) tenían por fin acercar al creyente a ciertos dioses agrícolas, como Deméter o Dioniso, o a héroes legendarios, como Orfeo. Los ritos se basaban en los cambios estacionales, en la manera en que el grano moría en otoño, pero, dejaba una simiente que crecía de nuevo en la primavera. Era un drama de la muerte y la resurrección; como el grano, Dioniso y Orfeo morían y renacían, mientras la hija de Deméter, Perséfone, descendía al Hades en el otoño y retornaba en la primavera.



Originalmente, tales ritos quizá fueran una «magia simpática» destinada a asegurar que el suelo fuera fértil

y la cosecha abundante. Más tarde se los aplicó a los seres humanos, quienes, al participar en tales ritos, se aseguraban de que pasarían por el mismo ciclo, de que renacerían en el otro mundo después de la muerte.

Los detalles de los ritos debían ser mantenidos en secreto, so pena de muerte. La palabra griega que significa secreto es *mystes*. Por consiguiente, esos ritos fueron llamados «misterios» o «religiones de misterios». Los «misterios eleusinos» fueron los más famosos del mundo griego y los más secretos. Aunque perduraron durante más de mil años, los no iniciados nunca descubrieron los detalles de los ritos.

Las religiones de misterios dejaron su huella en el mundo moderno. Siglos más tarde, el cristianismo, cuando llegó a dominar el mundo occidental, contenía muchos. caracteres de las religiones de misterios.

Durante los siglos oscuros que siguieron a la invasión doria, Atenas, como la mayor parte de las otras ciudades de Grecia, cambió sus reyes por una oligarquía.

Según la tradición ateniense, fue en 1068 a. C. cuando la realeza llegó a su fin. El último rey, Codro, luchó desesperadamente contra una invasión doria procedente del Peloponeso. Un oráculo había declarado que vencería aquel ejército cuyo rey muriese primero. Codro se hizo matar deliberadamente para que Atenas siguiera siendo jónica. Un rey tan bueno, decidieron los atenienses, no debía tener sucesor, pues ninguno estaría a su altura. (Casi con seguridad, esta historia no es más que una novela.)

Los atenienses también decían que, en tiempos posteriores a Codro, tenía el poder un *arconte*, voz que significa «gobernante», en vez de un rey. Al principio, el arconte era vitalicio y el cargo pasaba de padre a hijo entre los descendientes de Codro, de modo que difería sólo en el nombre del cargo de rey.

Más tarde, el período del arcontado se fijó en un lapso de diez años, y no pasaba necesariamente de padre a hijo, aunque estaba limitado a los miembros de la familia real. Luego, fue accesible a las restantes familias nobles.

Finalmente, en 683 a. C., Atenas se convirtió en una oligarquía total. Fue gobernada por un cuerpo de nueve hombres, elegidos cada año entre los nobles. Uno de ellos era el arconte, pero no recibía honras especiales, aparte de dar su nombre al año. Otro era el *polemarca*, que tenía el mando supremo del ejército.

Los nobles también poseían el dominio completo del Areópago, nombre que significaba «la colina de Ares» (el dios de la guerra), por el lugar donde se reunía. Era el concejo que actuaba como tribunal supremo en cuestiones políticas, religiosas y legales.

Dracón y Solón

Pero después del 700 a. C. Atenas tomó parte en el renacimiento comercial y la oligarquía fue cada vez más impopular. Los ejemplos de los tiranos de otras ciudades estaban ante los ojos de los atenienses. Megara, vecina de Atenas, en el sudoeste de ella, prosperó bajo la dominación de Teágenes (véase pág. 68).

Un noble ateniense llamado Cilón estaba casado con la hija de Teágenes. Pensó que, si se movía con suficiente audacia, podía hacerse tirano de Atenas, particularmente contando con la ayuda de su suegro, el tirano megarense. Cierto día festivo del 632 a. C., mientras los atenienses estaban atareados en sus celebraciones, Cilón, con algunos otros nobles y una banda de soldados megarenses, se apoderó de la Acrópolis.

La Acrópolis (la colina de la ciudad) era la fortaleza central de Atenas. Como indica su nombre, estaba en un cerro y, en tiempos primitivos, había sido el primer asentamiento de Atenas, pues podía ser fácilmente defendída por hombres decididos contra cualquier enemigo, que debía trepar penosamente por sus laderas.

De ordinario, quien poseyera la Acrópolis estaba en fuerte posición, pero Cilón se halló sin partidarios. Los soldados megarenses le enajenaron el apoyo del pueblo. La oligarquía era impopular, pero el pueblo no estaba muy dispuesto a liberarse de ella al precio de someterse a la dominación extranjera.

Las fuerzas atenienses rodearon la Acrópolis. No hicieron ningún intento de tomarla por asalto; sencillamente esperaron que el grupo de hombres que la ocupaba se rindiera por hambre. Cilón logró escapar, pero los restantes

finalmente se vieron obligados a rendirse, con la promesa de que se respetarían sus vidas.

Ese año el arconte de Atenas era Megacles, miembro de una de las más poderosas familias de la ciudad, los Alcmeónidas. Megacles pensó que era más prudente matar a los cautivos y desembarazarse de los traidores, pese a la promesa, y persuadió a los ateníenses a que lo hicieran.

Una vez ejecutada la acción, los atenienses fueron presa de creciente preocupación: habían roto una promesa solemnemente formulada ante los dioses. Para evitar que cayera una maldición sobre la ciudad entera, Megacles y otros miembros de su familia fueron juzgados por sacrilegio y expulsados de la ciudad. Suele llamarse a esto la «maldición de los Alcmónidas», e iba a tener importantes consecuencias en la posterior historia ateniense.

La destrucción de la banda de Cilón tampoco fue una victoria definitiva. Arrastró a Atenas a una guerra con Megara; ésta, bajo la firme conducción de Teágenes, prosperó mientras Atenas hallaba crecientes dificultades.

La insatisfacción fue en aumento. Un gobierno que fracasa en la guerra no puede ser popular. Además, el pueblo común estaba convencido de que los nobles, los únicos que dominaban el Areópago, eran injustos en su administración de las leyes tradicionales. Esas leyes no estaban escritas y, mientras no lo estuvieran, era difícil demostrar que una decisión determinada era contraría a la tradición. Por ello, se levantó el clamor en pro de un código legal escrito, que ofreciera un fundamento definido sobre el cual basarse.

El primer código legal de Atenas fue elaborado por un noble, Dracón, en 621 a. C. Su nombre significa «dragón» y su poseedor hizo honor a él, pues, en efecto, el código que redactó era muy severo y unilateralmente favorable a los oligarcas.

El acreedor podía apoderarse del deudor y esclavizarlo, si éste no pagaba su deuda. Se estableció la pena de muerte para una serie de delitos contra la propiedad, aun pequeños. Por ejemplo, robar una col acarreaba la muerte, y cuando alguien, horrorizado, preguntó por qué, se dice que Dracón respondió: «Porque no puedo concebir un castigo más severo.»

Se afirmaba que las leyes de Dracón estaban escritas con sangre, no con tinta. Esta es la razón de que la palabra «draconiano» haya llegado a significar «inhumanamente duro y severo».

Con todo, el mero hecho de que las leyes fueran escritas constituyó un avance, pues una vez hecho eso, podían ser estudiadas y hacer manifiesta su severidad e injusticia. Así, surgió una tendencia a modificarlas y mejorarlas.

A medida que la nueva economía comercial perturbaba cada vez más la vida ateniense y aumentaba en forma creciente la cantidad de agricultores esclavizados, la situación se hizo cada vez más peligrosa. Estaba presente el ejemplo de Corinto, donde Periandro acababa de heredar la tiranía de su padre, gobernaba con mano de hierro y estaba destruyendo a las casas nobiliarias.

Los nobles atenienses tenían suficiente inteligencia para comprender que era mejor perder algunos privilegios pacíficamente que perderlo todo por la violencia.

Entre ellos estaba Solón, un noble de la vieja familia real que se había enriquecido con el comercio y, por añadidura, era un hábil poeta. Bien nacido, rico y talentoso, era también un hombre sabio, bondadoso y honesto, a quien disgustaba la injusticia.

En 594 a. C. fue nombrado arconte y recibió la tarea de revisar las leyes. Y lo hizo con tan buen resultado que se ganó el derecho a ser incluido en la posterior lista griega de los Siete Sabios. (Más aún, la palabra «solón» llegó a ser usada como sinónimo de «legislador», y en Estados Unidos frecuentemente se la usa para designar a un miembro del Congreso.)

Solón comenzó aboliendo todas las deudas, para que el pueblo pudiera empezar de nuevo. Acabó con la práctica de esclavizar a la gente por deudas, y liberó a los que ya habían sido esclavizados. Los que habían sido vendidos fuera del Ática fueron trasladados de nuevo a su tierra a expensas del tesoro público. Después acabó con las penas de muerte establecidas por Dracón, salvo en caso de asesinato. Además, creó nuevos tribunales, formados por ciudadanos ordinarios. Las personas que, al comparecer ante el Areópago dominado por los nobles, se sentían tratadas injustamente, podían entonces apelar a los tribunales populares, en los que podían esperar mayor simpatía hacia su caso.

Solón también intentó algunas reformas económicas. Trató de establecer precios más bajos mediante una variedad de métodos. Desalentó la exportación de alimentos y estimuló la inmigración a Atenas de trabajadores cualificados de otras ciudades griegas.

Además, reorganizó el gobierno ateniense y dio mayor participación en él al pueblo común. En lugar de unos pocos oligarcas que elegían a todos los funcionarios y decidían todas las cuestiones, creó una Asamblea que elaboraría las leyes y cuyos miembros provendrían de todos los sectores del pueblo.

Al permitir que el pueblo común participase en las reuniones de la Asamblea, Solón dio un paso importante hacia el «gobierno por el pueblo», es decir, la «democracia».

Sin duda, sólo parcialmente avanzó Solón hacia la democracia. El pueblo ateniense aún estaba dividido en cuatro clases sobre la base de la riqueza, y los arcontes sólo podían ser elegidos en las dos clases superiores. Las clases inferiores todavía no tenían derechos, excepto el de sentarse en la Asamblea.

Más aún, el único tipo de riqueza reconocido era el territorial. Los artesanos hábiles, por prósperos que fuesen, no eran admitidos en el grupo gobernante.

Pero esos primeros pasos hacia la democracia fueron infinitamente valiosos. Las leyes de Solón fueron un enorme progreso, con respecto a la situación anterior. El peligro de rebeliones violentas desapareció por un tiempo, pues Solón había demostrado que había una alternativa a la oligarquía diferente de la tiranía. Atenas ofreció la democracia como alternativa, y por eso solo merece la eterna gratitud del mundo moderno.

Pisístrato

Pero seguía la guerra con Megara, que ya duraba medio siglo. Se había atenuado su intensidad, sobre todo después de la muerte de Teágenes, pero no había una paz completa.

En particular, era una fuente de encono la cuestión de Salamina. Se trataba de una pequeña isla del golfo Sarónico, situada justamente en el punto en que las costas occidentales del Ática se curvaban y fundían con las de Megara. Estaba a sólo un kilómetro y medio de la costa y podía ser vista desde Eleusis o desde Megara. En tiempos de Dracón y Solón pertenecía a Megara.

Pero los atenienses pensaban que tenían derecho a ella, y citaban *La Ilíada* en apoyo de su pretensión. En esa obra, Salamina estaba representada por el héroe

Áyax, sólo inferior a Aquiles como guerrero. De algunos versos del poema (que Megara consideraba espurios), Atenas deducía que había una especial relación entre Áyax y los atenienses y que, por tanto, Salamina formaba parte del Ática.

Pero los intentos atenienses de apoderarse de la isla habían fracasado y parecían haber renunciado a ella. Indignado, el anciano Solón los acicateó. Afortunadamente, era polemarca el primo segundo de Solón, Písístrato. Hombre encantador y capaz, condujo las fuerzas atenienses a la conquista de Salamina en 570 a. C. y la anexó permanentemente al Ática. Se dio fin triunfalmente a la guerra con Megara, y ésta fue en lo sucesivo una potencia secundaria que nunca más volvió a ser una amenaza para Atenas.

Pero había amenazas internas. Las reformas de Solón no fueron en absoluto aceptadas corno definitivas por todos los atenienses: aún se oponían a ellas las familias nobles. Bajo la conducción de Milcíades, esperaban reconquistar su viejo poder.

A ellas se oponían las clases medias, que aceptaban las reformas de Solón. Este grupo estaba dirigido por uno de los Alcmeónidas. Solón había permitido que la familia retornase pese a la maldición (véase pág. 77), pero seguían siendo unos proscriptos entre los oligarcas. A causa de esto, y en agradecimiento a Solón, en lo sucesivo se adhirieron a la democracia.

También había atenienses para quienes Solón había ido demasiado lejos. Pisístrato, el triunfante conquistador de Salamina, se puso al frente de ellos, y también otros se mostraron dispuestos a seguir al atractivo general.

Pisístrato reunió a su alrededor una guardia de corps con el pretexto de que se intentaba asesinarle y luego, en 561 a. C., se apoderó de la Acrópolis. Más afortunado que Cilón, Pisístrato pudo afirmarse como tirano de Atenas, al menos durante un tiempo.

Solón vivió lo suficiente para contemplar esos sucesos, pues murió en 560 a. C., a la edad de unos setenta años. Seguramente pensó que la obra de su vida estaba arruinada.

En realidad, no fue así. La dominación de Pisístrato no era suficientemente firme como para que intentase imponer un gobierno despótico, aunque ésta hubiera sido su tendencia. De hecho, en dos ocasiones fue temporariamente despojado del poder. Por lo tanto, debía actuar muy cuidadosamente. En el interior, mantuvo las leyes de Solón y hasta las liberalizó. En el exterior, mantuvo la paz con sus vecinos.

Sin embargo, intentó un golpe militar en el Norte. Atenas se había convertido en una tierra de agricultura especializada; cultivaba vides y olivos (que eran más provechosos) e importaba cereales del mar Negro. Era importante para Atenas proteger los caminos de navegación entre ella y el mar Negro, pues era su «cordón umbilical», En particular, necesitaba controlar (en la medida de lo posible) los estrechos entre el Egeo y el mar Negro.

Algunos decenios antes había logrado establecer un puesto en Sigeo, cerca del sitio de la antigua Troya, en la parte asiática del Helesponto. Ese territorio era lesbio, y el tirano Pítaco de Lesbos derrotó a las fuerzas atenienses y las expulsó del lugar, Ahora, bajo Písístrato, Sigeo fue reconquistada.

Luego también envió un contingente ateniense al Quersoneso Tracio para ayudar a los nativos en una guerra que estaban librando. El Quersoneso Tracio (que significa península Tracia) es una estrecha lengua de tierra, de unos cien

kilómetros de largo, en el lado europeo del Helesponto. (En tiempos modernos se le llama la península de Gallípoli.)

Como jefe del contingente eligió a Milcíades, su viejo enemigo político. Sin duda, Pisístrato pensaba de este modo librarse de él. Los atenienses obtuvieron la victoria y en 556 a. C. Milcíades se erigió en tirano de toda la península. Así, Atenas llegó a dominar ambos lados del Helesponto y su cordón umbilical estaba mucho más seguro.

Pisístrato, como era típico de los tiranos, protegía la cultura. Hizo editar cuidadosamente los libros de Homero en la forma en que ahora los conocemos. Construyó templos en la Acrópolis y dio comienzo al proceso que, en un siglo más, iba a convertirla en una de las maravillas del mundo.

También introdujo nuevas fiestas y dio un carácter más elaborado a las antiguas. En particular, estableció una nueva fiesta en honor de Dioniso. Estas incluían procesiones de sátiros, que representaban a seres míticos mitad hombres y mitad machos cabríos. Estos cantaban *trago idea* («canciones de machos cabríos») en alabanza a Dioniso.

Esas «canciones de machos cabríos» eran cantos alegres y bulliciosos, pero más tarde los poetas comenzaron a escribir versos serios para la fiesta, y hasta grandiosos y conmovedores. En una poesía solemne, relataban los viejos mitos y los usaban para indagar los misterios del Universo. Y aún los llamamos «canciones de machos cabríos», pues son lo que en castellano llamamos «tragedias».

Originalmente, las tragedias consistían en coros que cantaban al unísono o por partes. Pero en tiempo de Pisístrato, un poeta ateniense llamado Tesis tuvo la osadía de escribir piezas para las fiestas dionisíacas en las que, de tanto en tanto, el coro callaba mientras un único personaje cantaba solo, relatando y representando una historia tomada de los viejos mitos. Este hombre fue el primer actor, y aún hoy nos referimos [en inglés] a veces a un actor, medio en broma, como a un «espían».

Pisístrato murió en 527 a. C. Fue hasta el fin un tirano amable y bondadoso.

Clístenes

Después de la muerte de Pisístrato, sus dos hijos, Hipáis e Hiparco, le sucedieron en la tiranía y gobernaron juntos fraternalmente. Durante algunos años continuaron la política de su padre y Atenas siguió siendo una ciudad que alentaba las artes. Poetas y dramaturgos de todo el mundo griego acudían a Atenas, donde tenían asegurado el apoyo y la ayuda de los tiranos cultos. Por ejemplo, el poeta Anacreonte, de Teos, fue invitado a Atenas por Hiparco después de la muerte del anterior mecenas del poeta, Polícrates, de Samos.

Pero los años de la tiranía moderada en Atenas estaban llegando a su fin. Dos jóvenes atenienses, Harmodio y Aristogitón, tuvieron una disputa privada con Hiparco que, en verdad, no tenía nada que ver con la tiranía, y en 514 a. C. decidieron asesinarlo. Hubiera sido insensato asesinar a un tirano y dejar vivo al otro para que vengara esa muerte, de modo que planearon asesinar a ambos.

Las cosas no sucedieron como las habían planeado. Los conspiradores creyeron que habían sido traicionados y, presas de pánico, dieron el golpe prematuramente. Lograron matar a Hiparco, pero Hipias escapó y, desde luego, se tomó la venganza. Harmodio y Aristogitón fueron ejecutados.

Ese asesinato amargó a Hipias. Después de trece años de gobierno apacible, aprendió los hechos desagradables de la vida: que los tiranos viven en un peligro cotidiano. Se hizo cada vez más receloso de todos e inició un reinado del terror.

El espíritu de rebelión de los atenienses creció bajo la tiranía, lo cual brindó una oportunidad a los Alcmeónidas, a quienes Pisístrato había desterrado nuevamente en los últimos tiempos de su gobierno. El jefe de la casa era ahora Clístenes, nieto de Megacles (véase pág. 74).

Clístenes empezó por congraciarse con las autoridades de Delfos construyendo un hermoso templo para ellos a expensas de su familia. Esto indujo al oráculo a aconsejar a los espartanos que ayudasen a los atenienses a conquistar su libertad, y los espartanos se hallaban totalmente dispuestos a hacerlo. Ahora que constituían la potencia militar suprema, habían dado fin a todas las tiranías del Peloponeso y restaurado las oligarquías. Estaba en su interés hacer lo mismo en el Ática.

En el 510 a. C., el rey espartano Cleómenes I marchó sobre el Ática, derrotó a Hipias y lo envió al exilio. Por supuesto, los espartanos no hicieron esto por nada. Antes de marcharse, exigieron que Atenas se incorporase oficialmente a la lista de los aliados de Esparta. Indudablemente, Cleómenes esperaba que se restablecería la oligarquía en Atenas.

Pero Clístenes y los Alcmeónidas, gracias a la antigua maldición, eran demócratas, y no sólo defendieron la constitución de Solón, sino que dieron nuevos pasos el camino hacia la democracia. Los oligarcas, al ver que el pueblo estaba en su mayoría de parte de Clístenes, llamaron nuevamente a los espartanos en su ayuda, afirmando que el Alcmeónida, por hallarse bajo una maldición, debía ser expulsado.

Cleómenes volvió en 507 a. C. y los Alcmeónidas se marcharon. Pero esta vez Cleómenes había juzgado erróneamente la situación. Estaba demasiado orgulloso de sus espartanos, quizá, y despreciaba demasiado lo que debe de haber considerado el populacho ateniense. Su contingente era realmente demasiado pequeño para la tarea; hubo un levantamiento general de la población y fue sitiado en la Acrópolis. Frustrado, Cleómenes convino en marcharse y volver a Esparta.

Clístenes volvió en triunfo y logró establecer un nuevo sistema político. Dividió el Ática en un complicado conjunto de grupos que, en general, ignoraba las anteriores divisiones en tribus y clases. Su propósito era impedir que la gente se considerase como miembros de esas viejas divisiones. Los nuevos grupos artificiales no tenían asidero en sus afectos, de modo que no les quedaba más que sentirse sencillamente atenienses.

También incrementó la intervención de las clases más pobres en el gobierno. (Con todo, y pese a la creciente libertad que reinó en Atenas, siguió habiendo esclavos en el Ática, como en todas las regiones del mundo antiguo. Los esclavos no tenían ningún derecho y a veces eran tratados con cruda brutalidad aun en las más ilustradas ciudades griegas. Esta es una mancha de la civilización griega que es imposible borrar: no que existiera la esclavitud, sino que fueran siempre tan pocos los griegos que veían algo malo en ella.)

En años posteriores, los atenienses convirtieron el derrocamiento de la tiranía en un gran drama. Restaban importancia (con embarazo) al papel de los espartanos y, en cambio, hacían grandes héroes de los asesinos atenienses Harmio y Aristogitón, aunque su conspiración había fracasado y la habían emprendido por

indignas razones personales. Los atenienses también exageraban la crueldad de Hipias y contribuyeron a hacer odioso el nombre de «tirano».

Y en verdad, parecería que la caída de la tiranía y el establecimiento de la democracia hubiese llenado a los atenienses de una enorme energía y autoconfianza que arrollaba con todo. Durante el siglo siguiente, la fortuna pareció sonreírles en casi todo lo que hacían.

Por ejemplo, fueron en ayuda de la pequeña ciudad beocia de Platea, situada inmediatamente al norte de la frontera del Ática. Platea se consideraba habitada por hombres que descendían de los que habían vivido allí antes de la ocupación de Beocia de seis siglos antes (véase pág. 21). Por ello, se negaban a incorporarse a la Confederación beocia y a reconocer el liderazgo tebano. Atenas los ayudó a fortalecer este rechazo.

Los tebanos estaban listos para la guerra y la oportunidad se les presentó en 506 a. C. Cleómenes, enconado por el triste papel que había hecho en el Ática el año anterior, decidió aplastar totalmente a los atenienses. Reunió a sus aliados del Peloponeso y marchó sobre el Ática desde el Sur, mientras Tebas atacó desde el Norte. Calcis, deseosa de destruir a un rival comercial, se unió a los tebanos.

Atenas parecía condenada a la destrucción, pero Corinto se detuvo a pensar en esta posibilidad. Su rival comercial desde los días de Periandro, un siglo antes, era Egina. Sin duda, destruir Atenas era sencillamente hacerle el juego a Egina, pues Atenas era una vieja enemiga de ésta.

Por consiguiente, Corinto de pronto se negó a marchar con Esparta. Para no romper la alianza del Peloponeso, Cleómenes, otra vez frustrado, se volvió a su patria sin descargar un solo golpe.

Los atenienses se volvieron entonces contra los tebanos, que habían sido dejados en la estacada por sus aliados espartanos. Los primeros derrotaron a los tebanos y confirmaron la independencia de Platea. Los hoscos tebanos no iban a olvidar esto y mantendrían una enconada enemistad con Platea y con Atenas durante todo el siglo siguiente.

Los atenienses derrotaron a los calcidios aún más rotundamente y obligaron a Calcis a cederle una franja de tierra en la isla de Eubea, del otro lado del estrecho del norte del Ática. Esas tierras fueron ocupadas por atenienses y convertidas en parte del Ática; los colonos tenían todos los derechos de los ciudadanos atenienses.

Pero los peligros que había superado Atenas bajo Clístenes eran pequeños en comparación con los que la amenazarían luego, desde fuera del mundo griego.

Durante 500 años -desde la invasión doria- los griegos habían tenido la fortuna de no tener que enfrentarse con ningún imperio importante. Los egipcios, debilitados, y los asirios, extendidos por un territorio demasiado grande, no eran ninguna amenaza, mientras que los fenicios y los cartagineses sólo rondaban por las afueras.

Pero durante toda la época de los tiranos, grandes sucesos conmovieron el Este, y en tiempos de Clístenes un reino gigantesco observaba fijamente a Grecia desde el horizonte oriental; toda Grecia parecía estar a su merced.

Para ver cómo ocurrió esto, volvamos al Este.

7. El Asia Menor

Frigia

En tiempos micénicos, un grupo de individuos llamados frigios se desplazó a la parte noroeste del Asia Menor. Estaban allí en la época del sitio de Troya, pues en *La Iliada* se les menciona como aliados de Troya.

Su poder creció durante los desórdenes que siguieron a la invasión doria. En verdad, quizá los frígios se contaran entre los Pueblos del Mar y probablemente fueron ellos quienes causaron la destrucción del Imperio Hitita. Por el 1000 a. C. los frigios habían extendido su dominación sobre casi toda la mitad occidental del Asia Menor. Pero no obstaculizaron seriamente la colonización griega de la costa egea. Por el contrario, parecían sentirse atraídos por la cultura griega y cultivaban la amistad de los griegos, Sus reyes posteriores hasta figuraron en las leyendas griegas.

Los griegos decían que en un campesino frigio llamado Gordias se sorprendió cierta vez de ver un águila posarse sobre su carreta de bueyes. Se le dijo que era un augurio cuyo significado era que llegaría a ser rey. Por supuesto, el viejo rey acababa de morir y un oráculo señaló a Gordias como sucesor.

Gordias dedicó su carreta a Zeus y unió una parte de ella con otra mediante un nudo muy intrincado, que recibió durante siglos el nombre de «nudo gordiano». Quien desatara el nudo, decía la leyenda, conquistaría toda Asia. (Más adelante volveremos a referirnos a este nudo.)

Gordias fundó una nueva capital, Gordion, a unos 500 kilómetros tierra adentro del mar Egeo, y bajo sus descendientes Frigia siguió prosperando. El último rey importante de Frigia era llamado Midas por los griegos. Gobernó de 738 a 695 a. C. y figura en la conocida leyenda del «toque de oro». Se le concedió el poder de convertir en oro todo lo que tocaba, poder del que pronto se arrepintió cuando se transformaron en oro sus alimentos, el agua y su misma hija (a la que abrazó imprudentemente). Esta leyenda probablemente refleja la prosperidad de Frigia en tiempo de Midas.

En los últimos siglos del poder frilgio se formó el reino aún mayor de los asirios en el sudeste de Asia Menor. Pero la garra asiría sólo débilmente llegó a Asia Menor. A Frigia, mediante el pago de un tributo, se la dejó en paz.

Pero se avecinaba una tormenta en el Norte, del otro lado del mar Negro. En las llanuras de lo que ahora es Ucrania, vivía en tiempos micénicos un pueblo a cuyos miembros Homero llamaba los cimerios. Su nombre perdura hasta hoy en el mapa, pues la península ahora llamada Crimea quizá tenga este nombre por esa antigua tribu.

Los cimerios podían haber permanecido pacíficamente en sus llanuras, pero por el 700 a. C. el Asia Central arrojó otra oleada humana como la que había lanzado (quizá) cinco siglos antes, cuando se produjeron las invasiones dorias. Esta vez, tribus de jinetes a quienes los griegos llamaban escitas se abalanzaron hacia el Oeste, a Cimeria, y los cimerios huyeron ante ellos. Luego, durante siglos la llanura que está al norte del mar Negro fue llamada Escitia.

Al huir de los escitas, los cimerios se lanzaron a través y alrededor del mar Negro. Invadieron el Asia Menor y destruyeron para siempre el poder frigio. Se dice que Midas, según la leyenda, se suicidó después de una desastrosa derrota.

Lidia

Contra los invasores cimerios, se unieron miembros de una tribu llamados *lidios*, que hasta entonces habían estado bajo la dominación de los frigios. Bajo la férula de un vigoroso líder, Giges, se creó un reino lidio en el 687 a. C. que llevó adelante la lucha contra los cimerios.

Giges mantuvo una larga guerra contra los invasores cimerios y con el tiempo tuvo que buscar ayuda externa. Apeló al socorro del Imperio Asirio.

En 669 a. C. subió al trono el último gran rey de Asiria, Asurbanipal. El Imperio Asirio estaba desgarrado por rebeliones constantes; en 660 a. C., el Egipto Saíta logró liberarse (véase pág. 44). Sin embargo, Asurbanipal aceptó el reto cimerio.

Se libró una gran batalla en la cual los cimerios fueron derrotados y su poder destruido, en lo esencial. Sin embargo, continuaron las escaramuzas, y en una de ellas, en 652 a. C., perdió la vida Giges. Por entonces, el Reino Lidio se hallaba bien afirmado y los descendientes de Giges permanecieron en el trono.

El nieto de Giges fue Aliates, que llegó al trono en 617 a. C. Este acabó con los cimerios, y en 600 a. C. estos nómadas desaparecen de la historia. En la lucha contra los cimerios, Aliates llegó a ocupar toda el Asia Menor al oeste del río Halis, que corre hacia el norte y divide el Asia Menor en dos partes casi iguales. La capital de Lidia fue establecida en Sardes, a sólo 80 kilómetros del mar Egeo hacia el interior.

El hecho de que la capital lidia estuviese más cerca del mar que la vieja capital frigia era un indicio de que Lidia estaba más interesada en la costa que Frigia. En verdad, ya Giges había tenido algunas actitudes hostiles hacia las ciudades griegas de ella, pero las luchas con los cimerios le habían impedido adoptar una posición demasiado fuerte. Aliates se hallaba en una situación mucho mejor, y por ende se desplazó hacia el Oeste.

Tales de Míleto (véase pág. 65) previno a las ciudades jónicas que sólo podían abrigar la esperanza de resistir a los ejércitos lidios uniéndose en un «Concejo Pan-Jónico» que dirigiera a Jonía en una defensa unificada contra los lidios. Fue este consejo el que le valió su inclusión en la lista de los Siete Sabios.

Pero las ciudades jónicas no siguieron el consejo de Tales y, como resultado de ello, cayeron bajo la dominación lidia una por una. Fue la primera vez que ciudades griegas estuvieron sometidas a la dominación «bárbara». Una ciudad jónica, Esmirna, fue destruida por Aliates y convertida en un puerto lidio. Sólo Mileto logró conservar su independencia.

Con la paz y el tributo que le pagaban las ciudades griegas, Lidia, como antes Frigía, se enriqueció y prosperó. Fue en Lidia donde se inventó la acuñación de monedas (véase pág. 62).

Afortunadamente para las ciudades griegas, el yugo lidio era ligero. A la muerte de Aliates en 560 a. C., le sucedió un hijo, Creso, que sentía una total simpatía por los griegos y hasta era casi un griego en su manera de pensar.

Creso síerripre consultaba los oráculos griegos, sobre todo el de Delfos. Enviaba ricos presentes a Delfos; más valiosos, en verdad, que los que podía enviar cualquier ciudad griega. La fama de su riqueza se difundió tanto por Grecia que

hasta el día de hoy decimos de un hombre muy rico que «es tan rico como Creso».

Al igual que Midas dos siglos antes, Creso parecía convertir en oro todo lo que tocaba; y, como Midas, estaba destinado a no terminar su reinado en paz. Nuevamente se preparaban tormentas, esta vez provenientes del Este.

Media y Caldea

El esfuerzo que debió hacer Asiria para derrotar a los cimerios consumió casi todas sus fuerzas. Babilonia, la más rica posesión de Asiria, aprovechó la ocasión para rebelarse. Había sido el centro de imperios grandes y de brillante civilización desde el 2000 a. C. y nunca pudo resignarse a la dominación de los toscos asirios del Norte.

Pero sus rebeliones siempre fueron sofocadas sangrientamente. Con considerable esfuerzo, Asurbanipal logró someter a Babilonia por última vez en 648 a. C.

Asurbanipal mantuvo unida a Asiria mientras vivió. Pero murió en 625 a. C., y sus débiles sucesores no tenían posibilidades. Se levantaron contra los asirios los medos (tribus que habitaban las regiones montañosas del este de Asiría) bajo la conducción de su gobernante nativo Ciaxares, que acababa de ocupar el poder.

También Babilonia se rebeló nuevamente. Se hallaba bajo el dominio de una tribu, de origen árabe, cuyos miembros se llamaban caldeos, y a su frente estaba un líder caldeo, Nabopolasar.

Asiria se hundía bajo las embestidas de los invasores escitas del Norte, y la rebelión aunada de medos y caldeos fue para ella el último golpe. En 612 a. C., Nínive fue tomada y totalmente destruida, y en 605 a, C. desaparecieron los últimos restos de las fuerzas asirias, de modo que el cruel y odiado imperio fue borrado para siempre de la faz de la tierra.

Asiria se desmembró tan rápidamente después de la muerte de Asurbanipal que los remotos griegos, a quienes sólo llegaron oscuros rumores de la caída, creían que Asurbanipal todavía era rey por entonces (o quizá lo confundieron con un hermano). Los griegos le llamaban Sardanápalo y le describían como un rey débil y amante del lujo que había incendiado su palacio y perecido en las llamas cuando su ciudad fue tomada.

A la desaparición de Asiria, Nabopolasar y Ciaxares se dividieron el botín. Nabopolasar se hizo con la parte principal del Imperio -Babilonia, Siria y Fenicia-, mientras Ciaxares se apoderó de las tierras más extensas pero relativamente atrasadas del Norte y el Este.

Sólo después de la creación del Imperio Caldeo de Nabopolasar los griegos llegaron a conocer Babilonia. Se cree que hombres como Tales y Pitágoras visitaron esas tierras y llevaron de vuelta el saber babilonio en materia de astronomía. Por esta razón, la palabra «caldeo» llegó a significar astrólogo o mago.

El Imperio Caldeo llegó a su mayor esplendor bajo el hijo de Nabopolasar, Nabucodonosor. Le sucedió en el trono en 605 a. C. y gobernó durante más de cuarenta años.

Se lo conoce sobre todo por dos acciones. En primer lugar, destruyó el Reino de Judá y llevó a los judíos al «cautiverio babilonio». En segundo término, trató de alegrar a su mujer, una princesa meda que añoraba (en las planicies de

Babilonia) las colinas de su tierra natal. Para ello, Nebuchadrezzar hizo una serie de jardines en terrazas para crear la apariencia de las colinas, y ellos fueron los famosos «jardines colgantes de Babilonia», Más tarde los griegos los incluyeron entre las Siete Maravillas del Mundo.

En cuanto a Ciaxares, el gobernante del Imperio Medio, extendió cautamente su reino hacia el Oeste, hasta llegar primero al mar Negro y luego al río Halis. Del otro lado del Halis estaba Lidia, donde Aliates era rey a la sazón.

La guerra entre los dos reinos por la supremacía en Asia Menor era inevitable y duró varios años, El punto culminante llegó una generación después de la caída de Nínive, cuando los medos luchaban con los lidios en una de las más extrañas batallas de la historia. Mientras los ejércitos combatían, se produjo un eclipse (el mismo que Tales había predicho, (véase pág. 65). En la antigüedad, sólo unos pocos astrónomos tenían alguna idea de la causa natural de los eclipses; para la gente común era un signo del descontento de los dioses y uno de los más terribles presagios de desastre.

Los ejércitos quedaron tan impresionados por el eclipse que la batalla terminó inmediatamente. Se convino la paz y los ejércitos volvieron a sus patrias; los lidios y los medos nunca volvieron a luchar entre sí.

Ahora los astrónomos conocen los movimientos de los cuerpos celestes con la precisión suficiente para hacer cálculos retrospectivos y determinar exactamente cuándo hubo un eclipse de sol en Asia Menor por la época de esa batalla entre lidios y medos. Así, han establecido que el eclipse se produjo el 28 de mayo de 585 a. C. Esta batalla, pues, es el primer suceso de la historia que puede ser fechado en el día exacto con toda certidumbre.

Poco después de la batalla, Ciaxares murió, y en 584 a. C, le sucedió su hijo Astiages. Fue una generación de paz, pues mientras reinaba Astiages, Pisístrato gobernaba Atenas y Creso llegaba al poder en Lidia.

Pero la paz fue ilusoria. Un nuevo conquistador entró en la escena.

Persia

A unos 800 kilómetros al sudoeste de Media hay una región llamada Fars, que los griegos llamaron Persis y nosotros Persia. Por su lengua y su cultura, los persas se hallaban estrechamente emparentados con los medos.

En 600 a. C., o aproximadamente, el jefe de una tribu persa tuvo un hijo. Fue llamado «Kurush» (que significa «sol»), pero es más conocido por nosotros como Ciro, derivado de la forma latina de la versión griega del nombre. Una leyenda posterior hacía de él un nieto de Astiages, pero quizá esto no fuera verdad.

Ciro sucedió a su padre en el gobierno de Persia en 558 a. C., y en 550 a. C. inició una rebelión contra el rey medo que fue coronada por el éxito. Derrocó a Astíages y se convirtió en el gobernante absoluto de lo que ya podríamos llamar el Imperio Persa.

Una vez que se hizo el amo del Imperio Persa, Ciro se mostró dispuesto a reanudar la lucha de Media con Lídia, donde había sido interrumpida una generación antes por el eclipse.

Lidia no estuvo lenta en aceptar el desafío. Creso pensó que, dada la agitación en que se hallaba el Este por el cambio de reyes, se le presentaba una excelente oportunidad para extender su poder hacia Oriente. Consultó al oráculo de Delfos

para asegurarse, y éste le respondió: «Si Creso atraviesa el Halys, destruirá un poderoso imperio.»

El oráculo se abstuvo cuidadosamente de decir cuál era el poderoso imperio que iba a ser destruido, y Creso tampoco lo preguntó. Se lanzó a través del Halys, donde Ciro le presentó batalla. Los caballos lidios se desconcertaron por el olor de los camellos persas y, en la confusión, Ciro obtuvo una victoria completa. Persiguió a los lidios a través del Halys y, en 546 a. C., tomó Sardes. El poderoso imperio destruido fue el de Creso, y Lidia nunca volvió a constituir un reino independiente.

Este es el más famoso ejemplo de un oráculo consistente en un enunciado de doble sentido, que puede ser considerado verdadero suceda lo que suceda. En consecuencia, a tales enunciados se les llama «oraculares» o «délficos».

Una vez destruida Lidia, ¿qué ocurriría con las ciudades griegas de la costa? Nuevamente fueron incapaces de unirse. Un jonio, Bías, de Priene, ciudad que estaba del otro lado de la bahía de Mileto, sugirió una política de huida. Propuso que todos los griegos tomasen sus barcos y navegasen hacia el Oeste, a Cerdeña, que acababa de ser abierta a la colonización griega. (Bías fue luego incluido en la lista de los Siete Sabios, y con él ya los hemos mencionado a todos.)

Pero la mayoría de los griegos permanecieron donde estaban, y las ciudades fueron tomadas una a una por los generales de Ciro. Nuevamente, Mileto fue la única que conservó una apariencia de independencia.

Pero antes de apoderarse de las ciudades griegas, Ciro se había vuelto hacia el Sur, en busca de una caza mayor. Nebuchadrezzar había muerto en 562 a. C. y el Imperio Caldeo estaba ahora en manos débiles. Había tratado de ayudar a Creso, pero esto no redundó en su beneficio. El victorioso Ciro lo destruyó fácilmente en 538 a. C. Ciro luego extendió sus tierras hacia el Este, hasta las fronteras mismas de India y China. Murió en 530 a, C. a avanzada edad, pero aún empeñado en guerras y conquistas.

(Así ocurrió que un sector del mundo griego pasó a formar parte de un gigantesco imperio territorial, Los griegos pudieron viajar con seguridad a través de miles de kilómetros de tierras continentales. Un griego que aprovechó esto fue Hecateo, de Mileto, quien nació alrededor del 550 a. C. Viajó mucho por el Imperio Persa y escribió libros de geografía e historia que, por desgracia, no han llegado hasta nosotros. Fue el primero, según declaraciones de autores posteriores, para quien la historia era algo más que la relación de leyendas sobre dioses y héroes. En verdad, adoptó una actitud escéptica y francamente burlona ante los mitos, que es lo que cabría esperar de un jonio.)

Aun después de la muerte de Ciro continuaron las conquistas persas. Su hijo Cambises consideró a Egipto una presa apropiada, pues era la única parte del viejo Imperio Asirio que aún permanecía independiente.

La independencia de Egipto había durado unos ciento cincuenta años, y su rey Amosis, el amigo de los griegos y en un tiempo aliado de Polícrates, de Samos (véase página 67), observaba el ascenso y el creciente poder de Ciro con gran alarma. Murió en 525 a. C., precisamente en el momento en que Cambises se estaba preparando para lanzar su ataque. La invasión persa tuvo un éxito total y Egipto pasó a formar parte del Imperio Persa.

Pero mientras Cambises se hallaba en Egipto estalló una rebelión interna. Al volver apresuradamente para hacerse cargo de la situación, murió en 522 a. C., quizá por accidente, quizá por suicidio.

Siguieron cuatro años de confusión y guerra civil durante los cuales existió el constante peligro de que el Imperio Persa, creado sólo una generación antes, se desmembrase.

Pero el miembro más capaz de la familia real persa, Darío I, logró dominar la situación en 521 a. C. Con gran energía y habilidad, Darío mantuvo unido el Imperio Persa y aplastó todas las rebeliones, en particular una muy peligrosa que estalló en Babilonia.

Entonces comprendió que había llegado el momento de detener las ininterrumpidas conquistas persas, hasta haber logrado organizar lo ya conquistado. No era una tarea fácil. Una polis griega de 15 kilómetros de extensión era fácil de administrar, pero el Imperio Persa era grande, aun por patrones modernos, pues medía 4.000 kilómetros de Este a Oeste. Se extendía por montañas y desiertos, en una época en que el único medio para viajar por tierra era a caballo o en camello.

Darío dividió el Imperio en veinte provincias, cada una de ellas colocada bajo el mando de un *shathrapavan*, o «protector del reino». Para los griegos y, por ende, para nosotros, esta palabra se convirtió en sátrapa, y una provincia persa fue llamada una satrapía.

Darío también mejoró los caminos del Imperio y construyó otros nuevos para mantener en buena comunicación sus diferentes partes. Organizó un cuerpo de jinetes para que llevaran mensajes por esos caminos. Adoptó la invención lidia de la moneda. Como resultado de todo esto, bajo su gobierno el Reino Persa conoció una creciente prosperidad.

Una vez pacificado el Imperio, Darío consideró que podía pensar nuevamente en su expansión. Ciro había ocupado vastas regiones de Asia, y Cambises había añadido tierras de Africa. A Darío le quedaba Europa.

En 512 a. C., el ejército persa, conducido por Darío, atravesó los estrechos hacia Europa y avanzó sobre Tracia, la región situada al norte del mar Egeo. Los ejércitos persas triunfaron una vez más, y el Imperio Persa se extendió por la costa occidental del mar Negro hasta la desembocadura del Danubio. (Los historiadores griegos más tarde afirmaron que Darío había atravesado el Danubio en una frustrada persecución de los escitas, pero esto es falso, casi con seguridad.)

En esta campaña, cayeron en poder de Persia nuevas tierras griegas. El Quersoneso Tracio, tomado por Milcíades para Atenas medio siglo antes (véase pág. 80), cayó bajo la dominación persa. Hasta algunas de las islas egeas del Norte, como Lemnos e Imbros, pasaron a poder de los persas.

Después de sus conquistas europeas, Darío volvió a Persia con la esperanza de acabar su triunfal reinado en paz. Y probablemente así habría ocurrido de no ser por la insensata conducta de Mileto y Atenas.

8. La guerra con Persia

La revuelta jónica

Los jonios eran muy desdichados bajo la dominación persa. No estaban realmente esclavizados, sin duda alguna. Pero debían pagar un tributo anual, soportar la férula de algún tirano instalado por los persas y con un representante de Persia cerca, por lo común, para vigilar al tirano y a la ciudad.

En algunos aspectos, la situación no era mucho peor que bajo los lidios. Pero la capital lidia había estado a 80 kilómetros solamente, y los monarcas lidios habían sido casi griegos. Griegos y lidios se entendían.

Los monarcas persas, en cambio, tenían su corte en Susa, a 1.900 kilómetros al este de Jonia. Darío hasta se había construido una nueva capital que los griegos llamaban Persépolís, o «ciudad de los persas», que estaba aún 500 kilómetros más lejos.

Los distantes reyes persas no sabían nada de los griegos y estaban fuera de su influencia. Adoptaban los hábitos autocráticos de los monarcas asirios y caldeos que los habían precedido, y los griegos se sentían realmente incómodos con las costumbres orientales de sus nuevos amos.

En 499 a. C., pues, estaban dispuestos a rebelarse, si encontraban quien los dirigiera. Hallaron un líder en Aristágoras, quien gobernaba Mileto mientras su cuñado, el tirano, se hallaba en la corte de Darío. Aristágoras había caído en desgracia entre los persas y había claras probabilidades de que terminaría teniendo serios problemas con ellos. Una manera de evitarlo era encabezar una revuelta y quizá acabar como amo de una Jonia independiente.

Las ciudades jónicas respondieron prontamente a la incitación de Aristágoras y expulsaron a sus tiranos, juzgándolos títeres de los persas. El paso siguiente fue obtener ayuda de las ciudades griegas independientes del otro lado del Egeo.

Aristágoras visitó primero Esparta, la mayor potencia militar de Grecia, e intentó persuadir a Cleómenes a que les enviaran ayuda. Después de enterarse de que había un viaje por tierra, desde el mar, de tres meses de duración hasta la capital persa, ordenó a Aristágoras que se marchase inmediatamente. Ningún ejército espartano iba a alejarse tanto de su patria.

Aristágoras se dirigió entonces a Atenas, y aquí tuvo más suerte. En primer lugar, Atenas se hallaba aún bajo la excitación de su democracia recientemente conquistada y sus éxitos en la guerra. En segundo lugar, las ciudades rebeldes de Asia Menor eran jónicas y demócratas como ella. En tercer lugar, Hipias, el tirano ateniense exiliado estaba en Asia Menor, en la corte de uno de los sátrapas persas, y no se sabía si los persas no harían un intento de restaurarlo en el poder. Los atenienses no estaban dispuestos a tolerar esto y parecía juicioso emprender una «guerra preventiva».

(Por esa época, Clístenes fue derrocado en Atenas. Se desconoce la razón de ello, pero es posible que él se opusiera a esta aventura jónica y opinara en contra de ella. El y los Alcmeónídas fueron considerados partidarios de los persas y

durante el medio siglo siguiente tuvieron escaso poder en el gobierno de la ciudad.)

Aristágoras volvió a Mileto triunfalmente para informar que Atenas enviaría barcos y hombres, y se hicieron todos los preparativos para lo que se llamó «la revuelta jónica».

Sólo Hecateo, el geógrafo (véase pág. 92), se negó a dejarse arrastrar por la excitación general. Opinó en contra del proyecto, por juzgarlo alocado y sin esperanzas. Sostuvo que si los jonios estaban absolutamente decididos a rebelarse, primero debían construir una flota para asegurarse el dominio del Egeo; ésta era su única esperanza de éxito. De lo contrario, los persas sencillamente los aislarían a unos de otros. Los jonios habían desoído a Tales (véase pág. 87) y a Bías (véase pág. 92) en ocasiones anteriores y tampoco escucharon a Hecateo en ésta.

En 498 a. C. llegaron veinte barcos de Atenas y otros cinco, de Eretria, que había sido aliada de Atenas desde que ésta derrotara a la vecina y rival de Eretria, Calcis, ocho años antes. Al ponerse en marcha la revuelta, se levantaron también otras ciudades griegas en Tracia, Chipre y Asia Menor. Toda la franja noroccidental del Imperio Persa estaba en llamas.

La primera acción emprendida pareció una promesa de éxito. Aristágoras condujo a los milesios y a los atenienses al Este, tomó por sorpresa a los persas en Sardes, se apoderó de la ciudad y la incendió, para luego volver velozmente a Jonia.

Pero ¿qué se logró con eso? ¿Qué era una ciudad en el enorme Imperio Persa?

Cuando el ejército retornó a la costa jónica, se encontró con fuerzas persas que lo esperaban. Los jonios fueron derrotados, y los atenienses decidieron que ésa no era su guerra, a fin de cuentas, y se volvieron a su patria. Pero el daño estaba hecho e iba a pagar las consecuencias.

Darío estaba furioso. Estaba ya envejecido, pues tenía más de sesenta años, pero no era persona a la que fuese posible enfrentarse sin riesgos. Reunió barcos fenicios y se hizo con el dominio del mar Egeo, que era precisamente lo que Hecateo había prevenido a los jonios que ocurriría si descuidaban los preparativos navales. Ahora los jonios quedaron aislados de Grecia y se enfrentaban con una inevitable derrota. Aristágoras huyó a Tracia y murió allí poco después.

La flota persa-fenicia destruyó la resistencia griega en Chipre y luego se presentó frente a las costas de Mileto. En 494 a. C., los barcos jónicos que se aventuraron a salir fueron destruidos y la revuelta fue sofocada. Los persas entraron en Mileto y la incendiaron, pero trataron a las otras ciudades griegas con relativa clemencia. El poder y la prosperidad de Mileto fueron destruidos para siempre; nunca volvió a recuperar su antigua posición.

Darío envió luego a su yerno Mardonio a Tracia, para reconquistarla. La tarea quedó terminada en 492 a. C. Tracia fue nuevamente persa. Mardonio podía haber seguido hacia el Sur, pero una tormenta dañó a su flota en el mar Egeo, por lo que consideró más prudente dejar allí las cosas por el momento y retornó a Persia.

Quedaba la Grecia continental. Darío no tenía intención de dejar sin castigo a nadie que le hubiese perjudicado. Quedaba una cuenta por saldar con aquellas insignificantes ciudades griegas que habían enviado barcos contra su imperio y

habían osado ayudar a incendiar una de sus ciudades. Y aunque hubiese estado dispuesto a olvidar, el viejo Hipias, el antiguo tirano de Atenas, estaba en la corte de Darío e incitaba al monarca persa a que actuara contra Atenas, con la esperanza de recuperar de este modo el poder.

Atenas y toda Grecia temblaban ante esa perspectiva.

Por primera vez, un poderoso gobernante asiático dirigía amenazadoramente su mirada al corazón mismo de Grecia. Las nubes que durante un siglo habían estado acercándose desde el Este se cernían ahora sobre la Grecia continental y la tormenta estaba por estallar.

La batalla de Maratón

Mientras Darío preparaba el golpe, envió mensajeros a las ciudades griegas que aún eran libres y les exigió que reconocieran la soberanía persa. Sólo así podrían evitar su perdición. La mayoría de las islas del Egeo, que no podían esperar ayuda de nadie contra la flota persa se sometieron inmediatamente.

Una de las islas, Egina, sentía tal enemistad hacia Atenas por rivalidad comercial (como habían previsto los corintios; véase pág. 83) que se sometieron a Darío aun antes de que llegase el mensajero que debía exigirles tal sumisión. Atenas iba a recordar este acto de enemistad.

Algunas ciudades de la Grecia continental también pensaron que la prudencia era lo más indicado y se sometieron. Una ciudad que no se sometió, por supuesto, fue Esparta. Esta era más fuerte que nunca. En 494 a. C., justamente mientras era sofocada la revuelta jónica, Argos se había levantado otra vez contra Esparta y Cleómenes la había derrotado nuevamente, en esta ocasión cerca de la antigua ciudad de Tirinto. Cleómenes también triunfó en una reyerta privada con Demarato, el otro rey espartano, quien en 492 fue desterrado y se vio obligado a huir a la corte de Darío. Con la aureola de victoria que le rodeaba, Cleómenes no iba a someterse a las exigencias de un bárbaro.

Se cuenta que, cuando el mensajero de Darío llegó para pedir la tierra y el agua, como signo de que Esparta aceptaba la soberanía de Persia en la tierra y el mar, los espartanos arrojaron al mensajero a un pozo de agua y le dijeron: «¡Ahí tienes ambas!»

Atenas ahora no podía hacer más que esperar. Pero había un ateniense de gran visión: Temístocles. Fue arconte de Atenas en 493 a. C. y, como Hecateo de Mileto, cinco años antes, pensó que para que las ciudades griegas pudieran resistir al gigante persa debían tener el dominio del mar.

Atenas no tenía una flota poderosa, y para construir una se necesitaba dinero, gasto que los atenienses tal vez no estuviesen dispuestos a aceptar. Atenas ni siquiera era un puerto de mar, pues estaba a ocho kilómetros de la costa. Temístocles hizo lo que pudo. Fortificó un lugar de la costa, que luego sería la ciudad del Pireo. Esta iba a ser la base de la flota que, según él esperaba, existiría algún día. Pero mientras tanto, Atenas iba a tener que resistir el choque de la invasión sin la pantalla protectora de una flota adecuada.

En 490 a. C., la fuerza expedicionaria de Darío estuvo lista. No era muy grande, pero lo suficiente, estimaba Darío, para la tarea que debía llevar a cabo. Atravesó directamente el Egeo, ocupando en la marcha las islas que podían plantear problemas. Se apoderó de Naxos, por ejemplo, y luego enfiló hacia el Noroeste, a la isla de Eubea. En esta isla se encontraba Eretria, que compartía con Atenas, en el sentir de Darío, la culpa de haber ayudado a incendiar a Sardes. Eretria fue

tomada y quemada, mientras Atenas observaba sin osar enviarle ayuda. Necesitaba todos sus hombres para su propia defensa.

En efecto, mientras Eubea era tomada por una parte del ejército persa, otra parte desembarcaba en el Atica. Estaba a su frente el mismo Hipias, que la guió basta una pequeña llanura de la costa oriental del Atica, cerca de la aldea de Maratón.

Atenas, en el ínterin, había enviado a pedir ayuda a la otra única ciudad que no temía enfrentarse con los persas: Esparta. Se envió a un corredor profesional -pues la rapidez era esencial- llamado Fidípides, para que atravesara los 160 kilómetros que había hasta Esparta.

Por desgracia, Esparta era la ciudad más aferrada a la tradición de toda Grecia, y era tradicional allí no empezar ninguna acción hasta la luna llena. Cuando llegó Fidípides, faltaban nueve días para la luna llena y los espartanos se negaron a moverse durante esos nueve días. Cleómenes podía haber obligado a los espartanos a actuar, si hubiese estado en el poder, pero poco después de que él expulsase a su colega rey, los éforos, por recelo ante el creciente poder de Cleómenes, le enviaron también a él al destierro.

Pero Atenas no se enfrentó totalmente sola con los persas. Platea, agradecida por el apoyo ateniense contra Tebas (véase pág. 83), envió 1.000 hombres para que se unieran a los 9.000 atenienses contra el enemigo.

El pequeño ejército era comandado por un polemarca y diez generales. Uno de éstos era Milcíades, sobrino del Milcíades que había conquistado el Quersoneso Tracio y se había hecho tirano de él. El joven Milcíades había sucedido a su tío como tirano y se había sometido a Darío durante la expedición tracia del rey persa. Pero durante la revuelta jónica sus actitudes habían sido contrarias a Persia, de modo que, velando por su seguridad, huyó del Quersoneso después de ser aplastada la revuelta y retornó a la ciudad madre, Atenas.

Milcíades fue el corazón y el alma de la resistencia ateniense. Algunos generales pensaban que era inútil luchar y que quizá podía arreglarse una rendición razonable. Milcíades se opuso resueltamente a esto. Opinaba que no sólo era necesario combatir, sino que insistía en atacar primero. Tenía experiencia de los ejércitos persas y sabía que el hoplita griego era superior a los persas en armamento y en preparación.

Prevaleció la elocuencia de Milcíades, y el 12 de septiembre del 490 a. C., el ejército ateniense, conducido por Milcíades, se lanzó contra los persas en Maratón.

Los persas retrocedieron tambaleantes ante la embestida. Por alguna razón, habían cometido el error de enviar la caballería de vuelta a los barcos, por lo que en ese momento no tenían jinetes que resistieran el embate griego. Los infantes persas murieron en gran cantidad, incapaces de devolver los golpes y atravesar el pesado escudo de los hoplitas griegos. De hecho, no pudieron hacer nada, excepto tratar de abrirse camino hacia su flota, completamente derrotados. Según un informe ateniense posterior (posiblemente exagerado), los atenienses perdieron en la batalla 192 hombres y los persas 6.400.

La flota persa aún podía haber llevado lo que quedaba del ejército bordeando el Ática para atacar a Atenas directamente. Pero su moral estaba quebrada y les llegaron noticias de que el ejército espartano estaba en marcha. Decidieron que ya tenían suficiente y atravesaron de vuelta el Egeo llevándose a Hipias con ellos. La posibilidad del viejo de restablecer la tiranía se esfumó para siempre, y él mismo desapareció de la historia.

Entre tanto, los atenienses esperaban noticias de la batalla. Quizá pensaban que verían en cualquier momento soldados huyendo, con los persas acosándolos, que la ciudad sería incendiada y ellos muertos o esclavizados. El ejército ateniense, victorioso en Maratón, sabía bien que su gente estaba en una angustiosa espera y que debían enviar un corredor a la ciudad con las grandes nuevas. Según la tradición, el mensajero fue ese mismo Fidípides que había sido enviado a Esparta en busca de ayuda. Corrió de Maratón a Atenas a toda velocidad, llegó a la ciudad, balbució apenas las noticias de la victoria y murió.

La distancia de Maratón a Atenas es de unos 42 kilómetros. En honor a esa carrera de Fidípides, los «maratones» son carreras deportivas en una distancia de unos 42 kilómetros. El récord mundial de tales carreras es de 2 horas, 14 minutos y 43 segundos, pero nadie sabe cuánto tiempo le llevó a Fidípides correr la primera maratón.[3]

Los espartanos llegaron al campo de batalla poco después de concluida ésta. Contemplaron el campo y los muertos persas, hicieron grandes elogios de los atenienses y volvieron a su patria. Si hubiesen tenido el buen sentido de ignorar la luna llena, habrían participado en la batalla, se les habría atribuido el mayor mérito por la victoria y la historia posterior de Grecia habría sido diferente.

En verdad, esa batalla de Maratón siempre ha impresionado la imaginación del mundo. Era David contra Goliat, con el triunfo del pequeño David. Además, por primera vez se libraba una batalla de la que parece depender todo nuestro moderno modo de vida.

Antes de ese día de septiembre del 490 a. C. se habían librado muchas grandes batallas; pero hoy, para nosotros, no es mucha la diferencia en que los egipcios derrotaran a los hititas o a la inversa, en que los asirios batieran a los babilonios o a la inversa, o en que los persas triunfaran sobre los lidios o a la inversa.

El caso de Maratón es diferente. Si los atenienses hubieran sido derrotados en Maratón, Atenas habría sido destruida y en tal caso (piensan muchos) Grecia nunca habría llegado al esplendor de su civilización, esplendor cuyos frutos hemos heredado los modernos. Sin duda, Esparta habría combatido, aunque se hubiese quedado sola, y hasta habría podido conservar su independencia. Pero Esparta no tenía nada que ofrecer al mundo, como no fuera un horrible militarismo.

La batalla de Maratón, pues, fue una «batalla decisiva», y muchos la consideran la primera batalla decisiva de la historia, en lo que concierne al Occidente moderno.

Después de Maratón

Darío se puso furioso al recibir las noticias de Maratón; no tenía ninguna intención de ceder. Estaba decidido a preparar otra expedición contra Atenas de mucha mayor envergadura. Pero en 486 a. C., mientras aún se hallaba haciendo preparativos, murió con la frustración de no haber castigado todavía a los atenienses.

Pero a los enemigos de Darío no les fue mejor. Milcíades, desde luego, era el héroe del momento, pero su éxito, al parecer, se le subió a la cabeza. Creyó que

---

[3] En realidad la distancia es algo menor de esos 42 kilómetros y cuando en los I JJOO (1896) se quiso revivir la leyenda, los corredores tuvieron que dar un rodeo grande en el camino entre Marathon y el estadio Panathinaikos, en el centro de Atenas. La distancia de 42.195 metros se adoptó años más tarde, en los JJOO de Londres: porque fue la distancia del recorrido entre el Palacio de Windsor y el Estadio. El récord actual está en las dos horas 5 minutos 38 segundos, y una inglesa, Paula Radcliffe ha hecho la distancia en 2 horas 17 minutos. (Nota de Dom)

podía convertirse en un héroe conquistador. Persuadió a los atenienses a que pusieran hombres y barcos bajo su mando y, en 489 a. C., los condujo al ataque de Paros, isla situada al oeste de Naxis, cerca de ésta. El pretexto era que había aportado un barco a la flota persa.

Desgraciadamente, el ataque fracasó y volvió a su patria con una pierna rota. Nada hay peor que el fracaso. Los indignados atenienses juzgaron a Milcíades por conducta impropia durante la campaña y le impusieron una pesada multa. Poco después murió.

En cuanto a Cleómenes I, el rey espartano que había elevado a Esparta al dominio indiscutido sobre el Peloponeso y al liderazgo militar de Grecia, su destino fue aún peor. Fue llamado del exilio, pero en 489 a. C. enloqueció y tuvo que ser aprisionado bajo custodia. No obstante, se las arregló para conseguir una espada y se mató con ella.

Pero la disputa entre Grecia y Persia no terminó porque la vieja generación desapareciera. Nuevos hombres llegaron al poder y continuaron la lucha.

El heredero del trono persa y del sueño de venganza contra los atenienses fue el hijo de Darío, al que los griegos llamaban Xerxes, de donde deriva nuestro nombre, Jerjes. Este trató de completar rápidamente los planes de su padre, pero los egipcios se rebelaron en 484 a. C. Jerjes tardó varios años en sofocar la revuelta, y esos años resultaron ser decisivos.

Después de la batalla de Maratón, Atenas dio nuevos pasos hacia la plena realización de la democracia. Los diversos cargos gubernamentales a los que Clístenes había dado acceso a todos los atenienses libres ahora eran ocupados por sorteo, de modo que todos los hombres libres tenían igual posibilidad de ocuparlos. Se redujo el poder del arconte y el polemarca, y se dio suprema autoridad a la asamblea popular. La única arma que quedó en manos de las clases superiores fue el Areópago. Este «tribunal supremo» iba a permanecer en sus manos durante otro cuarto de siglo.

Además, los atenienses crearon un nuevo sistema para impedir el establecimiento de una nueva tiranía. Una vez al año se brindaba la oportunidad para emitir un tipo especial de voto. En esta votación, los ciudadanos se reunían en la plaza del mercado provistos con un pequeño trozo de cerámica. (La cerámica era barata y trozos de cerámica rotas podían recogerse en cualquier parte.) Podía escribirse el nombre de cualquier ciudadano que se juzgase peligroso para la democracia en ese trozo de cerámica, que luego se colocaba en una urna. Terminada la votación, se vaciaban las urnas, se contaban los nombres y, siempre que hubiese un total de más de 6.000, se exiliaba al individuo cuyo nombre apareciese en mayor número de trozos.

El exiliado no era deshonrado ni perdía su propiedad. Después de diez años podía retornar y continuar su vida normal. De este modo, los atenienses esperaban evitar el establecimiento de una tiranía y, también, intervenir en la decisión final sobre el rumbo que debía seguir la ciudad.

La palabra griega que designa un trozo de cerámica es *ostrakon*, por lo que el voto de destierro es llamado «ostracismo». Los atenienses conservaron esa costumbre durante algo menos de un siglo, y nunca ha sido adoptada en otras partes.

El ostracismo fue aplicado por primera vez en Atenas en 487 a. C., cuando se envió al exilio a un miembro de la familia de Pisístrato. Pero el ostracismo más importante de la historia tuvo lugar cinco años más tarde, y los resultados

justificaron plenamente la costumbre. La votación se produjo a causa de una disputa en Atenas sobre el método apropiado para prepararse contra una nueva invasión.

Por supuesto, se consultó al oráculo de Delfos y, según relatos posteriores, los resultados fueron muy adversos; se predijo un desastre completo. Los interrogadores atenienses, llenos de horror, preguntaron si no había un rayo de esperanza, y la sacerdotisa del oráculo respondió que, cuando todo estuviese perdido, «sólo la muralla de madera quedaría sin conquistar».

A su retorno, los atenienses informaron de esto e inmediatamente surgió una controversia sobre cuáles eran los muros de madera.

Uno de los líderes atenienses destacados de la época era Arístides, un noble que desconfiaba un poco de la nueva democracia. Sin embargo, había sido un colaborador de Clístenes, había luchado en Maratón y era famoso por su absoluta honestidad e integridad. De hecho, se le llamó, en su época y desde entonces, Arístides el justo.

Arístides sostenía que las murallas de madera a las que se refería la sacerdotisa eran justamente eso: murallas de madera. Afirmaba que los atenienses debían construir un fuerte muro de madera alrededor de la Acrópolis y resistir allí aunque fuese destruido todo el resto del Ática.

Para Temístocles (véase pág. 98), esto era sencillamente insensato. Pensaba que lo esencial era tener una flota, y sostenía que las murallas de madera eran una manera poética de aludir a los barcos de madera de una flota. En aquellos días se estaba empezando a usar un nuevo tipo de barco, el trirreme. Tenía tres filas de remos, lo cual significaba que podían introducirse más remeros en ese barco que en los de tipo más antiguo.

Los trirremes eran más veloces y tenían mayor capacidad de maniobra que los barcos más viejos. « ¡Construid trirremes!», repetía Temístocles. Tales trirremes serían invencibles, y desde las murallas de madera de esa flota los persas podían ser destruidos, aunque se apoderasen de todo el Ática y de la misma Acrópolis.

Si se cuestionaba la necesidad de los barcos, la guerra que se estaba librando con Egina dirimiría el asunto. Atenas se dispuso a castigar a Egina por su premura en ayudar a Darío, pero Egina tenía la flota más poderosa de Grecia, y ni Atenas y Esparta juntas pudieron afligirle una derrota decisiva.

Por supuesto, los trirremes eran costosos, pero nuevamente intervino la fabulosa suerte de Atenas. En el extremo sudoriental del Ática, se descubrieron minas de plata en 483 a. C., mientras Jerjes se hallaba atascado en Egipto. Repentinamente, los atenienses fueron ricos. Los ciudadanos atenienses sintieron la fuerte tentación de repartirse la plata, de modo que cada uno fuese más rico en una pequeña cantidad de dinero. Temístocles se horrorizó ante esto. ¿Qué bien haría a la ciudad unas pocas monedas más en los bolsillos de cada uno? En cambio, si se invertía todo el dinero en una flota, podrían construirse 200 trirremes.

Arístides se opuso a esto por considerarlo un despilfarro de dinero, y durante meses la discusión siguió en aumento, mientras la rebelión en Egipto estaba siendo sofocada y el peligro se acercaba cada vez más. En 482 a. C., Atenas convocó una votación de ostracismo para elegir entre Arístides y Temístocles.

Arístides perdió y fue enviado al exilio. Temístocles se quedó en Atenas y fue puesto a cargo de la defensa. Bajo su dirección, se construyó la flota.

Sobre esa votación, se cuenta una famosa anécdota. Un ateniense que no sabía escribir le pidió a Arístides (a quien no reconoció) que escribiera su voto por él.

-¿Qué nombre quieres que ponga? -preguntó Arístides el justo.

-El de Arístides -respondió el votante.

-¿Por qué? -preguntó Arístides- ¿Qué daño te ha hecho Arístides?

-¡Ninguno! -respondió el otro-. Solamente estoy cansado de oír a todo el mundo llamarle Arístides el justo.

Arístides escribió su propio nombre en silencio y se marchó.

Pero ese ostracismo salvó a Atenas. No hay ninguna duda, en la opinión moderna, que, de no haberse construido los barcos, Atenas habría estado perdida, cualquiera que fuese el género de muralla que hubiese construido alrededor de la Acrópolis; y con ella se habría perdido una brillante esperanza de la humanidad. Arístides era un hombre noble y honesto, pero en esta cuestión sencillamente estaba equivocado, y Temístocles tenía la razón.

Si Jerjes no hubiera tenido que enfrentarse con un Egipto en rebelión en un mal momento y hubiese podido atacar antes a Grecia, anteriormente al descubrimiento de las minas de plata y la construcción de los trirremes atenienses, la historia del mundo habría sido en un todo diferente.

Invasión del Este y el Oeste

En el 480 a. C., Jerjes había apaciguado Egipto, terminado sus preparativos e iniciado la marcha. Habían pasado diez años desde Maratón, y Jerjes lo recordaba muy bien. Estaba decidido a no cometer el mismo error que su padre, al confiar en una fuerza expedicionaria demasiado pequeña.

Posteriormente, los historiadores griegos exageraron las dimensiones del ejército conducido por Jerjes y pretendían que las huestes persas ascendían en total a 1.700.000 hombres. Esto parece totalmente imposible, pues en la Grecia de aquel entonces no se podía alimentar y hacer maniobrar a fuerzas tan numerosas. Las verdaderas dimensiones del ejército persa no pueden haber superado los 300.000 hombres y probablemente no fueran más de 200.000. Aun así, un ejército semejante era bastante difícil de alimentar, aprovisionar, controlar y dirigir. Jerjes se las habría arreglado mejor con un ejército más pequeño.

Jerjes mismo acompañó al ejército, lo cual demostraba la importancia que asignaba a la campaña, También llevaba consigo a Demarato, el rey exiliado de Esparta. El ejército cruzó el Helesponto y marchó a través de Tracia para internarse en Macedonia.

Macedonia, que en ese momento ingresa al curso de la historia griega, dio escasos indicios a la sazón de que un siglo y medio más tarde su fama llenaría el mundo. Situada al norte de Tesalia y la península Calcídica, Macedonia era un reino semigriego. Hablaba un dialecto griego y sus gobernantes habían aprendido algo de la cultura griega, pero los griegos mismos habitualmente consideraban a los macedonios como bárbaros.

En efecto, Macedonia no había tomado parte en los avances de Grecia desde la invasión doria, sino que seguía siendo una especie de reino micénico, y la idea de ciudad-Estado le era extraña. Cuando Darío invadió Europa, treinta años

antes, Macedonia se sometió a su señorío, pero conservó sus reyes y sus propias leyes.

Cuando Jerjes pasó por ella, el rey macedonio, Alejandro I, tuvo que renovar esa sumisión. Se vio obligado a unirse a las fuerzas persas, aunque sus simpatías, según relatos posteriores, estaban con los griegos.

Después de atravesar Macedonia, Jerjes se volvió hacia el Sur e inició la marcha sobre la misma Grecia.

Mientras Jerjes comenzara la invasión, las ciudades griegas llegaron a unirse contra el enemigo común como nunca lo habían hecho antes y como jamás volverían a hacerlo. La unión griega se concretó en un congreso realizado en la ciudad de Corinto en 481 a. C. La posición principal en este congreso de ciudades-Estado griegas la ocupó Esparta, desde luego, pero en segundo lugar estaba Atenas, por el gran prestigio que había ganado en Maratón. Argos se negó a incorporarse por su odio hacia Esparta; y Tebas sólo participó a medias, por su cólera con Atenas a causa de Platea.

El Congreso decidió pedir ayuda a otros sectores lejanos del mundo griego: a Creta, Corcira y Sicilia. Creta era débil y estaba empeñada en reyertas internas, de modo que no podía esperarse de ella ninguna ayuda. Corcira tenía una buena flota, que habría sido valiosa para los griegos, pero como Corcira no sufría ninguna amenaza, no sintió ninguna necesidad de correr riesgos. Permaneció neutral.

Sería solamente de la parte occidental del mundo griego, de Sicilia e Italia, de donde se podía recibir ayuda. Era una región rica y próspera, y se hallaba en plena edad de los tiranos. (De hecho, Sicilia e Italia mantuvieron el gobierno de los tiranos durante un par de siglos más, después que en la misma Grecia se hiciesen ya raros.)

Por entonces, el tirano de mayor éxito era Gelón, que llegó al poder en Siracusa. En 485 a. C., Gelón dedicó todos sus esfuerzos a incrementar la riqueza y el poder de Siracusa y logró, desde ese momento y durante casi tres siglos, que Siracusa fuese la ciudad más rica y poderosa del occidente griego.

A los griegos de la misma Grecia, atemorizados por la amenaza de Jerjes, les parecía natural, pues, pedir ayuda a Siracusa. Se supone que Gelón aceptó proporcionar tal ayuda, siempre que se le pusiese al mando absoluto de las fuerzas griegas unidas. Esto, por supuesto, nunca habría sido aceptado por Esparta, de modo que el proyecto fracasó.

En realidad, Gelón tal vez no hiciese la propuesta seriamente, pues estaba a punto de ser absorbido totalmente por otro problema. Durante cien años, los griegos de Sicilia oriental habían librado guerras esporádicas con los cartagineses de la Sicilia occidental. En tiempos de Gelón, los cartagineses habían encontrado un jefe enérgico en Amílcar. Este se propuso dirigir un gran ejército cartaginés contra los griegos y expulsarlos de la isla para siempre.

Los historiadores griegos sostuvieron después que los cartagineses actuaron en cooperación con los persas, que hubo algún género de acuerdo entre ellos para aplastar en el medio al mundo griego. Tal vez fuera así, y si lo fue, se trataba de una estrategia hábil, pues cada mitad del mundo griego se vio obligada a luchar separadamente con su propio enemigo. Ninguna de ellas pudo recibir ayuda de las ciudades seriamente amenazadas de la otra.

Las Termópilas y Salamina

Al fracasar todos los pedidos de ayuda, Esparta y Atenas debían arreglárselas solas. Los persas, en su desplazamiento hacia el Sur, avanzarían primero sobre Tesalia, y los delegados tesalios al Congreso de Corinto solicitaron ayuda, arguyendo que, de no recibirla, tendrían que someterse al enemigo.

Los griegos enviaron fuerzas al norte de Tesalia. Allí, en unión con la caballería tesalia, proyectaban resistir en la frontera macedónica. Pero el rey Alejandro de Macedonia les advirtió que el ejército persa era demasiado grande para hacerle frente y que los griegos se sacrificarían inútilmente si se quedaban donde estaban. Estos no tuvieron más remedio que aceptar este consejo y se retiraron. Tesalia y todo el norte de Grecia pronto se rindieron.

Para que el pequeño ejército griego pudiera resistir con éxito se necesitaba un espacio estrecho al que el gran ejército persa sólo pudiera enviar pequeños contingentes. Los griegos podrían entonces combatir con los persas en pie de igualdad, y en tal caso los hoplitas podían confiar en la victoria.

Tal lugar existía: era el paso de las Termópilas, en la frontera noroccidental de Fócida, a unos 160 kilómetros al noroeste de Atenas. Era una estrecha franja de terreno llano entre el mar y escarpadas montañas. En ese entonces, el paso no tenía más de quince metros de ancho en algunos lugares. (En la actualidad, la zona ha quedado enarenada, y la franja de terreno llano entre la montaña y el mar es mucho mayor.)

En julio de 480 a. C., el gran ejército de Jerjes se dirigió a las Termópilas; frente a él había 7.000 hombres bajo el mando de Leónidas, rey de Esparta. Era medio hermano de Cleómenes y le había sucedido en el trono a su muerte.

Demarato, el rey exiliado de Esparta, advirtió a Jerjes que los espartanos combatirían intrépidamente, pero Jerjes no podía creer que un ejército tan pequeño le presentara batalla. Sin embargo, los 7.000 griegos defendieron firmemente el paso. En esa estrecha zona luchaban con los persas en pie de igualdad y, según habían esperado, hicieron a éstos más daño que el que sufrieron ellos.

Los días pasaban y Jerjes se desesperaba. Pero entonces los persas, con la ayuda de un traidor focense, descubrieron un estrecho camino que conducía por la montaña al otro lado de las Termópilas. Fue enviado un destacamento del ejército persa por ese camino para atrapar a los griegos desde su retaguardia.

Los griegos comprendieron que iban a ser rodeados y Leónidas ordenó rápidamente la retirada. Pero él mismo, por supuesto, y los 300 espartanos que constituían la espina dorsal del ejército no se retiraron. Si los espartanos se hubiesen retirado, habrían quedado deshonrados para siempre. Era preferible la muerte. También se quedaron con Leónidas unos 1.000 beocios, pues su territorio sería rápidamente invadido si Jerjes forzaba el paso. De los beocios, 400 eran tebanos y los 700 restantes de Tespias, ciudad situada a unos 11 kilómetros al oeste de Tebas.

Se supone que los tebanos se rindieron en el combate siguiente, pero los espartanos y los tespios, apenas un millar de hombres, rodeados y sin esperanza de escapar, resistieron firmemente. Golpearon y mataron mientras tuvieron fuerzas para resistir, pero finalmente murieron todos.

La batalla de las Termópilas alentó a los griegos por su ejemplo de heroísmo y ha inspirado desde entonces a los amantes de la libertad de todos los tiempos. Pero fue una derrota para los griegos, y el ejército persa, aunque duramente golpeado, reanudó su avance.

La flota griega, que había sido estacionada en Artemisio, frente al extremo septentrional de Eubea, a 80 kilómetros al este de las Termópilas, había rechazado a la flota persa en combates esporádicos. Al recibir las noticias de las Termópilas, los barcos griegos juzgaron más prudente navegar hacia el Sur. Por consiguiente, Jerjes avanzó por tierra y por mar.

El Ática estaba inerme a merced de las huestes persas. El 17 de septiembre del 480 a. C., o alrededor de esa fecha, el ejército de Jerjes ocupó y quemó la misma ciudad de Atenas. Jerjes estaba en la Acrópolis y finalmente, después de veinte años, había vengado el incendio de Sardes.

Pero los persas ocuparon un territorio vacío; Jerjes capturó una Atenas sin atenienses. Toda la población del Ática se había desplazado a las islas cercanas, y los barcos griegos, entre ellos los veloces trirremes (que constituían más de la mitad de la flota), esperaban entre Salamina y el Ática. La profecía délfica se estaba cumpliendo, pues aunque todo lo demás hubiese sido tomado, quedaban las murallas de madera de la flota, y mientras aún estuvieran intactas, Atenas no estaba derrotada.

Aunque la flota griega era en gran parte ateniense, el almirante que estaba a su frente era el espartano Euribíades, pues en general, en aquellos días críticos, los griegos sólo se sentían seguros bajo el liderazgo espartano. Pero los espartanos no estaban cómodos en el mar, y a Euribíades sólo le preocupaba la defensa de Esparta. Su intención era dirigirse hacia el Sur para proteger el Peloponeso, la única parte de Grecia aún no conquistada.

El líder ateniense Temístocles arguyó contra esta táctica con tanta vehemencia que Euribíades perdió los estribos y levantó su bastón de mando. Temístocles, en una extrema ansiedad, extendió los brazos y exclamó: « ¡Pega, pero escucha!»

El espartano escuchó los apasionados argumentos de Temístocles y su seria amenaza de recoger a todas las familias atenienses en los trirremes y marcharse a Italia. Esparta vería entonces cuánto tiempo podría resistir sin la protección de una flota.

Con renuencia, Euribíades aceptó quedarse allí. Pero Temístocles temía que los titubeantes espartanos cambiasen nuevamente de opinión, de modo que preparó un golpe maestro. Envió un mensaje a Jerjes proclamándose amigo secreto de los persas y aconsejándole que atrapara rápidamente a la armada griega antes de que pudiera escapar.

El rey persa cayó en la trampa. A fin de cuentas Grecia estaba llena de traidores que trataban de salvarse para el caso, que parecía seguro, de una victoria persa.

Un focense había ayudado a Jerjes a encerrar un ejército griego en las Termópilas, ¿por qué Temístocles no habría de ayudarle a encerrar una flota griega? Jerjes ordenó prontamente que los barcos persas cerraran las dos entradas de las estrechas aguas que hay entre Salamina y la tierra firme. La flota griega quedaba atrapada dentro del estrecho.

Como Temístocles había previsto, los comandantes de los barcos discutieron toda la noche, y algunos de ellos exigían acremente que la flota se retirase al Sur.

Pero por la noche, Arístides el justo llegó a los barcos desde Egina. Había estado en Egina desde su ostracismo, pero en el momento del gran peligro, el mismo

Temístocles había instado a que se llamase a Arístides, pues Atenas necesitaba de todos sus hombres.

Arístides les dijo que la flota no podía salir del estrecho sin combatir y, cuando rompió el día, los comandantes se quedaron azorados al ver que era cierto. Quisieran o no, tenían que luchar.

La batalla fue como la de las Termópilas, pero con un final feliz. El rey persa se encontró con que, en las aguas del estrecho, no podía usar toda su flota, sino que sólo podía enviar una parte de sus barcos por vez. Los trirremes griegos eran mucho más ágiles y podían girar, esquivarse y abalanzarse rápidamente, de modo que los barcos persas fueron casi víctimas inermes de los griegos. La flota griega obtuvo una completa y absoluta victoria.

En la batalla de Salamina, el 20 de septiembre del 480 a. C., o alrededor de esa fecha, la flota persa fue destruida y Grecia se salvó. Tres días después de subir a la Acrópolis en triunfo, Jerjes vio desbaratados todos sus planes. Sin flota podía invadir el Peloponeso sólo atravesando el estrecho istmo, pero ya estaba harto de luchar en pasajes estrechos. En realidad, estaba harto de todo. Llevándose un tercio del ejército, se volvió a Persia. Dejó luchando en Grecia a su cuñado Mardonio (el reconquistador de Tracia en tiempos de Darío, véase la pág. 96); en cuanto a él, jamás volvió a Grecia.

Según una encantadora historia (que quizá no sea verdadera), después de Salamina los felices comandantes griegos se reunieron para determinar mediante una votación quién de ellos tenía mayor mérito por la victoria.

Cada uno de los comandantes, dice dicha historia, votó por sí mismo en primer término, pero por Temístocles en segundo lugar.

La batalla de Himera

En el ínterin, ¿qué ocurría con el peligro cartaginés en Sicilia?

El general cartaginés, Amílcar, fue muerto por un audaz cuerpo expedicionario mientras se hallaba ante el altar haciendo un sacrificio a los dioses para pedir la victoria en la batalla futura. Después de morir Amílcar, los ejércitos rivales se encontraron, en 480 a. C., en Himera, sobre la costa septentrional de Sicilia. Allí el ejército griego obtuvo una aplastante victoria y la amenaza cartaginesa desapareció durante casi un siglo.

Según la tradición, la batalla de Himera se libró y ganó el mismo día que la batalla de Salamina, de modo que en un día los griegos, del Este y del Oeste, se salvaron de la destrucción. Pero esto suena demasiado casual para ser cierto.

Gelón, más famoso y poderoso que nunca como resultado de esta victoria, murió dos años más tarde, en 478 a. C. Su hermano menor, Hierón I, que había luchado valerosamente en Himera, le sucedió en la tiranía, y bajo él Siracusa siguió prosperando y aumentando en poder.

Hierón se enfrentó con otro peligroso enemigo, los etruscos. Cincuenta años antes, los etruscos, en alianza con los cartagineses, habían derrotado a una flota focense frente a la isla de Córcega (véase pág. 49), derrota que puso fin a la era de la colonización griega. Desde entonces, los etruscos habían avanzado hacia el Sur, en un intento de apoderarse de las colonias griegas del sur de Italia.

La ciudad de Cumas, la más septentrional de las ciudades-Estado griegas en Italia, aguantó lo más recio de la presión etrusca. Mientras se hallaba sitiada, pidió ayuda a Hierón. Una flota siracusana navegó hacia el Norte y derrotó a los

etruscos en la batalla de Cumas, el 474 a. C. A los etruscos les fue peor que a los cartagineses o a los persas, pues, a diferencia de unos y otros, nunca se recuperaron de esa derrota. Sufrieron una constante decadencia y, lentamente, desaparecieron de la historia.

Sicilia e Italia, por aquellos años, constituían uno de los centros de la ciencia griega. Jonia, bajo la acumulación de desastres -primero, la conquista persa, y luego, el desastroso fracaso de su revuelta- había perdido el liderazgo científico del mundo griego. Sus pensadores emigraron a otras regiones (el ejemplo más conocido es el de Pitágoras, véase pág. 66), llevando consigo el conocimiento y el estímulo intelectual.

Además de Pitágoras, por ejemplo, estaba el emigrante Jenófanes. Había nacido en Colofón, una de las ciudades jónicas, por el 570 a. C. Se alejó de los persas y emigró primero a Sicilia y luego al sur de Italia. Se le recuerda sobre todo por su idea de que la existencia de conchas marinas en cumbres montañosas es un indicio de que ciertas regiones de la Tierra que ahora están en la superficie estuvieron alguna vez sumergidas bajo el mar.

Jenófanes fundó la «Escuela Eleática», que tuvo otros dos importantes representantes en el siglo siguiente. Parménides, nacido en Elea, ciudad de la costa italiana del sudoeste, por el 539 a. C., fue un pitagórico que elaboró una compleja teoría sobre la naturaleza del Universo, pero sólo nos han llegado algunos fragmentos de sus escritos. Tuvo un discípulo importante, Zenón, nacido en Elea alrededor del 488 a. C., quien desarrolló la idea de Parménides de que los sentidos no son un método fiable para alcanzar la verdad. Sostenía que, para este fin, sólo podía usarse la razón.

Zenón trató de demostrarlo presentando a los pensadores griegos cuatro famosas maneras de poner de manifiesto que lo que creemos ver puede no ocurrir. (Una verdad aparente que no es una verdad es una «paradoja».) La más conocida de las paradojas de Zenón es la llamada de «Aquiles y la tortuga».

Supongamos que Aquiles corre diez veces más rápidamente que una tortuga y que se le da a ésta una ventaja de diez metros en una carrera. Se sigue, entonces, que Aquiles nunca puede alcanzar a la tortuga, pues mientras recorre los diez metros que lo separan de ella, la tortuga habrá avanzado un metro. Cuando Aquiles haya recorrido un metro más, la tortuga se habrá desplazado en una décima parte de un metro, y así sucesivamente. Pero, puesto que nuestros sentidos nos muestran claramente que un corredor veloz alcanza y pasa a un corredor lento, nuestros sentidos deben estar equivocados (o debe estarlo el razonamiento).

Estas paradojas han sido extraordinariamente útiles para la ciencia. Han sido refutadas, pero su refutación hizo necesario investigar minuciosamente los procesos mismos de razonamiento. Zenón es considerado el fundador de la «dialéctica», el arte de razonar para descubrir la verdad, y no sólo para ganar una discusión.

Otro científico griego de Italia fue Filolao, nacido en Tarento o Crotona por el 480 a. C. Fue discípulo de Pitágoras y el primero en especular que quizá la Tierra no estuviera fija en el espacio, sino que se moviese. Sostuvo que giraba alrededor de un «fuego central», del que el sol visible sólo es un reflejo.

En cuanto a Sicilia, el mayor filósofo del período fue Empédocles. Nació aproximadamente en 490 a. C., en Acragas, en la costa meridional de Sicilia. Contribuyó a derrocar una oligarquía de su ciudad natal, pero se negó a

convertirse en su tirano. Su mayor aporte a la ciencia fue su idea de que el Universo está formado por cuatro substancias fundamentales (o «elementos», como luego se las llamó): la tierra, el agua, el aire y el fuego. Esta idea de los «cuatro elementos» se mantuvo durante más de dos mil años después, de modo que fue ciertamente una teoría de éxito, aunque ahora sabemos que es totalmente errónea.

Empédocles fue un pitagórico con una serie de ideas místicas. No objetaba en absoluto que se le considerase un profeta y un hacedor de milagros. Según cierta tradición, hizo saber que un día determinado sería llevado al cielo y convertido en un dios. Se dice que ese día se arrojó al cráter del Etna para que, al desaparecer misteriosamente, se pensase que su predicción se había cumplido. Fue, sobre poco más o menos, en 430 a. C.

Hierón I murió en 466 a. C., y en Siracusa la tiranía llegó a su fin, al menos temporariamente. Siguió medio siglo de relativa calma. Esta fue rota por levantamientos de los pueblos nativos de Sicilia, que obtuvieron varios éxitos contra los griegos, pero finalmente fueron sometidos.

La victoria

Mientras que la sola batalla de Himera libró a los griegos occidentales de la amenaza de Cartago, la de Salamina no tuvo el mismo resultado para Grecia.

La flota persa había sido destruida, pero el ejército persa seguía existiendo. Se retiró hacia el Norte, pero, después del invierno, avanzó sobre Beocia. Era un ejército más pequeño, pero más fácil de dirigir y, por ende, más peligroso. Estaba conducido por Mardonio, un general capaz que había instado vigorosamente a marcharse al no muy brillante Jerjes, lo cual era mucho peor para los griegos.

La primera jugada de Mardonio fue enviar al rey Alejandro I de Macedonia a Atenas (ya nuevamente ocupada por los atenienses), en un intento de persuadirlos a que abandonasen la causa griega, ya que habían recuperado su ciudad. Los atenienses se negaron y, a su vez, trataron de convencer a los espartanos, siempre lentos, a que emprendieran una rápida acción.

Cuando los espartanos terminaron de reunir su ejército, Mardonio había realizado una incursión por el Ática e incendiado Atenas nuevamente.

Sin embargo, ahora los espartanos actuaron en serio. Al morir Leónidas en las Termópilas, su hijo pequeño había heredado el trono, pero, por carecer de la edad necesaria para conducir un ejército, Pausanias, primo del rey, actuó como regente y general. Bajo su mando, un ejército de 20.000 peloponenses se dirigió al Norte, 5.000 de los cuales eran espartanos. Este fue probablemente, el mayor contingente de espartanos que tomó parte en una campaña en toda la historia de Grecia.

Se les unieron contingentes de otras ciudades griegas, entre otros, 8.000 atenienses conducidos por Arístides, y el total de las fuerzas griegas quizá ascendiera a cien mil hombres. Contra éstos, Mardonio disponía, quizá, de 150.000 persas y sus aliados.

Los dos ejércitos se encontraron en Platea en agosto de 479 a. C., y la batalla que se entabló fue dura y difícil. Más de una vez, los griegos (cuyas maniobras antes y durante la batalla fueron más bien torpes) parecieron a punto de ceder. Pero los espartanos y los atenienses resistieron firmemente y, como en Maratón, su armamento más pesado les dio la superioridad sobre los persas. En el punto culminante de la batalla, Mardonio realizó una carga al frente de 1.000 hombres,

pero fue alcanzado por una lanza y muerto, con lo cual los persas se desalentaron totalmente. Huyeron, y los que sobrevivieron se marcharon al Asia.

Ahora la Grecia continental estaba segura tanto en tierra como en el mar. Desde ese momento en adelante, durante 1.000 años, cuando los griegos lucharon con los persas, lo hicieron siempre en Asia y nunca en Europa.

Los griegos victoriosos avanzaron sobre Tebas, que a lo largo de toda la guerra con Persia se mostró siempre dispuesta a alinearse con los persas. Como resultado de esto, se había salvado de la destrucción, pero ahora fue incendiada por los mismos griegos. Los oligarcas tebanos fueron exiliados y se estableció una democracia.

Mientras tanto, también en el mar se estaban produciendo acontecimientos. Destruida en Salamina gran parte de la flota persa, era razonable esperar que la flota griega aprovechase la victoria para realizar un vigoroso avance sobre Jonia. Mas para ello era menester inducir a la acción a los lentos espartanos, lo cual siempre llevaba tiempo.

La isla de Samos fue amenazada por el resto de la flota persa, y su súplica de ayuda finalmente movió a los espartanos. La flota griega, bajo Leotíquidas, uno de los reyes espartanos, navegó hacia el Este. Pero los persas no estaban en modo alguno dispuestos a librar otra batalla por mar. Por ello, se retiraron al cabo de Micala, una saliente de la costa jónica inmediatamente al este de Samos. Allí vararon sus barcos y esperaron a los griegos en tierra.

También los griegos desembarcaron y atacaron el campamento de los persas, obligando a éstos a retirarse. Tan pronto como el curso de la batalla pareció favorecer a los griegos, los diversos contingentes jónicos, a los que los persas habían obligado a combatir a su lado, se rebelaron. Volvieron sus armas contra sus antiguos amos, y esto decidió la batalla. Los persas huyeron y, como resultado de la batalla de Micala, las ciudades griegas de la costa de Asia Menor recuperaron la independencia que habían perdido un siglo antes por obra de Aliates, de Lidia.

Según una tradición posterior, la batalla de Micala se libró y ganó el mismo día que la batalla de Platea. Esto es poco verosímil; probablemente la batalla de Micala se libró unos días más tarde.

La flota avanzó bajo conducción ateniense (pues éstos, como siempre, estaban preocupados por su cordón umbilical con las regiones cerealeras del mar Negro), para despejar la zona del Helesponto y el Bósforo, en 478 a. C., y la guerra con Persia llegó a su fin. El resultado final de veinte años de lucha, desde la revuelta jónica, fue la liberación de casi toda la zona agea, y el mar Egeo se convirtió otra vez en un lago griego.

La guerra con Persia adquirió fama eterna, no sólo por su importancia intrínseca, sino también por el hombre que escribió sobre ella. Como la guerra de Troya tuvo su Homero, así también la guerra con Persia tuvo su cronista en Heródoto. Este nació en Halicarnaso, ciudad de la costa del Asia Menor, en el sur de Jonia, en 484 a. C. En sus mocedades viajó por todo el mundo antiguo, observando todo con ojos atentos y escuchando todos los viejos relatos que le contaron los sacerdotes de Egipto y de Babilonia. (A veces daba demasiado crédito a las increíbles historias que ellos contaban al anhelante extranjero griego.)

Alrededor de 430 a. C. escribió una historia de la guerra con Persia. Estaba destinada a un público ateniense y, por tanto, era acentuadamente proateniense. Estos le concedieron un gran premio en dinero, pero no solamente en

recompensa por sus elogios. Su obra era tan fascinante que fue copiada repetidamente, por lo que logró sobrevivir entera a los desastres que posteriormente destruyeron la mayor parte de las otras obras de la literatura griega.

Puesto que Heródoto es el más antiguo autor griego cuya obra conservamos entera y puesto que su interés principal era la guerra con Persia, la historia de Grecia anterior al 500 a. C. sólo es conocida sumariamente. Por fortuna, en su intento de explicar los antecedentes de la guerra, Heródoto no sólo expone la historia anterior de Grecia, sino también de las diversas naciones integradas en el Imperio Persa. Pasa un poco rápidamente por esa historia anterior, pero la mayor parte de lo que sabemos de sucesos anteriores al 500 a. C. también proviene de Heródoto, de modo que podemos estarle agradecidos de que se decidiese a referirse a ellos.

9. La Edad de Oro

Las dificultades de Esparta

La guerra con Persia convirtió a Esparta y Atenas en las dos ciudades más poderosas de Grecia. Cabía esperar que Esparta mirase con recelo el aumento del poder de Atenas e hiciese todo lo posible por frenarlo.

Esparta estaba recelosa, en efecto, pero hubo dos factores que le impidieron oponerse eficazmente a Atenas. Al principio, Atenas aplicó su reciente potencia a conquistas marinas, más que en la misma Grecia. Esparta, que siempre prefería la inacción a la acción y no se hallaba a sus anchas en el mar, estaba dispuesta a admitir esto y a limitarse a mantener su supremacía terrestre.

En segundo término, en los años que siguieron inmediatamente a la guerra persa, Esparta sufrió varios desastres.

Para empezar, Pausanias se comportó impropiamente. Fue el héroe de Grecia después de la batalla de Platea, y marchó luego a la conquista de Bizancio, en 477 a. C.

Pero el triunfo se le subió a la cabeza. Ocurría a menudo que un espartano, cuando estaba lejos de la virtud y la disciplina rígidas de Esparta, caía en el otro extremo. En el exterior, Pausanias se deleitó en el lujo y se hizo ávido de dinero. Así, se aficionó al uso de lujosas vestimentas persas y trató a sus compatriotas griegos con altanería, como si él mismo fuese un monarca oriental.

Pronto comenzó a negociar con Jerjes, en un intento de lograr mayor poder con ayuda persa (o al menos se hizo sospechoso de esto). Los éforos, celosos de su éxito de todos modos, le llamaron a Esparta y fue juzgado por traición, pero absuelto por falta de pruebas.

Pero ya no se le permitió conducir ejércitos espartanos, de modo que organizó expediciones privadas al Helesponto, donde fue derrotado por los atenienses y donde siguió tratando con los persas. Fue llamado a Esparta por segunda vez y allí cometió un pecado que, para los espartanos, era el peor de todos: trató de organizar una revuelta de los ilotas.

La conspiración fue descubierta y Pausanias buscó refugio en un templo. No podía ser sacado del templo por la fuerza, de modo que se le dejó allí hasta que estuvo a punto de morir de hambre; entonces, se le sacó de allí, pues hubiera sido un sacrilegio permitir que muriera en terreno sagrado. Murió fuera del templo. Esto ocurrió el 471 a. C.

Mientras tanto, Leotíquidas, jefe de la flota griega en la batalla de Micala, había sido hallado culpable, en 476 a. C., de aceptar sobornos y había sido desterrado.

Todo esto hizo perder a Esparta mucho prestigio. Las otras ciudades-Estado griegas no pudieron por menos de pensar que si los héroes espartanos de Platea y Micala eran traidores y corruptos, no se podía confiar en ningún espartano. Atenas, en cambio, audaz y resuelta, sin vacilar jamás como los lentos espartanos y siempre en la vanguardia de la lucha contra Persia, era tanto más admirable en comparación.

Como resultado de esto, Argos, finalmente recuperada de sus derrotas a manos de Cleómenes, se vio estimulada a intentar una vez más oponerse a la supremacía espartana en el Peloponeso. Logró algunos éxitos iniciales, apoderándose de Micenas y Tirinto (hoy miserables aldeas, donde no queda nada de sus antiguas glorias) y se le unieron otras ciudades. Hasta Tegea, por lo habitual firmemente proespartana, entró en alianza con Argos. Lejos de estar en condiciones de frenar el creciente poder de Atenas en todo el mundo griego, Esparta se vio repentinamente obligada a luchar por la soberanía en el Peloponeso, donde había considerado segura su supremacía durante un siglo.

Afortunadamente para Esparta, estaba en el trono un joven rey, digno sucesor de Cleómenes. Era Arquidamo II, que subió al trono cuando fue desterrado su abuelo Leotíquidas. Arquidamo derrotó a Argos y sus aliados en Tegea, en 473 a. C. Argos, que ya tenía suficiente, se retiró de la guerra, pero los aliados arcadios, con Tegea a la cabeza, siguieron la resistencia. En 469 a. C., una segunda batalla puso fin a ésta, y Esparta se aseguró nuevamente el dominio del Peloponeso.

Pero le esperaban momentos peores aún. El golpe más severo de todos se lo descargó un enemigo contra el que ni siquiera Esparta podía luchar. En 464 a. C., un terremoto destruyó la ciudad de Esparta, y por un tiempo los espartanos quedaron aturdidos y azorados.

En ese momento, los ilotas aprovecharon la oportunidad. Ocho años antes, Pausanías les había proporcionado motivos para esperar poner fin a dos siglos de martirio, pero el complot había fracasado en el último momento. Ahora los amos espartanos se hallaban inermes; había llegado el momento.

Los ilotas se organizaron apresuradamente y trataron de batir a los espartanos. Pero tan pronto como los espartanos recuperaron el aliento, los ilotas perdieron toda posibilidad. Como habían hecho sus antepasados dos siglos antes, los ilotas se retiraron al monte Itome y se fortificaron allí. Su resistencia duró cinco años y fue llamada la «Tercera Guerra Mesenia». El hecho de que los espartanos tardasen tanto en someter a sus esclavos perjudicó aún más su prestigio.

En 459 a. C. los ilotas finalmente fueron obligados a rendirse, pero sólo a condición de que no se les matase ni se les redujese nuevamente a la esclavitud. Los espartanos les permitieron marcharse, y barcos atenienses los llevaron a Naupacta, estación naval recientemente fundada por Atenas sobre la costa septentrional del golfo de Corinto.

La Confederación de Delos

Mientras las intrigas internas, los terremotos y las revueltas campeaban en Esparta, la buena fortuna de Atenas, que la había acompañado casi ininterrumpidamente desde la caída de Hipias, se mantuvo aún más brillantemente que nunca.

Las ciudades liberadas de Asia Menor necesitaban una permanente protección contra todo intento por Persia de restablecer su dominio sobre ellas. Tal protección sólo podía proporcionarla la flota ateniense. Por ello, en 478 a. C., poco después de la batalla de Micala, las ciudades de la costa de Asia Menor y las islas del Egeo comenzaron a unirse con Atenas en una alianza destinada a presentar un frente único contra Persia.

Cada ciudad debía contribuir con barcos para una flota unificada o con dinero a un tesoro central. El número de barcos o la suma de dinero fueron establecidos por Arístides el justo según el tamaño y la prosperidad de las ciudades. Y, según

la tradición, lo hizo tan bien que ninguna ciudad se sintió exigida en exceso ni pensó que sus vecinas lo eran demasiado poco. (Esta es la última anécdota sobre la justicia de Arístides, pero aun las circunstancias que rodearon su muerte dan nuevas pruebas de ella. Lejos de usar su poder para enriquecerse, el patrimonio que dejó al morir, en 468 a. C., no era siquiera suficiente para pagar los gastos de su funeral.)

El tesoro central de la alianza fue depositado en Delos, a 160 kilómetros al sudeste de Atenas. Delos es una pequeña isla, no mayor que el Central Park de Manhattan, pero como fue la depositaria del tesoro, el grupo de ciudades unidas bajo el liderazgo ateniense recibió el nombre de «Confederación de Delos».

El punto débil de la Confederación era la misma Atenas. La flota podía proteger las islas y el Asia Menor, pero ¿de qué servía si un enemigo podía invadir el Ática y quemar la misma Atenas? Persia lo había hecho dos veces y Esparta podía hacerlo en el futuro.

Temístocles, cuyo gran prestigio después de la batalla de Salamina lo había mantenido en el poder en Atenas, decidió dar un osado nuevo golpe político. Las «murallas de madera» de la profecía délfica habían salvado a Atenas en la forma de barcos, según su interpretación del oráculo. Pero ahora había llegado el momento de aplicar la interpretación de Arístides y construir murallas reales, no sólo alrededor de la Acrópolis, sino de toda la ciudad.

En caso de invasión, aunque el Ática fuese devastada, la población podría refugiarse en la ciudad y combatir desde las murallas.

Los espartanos, naturalmente, objetaron esa medida, considerándola un acto hostil. La misma Esparta no tenía murallas, y pidió que se destruyesen todas las murallas urbanas de Grecia. (Se cuenta que un visitante de Esparta preguntó por qué no tenía murallas. Se le respondió inmediatamente: «Las murallas de Esparta son los soldados espartanos.» ¡Sin duda! Y si se destruían todas las fortificaciones, los soldados espartanos habrían sido los amos absolutos de Grecia.)

Pero los espartanos, como siempre, actuaron lentamente; y los atenienses como siempre, actuaron rápidamente. Mientras los espartanos planteaban sus objeciones y Temístocles los entretenía discutiendo con ellos, los atenienses se dedicaron a construir la muralla. En el momento en que los espartanos estuvieron listos para actuar, el muro era suficientemente alto como para que la acción fuese demasiado tardía.

Además de Atenas se fortificó el puerto marino de El Pireo, creado por el previsor Temístocles ya antes de Maratón. Pero pese a todos sus éxitos, Temístocles perdía popularidad. No tenía la absoluta honestidad de Arístides y, como se hizo cada vez más rico, se sospechó que recibía sobornos. También mostraba un arrogante orgullo por su capacidad y sus triunfos, que se justificaba plenamente, pero disgustaba los atenienses.

Su gran opositor después de la guerra fue Cimón, hijo de Milcíades, el héroe de Maratón. Cimón, como su padre y como Arístides, no confiaba en la democracia y ejercía una influencia conservadora en Atenas. Sin embargo, era enormemente popular en la Atenas democrática.

En primer lugar, había pagado la enorme multa impuesta a su padre un año después de Maratón (véase página 103). También usó su riqueza para construir parques y edificios destinados al uso público. Por añadidura era un capaz jefe militar que llevó a las fuerzas atenienses de victoria en victoria.

Cimón había servido bajo Arístides durante la guerra con Persia y en 477 a. C. había asumido el mando de la flota ateniense. Casi inmediatamente arrancó Bizancio de manos de Pausanías, de Esparta, con lo cual aseguró el cordón umbilical de Atenas con el mar Negro.

Cimón puso su popularidad en la balanza contra Temístocles, y en una votación de ostracismo realizada en 472 a. C. Temístocles (como Arístides exactamente diez años antes) fue desterrado. Pero Temístocles fue menos afortunado que Arístides, pues nunca pudo retornar a Atenas.

Marchó a Egina, primero, y allí se dedicó a intrigar contra Esparta. Quizá hasta se uniese al complot de Pausanias para provocar una rebelión de los ilotas. Sea como fuere, Atenas luego le declaró un traidor y se vio obligado a abandonar Grecia totalmente.

Logró llegar a territorio persa en Asia Menor, y allí fue tratado con gran deferencia. Temístocles recordó a los persas que poco antes de la batalla de Salamina había tratado de hacer que la flota griega fuera atrapada. Los persas creyeron en apariencia que Temístocles había intentado honestamente tender una trampa a los griegos; así como éstos creyeron que había tratado honestamente de tender una trampa a los persas. (¿Cuál fue el motivo real de Temístocles? Nadie lo sabrá jamás. Probablemente el astuto ateniense pensó que, cualquiera que fuese el resultado de la batalla, él saldría ganador.)

Temístocles murió en Magnesia en 449 a. C., dejando salvada a Grecia, liberada la costa de Asia Menor y fortificada Atenas. No estaba mal, para veinte años de poder político.

Después del ostracismo de Temístocles, Cimón fue la figura dominante en Atenas. Mientras Temístocles había favorecido una política netamente antiespartana, Cimón era firmemente proespartano. Creía que Atenas debía mantener su alianza de los días de la guerra con Esparta y dirigir toda su fuerza contra Persia.

Era también un decidido imperialista; es decir, quería extender la influencia ateniense todo lo posible. Así, después de conquistar Bizancio, usó la flota para asegurar que las ciudades griegas de la costa septentrional del mar Egeo se uniesen a la Confederación de Delos.

Cimón no estaba dispuesto a permitir que ningún miembro de la Confederación la abandonara. Por el 469 a. C., la isla de Naxos juzgó que la amenaza persa estaba conjurada y que podía abandonar sin inquietud la Confederación, a fin de usar sus barcos para sí, en vez de destinarlos a la flota ateniense.

Cimón pensaba de otro modo. Para él, la Confederación no era una asociación voluntaria, sino una unión bajo la dominación ateniense. Atacó Naxos, la tomó, destruyó sus fortificaciones y confiscó su flota. En adelante la isla fue obligada a pagar tributo, en lugar de construir barcos para la flota común.

Auge de Atenas

Pero en el interior, la oposición a Cimón estaba creciendo. A los demócratas les disgustaban las tendencias aristocráticas y proespartanas de Cimón, y hallaron un líder en Efialtes. El blanco principal de éste fue el Areópago, la última fortaleza de los conservadores. Pero mientras Cimón fuera victorioso, Efialtes no podía hacer nada. Acusó a Cimón de haber sido sobornado por Alejandro I de Macedonia, pero Cimón fue absuelto triunfalmente. Era obvio que los demócratas debían esperar a que Cimón sufriese una derrota para poder enfrentarse con él.

Llegó el año 464 a. C. y el terrible desastre del terremoto y la revuelta de los ilotas, que puso temporariamente en aprietos a Esparta. Esto brindó ocasión para una nueva disputa. A Efialtes le pareció una buena oportunidad para Atenas. ¿Por qué no ayudar a los ilotas y paralizar a Esparta permanentemente?

Cimón luchó firmemente contra esto. Recordó a los atenienses los muertos espartanos en las Termópilas y sus hazañas en Platea. Grecia, decía Cimón, estaba conducida por Esparta y por Atenas, que eran como dos bueyes que arrastran una carga común. Si uno era destruido, toda Grecia quedaría disminuida.

Predominaron los argumentos de Cimón y su popularidad. En 462 a. C. fue enviado un ejército ateniense a ayudar a los espartanos a batir a los pobres ilotas, que luchaban contra la más brutal esclavitud que había en Grecia. Quizá los soldados atenienses no se sintieran a gusto en esta tarea.

Pero fueron los mismos espartanos quienes destruyeron a Cimón, su mejor amigo en Atenas, pues se sintieron ciega y hoscamente heridos en su amor propio. No pudieron soportar que los atenienses llegasen con aire protector a ayudarles contra sus propios esclavos. «No os necesitamos», refunfuñaron coléricamente, y ordenaron a los atenienses que se volviesen.

Fue un insulto terrible, mayor que el que podían soportar los atenienses, Cimón había sido el causante de esta humillación, y por tanto se volvieron contra él. Se hizo una votación de ostracismo y, en 461 a. C., Cimón fue desterrado y Efialtes subió al poder. Inmediatamente, debilitó al Areópago, limitando sus poderes al juicio de casos de asesinato y nada más. Correspondientemente aumentó el poder de la asamblea popular.

Efialtes no estuvo en el poder por mucho tiempo, pues poco después del ostracismo de Cimón el líder democrático fue asesinado. Pero esto no favoreció en nada a los conservadores, pues en lugar de Efialtes ascendió un demócrata más capaz, Pericles.

Pericles nació el 490 a. C., el año de Maratón. Su padre había conducido un escuadrón ateniense en la batalla de Micala; su madre era sobrina de Clístenes (véase pág. 81), de modo que, por el lado materno, Pericles era miembro de la familia de los Alcmeónidas. Recibió una buena educación, y entre sus maestros se contó Zenón de Elea, (véase pág. 115).

Pericles iba a permanecer en el poder hasta el día de su muerte, ocurrida treinta años más tarde, pese a todo lo que hicieran sus enemigos. Durante su gobierno, Atenas llegó a la cúspide de su civilización y conoció una «edad de oro».

Pericles siguió extendiendo la democracia internamente. Estableció la costumbre de pagar a los funcionarios, para que hasta los más pobres pudieran servir a la ciudad. También trabajó para fortalecer la ciudad. Aunque Atenas y El Pireo estaban fortificados, quedaba entre las ciudades un hueco de unos ocho kilómetros. El Pireo podía ser alimentado y aprovisionado desde el mar, pero ¿cómo iban a llegar los suministros a una Atenas sitiada a ocho kilómetros de distancia? La solución era construir murallas desde El Pireo hasta Atenas, los «Largos Muros», para que formasen un pasillo protector por el cual los suministros y los hombres pudieran desplazarse con seguridad. De este modo, Atenas y El Pireo podían convertirse en una especie de isla en medio de la tierra. Los Largos Muros fueron terminados en 458 a. C.

Pericles hizo uso del tesoro común de la Confederación de Delos no sólo para fortalecer a Atenas, sino también para embellecerla. Esto parece una incorrecta

apropiación de fondos y es difícil de justificar. Sin embargo, algunos han argüido que la Confederación brindaba seguridad contra Persia, de manera que Atenas cumplía su parte del acuerdo. También la nueva belleza de Atenas no sólo fue la gloria de la misma Atenas, sino de toda Grecia, y al hacer a Atenas más gloriosa ante los ojos de los hombres, crecía su reputación, que podía usar para proteger la Confederación.

En particular, Pericles encargó al arquitecto Iotino que coronase la Acrópolis con un templo dedicado a Athene Polias («Atenea de la ciudad»). El escultor fue Fidias. Se llamó al templo el Partenón. Fue comenzado en 447 a. C. y no se lo terminó hasta 432 a. C.

Fidias, nacido por el 500 a. C., es considerado por lo general como el más grande de los escultores griegos, y el Partenón como su obra maestra. Es, quizá, la estructura más perfecta que se haya construido nunca y la más famosa. Está en ruinas desde hace muchos años (véase página 271), pero el rectángulo de pilares del orden dórico que se eleva en la Acrópolis aún simboliza todo lo que hubo de glorioso y bello en la antigua Grecia.

En 436 a. C., Fidias hizo para el Partenón una gran estatua de madera de Atenea, cubierta de marfil como piel y de oro para los vestidos. Fidias también esculpió la estatua de Zeus de Olimpia, donde se erguía sobre el estadio en el que se realizaban los juegos Olímpicos, y esa estatua fue incluida, por los griegos de épocas posteriores, en la lista de las Siete Maravillas del Mundo.

Como tantos de los grandes hombres de la Grecia antigua, Fidias tuvo un final desdichado. Los aristócratas de Atenas, eternos enemigos de Pericles pero que nunca lograron desalojarlo del afecto del pueblo ateniense, atacaron a cuantos amigos de Pericles podían. En dos ocasiones acusaron a Fidias de realizar un acto delictivo, al apropiarse indebidamente de algunos de los fondos que se le confiaron, y de sacrilegio, porque entre las figuras que esculpió sobre el escudo de Atenea incluyó (decían) retratos de sí mismo y de Pericles. Fidias murió en la prisión mientras se llevaba a efecto el segundo juicio.

El siglo posterior a la guerra con Persia fue la época en que vivieron tres grandes autores trágicos, tal vez las más importantes figuras literarias que existieron entre la época de Homero y la de Shakespeare.

El primero fue Esquilo. Nacido en 525 a. C., combatió en Maratón y estuvo presente también en las batallas de Salamina y Platea. Hizo avanzar el arte del drama más allá de los pasos iniciales dados por Tespis (véase página 80). Esquilo redujo el coro de cincuenta a quince miembros e introdujo un segundo actor. Esto hizo por primera vez posible el diálogo. También fue el primero en usar vestimentas, coturnos, máscaras y otros recursos para hacer más visibles al público a los actores y su mensaje.

Entre 499 a. C. y 458 a. C., Esquilo escribió más de noventa obras de teatro. En las competiciones anuales que se realizaban en Atenas durante las fiestas en honor de Dioniso, ganó el primer premio trece veces. Sin embargo, hoy sólo sobreviven siete de sus obras.

Visitó Sicilia varias veces, y allí terminaron sus días, pues murió en Gela, ciudad de la costa meridional de Sicilia, en 456 a. C., poco después de que Pericles ascendiese al poder. Según una leyenda, fue muerto por un águila que trataba de romper el caparazón de una tortuga que había atrapado; dejó caer la tortuga sobre la cabeza calva de Esquilo, pensando que era una roca. Se trata de una famosa historia, pero sin duda no es más que pura ficción.

Sófocles, el segundo de los tres grandes dramaturgos, nació en 495 a. C. y vivió hasta los noventa años. Agregó un tercer actor a la tragedia y, en 468 a. C., logró derrotar a Esquilo y ganar la competición dramática anual. Ganó otras dieciocho o veinte veces en total. Escribió más de cien obras, pero sólo subsisten siete. Permaneció activo hasta el fin de su vida, pues al acercarse a los noventa años, su hijo trató de que los tribunales lo declarasen incompetente para manejar sus propios asuntos. En su defensa, Sófocles leyó, en audiencia pública, pasajes de Edipo en Colona, la obra en la que se hallaba trabajando en ese momento. Ganó fácilmente el juicio.

El tercero de los grandes trágicos fue Eurípides, nacido por el 384 a. C. Fue el más humano de los tres. Mientras los personajes de Esquilo y Sófocles hablaban de manera solemne y elevada, y sólo manifestaban las más nobles pasiones y motivos, Eurípides llevó el teatro al pueblo. Se interesó por todos los aspectos de la psicología humana; sus personajes tenían debilidades humanas y hablaban en un lenguaje cotidiano.

Esto le hizo impopular entre los críticos principales, por lo que sólo ganó la competición dramática anual cuatro veces (más una quinta después de su muerte). Se supone que la falta de aprecio que experimentó en vida le amargó. Se aficionó a vivir en el aislamiento y a huir de la sociedad, y se cree que era un misógino. A edad ya avanzada, dejó Atenas para responder a una invitación de Macedonia y murió en el exterior.

Pero su popularidad aumentó después de su muerte. De las noventa y dos obras que escribió, dieciocho han llegado completas basta nosotros. Una de ellas, Medea, fue representada en Broadway en años recientes y luego apareció en la televisión. Fue un gran éxito, pues el genio no envejece.

Hubo un cuarto dramaturgo que no fue un trágico, sino el mayor autor cómico de la edad dorada: Aristófanes, nacido alrededor del 448 a. C. Sus comedias, aunque llenas de bufonadas, no eran obras meramente hilarantes. Esgrimió su mordaz ingenio y acre sátira contra las debilidades de la época y contra los individuos a los que desaprobaba, por ejemplo, Eurípides.

Provenía de una familia terrateniente y sus inclinaciones eran conservadoras. No ahorró ningún esfuerzo para burlarse de los demócratas. Pudo hacerlo porque la misma democracia a la que atacaba era tan total que podía decir lo que quisiese, incluso observaciones que hoy serían excluidas hasta de nuestros escenarios, por ser demasiado groseras para ser toleradas. De sus cuarenta a cincuenta comedias, aún sobreviven once.

La ciencia jónica estaba agonizante por aquellos días, pero unos pocos chispazos finales aún brillaron en el cielo griego, tanto dentro como fuera de Atenas.

Anaxágoras nació por el 500 a. C. en Clazómenes, una de las doce ciudades jónicas. Hacia la mitad de su vida, emigró a Atenas, llevando consigo las tradiciones científicas de Jonia. Fue gran amigo de hombres como Pericles y Eurípides.

Anaxágoras creía que los cuerpos celestes no eran más divinos que la Tierra, que estaban formados por los mismos materiales y obedecían a las mismas causas. Las estrellas y los planetas, decía, eran rocas en llamas, y el Sol, en particular, según creía, era una roca caliente al rojo blanco más o menos del tamaño del Peloponeso.

Anaxágoras enseñó en Atenas durante treinta años, pero no pudo terminar sus días en paz. Como era amigo de Pericles, constituía un blanco adecuado para los enemigos conservadores del líder ateniense. Fue fácil demostrar que las opiniones de Anaxágoras estaban en contra de la religión olímpica. (Si el Sol era una roca llameante, ¿qué pasaba con Helios, el dios del Sol?)

Pericles logró, con dificultad, que Anaxágoras fuese absuelto, pero el filósofo ya no se sintió seguro en Atenas. En 434 a. C., se retiró a Lampsaco, en el Helesponto, y allí murió en 428 a. C.

El último destello de la ciencia jónica provino de Leucipo de Mileto, quien vivió por el 450 a. C. y de quien se supone que fue el primero en afirmar que la materia no está compuesta de substancias que pueden ser divididas y subdivididas infinitamente, sino de diminutas partículas que no pueden ser divididas en componentes más simples.

Esa opinión fue defendida por uno de sus discípulos, Demócrito, nacido en la ciudad de Abdera alrededor del 470 a. C. Abdera había sido fundada setenta años antes por refugiados jonios que huían de Ciro, de Persia (véase pág. 92), de manera que Demócrito puede ser considerado un jonio.

Llamó «átomos» a las partículas últimas de Leucipo. Sus ideas sobre los átomos eran bastante similares, en muchos respectos, a las creencias modernas sobre el tema, pero no obtuvieron general aceptación entre los filósofos griegos.

La isla de Cos, situada frente a la costa de Asia Menor, cerca de la ciudad de Halicarnaso, era dórica y, por ende, no puede ser considerada como parte de Jonia. Sin embargo, algo del espíritu jónico llegó a ella. Por el 460 a. C. nació en ella Hipócrates; fundó la primera teoría racional de la medicina, no basada en dioses y demonios. Por esta razón se lo llama a menudo el «padre de la medicina».

Se le han atribuido numerosos escritos (llamados la «colección hipocrática»), pero es más que dudoso que muchos sean suyos. Más bien son las obras recopiladas de varias generaciones de miembros de su escuela, y los médicos posteriores las atribuyeron a él para que se les prestara más atención.

La ética hipocrática se refleja en el «juramento hipocrático», establecido por miembros posteriores de la escuela y que todavía lo prestan hoy los estudiantes de medicina al terminar sus estudios.

Un nuevo tipo de hombres sabios surgió en Atenas durante la época de Pericles, hombres que pretendían enseñar las cualidades más adecuadas a la vida pública. Eran los «sofistas», nombre proveniente de una palabra griega que significa «enseñar».

Una función importante de todo hombre que actuase en la vida pública por aquellos días era la de presentar argumentos en pro o en contra de alguna ley propuesta o de alguna persona sometida a juicio. Muchos sofistas sostenían abiertamente que podían (por una remuneración) enseñar a la gente a argüir en defensa de cualquier opinión sobre cualquier tema y hacer que la parte más débil apareciese mejorada mediante una hábil argumentación. Esto era exactamente lo opuesto de la dialéctica creada por Zenón (véase pág. 122), y no es precisamente un modo honorable de utilizar el propio saber.

El más grande y popular de los sofistas fue Protágoras, quien, como Demócrito, había nacido en Abdera. Fue el primero en analizar cuidadosamente la lengua griega y en elaborar las reglas de la gramática. Como fue amigo de Pericles, se

atrajo la enemistad de los conservadores. En 411 a.C., mucho después de la muerte de Pericles y cuando tenía alrededor de setenta años de edad, Protágoras fue acusado de ateísmo, por poner en duda públicamente la existencia de los dioses. Fue desterrado de Atenas y, mientras se hallaba en camino a Sicilia, se perdió en el mar.

Las dificultades de Atenas

Mientras a Esparta le perjudicaba a veces su tendencia a no hacer nada cuando era menester hacer algo, Atenas se creaba dificultades por tratar de hacerlo todo al mismo tiempo.

En los primeros años del gobierno de Pericles, Atenas parecía impulsada por los demonios, al atacar en todas partes. Aplastó a Egina, tomó parte en una querella entre Corinto y Megara en 458 a. C., derrotó a Corinto (convirtiéndola, así, en su mortal enemiga) y tomó a Megara bajo su protección. Se alió con Argos, como gesto abierto de enemistad hacia Esparta y, por añadidura, construyó febrilmente los Largos Muros.

Esparta tuvo que soportarlo todo porque la mantenía ocupada la revuelta de los ilotas. Pero en 457 a. C., superadas las peores consecuencias de ésta, Esparta se recuperó y pudo una vez más afirmar su acostumbrada supremacía. Atenas decidió que no estaba en condiciones de luchar con Esparta en tierra y llamó a Cimón (viejo amigo de Esparta) con la esperanza de que pudiese concertar una tregua.

La tregua era tanto más importante cuanto que Atenas recibió un golpe aún más duro allende los mares. En 460 a. C. se lanzó a una aventura aún más loca que la de correr en ayuda de Jonia una generación antes (véase pág. 102).

Esta segunda aventura comenzó con la muerte de Jerjes, quien fue asesinado en 464 a. C. En la confusión que siguió a su muerte, pasó algún tiempo antes de que el hijo de Jerjes, Artajerjes I, se afirmase en el trono.

Durante ese período de intranquilidad, Egipto se rebeló una vez más, como lo había hecho después de la muerte de Darío. Egipto llamó en su ayuda a Atenas, como había hecho Jonia, y nuevamente Atenas respondió al llamado. Pero en 460 a. C. Atenas era una ciudad mucho más poderosa que en 500 a. C. y, por consiguiente, envió una flota mucho mayor. En vez de una flota de veinte barcos, envió doscientos, según algunos relatos (posiblemente exagerados).

Como en la ocasión anterior los atenienses habían empezado apoderándose de Sardes, en ésta comenzaron por tomar la ciudad egipcia de Memfis. Pero los persas resistieron vigorosamente, y los atenienses, en una tierra extraña y distante, rodeados por una población bárbara y no por su propio pueblo, retrocedieron. Su situación empeoró poco a poco y en 454 a. C. se perdió todo el ejército ateniense, junto con los refuerzos que habían sido enviados de tanto en tanto.

La derrota fue desastrosa. Atenas perdió más hombres y barcos de los que podía permitirse perder, considerando su intento de combatir en todas partes al mismo tiempo. Además, quedó seriamente afectada la confianza de Atenas en sí misma. Al parecer, no sólo Esparta y Persia podían sufrir desastres, sino también Atenas.

Tan grande fue la conmoción de Atenas por la derrota en Egipto que ya no confió a la isla de Delos el tesoro de la Confederación. Trasladó el dinero a la misma Atenas, con lo cual proclamó su dominación abierta sobre las ciudades de la

Confederación. De hecho, a partir de este momento podemos hablar de un «Imperio Ateniense».

El Imperio Ateniense tenía un aspecto muy satisfactorio en el mapa. Beocia y Megara se hallaban bajo el control de Atenas; Fócída y Argos eran aliadas de ella. Hasta algunas ciudades de Acaya, en el Peloponeso, se habían aliado con ella. Esto, junto con su control de Naupacta, sobre la costa septentrional del golfo de Corinto, hacía del golfo casi un lago ateniense, como lo era el mar Egeo.

Pero en el ínterin, las fuerzas persas, después de pacificar Egipto, se desplazaron a la isla de Chipre, que también se había rebelado. Nuevamente se envió una flota ateniense a ayudar a los rebeldes contra Persia, esta vez bajo el mando de Cimón. Los persas fueron derrotados, pero Cimón murió en medio de la campaña y los atenienses hicieron la paz.

Establecida la paz en todas partes, el Imperio Ateniense se hallaba en la cúspide de su poder, pero los problemas se presentaron casi enseguida. En cierto modo, fue nuevamente culpa de Atenas. Era una potencia marítima y sus intentos de establecer también su dominación en tierra sólo sirvieron para debilitarla.

En 447 a. C., por ejemplo, Beocia se levantó contra la dominación ateniense. De haber sido Beocia una isla, la flota ateniense habría dominado la situación. Pero Beocia era una potencia terrestre y los beocios eran buenos combatientes, cuando luchaban por sí mismos. Atenas envió un ejército al que los beocios hicieron frente en Coronea, a unos 32 kilómetros al oeste de Tebas.

Los atenienses fueron derrotados completamente y Tebas recuperó el control de toda la Beocia, como resultado de ello. Derrocó todas las democracias que Atenas había establecido y puso en su lugar oligarquías.

Esa derrota originó una serie de reveses. Sólo dos años antes, los focenses se habían apoderado de Delfos y Esparta envió una expedición para derrotarlos (la «Segunda Guerra Sacra»). Los focenses fueron derrotados, por supuesto, pero después de la partida de las fuerzas espartanas, Atenas se puso de parte de Fócida y la ayudó a recuperarse. Pero estando Beocia fuera del control ateniense, Fócida, situada inmediatamente al oeste de Beocia, analizó sus propios intereses y pronto abandonó su alianza con Atenas.

Luego, Eubea y Megara se rebelaron. Pericles condujo un contingente ateniense a Eubea, que a fin de cuentas era una isla, y la obligó a mantenerse dentro de la alianza ateniense. Pero Megara, que no era una isla, recibió ayuda del Peloponeso y Atenas la perdió para siempre. Así, el breve intento ateniense de establecer su poder sobre Grecia continental tanto como en el mar tuvo un final sin gloria en 446 a. C. Sobre esta base, Atenas firmó una tregua de treinta años con Esparta.

Pericles trató de compensar estos numerosos golpes sobre la influencia ateniense expandiendo su poder por los mares. Envió colonos atenienses a diversas islas del Egeo septentrional y al Quersoneso Tracio (donde Milcíades había gobernado antaño). Barcos atenienses penetraron en el mar Negro (el mismo Pericles fue en una de esas expediciones) y estableció relaciones con las ciudades griegas de las regiones costeras.

Atenas hasta fundó nuevas ciudades, lo que los griegos no habían hecho desde hacía más de un siglo; entre ellas, Anfípolis, sobre la costa norte del Egeo, inmediatamente al este de la península Calcídica, y Turios, en Italia, en el sitio donde había estado Síbaris un siglo antes.

Sin embargo, Atenas, y toda Grecia, estaba sentada al borde de un volcán. No sólo las diversas ciudades-Estado guerreaban unas con otras, sino que también dentro de cada ciudad-Estado había una constante lucha entre oligarcas y demócratas. Cuando uno de los partidos ganaba, el otro era exiliado y esperaba en las ciudades vecinas un cambio de la fortuna para retornar.

Este conflicto iba a verse aún dentro del mismo Imperio Ateniense. La isla de Samos y la ciudad de Mileto iniciaron una disputa en 440 a. C. por el dominio de la ciudad de Priene. La disputa fue planteada a Atenas, que se puso de parte de Mileto. Para prevenir problemas con los perdedores descontentos, Atenas, entonces, expulsó a los oligarcas de Samos e instaló a los demócratas.

Samos inmediatamente se rebeló y restauró a sus oligarcas. Los atenienses (al mando personal de Pericles) necesitaron un año para restaurar el orden. Otras revueltas también fueron sofocadas, pero crearon intranquilidad en Atenas.

Toda querella que estallaba en Grecia, por pequeña que fuese, hacía que Esparta se pusiese de una de las partes y Atenas de la contraria. Tarde o temprano, iba a haber una explosión.

10. La guerra del Peloponeso

Los comienzos de la guerra

La explosión se produjo en la isla de Corcira, donde se libraba una enconada guerra civil entre oligarcas y demócratas. En 435 a. C., los oligarcas llamaron en su ayuda a Corinto, la ciudad madre, que era también una oligarquía. Corinto dio gustosamente su ayuda. Envió una flota que, sin embargo, fue rápidamente derrotada por los demócratas de Corcira.

Corinto, furiosa, preparó una fuerza expedicionaria mucho mayor. Los demócratas de la isla, naturalmente, apelaron a Atenas, la gran defensora de los demócratas de todas partes. Atenas envió diez barcos. No lo hizo solamente por amor a la democracia. Atenas tenía nuevos intereses en Occidente, ahora que había fundado Turios en el sur de Italia, y una Corcira amiga (que estaba en la ruta marina hacia Italia) sería sumamente útil.

En 433 a. C., las flotas de Corcira y Corinto se enfrentaron nuevamente. Esta vez Corinto tenía 150 barcos (el doble de los que había enviado la primera vez) y estaba haciendo retroceder lentamente a los corcirenses cuando los barcos atenienses, que habían estado observando la batalla, irrumpieron del lado de los corcirenses. Esto alteró el equilibrio lo suficiente como para cambiar el curso de la batalla, y cuando otros veinte barcos atenienses aparecieron en el horizonte, los corintios se alejaron, nuevamente derrotados.

Corinto estaba fuera de sí de rabia. Tenía muchas razones de enemistad contra Atenas. Esta era una potencia marítima rival que, en la generación anterior, había reducido a Corinto a un segundo plano, y Corinto recordaba con amargura que había salvado a Atenas cuando Cleómenes I podía haberla arrasado (véase pág. 87). Atenas había derrotado a Corinto en tierra veinte años antes, al ponerse de parte de Megara, y ahora la había derrotado en el mar al asumir la defensa de Corcira. Era el colmo.

En venganza, Corinto usó su influencia sobre la ciudad de Potidea (que había fundado dos siglos antes), en la Calcídica, y la instigó a rebelarse contra Atenas. Pero los atenienses entraron en acción inmediatamente y, aunque Potidea y otras zonas de la Calcídica mantuvieron la agitación durante un tiempo, Atenas no parecía encontrar allí demasiadas dificultades.

Desesperada, Corinto suplicó insistentemente a Esparta que entrara en acción. Se oponía a esto el inteligente rey de Esparta Arquidamo II, que había subido al poder en los días anteriores al terremoto de cuarenta años antes. Era amigo de Pericles e hizo todo lo que pudo para mantener la paz.

Pero la misma Atenas minó el suelo a Arquidamo. Pericles decidió adoptar una actitud enérgica y mostrar el poder ateniense. Impuso una prohibición comercial contra Megara, miembro particularmente vulnerable de la alianza espartana. Ningún mercader megarense podía comerciar en ningún puerto controlado por Atenas lo cual significaba que no podía comerciar prácticamente en ninguna parte. Ahora que las ciudades-Estado se dedicaban a la industria y la agricultura especializada, el comercio era esencial. Sólo mediante el comercio podían

adquirirse alimentos para la ciudad. Con su comercio estrangulado, Megara pronto iba a pasar hambre.

Por desgracia, esto atemorizó a Esparta equivocadamente. Los obtusos espartanos pudieron comprobar los temibles efectos del poder marítimo y comprendieron que los ejércitos de tierra no brindaban ninguna seguridad mientras Atenas dominase los mares, a menos que fuese aplastada antes de hacerse aún más fuerte. Por ello, en 431 a. C., los éforos hicieron caso omiso de Arquidamo y declararon que Atenas había roto la Tregua de los Treinta Años (que por entonces sólo había durado catorce años). Así comenzó la guerra general entre Atenas y sus aliados contra Esparta y los suyos.

Esta guerra, que iba a dañar irreparablemente a toda Grecia y poner fin a su edad de oro, es conocida sobre todo por la historia escrita por Tucídides. Este fue en la guerra un general ateniense, injustamente exiliado en 423 a. C. Aprovechó el exilio para escribir una historia que, durante más de 2.000 años, ha sido considerada un ejemplo perfecto de imparcialidad. Por todo lo que sabemos ahora, no fue parcial a favor de Atenas porque fuese su ciudad ni en contra de ella porque lo tratase injustamente. Además, era un racionalista total, pues no apeló a los dioses, los presagios ni a razonamiento supersticioso de ningún género (como Heródoto hacía constantemente).

Puesto que la guerra generalmente es considerada desde el lado ateniense, ya que Tucídides estaba más familiarizado con los asuntos internos de Atenas, y puesto que los enemigos de Atenas eran los peloponenses: Esparta y Corinto, la guerra fue llamada la «guerra del Peloponeso».

Pericles había previsto la guerra y ya tenía preparada su estrategia. Comprendió que sería inútil combatir con los espartanos en campo abierto. Esto habría llevado a una derrota segura. En cambio, hizo que todos los atenienses se retirasen a la «isla» formada por los «Largos Muros» alrededor de Atenas y El Píreo. Hiciesen lo que hiciesen los espartanos fuera, los de adentro estaban seguros, al menos en lo que respecta a enemigos humanos.

Los espartanos, conducidos por Arquidamo marcharon sobre el Ática vacía e hicieron todo el daño que pudieron, destruyendo casas y granjas. Los ceñudos atenienses no hicieron nada. No había peligro de pasar hambre mientras la flota ateniense dominase el mar y llevase alimentos. Mientras tanto, esos mismos barcos podían arruinar el comercio de las ciudades enemigas y realizar incursiones por sus costas. Pericles tenía la certeza de que no pasaría mucho tiempo antes de que los espartanos se cansasen de realizar inútiles maniobras entre las granjas arruinadas y se avendrían a hacer la paz en términos razonables.

Durante el primer año, los planes de Pericles dieron resultados satisfactorios. Los barcos atenienses realizaban audaces correrías, mientras que los peloponenses, aparte de arrasar el Ática, no habían conseguido nada.

Al llegar el invierno, los espartanos se vieron obligados a abandonar el Ática, y los atenienses estaban dispuestos a hacer lo mismo el año siguiente y durante tantos años como los espartanos estuviesen con deseos de continuar. Al terminar el primer año se realizó en Atenas un funeral público por los que habían muerto en la guerra, donde Pericles pronunció una oración fúnebre. Tal como lo relata Tucídides, es uno de los grandes discursos de la historia, un himno a la democracia y la libertad.

Pericles elogió la democracia por dar a cada hombre la libertad de conducirse como eligiese, por considerar a los hombres iguales y dar al pobre la oportunidad de gobernar, si se juzgaba que podía ayudar a la ciudad, por abrir la ciudad a los forasteros y no ocultar nada, por creer en las cosas buenas de la vida, las fiestas, la alegría y el refinamiento, por no prepararse constantemente para la guerra, pero ser capaces de combatir con igual bravura cuando estallaba la guerra.

«Considerada en conjunto –decía-, nuestra ciudad es la maestra de Grecia.» Y en verdad no sólo Grecia, sino el mundo entero, ha aprendido desde entonces de la Atenas de la edad dorada.

Pero el discurso de Pericles también marcó el fin de la edad dorada. Estaba por hacer su aparición un enemigo que no era humano, el único que Pericles no había previsto en sus planes.

En 430 a. C., el ejército espartano invadió nuevamente el Ática y una vez más los atenienses se apiñaron dentro de los Largos Muros. Pero esta vez se produjo un desastre: una virulenta peste que se propagó rápidamente y se cobró víctimas de manera casi constante. Los atenienses no sabían cómo combatirla y estaban inermes ante ella. Murió el veinte por ciento de la población, y durante toda la historia antigua, la población de Atenas nunca volvió a alcanzar el número que había tenido poco antes de la peste.

Atenas se hundió en la desesperación y el mismo Pericles fue destituido por votación y juzgado por malversación de fondos públicos. Pero nadie podía sustituir a Pericles y se le restituyó en el cargo. La peste estaba por llegar a su fin, pero aún descargaría un serio golpe. Pericles cogió la enfermedad y murió. (Arquidamo de Esparta no le sobrevivió por mucho tiempo, pues murió en 427 a. C.).

Esfacteria y Anfípolis

Desaparecido Pericles, surgieron dos partidos en Atenas. Uno de ellos era violentamente democrático y predicaba la continuación de la guerra. Su líder era Cleón. Este se había opuesto a Pericles en años recientes, pues creía que su política no era suficientemente enérgica. Los conservadores, que eran partidarios de la paz, estaban conducidos por Nicias.

Cleón obtuvo el triunfo y durante varios años prosiguió la guerra con energía, pero sin la sensata y previsora política de Pericles. (El poeta cómico Aristófanes era del partido de la paz, y escribió una serie de obras en las que se burló implacablemente de Cleón.)

Atenas continuó su política de incursiones navales contra el enemigo. Los éxitos en el mar compensaron el hecho de que Esparta, después de un sitio de dos años, tomó Platea en 427 a. C. y aniquiló a sus habitantes, fíeles aliados de Atenas desde antes de los días de Maratón.

En 425 a. C., el almirante ateniense Demóstenes obtuvo su mayor victoria cuando tomó y fortificó el promontorio de Pilos, donde había existido antaño una ciudad micénica, sobre la costa occidental de Mesenia, en el corazón del territorio espartano.

Esparta no podía dejar de reaccionar ante esto. Envió un contingente a Pilos, que tomó posiciones en Esfacteria, una isla situada frente al puerto y puso sitio a los atenienses. Pero la flota ateniense, que se había ausentado momentáneamente, retornó y asedió a los sitiadores espartanos.

Entre los sitiados había varios cientos de ciudadanos espartanos, y los éforos estaban terriblemente preocupados. El número de ciudadanos espartanos con plenos derechos en las mesas públicas había disminuido constantemente y era en ese momento menor que 5.000. Así, había quedado atrapado en Esfacteria un porcentaje considerable de ciudadanos, y Esparta no podía permitirse perderlos.

Esparta decidió pedir la paz. A cambio de los espartanos asediados, estaba dispuesta a ofrecer términos generosos. De estar vivo Pericles, muy probablemente habría aceptado, pero Cleón no tenía suficientes condiciones de estadista. No pudo resistir la tentación de apretar un poco más. Exigió la devolución de las regiones perdidas veinte años antes: Megara, Acaya, etc. Los espartanos se sintieron insultados y volvieron a Esparta llenos de ira. La guerra continuó.

Casi inmediatamente, se empezó a tener la impresión de que Cleón había exagerado mucho. Sitiar a los espartanos era una cosa: pero capturarlos era otra muy diferente. Esfacteria tenía frondosos bosques y penetrar en ellos tras un espartano era como meter una mano en la jaula de un león. El asedio prosiguió sin resultados, y muchos atenienses llegaron a lamentar que Cleón no hiciese la paz cuando podía haberla concertado.

Cleón pronunció furiosos discursos en los que afírmaba que los generales atenienses de Pilos eran unos cobardes y que si él estuviese allí, sabría cómo actuar.

Nicias, entonces, realizó la única acción astuta de su vida. Pidió rápidamente una votación para que se enviase a Cleón a Pílos, y la resolución fue aprobada. Cleón estaba atrapado; tuvo que ir.

Pero Cleón tuvo una suerte increíble. Poco antes de llegar él, un incendio accidental quemó los árboles de Esfacteria. Cleón encabezó un vigoroso ataque, y los espartanos, asfixiados por el humo y las cenizas y agotados por el asedio, fueron derrotados. Y maravilla de maravillas: ¡120 ciudadanos espartanos con plenos derechos *se rindieron*! (Leónidas debe haberse revuelto en su tumba.)

Cleón se llevó en triunfo a sus prisioneros espartanos. Sirvieron de rehenes contra nuevas invasiones del Ática, y durante varios veranos los ateníenses se vieron libres de la ocupación de sus hogares por los espartanos.

La victoria redobló la energía de Atenas, y en 424 a. C. Nicias tomó la isla espartana de Cítera. Además, Cleón juzgó que había llegado el momento de recuperar el imperio territorial que Pericles había perdido y que los espartanos no cederían a cambio de los prisioneros de Esfacteria.

Los atenienses atacaron hacia el sudoeste y capturaron Nisea, la ciudad portuaria de Megara. La misma Megara, podía haber caído, y éste habría sido el último golpe que llevase a los espartanos a aceptar cualquier paz que pudieran obtener, si no hubiera sido por el surgimiento de un nuevo líder guerrero en Esparta.

Se trataba de Brásidas, un espartano muy poco espartano, pues era vivaz, elocuente, inteligente y encantador, tanto como valiente. En el primer año de la guerra había rechazado una incursión en Mesenia y luego había combatido reciamente en Esfacteria, donde, sin embargo, una herida le puso fuera de acción.

En 424 a. C. asumió la conducción de la guerra. Marchó sobre el istmo, obligó a los atenienses a apartarse de Megara y los mantuvo quietos allí. Luego se lanzó rápidamente hacia el Norte, a través de Tesalia y Macedonia, hasta la Calcídica, que era una fortaleza ateniense muy valiosa.

Los atenienses no se percataron enseguida del peligro. Intentaron invadir Beocia, pero fueron totalmente derrotados por los tebanos en Delio, sobre la costa que está frente a Eubea, y renunciaron a toda tentativa de convertirse en una potencia territorial.

Entonces se enteraron de lo que estaba ocurriendo en la Calcídica. Brásidas, mediante su tacto y su diplomacia (casi inexistentes, por lo general, entre los espartanos), además de la ayuda de Pérdicas, de Macedonia, persuadió a una ciudad tras otra a que se rebelara. Finalmente, él mismo avanzó sobre Anfípolis.

Anfípolis había sido fundada por Atenas sólo trece años antes (véase pág. 144) y sentía fuertes vínculos con la ciudad. El historiador Tucídides estaba a cargo de la defensa de Anfípolis, pero no se hallaba allí en ese momento. Retornó rápidamente tan pronto como tuvo noticia del asedio, pero no llegó a tiempo. Anfípolis se rindió rápidamente, al ofrecérsele términos de rendición sumamente generosos. No se podía culpar a Tucídides de la habilidad de Brásidas como negociador, pero los enfurecidos atenienses necesitaban un chivo emisario[4] y Tucídides fue exiliado. (Y debemos dar gracias por ello, ya que de otro modo no tendríamos su historia.)

Ahora era Atenas la que estaba deseosa de paz, y logró obtener una tregua de un año. Pero Brásidas desempeñó el papel de un Cleón espartano. Pensó que la guerra debía continuar hasta completar la victoria espartana. Así, continuó con las operaciones para exasperación de los atenienses, y la tregua fracasó.

Los atenienses se volvieron a Cleón. Había sido el gran general que había tomado Esfacteria y capturado 120 espartanos. ¿No podría hacer algo con Brásidas?

En 422 a. C. Cleón se vio obligado a conducir un ejército al Norte. Logró algunos éxitos, pero cuando intentó atacar Anfípolis, se puso claramente de manifiesto la superior capacidad de Brásidas. Su estrategia superó a Cleón y obtuvo una victoria. En la batalla, Cleón recibió la muerte, pero en cierto modo continuó su buena suerte, pues también Brásidas fue muerto en el combate.

Así murieron los líderes belicistas de ambos bandos y, finalmente, quedaba expedito el camino para la paz. Esparta deseaba la devolución de los espartanos capturados y quería tener las manos libres, pues (una vez más) preveía que iba a tener problemas con Argos. En cuanto a Atenas, la desenfrenada serie de guerras libradas por todas partes, la había dejado prácticamente sin fondos. Había tomado liberalmente en préstamo tesoros de los templos y hasta había tenido que doblar el tributo de las ciudades del Imperio Ateniense. Ambas partes estaban cansadas de la guerra.

En 421 a. C., pues, se acordó la «Paz de Nicias» (el nombre del principal negociador ateniense). Los prisioneros espartanos fueron devueltos y la situación quedó, en buena medida, donde estaba cuando comenzó la guerra diez años antes, excepto que se permitió a Anfípolis mantenerse independiente. (En verdad, Atenas nunca recuperó la ciudad.) La sangre y el sufrimiento de diez

---

[4] Debe ser una errata por chivo expiatorio, pero en el texto pone “emisario” que no parece tener sentido. (Nota de Dom)

años habían traído muy poco provecho a Atenas y a Esparta, y aceleraron mucho la marcha de toda Grecia hacia la ruina.

La expedición a Sicilia

Se suponía que la Paz de Nicias debía durar por quince años, pero en realidad ni siquiera llegó a aplicarse. Las ciudades de Corinto y Tebas no se consideraron obligadas por ella. Querían nada menos que la destrucción de Atenas. La devolución de los cautivos espartanos no significaba nada para ellas.

Además, también Atenas estaba encolerizada por el hecho de que no se le devolviese Anfípolis, y por tanto se negó a devolver Pilos y la isla de Citera a Esparta.

Por añadidura surgió en Atenas un nuevo líder belicista: Alcibíades. Su madre era prima de Pericles y él pertenecía a la familia de los Alcmeónidas. Fue el último miembro de esta familia que tuvo importancia en la historia de Atenas. Era rico, bello, inteligente y encantador, pero carecía totalmente de escrúpulos. Estaba ansioso de llevar a cabo grandes hazañas, y para ello necesitaba la guerra. Siguiendo sus propios deseos no vaciló un momento en lanzar nuevamente a Atenas a una guerra que no necesitaba ni deseaba.

De hecho, iba a contribuir más que cualquier otro individuo a arruinar Atenas, y en él se cumplió la «maldición de los Alcmeónidas» por el juramento sagrado que había sido violado dos siglos antes (véase pág. 77). Puesto que no se mantuvo el exilio de los Alcmeónidas, la maldición cayó sobre todos los atenienses a causa de Alcibíades.

El joven vio su oportunidad en el Peloponeso, donde una vez más Argos iba a tratar de medir sus fuerzas con las de Esparta. Pese a Brásidas, el prestigio de Esparta había disminuido mucho por la rendición de Esfacteria, y Alcibíades no halló muchas dificultades para organizar una alianza contra Esparta entre Argos, Elide y la ciudad arcadia de Mantinea. Prometió llevar en su ayuda un contingente ateniense.

Desgraciadamente, Nicias se opuso a esa aventura y Atenas nadó entre dos aguas. No envió grandes fuerzas que pudieran ayudar a los argivos y sus aliados a derrotar a Esparta ni permaneció neutral para no crearse dificultades. En cambio, envió, bajo el mando de Alcibíades, fuerzas insuficientes.

Los espartanos estaban comandados por Agis II, que había sucedido a su padre Arquidamo II en 427 a. C. Nuevamente Duchaban en su bien conocido Peloponeso contra sus viejos enemigos, a quienes habían derrotado antes tantas veces. Cerca de Mantinea, Esparta derrotó a los aliados en una batalla decisiva que ocurrió el 418 antes de Cristo. Se restableció la anterior situación del Peloponeso, con la firme dominación de Esparta sobre él. El único cambio fue que Esparta y Atenas se hallaron nuevamente en guerra.

Había una gran ira en Atenas contra Nicias, provocada por los demócratas más radicales, quienes, desde la muerte de Cleón, estaban conducidos por Hipérbolo. Opinaban que la oposición de Nicias había impedido a Atenas hacer un uso efectivo de la alianza contra Esparta. Hipérbolo pidió un voto de ostracismo, seguro de que los seguidores de Alcibíades se le unirían y Nicias sería desterrado. La guerra, entonces, seguiría más vigorosamente.

Pero los partidarios de Nicias y los de Alcibíades llegaron a un acuerdo. Unos y otros votaron contra Hipérbolo, quien, para gran asombro suyo, se halló él mismo desterrado. Pero esto puso en ridículo todo el sistema del ostracismo, por lo que

nunca más volvió a realizarse en Atenas una votación de ostracismo. Ese expediente había durado durante casi un siglo y había prestado sus servicios, pero ya estaba acabado.

Atenas había tenido la oportunidad de recuperarse en los dos años de semipaz que siguieron a la Paz de Nicias. Había entrado dinero y restaurado su confianza en sí misma. Estaba dispuesta a escuchar los planes de Alcibíades.

Ya en dos ocasiones anteriores, la excesiva autoconfianza de Atenas la había llevado a realizar enormes esfuerzos, superiores a sus fuerzas, y en las dos ocasiones eso había terminado en el desastre. La primera había sido el envío de fuerzas en ayuda de la revuelta jónica del 499 a.C.; la segunda, el contingente enviado en apoyo de la rebelión egipcia en 460 a. C. Atenas se había recuperado del primer desastre y lo convirtió en una victoria, y por lo menos había sobrevivido al segundo desastre.

El tercer esfuerzo, que estaba a punto de iniciar, iba a ser el peor de los tres y concernía a Sicilia, donde Atenas pensó que había un estimulante fruto, maduro para ser cogido. A Atenas se oponía Siracusa.

Lo que más odiaba Siracusa era la intervención externa en Sicilia. Era allí la ciudad más poderosa, y la intervención exterior era lo que más le perjudicaba. Sin embargo, no podía dominar las querellas entre las otras ciudades sicilianas. En 416 a. C., Segesta en Sicilia occidental, estaba en guerra con la vecina ciudad de Selino y llamó a Atenas en su ayuda, Alcibíades escuchó el llamado.

Las ricas ciudades griegas de Sicilia e Italia le parecían a Alcibíades oro puro. Mediante un audaz e inesperado golpe en Occidente (pensaba), Atenas podía imponer su dominación sobre una región de indecible riqueza. Con los hombres y el dinero sicilianos a su disposición, Atenas (con Alcibíades a la cabeza) podía barrer sin inconvenientes todos los obstáculos que se le presentaran en la guerra del Peloponeso. ¿Quién osaría oponérsele?

El blanco lógico del ataque era Siracusa, pues en su origen había sido una colonia corintia, y Corinto era la más implacable enemiga de Atenas, la ciudad que había iniciado la desastrosa guerra. Siracusa era también el centro tradicional de la tiranía y del aislamiento siciliano, y por ende un blanco apropiado para la Atenas democrática e imperial. Por último, Siracusa era la ciudad más poderosa de Occidente, y si caía, todas las demás le seguirían.

El partido conservador partidario de la paz, conducido por Nicias, se opuso al insensato plan, pero Alcibíades logró cautivar la imaginación de los atenienses, quienes votaron a favor de la expedición. En 415 a. C., una poderosa flota estaba dispuesta a zarpar, y el pueblo estaba tan feliz como si fuese un gran día de fiesta.

Pero entonces los atenienses empezaron a cometer una serie de errores. Aun admitiendo que la expedición a Sicilía era una locura, Alcibíades era el único hombre con suficiente osadía y capacidad para llevarla a cabo. Puesto que Atenas estaba decidida a llevar adelante el proyecto, debía haberle entregado la dirección a él. Pero no lo hizo y, en cambio, puso a su frente a varios hombres, uno de los cuales era Nicias.

Si Nicias estaba en contra del proyecto desde el principio, ¿qué energía iba a poner en realizarlo? Era sencillamente el peor hombre que se pudiera elegir, mediocre, indeciso, supersticioso y no muy inteligente. (Era un ateniense tan poco ateniense como Brásidas había sido un espartano muy poco espartano.)

Pero iba a ocurrir algo peor aún. A punto de partir la flota, se hallaron en Atenas unas estatuas religiosas que habían sido mutiladas durante la noche. Los atenienses quedaron horrorizados, pues parecía un siniestro augurio.

Alcibíades ya se había hecho sospechoso de burlarse de los misterios eleusinos, y el partido de la paz inmediatamente le acusó de la mutilación. Alcibíades defendió con energía su inocencia; y ciertamente, ni siquiera Alcibíades hubiera sido tan insensato como para hacer una cosa semejante en el momento mismo en que se iniciaba su gran aventura. Parece mucho más probable que el partido de la paz hubiese efectuado las mutilaciones, para incriminar a Alcibíades. Pero éste es uno de los misterios de la historia. Nadie sabrá nunca la verdad.

Nuevamente, los atenienses eligieron el peor camino posible. Podían haber enjuiciado a Alcibíades inmediatamente y postergar la partida de la flota hasta que el asunto se resolviese, de un modo u otro. O podían haber dejado que Alcibíades se marchase con la flota y posponer el juicio hasta el día en que la campaña hubiese terminado. Pero lo que hicieron fue dejar zarpar la flota con Alcibíades y luego enviar un mensajero para que volviese a fin de ser sometido a juicio.

Alcibíades sólo podía llegar a una conclusión. En su ausencia, sus enemigos se habían hecho con el poder. Volver para ser juzgado sería suicida, y él no era del tipo de hombre que se sacrificase por el bien de la ciudad. Salvó la piel escapando del alcance de Atenas y desertó, pasándose a los espartanos.

Esto dejó al totalmente inepto Nicias como comandante en jefe de la expedición.

Los atenienses desembarcaron cerca de Siracusa y ganaron al principio algunas victorias, pero Nicias no era hombre capaz de aprovecharlas. Siempre hallaba razones para postergar la acción, para volver atrás. Si las circunstancias le obligaban a avanzar, se movía lo más lentamente posible. Los siracusanos siempre tuvieron tiempo para recuperarse y devolver los golpes.

Peor aún. Alcibíades estaba en Esparta y su único deseo era vengarse de Atenas. La expedición siracusana había sido obra suya, pero ahora que había escapado de sus manos, estaba dispuesto a arruinarla. Usando toda la fuerza de su elocuencia, convenció a los lentos espartanos de que no debían permitir a los atenienses apoderarse de Siracusa y del resto de Sicilia. Debían acudir en defensa de Siracusa.

Como consecuencia de ello, Esparta envió a un general llamado Gilipo al frente de un pequeño contingente a Siracusa en 414 a. C. Llegó justo a tiempo, pues Nicias, pese a todas sus torpezas, estaba logrando la victoria. Lentamente, estaba construyendo una muralla alrededor de la ciudad para sitiarla en forma, y Siracusa estaba considerando la posibilidad de rendirse. Pero Nicias actuaba demasiado lentamente, como de costumbre, de modo que cuando llegó Gilipo había todavía una grieta en el cerco por la cual pudo entrar en la ciudad. Esto añadió vigor a la defensa y los siracusanos, alentados, hicieron retroceder a Nicias. La muralla nunca fue terminada.

Esto hizo desaparecer toda perspectiva de victoria, pero al menos existía la posibilidad de evitar una catástrofe mediante una rápida retirada. En cambio, Nicias mandó pedir refuerzos, y Atenas agravó su error despilfarrando sus recursos. En 413 a. C., llegó una nueva expedición bajo el mando de Demóstenes (el general que había fortificado Pilos una docena de años antes). Demóstenes efectuó un ataque, pero fue rechazado.

Demóstenes era mucho más inteligente que Nicias y comprendió inmediatamente que lo único que se podía hacer era marcharse, y pronto.

Pero el comandante en jefe era el insensato y estúpido Nicias. Había sido lento en atacar cuando el ataque podía haberle dado la victoria; ahora era lento en retirarse cuando la retirada era necesaria. Sabía que la culpa del fracaso sería suya y no osaba enfrentar la ira del pueblo ateniense. Por ello, difirió la toma de una decisión.

El 24 de agosto de 413 a. C., hubo un eclipse de luna. Nicias, hombre tremendamente supersticioso, prohibió todo movimiento hasta la realización de ciertos ritos religiosos. En el momento que éstos terminaron, la flota siracusana había bloqueado la huida por mar y, después de ser derrotados en dos batallas marinas, los atenienses fueron atrapados.

No quedaba más posibilidad que luchar en tierra, en desesperadas batallas que era imposible ganar. Nicias luchó bravamente, al menos, pero no podía haber más que un fin. El ejército ateniense fue muerto o capturado en su totalidad, y los capturados fueron tratados con abominable crueldad y no tardaron en morir también. Nicias y Demóstenes fueron muertos ambos.

La catástrofe de la campaña siciliana quebró para siempre el espíritu de Atenas. Siguió luchando bravamente en la guerra del Peloponeso, y en el siglo siguiente tuvo alguna actuación brillante, pero nunca recuperó su ilimitada confianza en sí misma. Nunca volvió a emprender grandes proyectos. Nunca volvió a tener un Maratón o una Salamina, ni a desafiar altivamente a un enemigo. En lo sucesivo, cuando lleguen momentos decisivos, Atenas se amedrentará.

La caída de Atenas

Alcibíades hizo más para arruinar a Atenas que dirigir a los espartanos a Sicilia. Su vivaz inteligencia señaló a los espartanos algo que nadie habría necesitado que se le señalase, excepto a un espartano. Durante la guerra, en varias ocasiones los espartanos habían invadido el Atica en verano y se habían marchado en el invierno, de modo que siempre había meses de invierno en los cuales Atenas podía descansar y, en cierta medida, recuperarse.

Alcibíades mostró a los espartanos que si tornaban y fortificaban un puesto en el borde del Ática, podían ocuparlo todo el año. De este modo, mantendrían el dominio del Ática y obligarían a los atenienses a permanecer dentro de los Largos Muros no sólo parte del año, sino todo el año.

En 413 a. C., los espartanos, conducidos por Agis II, siguieron este consejo y los atenienses quedaron acorralados. Ni siquiera podían explotar las minas de plata del extremo sudeste de Ática, minas que les habían proporcionado riqueza durante setenta años.

Los atenienses tenían una gran suma de dinero acumulada en tiempos más prósperos y que habían reservado para usarla solamente en la más extrema de las emergencias. Con el terrible desastre de Sicilia y con los espartanos permanentemente atrincherados en el Atica llegó el momento de recurrir a ese dinero. Lo usaron para construir una flota que reemplazara la perdida en Sicilia, y con ella trataron de sofocar las revueltas que los espartanos estaban azuzando en todo el mar Egeo.

Esparta comprendió que nunca podría dar fin a la guerra mientras Atenas no fuese derrotada en el mar. Quisiese o no, Esparta tenía que convertirse en una

potencia marítima. Para obtener barcos y remeros, necesitaba dinero constante y sonante, y sabía dónde obtenerlos: en Persia.

Artajerjes, el rey persa, mantuvo la paz mientras vivió y nunca intervino en las riñas griegas. Pero en 424 a. C., murió. Dos de sus hijos pronto fueron asesinados, pero el tercero Darío II, subió al trono. Una vez que se sintió seguro en él, se mostró dispuesto a reasumir una política agresiva hacia Grecia. No tenía la intención de llevar una verdadera guerra (de ésta, Persia ya había tenido bastante), sin duda, sino de utilizar un método más nocivo: dar dinero a las ciudades griegas para que siguieran guerreando y arruinándose unas a otras.

Esparta era la mas ansiosa de dinero, y en 412 a. C. llegó a un entendimiento con Tisafernes y Farnabazo, sátrapas de las partes meridional y septentrional, respectivamente, de Asia Menor.

Atenas estuvo a punto de rendirse. Ya no le quedaba dinero, sufría derrota tras derrota, su imperio estaba en rebelión y Persia prestaba su enorme potencia a Esparta. ¿Cuánto más podía soportar una ciudad?

Los conservadores atenienses, en este momento de desesperación, aprovecharon la oportunidad para establecer una oligarquía, en 411 a. C. Se la llamó de los «Cuatrocientos», porque estaba formada aproximadamente por este número de hombres. Indudablemente, los Cuatrocientos, que eran proespartanos ante todo, habrían pedido la paz y se habrían sometido a los términos de rendición más duros. Pero no tuvieron la oportunidad de hacerlo. La flota ateniense, que por entonces se hallaba en Samos, estaba en cuerpo y alma con la democracia. Uno de los capitanes, Trasíbulo, se apoderó del poder y estableció un régimen democrático sobre la flota. Durante un tiempo, pues, hubo dos gobiernos atenienses: los oligarcas en el interior y los demócratas en el mar. Una rendición oligárquica ante Esparta era inútil, si los Cuatrocientos no podían lograr que la flota se rindiese, de modo que Esparta no trató con ellos. Además, la oligarquía no tenía el gobierno firmemente en sus manos y en pocos meses fue reemplazada por una oligarquía más moderada, formada por 5.000 hombres.

Mientras tanto, Alcibíades había vuelto a entrar en escena. El encantador Alcibíades había estado demasiado encantador con la esposa de Agis III rey de Esparta. Por ello, detestaba al ateniense y tomó medidas para destruirlo. Una vez más, Alcibíades no esperó a ser destruido, sino que, en 412 a. C., huyó de Esparta tan deprisa como tres años antes había huido de Atenas. Se refugió en la corte del sátrapa persa Tisafernes.

Cuando la flota de Samos se convirtió en un poder independiente, Alcibíades negoció con ella. Trasíbulo y la flota no podían permitirse el lujo de ser demasiado melindrosos. Alcibíades era un hombre capaz que podía ejercer influencia sobre los persas. Trasíbulo, pues, lo restauró en favor de los atenienses y le puso al mando de la flota.

Alcibíades pronto demostró que no había perdido su talento. Persiguió a los barcos espartanos por el Egeo, y los derrotó cuantas veces los alcanzó; en 410 a. C. infligió un duro golpe a la flota espartana en Cízico, sobre la costa sur de la Propóntide. Pese a todo lo que hicieran Esparta y Persia, Atenas seguía dominando los mares. Cuando llegaron a Atenas las noticias de Cízico, los demócratas, que habían socavado lentamente el poder de los oligarcas, se levantaron con alegría y restauraron plenamente la democracia.

En 408 a. C., Alcibíades ganó nuevas victorias y liberó de rebeldes y enemigos toda la región de los estrechos, incluida Bizancio, de modo que fue asegurado el

cordón umbilical de Atenas. En 407 a. C. juzgó que podía volver a Atenas con seguridad. Se le recibió con desbordante entusiasmo, se le nombró general y se le puso al frente del esfuerzo bélico. Atenas hasta pensó que tenía probabilidades de ganar, y rechazó las ofertas de paz espartanas.

Pero la posibilidad de victoria era una ilusión. Atenas había sido demasiado dañada para ganar, a menos que, quizá, pudiese confiar completamente en Alcibíades, pero no podía hacerlo. Nunca se podía confiar plenamente en Alcibíades.

Al llegar a este punto, el desastre se cernió sobre Atenas en la figura (sorprendentemente) de un capaz almirante espartano llamado Lisandro. No se conoce su historia anterior, pero en 407 a. C., cuando los espartanos pudieron reconstruir su flota después de la derrota de Cízico, se le dio el mando a Lisandro.

También Darío II de Persia envió a Asia Menor a su hijo más joven, Ciro, para que representase a Persia en la guerra. Ciro, sólo un adolescente por entonces, era inteligente y enérgico; constituía la mayor esperanza de Persia desde la época de Darío I, un siglo antes. (Este Ciro habitualmente es llamado «Ciro el Joven», para distinguirlo del fundador del Imperio Persa.)

El joven persa se sentía poderosamente atraído por el almirante espartano, y Ciro y Lisandro, el primero con dinero y el segundo con su capacidad militar, formaron un equipo que resultó fatal para Atenas. Lisandro evitó cuidadosamente enfrentarse con Alcibíades, pero esperó la oportunidad. Alcibíades tuvo que abandonar la flota para realizar un viaje de negocios con el fin de reunir dinero, pues Atenas estaba prácticamente sin un céntimo.

Aconsejó seriamente a sus subordinados que no librasen ninguna batalla hasta su retorno, pero ellos no pudieron resistir la tentación de cubrirse de gloria destruyendo unos pocos barcos espartanos más. Atacaron a Lisandro frente a las costas de Jonia y fueron totalmente derrotados. Alcibíades volvió demasiado tarde, el daño estaba hecho.

No había sido culpa suya, pero esto no importó. Los exasperados atenienses no pudieron dejar de creer que había habido algún acuerdo entre Alcibíades y Lisandro, y Alcibíades fue destituido de su cargo. Por tercera vez, no esperó a que se le presentasen más problemas y se marchó, esta vez al Quersoneso Tracio, donde tenía algunas propiedades.

Haciendo un esfuerzo más, Atenas construyó nuevamente una flota, para lo cual hizo fundir los ornamentos de oro y plata de los templos de la Acrópolis a fin de obtener el dinero necesario. Como resultado de esto, ganaron otra victoria en el mar, gracias a los éforos, quienes, recelosos como siempre de quien lograba éxito, habían sustituido a Lisandro en el mando de la flota.

En 406 a. C., los espartanos fueron derrotados, pero el mar agitado impidió a la victoriosa flota ateniense rescatar a los sobrevivientes de los barcos suyos que habían sido hundidos. A consecuencia de esto, se perdieron muchas vidas atenienses.

En ese momento, Atenas ya no estaba en condiciones de soportar la pérdida de buenos combatientes. Casi enloquecidos por los continuos desastres, los atenienses enjuiciaron a los almirantes y, de modo totalmente ilegal, los hicieron decapitar. Había un almirante, Conon, que no había estado en la batalla. Escapó a la ejecución y fue hecho almirante de la flota.

Ciro el joven no iba a permitir que la locura espartana desbaratase sus planes. Exigió que Lisandro fuese repuesto en su cargo de almirante, y los espartanos lo hicieron. Ahora estaban frente a frente Lisandro y Conon, en el último episodio de la larga guerra.

Estuvieron maniobrando uno alrededor del otro hasta que, en 405 a. C., trabaron combate en Egospótamos, en el Quersoneso Tracio. La flota ateniense había anclado en una posición peligrosa, en la cual podía ser atacada fácilmente y no podría defenderse.

Alcibíades, aún en el exilio, vivía cerca de allí. Quizá por primera vez en su vida tuvo un gesto desinteresado. Cabalgó hasta la costa para advertir a los atenienses que su posición era peligrosa, y los instó a cambiar su ordenamiento. Se le respondió fríamente que la flota no necesitaba consejos de los traidores; Alcibíades se encogió de hombros, se volvió y abandonó a Atenas a su destino.

Pocos días más tarde, Lisandro atacó repentinamente. Veinte barcos, conducidos por el mismo Conon, lograron escapar hasta la lejana Chipre. Todo el resto de la flota ateniense fue tomada sin lucha y los marinos muertos. La batalla de Egospótamos puso fin a la guerra del Peloponeso. Los atenienses ya no tenían con qué combatir; había muerto toda su generación joven; su flota estaba destruida, habían gastado todo su dinero, hasta el que provino de los ornamentos de sus templos; su voluntad de resistencia estaba agotada.

Lisandro sometió a las ciudades del norte del Egeo y a lo largo de los estrechos, con lo que cortó el cordón umbilical de Atenas. Cuando la flota espartana apareció frente a El Pireo, en 404 a. C., Atenas debió enfrentarse finalmente con la amarga verdad, y totalmente inerme se rindió.

Algunos de los aliados de Esparta sugirieron que Atenas fuese completamente destruida y su pueblo vendido como esclavo, pero Esparta, en ese último minuto, recordó lo que Atenas había hecho por Grecia en Maratón y Salamina, y le permitió sobrevivir, bajo las protestas de los hoscos tebanos. En abril del 404 a. C., los Largos Muros fueron derribados y Atenas fue puesta bajo la dominación de una oligarquía.

Ese mismo año, Alcibíades buscó protección en territorio persa contra la venganza espartana, pero fue asesinado, probablemente por orden persa.

En ese año también retornó de su largo exilio el historiador Tucídides. Cuando murió, algunos años más tarde, solamente había llegado al 411 a. C. en su historia.

11. La dominación de Esparta

Atenas después de Egospótamos

Esparta ejerció entonces la supremacía de Grecia y la mantuvo durante una generación. Este período es llamado el de la hegemonía espartana, palabra griega que significa «liderazgo». Durante un tiempo, Lisandro, a su vez, ejerció la supremacía en Esparta y fue el hombre más poderoso de toda Grecia. Instaló oligarquías en todas partes.

La oligarquía más cruel, y al mismo tiempo la más débil, fue la de la misma Atenas. Esta fue dominada por treinta hombres (llamados «los Treinta Tiranos»), dirigidos por Critias.

Critias era casi como otro Alcibíades talentoso, inteligente y enérgico. Se había visto envuelto, junto con Alcibíades, en la sospecha de haber mutilado las estatuas religiosas, y a causa de ello estuvo en prisión durante un tiempo (véase pág. 157). Se había esforzado en Samos para que se llamase de vuelta a Alcibíades, pero fue desterrado en 407 a. C. Durante su destierro vivió en Tesalia y trató de establecer democracias allí. Pero cuando volvió a Atenas, después de Egospótamos, había desesperado de la democracia. Habiéndose convertido en un oligarca, pronto se percató de que no podía volver atrás y se vio obligado a llevar a cabo una acción cada vez más violenta.

Se adueñó del poder e inició un reinado del terror, expulsando de Atenas a algunos demócratas importantes y haciendo matar a otros. Hizo matar hasta a aquellos de su propio partido a quienes juzgaba demasiado blandos. En pocos meses demostró a los atenienses lo que significaba realmente la libertad, al despojarlos totalmente de ella.

Entre los que marcharon al exilio se contaba Trasíbulo, el líder de la flota democrática en Samos siete años antes. Ahora prestó un nuevo servicio a la democracia: reunió a algunos exiliados y, en una audaz incursión por el Atica, se apoderó de File, una fortaleza situada a unos 18 kilómetros al norte de Atenas.

Dos veces los oligarcas trataron de desalojar de File a los demócratas y, en la segunda batalla, Critias fue muerto. Trasíbulo se apoderó de El Pireo, donde los demócratas siempre fueron más fuertes que en la misma Atenas.

Los restantes oligarcas, entonces, apelaron a Esparta, y Lisandro se dispuso a marchar contra Trasíbulo. Lo que salvó a los demócratas fue la política interna espartana. Lisandro no era popular entre los reyes y los éforos espartanos. Había tenido demasiados éxitos v se había vuelto arrogante. El rey espartano Pausanias, con el acuerdo de los éforos, reemplazó a Lisandro y (para injuriar a Lisandro) no salvó a los oligarcas, sino que permitió la restauración de la democracia ateniense, en septiembre de 403 a. C., desempeñando así el mismo papel que Cleómenes I un siglo antes (véase pág. 85).

La oligarquía había sido una experiencia sangrienta y horrorosa; y aunque se declaró una amnistía entre los dos partidos la democracia restaurada sentía encono hacia quienes consideraba antidemócratas. Esto fue lo que incitó a la democracia ateniense a tomar una medida particularmente desdichada: la ejecución de Sócrates.

Sócrates, nacido en 469 a.C., era un hombre sencillo, pobre en sus últimos años, que ejerció influencia sobre muchos atenienses, no por su riqueza ni por su belleza, sino por su virtud y su sabiduría. Era un valiente soldado y había combatido en la Calcídica. En la batalla de Delion le salvó la vida a Alcibíades.

Sócrates fue primero un científico. Hasta se dice que estudió con Anaxágoras (véase pág. 139). Pero el estallido de la guerra del Peloponeso, con sus locuras y desastres, parece haberle convencido de que el enemigo del hombre no es el Universo, sino el hombre, y que era mucho más importante estudiar al hombre que estudiar el Universo. Durante el resto de su vida, reflexionó sobre las creencias y el modo de vida del hombre. Discutió el significado de la virtud y de la justicia; meditó sobre dónde reside la verdadera sabiduría, etc.

Reunió a su alrededor discípulos que le admiraban y, en lugar de explicar, interrogaba. Pedía a aquellos con quienes discutía que definieran los términos que empleaban y explicasen qué creían ellos que es la justicia, la virtud o la sabiduría. Luego hacía nuevas preguntas y ponía de relieve que las cosas no eran tan simples, que lo que se daba por sentado no era tan seguro como se suponía y que hasta las opiniones más aceptadas merecían un examen detallado y sumamente crítico. («Una vida no examinada –decía- no vale la pena de ser vivida».) Para Sócrates, como para Zenón, lo esencial era la dialéctica. La argumentación estaba dirigida a descubrir la verdad, y no, como en muchos sofistas, un recurso al servicio de intereses personales.

Sócrates desarmaba a sus adversarios arguyendo ignorancia y pidiendo que se le instruyera; luego, a medida que realizaban su exposición, los hacía caer en profundas contradicciones. Se dice que el oráculo délfico proclamó a Sócrates el más sabio de los hombres, y Sócrates respondió que sí él era más sabio que otros hombres era porque sólo él sabía, entre todos los hombres, que no sabía nada. Esta pretensión de ignorancia es llamada la «ironía socrática».

El más famoso discípulo de Sócrates fue Aristocles, comúnmente conocido por su apodo de Platón. Sócrates nunca puso por escrito su filosofía, pero Platón escribió una encantadora serie de descripciones de las discusiones que Sócrates mantenía con otros. Son los *Diálogos* de Platón.

Algunos de ellos reciben el nombre de las personas con quienes Sócrates discute. Por ejemplo, «Gorgias», en el que Sócrates conversa con el sofista Gorgias, de Leontini. En esta discusión, Sócrates exalta la moralidad en el gobierno y describe a Arístides el justo como al único gran dirigente político de la democracia ateniense. En el «Protágoras», Sócrates y el sofista Protágoras polemizan sobre la naturaleza de la virtud y discuten si puede ser enseñada.

Uno de los diálogos más famosos describe una discusíón general en una reunión en la que se bebe. Es el «Simposio» («bebiendo juntos») y la discusión general trata de la naturaleza del amor. En ella se elogia la forma de amor más elevada, la que tiene como objeto una persona virtuosa y sabia, y no la que inspira meramente la belleza física. (Aún hablamos de «amor platónico».)

Las opiniones de Sócrates no agradaban a todos los atenienses. En primer lugar, perturbaba a las personas, estimulándolas en un principio para luego enredarlas en sus propias palabras. Asimismo, parecía poner en tela de juicio la vieja religión, por lo que muchos conservadores atenienses pensaban que era impío y corrompía a los jóvenes atenienses. Aristófanes, el satírico conservador (véase pág. 138) escribió una obra titulada *Las Nubes*, en 423 a. C., en la que se burlaba acremente de Sócrates.

Podría pensarse que si Sócrates era tan impopular entre los conservadores, sería muy popular entre los demócratas. Por desgracia, también les dio motivos de recelo, pues parecía ser proespartano. Así, el diálogo más largo de Platón, «La República», trata del intento de Sócrates de examinar la cuestión « ¿qué es la justicia?». En el curso de la discusión, Sócrates describe su imagen de la ciudad ideal y en muchos aspectos ésta se parecía mucho a Esparta y muy poco a una democracia.

Además, entre sus discípulos se contaron varias personas que hicieron mucho daño a Atenas. Estaba Alcibíades, por ejemplo, que es uno de los personajes importantes del «Simposio». Otro de sus discípulos fue Critias, el líder de los odiados Treinta Tiranos.

Uno de los diálogos de Platón se llama, precisamente, «Critias», y en él, como en otro, se describe a Critias hablando de una isla que habría existido hacía mucho tiempo en el Océano Atlántico. Había tenido una elevada civilización, pero fue destruida por un terremoto y se hundió bajo el mar. Platón llamó a la isla la «Atlántida».

Es indudable que el relato de Platón sólo era una obra de ficción de la cual podía extraer algunas moralejas sobre las ciudades ideales. Sin embargo, desde entonces ha habido personas que han creído en la existencia de la Atlántida y elaborado todo género de teorías más o menos absurdas sobre ella.

Finalmente, Sócrates fue llevado a juicio ante un jurado de unos quinientos hombres, en 399 a. C., y fue acusado de impiedad y de corromper a la juventud, aunque su crimen real era el de ser, o aparentar ser, antidemocrático. Probablemente Sócrates habría sido absuelto si no hubiera insistido en usar su método socrático con el jurado hasta enfadarlo y hacer que lo considerase culpable por una estrecha mayoría de 281 contra 220.

Por entonces, las ejecuciones se llevaban a efecto haciendo beber a la persona juzgada culpable cicuta, extracto venenoso de una planta que mata sin dolor. Por razones religiosas debían transcurrir treinta días antes de que Sócrates tuviese que beber la cicuta. En ese intervalo podía haber escapado fácilmente; sus amigos lo tenían todo arreglado y hasta los demócratas de buena gana habrían hecho la vista gorda. Pero Sócrates tenía setenta años y estaba preparado para morir, de modo que prefirió cumplir con los principios del ciclo vital y de adhesión a la ley, aunque ésta pareciese injusta.

Después de la muerte de Sócrates, Platón, lleno de pena y dolor, abandonó Atenas y se estableció primero en Megara y luego en Sicilia. Probablemente pensó que se iba de Atenas para siempre, pero si fue así, pronto descubrió que el mundo es duro y los hombres son insensatos en todas las ciudades.

Por ello, volvió en 387 a. C. y fundó una escuela en tierras de las afueras de Atenas. Según la tradición esas tierras habían pertenecido a un hombre llamado Academo, por lo que ellas y la escuela fueron llamadas (en nuestra versión) la «Academia».

«Los Diez Mil»

El fin de la guerra del Peloponeso llegó oportunamente para el príncipe persa Ciro el Joven. No había ayudado a los espartanos solamente por un desinteresado amor a Lisandro y a Esparta, sino también porque tenía sus planes. Y para ellos iba a necesitar buenos soldados griegos.

Su padre, Darío II, murió en 404 a. C., el año de la rendición de Atenas, y el hermano mayor de Ciro le había sucedido con el nombre de Artajerjes II. Pero Ciro no consideraba esta situación como definitiva. Comenzó a reunir soldados para atacar a su hermano y conquistar el trono. Si podía reunir suficientes hoplitas, estaba seguro de poder derrotar a cualquier ejército de asiáticos que le opusiera su hermano.

Ciro no tuvo ninguna dificultad en reclutar su ejército. Esparta había tenido provechosas relaciones con él y pensaba que sería conveniente que hubiese un príncipe proespartano en el trono de Persía. Por ello no hizo nada para impedir que Ciro llevara adelante sus planes.

Además, Grecia había estado llena de soldados durante toda una generación, y ahora, con el advenimiento de la paz, muchos de ellos no deseaban volver a la vida civil, a la que no estaban acostumbrados, o a una ciudad arruinada. Estaban deseosos de servir como soldados a quienquiera que les pagase.

Ciro reunió más de diez mil soldados griegos (popularmente llamados luego «Los Diez Mil») bajo el mando de un general espartano, Clearco. Uno de los soldados de fila era un ateniense llamado Jenofonte, que había sido un devoto discípulo de Sócrates.

En la primavera de 401 a. C. los Diez Mil se pusieron en marcha, abriéndose camino a través de Asia Menor hasta el golfo de Isos, que es el extremo noreste del mar Mediterráneo. Ciro no había hablado a ninguno de sus griegos (excepto a Clearco) de sus intenciones, por temor de que no quisieran seguirlo. Pero en Isos hasta el más tonto de los soldados griegos se dio cuenta de que dejaban atrás el mundo griego y se internaban en las profundidades de Persia. Sólo mediante amenazas, halagos y la promesa de una paga mayor se les podía persuadir a que siguieran avanzando.

Finalmente se lo logró. Llegaron al Eufrates y marcharon hacia el Sudeste a lo largo de más de 800 kilómetros de sus orillas, hasta llegar a la ciudad de Cuxana, a unos 140 kilómetros al noroeste de Babilonia, en el verano de 401 a. C. Allí estaban apostadas las fuerzas persas leales, bajo el mando de Artajerjes II.

Ciro tenía un objetivo: matar a su hermano. Sabía que si éste moría, las tropas reales huirían o lo aceptarían como rey. Trató de convencer a Clearco de que dispusiese las tropas de tal modo que los soldados griegos avanzasen directamente sobre Artajerjes por el medio de la formación persa. Clearco se negó. Era el típico espartano, valiente pero estúpido, e insistió en librar la batalla de acuerdo con el método ortodoxo, con las fuerzas más potentes en el extremo derecho.

Los ejércitos entraron en combate y los griegos se abrieron paso a través de sus adversarios. Ciro vio la batalla prácticamente ganada, pero allí estaba su hermano, aún vivo y bien protegido por una guardia de corps. Al verlo, se enloqueció, pues la victoria no le servía de nada si su hermano vivía para reunir otro ejército. Sin reflexionar, cargó directamente contra su hermano, pero fue frenado y muerto por la guardia de corps.

Los griegos habían vencido, pero no había nadie que les pagara ni por quien luchar.

Tanto ellos como los persas estaban en una situación peculiar. Los griegos estaban a 1.700 kilómetros de su patria y rodeados por un ejército persa hostil. Los persas, por su parte, contemplaban inquietos un contingente de más de

10.000 griegos a quienes no osaban atacar, pero tampoco podían permitir que quedase en total libertad.

El sátrapa Tisafernes había tomado partido por Artajerjes contra Ciro el joven, pero ahora se acercó a Clearco, alegando ser el mismo amigo de Esparta que había sido en los últimos años de la guerra del Peloponeso. Persuadió al general espartano a que fuera a su tienda de campaña junto con otros cuatro generales griegos, para discutir (decía Tisafernes) los términos de un armisticio. El pobre Clearco creyó la palabra del persa. El y los otros generales acudieron a la tienda y allí el persa ordenó fríamente que los mataran.

Tisafernes estaba seguro de que los griegos, sin líderes, o bien se rendirían y tal vez se uniesen al ejército persa, o bien degenerarían en bandas dispersas que podrían ser barridas fácilmente.

No ocurrió ninguna de esas alternativas, porque el ateniense Jenofonte tomó el mando de los Diez Mil. No retornaron a lo largo del Éufrates, por la ruta que habían tomado desde el Egeo, porque el camino se hallaba bloqueado por los persas. En cambio, marcharon hacia el Norte, a lo largo del Tigris, defendiéndose hábilmente de los ataques persas y las incursiones de tribus primitivas.

Pasaron los montículos, que eran todo lo que quedaba de Nínive, antaño orgullosa capital del que fuera otrora el poderoso Imperio Asirio. Sólo hacía dos siglos que Asiria había sido destruida (véase pág. 94), pero la tarea de destrucción había sido tan completa que su recuerdo parecía haber desaparecido de la mente de los hombres, y los Diez Mil tuvieron que preguntar qué ruinas eran ésas que se elevaban tan tristemente junto a su ruta.

Marcharon durante cinco meses, resistiendo a los persas y las tribus. Por último, en febrero del 400 a. C., los Diez Mil, al subir una colina, contemplaron la ciudad griega de Trapezonte. Más allá de ella estaba el mar Negro.

Para los griegos, acostumbrados al mar y para quienes los miles de kilómetros de tierra firme ininterrumpida dentro del Imperio Persa habían sido una terrible pesadilla la visión de las aguas oceánicas les proporcionó una incontrolable alegría. Corrieron a la costa gritando «¡Thálassa! íThálassa!» (¡El mar! ¡El mar!).

Terminada la aventura, Jenofonte retornó a Atenas, pero no permaneció en ella por mucho tiempo. La ejecución de su viejo maestro Sócrates colmó su odio hacia la democracia ateniense. Como Platón, abandonó Atenas, pero a diferencia de Platón nunca retornó. Se convirtió en un espartano en todo menos en el nombre. Vivió entre espartanos y luchó con ellos, hasta contra Atenas.

Escribió la historia de los Diez Mil y llamó a su libro la *Anábasis*, o «marcha hacia el interior», con referencia a la marcha del ejército griego desde el mar hacia las profundidades de Asia. Ha sido siempre un clásico de la historia militar.

Jenofonte también escribió una continuación de la historia de la guerra del Peloponeso desde el punto en que Tucídides la había dejado interrumpida a causa de su muerte. Jenofonte no era un escritor de la talla de Tucídides ni tenía su imparcialidad. Sin embargo, su obra es valiosa porque no hay ninguna otra buena descripción contemporánea de los hechos.

Esparta y Persia

La aventura de los Diez Mil fue más que una mera aventura, pues su resultado fue que Ciro el joven demostró ser el Alcibíades de Persia. Por ambición personal, había revelado a los griegos la fatal debilidad de Persia. No se trataba solamente de que los griegos hubiesen derrotado a los persas en Cunaxa; ya

antes los griegos habían derrotado a los persas. Se trataba de que un pequeño contingente de griegos, aislado a 1.600 kilómetros en el interior de Persia, se había desplazado prácticamente a voluntad por sus dominios y había salido de ellos sano y salvo.

Todos los griegos reflexivos cayeron en la cuenta de que Persia era terriblemente débil, pese a su aparente fortaleza. Un ejército griego decidido con un buen general a su frente podría realizar casi ilimitadas hazañas. Hasta los lentos espartanos comprendieron esto y empezaron a soñar con osadas expediciones orientales.

Así, cuando Tisafernes volvió a Asia Menor y atacó a las ciudades griegas como represalia por la ayuda griega a Ciro el joven, Esparta no vaciló en enviar un ejército contra él, al que se incorporaron muchos de los Diez Mil.

Los persas decidieron que era mejor atacar por mar. Tenían un almirante a su disposición. El ateniense Conon, después de escapar de Egospótamos a Chipre (véase pág. 166), estaba dispuesto a vengarse de los espartanos por cualquier medio. Fue puesto al mando de una flota de 300 barcos persas y fenicios y salió a la caza de espartanos.

Mientras tanto, un nuevo rey había subido al trono en Esparta. Agis II, el vencedor de la batalla de Mantinea (véase pág. 155), murió en 399 a. C. Comúnmente hubiera sido reemplazado por su hijo, pero había dudas de que el joven fuese realmente hijo suyo. Había nacido por la época en que Alcibíades estaba en Esparta, y Agis abrigaba fuertes sospechas de que el padre verdadero era Alcibíades.

Agis también tenía un hermano menor, Agesilao, quien se presentó como el legítimo heredero del trono, pero halló alguna oposición. Agesilao era cojo de nacimiento y, además, muy pequeño. Había una antigua profecía que preveía a Esparta «contra un reinado cojeante». Sin duda, si el rey era cojo, el suyo habría sido un reinado cojeante.

En modo alguno, respondía Agesilao. Un rey que no fuese el heredero legítimo daría un reinado cojeante.

La disputa fue dirimida por Lisandro. Había permanecido inactivo, después de tomarle gusto al poder al final de la guerra del Peloponeso, y quería retornar a él. Pensó que Agesilao, el pequeño príncipe cojo, de apariencia tan poco espartana, sería fácil de manejar. Así, éste, con su ayuda, se convirtió en Agesilao II de Esparta.

Pero Lisandro lo había juzgado mal. Agesilao, pese a su pequeño tamaño y a su cojera, era un verdadero espartano, y no existía hombre que pudiese manejarlo. Lisandro siguió alejado del poder.

Agesilao estaba sediento de gloria militar y aprendió bien la lección de los Diez Mil. En 396 a. C. se dispuso a cruzar el mar en dirección a Asia Menor. Se sentía un nuevo Agamenón (el rey peloponense que había invadido Asia 800 años antes). Agesilao decidió imitar fielmente a Agamenón y realizar un sacrificio en Aulis, ciudad costera de Beocia, antes de partir, como había hecho Agamenón.

El único inconveniente era que los tebanos, gente muy poco romántica, no querían saber nada del asunto. Ningún rey espartano iba a realizar sacrificios en su territorio. Llegaron galopando y le expulsaron. Agesilao sintió que había hecho el ridículo y que el sacrificio frustrado podía arruinar toda su expedición; por ello,

cobró un odio implacable hacia Tebas, odio que iba a influir de modo importante en sus acciones futuras.

En Asia, Agesilao comprobó que la lección que había enseñado Jenofonte era correcta. Recorrió de un lado a otro Asia Menor, derrotando repetidamente a los sátrapas Tisafernes y Fernabazo. En particular, derrotó a Tisafernes en Sardes en 395 a. C., y como a menudo el fracaso es considerado un crimen, Tisafernes fue ejecutado poco después.

Sin embargo, aunque los persas no podian derrotar a Agesilao, en la batalla, habían descubierto un recurso mejor. Diez años antes habían pagado a Estados griegos para que hiciesen la guerra a Atenas, y ahora enviaron emisarios cargados de oro con el cual comprar enemigos de Esparta.

Sin duda, las ciudades griegas nunca necesitaban mucho estímulo para luchar unas contra otras y lo habrían hecho aún sin el dinero persa, pero éste ayudó.

Corinto y Tebas estaban irritadas porque, aunque habían sido aliadas de Esparta durante toda la guerra del Peloponeso, Esparta se había llevado todos los beneficios de la victoria.

Esparta, instruida de la creciente animosidad contra ella, decidió prevenir los problemas antes de que empezaran y envió un contingente contra Tebas, a la que consideraba (a causa del incidente de Aulis) como el centro de los sentimientos antiespartanos. El otro rey de Esparta, Pausanias (Agesilao estaba en Asia), avanzó desde el Sur, mientras Lisandro condujo un contingente desde el Norte. Lisandro volvía a la acción, finalmente, pero pronto fue muerto en una escaramuza y Pausanias se vio obligado a retirarse.

Atenas ya se había aliado con Tebas, y pronto Argos y Corinto se incorporaron también a la alianza. Esparta contempló con horror esta repentina coalición contra ella y ordenó a Agesilao que volviera de Asia. ¿De qué servían las victorias distantes, cuando la propia casa estaba en llamas? Agesilao no deseaba marcharse, pero la disciplina espartana lo exigía. Reunió a sus hombres, junto a aquellos de los Diez Mil que quedaban, entre ellos el mismo Jenofonte, y en 394 a. C. volvió por el Helesponto, Tracia y Tesalia, la vieja ruta de Jerjes de un siglo antes.

En camino, le llegaron malas noticias. Al parecer, la flota persa conducida por Conon había atrapado a los espartanos frente a Cnido, una de las ciudades dóricas de la costa sudoccidental de Asia Menor. La flota espartana fue destruida y el poder naval espartano desapareció después de sólo diez años de existencia. Esparta sólo fue una potencia naval durante esos diez años.

Agesilao comprendió que, sin poder naval no podía abrigar esperanzas de continuar con sus planes de conquistas orientales. Pero soportó la frustración con espartana impasibilidad y la ocultó a sus hombres. Siguió marchando hacia el Sur y, en Coronea (donde cincuenta años antes los beocios habían derrotado a Atenas, véase pág. 143), Agesilao encontró las fuerzas antiespartanas unidas, con Tebas a la cabeza. Agesilao no necesitaba estímulos para luchar contra los tebanos, a los que odiaba, y aunque éstos combatieron bien, Agesilao los derrotó. Pero la victoria fue por un margen demasiado estrecho para sentirse seguro en Beocia, de modo que volvió a Esparta.

Esparta recibió una serie de duros golpes. Sus guarniciones de Asia Menor no podían ser reforzadas o aprovisionadas sin una flota y tuvieron que abandonarlas a Farnabazo y sus persas. El dinero persa envió a Conon de vuelta a Atenas, y allí, en 393 a. C., fueron reconstruidos los Largos Muros, once años después de

haber sido arrasados. Además, en 392 a. C., Corinto y Argos se unieron para formar una sola ciudad-Estado, obviamente en contra de Esparta.

Esparta sólo veía ante sí un continuo batallar con ciudad tras ciudad, y no lo deseaba. Ya tenía la supremacía en Grecia y tenía poco que ganar de una lucha continua. En verdad, era muy probable que tuviese mucho que perder.

En 390 a. C., por ejemplo, unos 600 espartanos pasaron cerca de la hostil Corinto. Se sintieron seguros, pues, por lo común, ningún contingente era tan insensato como para atacar a tantos hoplitas espartanos juntos.

Pero dentro de Corinto había un general ateniense, Ifícrates, que comandaba un contingente formado por un nuevo tipo de combatíentes. Tenían armas ligeras y eran llamados *peltastas*, por el escudo ligero, *pelta*, que llevaban. Si hubiesen luchado con los hoplitas en un combate a pie firme, indudablemente habrían sido aplastados, como habían sido aplastados los persas una y otra vez con su ligero armamento. Pero Ifícrates utilizó las virtudes de la armadura ligera, no sus defectos. La armadura ligera permitía a los peltastas moverse rápidamente e Ifícrates los había entrenado y ejercitado cuidadosamente para que realizasen ágiles maniobras.

Los peltastas salieron en enjambre de Corinto. Los sorprendidos espartanos se volvieron para enfrentarlos y lucharon con su habitual valentía. Pero su pesada armadura los lastraba y fatigaba, mientras que los ligeros peltastas atacaban ya por un lado, ya por otro, eludiendo los torpes contragolpes de los hoplitas. Finalmente, el grupo espartano fue prácticamente destruido.

Toda Grecia quedó estupefacta. Los espartanos podían ser arrollados por fuerzas superiores, como en las Termópilas, u obligados a rendirse por hambre, como en Esfacteria, pero allí, en Corinto, habían sido derrotados en una lucha pareja. Por primera vez los griegos (y hasta los espartanos) cayeron en la cuenta de que era posible derrotar a los espartanos por una estrategia superior, si no por superior fuerza y bravura.

Esparta comprendió que debía a toda costa establecer una paz que congelara la situación tal como estaba en ese momento, mientras aún tenía la supremacía y para poder conservarla.

Una paz semejante sólo podía imponerse por influencia de los barcos y el dinero persa. Por ello, Esparta entró en negociaciones con Persia y en 387 a. C. concluyó la Paz de Antálcidas, por el nombre del general espartano que había sido el principal representante de la ciudad en las negociaciones. Esparta tuvo que acceder a devolver a Persia todas las ciudades griegas de Asia Menor. Así, se anuló parcialmente la victoria sobre Jerjes de un siglo antes, y en una época en que Persia era mucho más débil que en tiempos de Jerjes. Pero Persia había aprendido la lección y usó de mano blanda. Las ciudades conservaron en gran medida su autonomía, en lo concerniente a su gobierno interno.

Mediante la paz, Persia garantizaba la libertad de todas las ciudades griegas. En lo que a los espartanos concernía, esto significaba que debían deshacerse todas las uniones entre ciudades griegas (aunque fuesen voluntarias), pues cada ciudad separada debía ser «libre». Así, Corinto y Argos tuvieron que romper su unión, y la ciudad de Mantinea en Arcadia se vio obligada a disolverse en cinco aldeas.

De este modo, Esparta se aseguraba de que el resto de Grecia sería débil, mientras que ella, por supuesto, ni por un momento pensó en dar libertad a ninguna de las ciudades de Laconia o Mesenia.

El principal objetivo de Agesilao era Tebas, que lo había humillado en Aulis. Era la cabeza de la Confederación Beocia, y Agesilao exigió que ésta se disolviese, para que sus diversas ciudades quedasen libres.

Tebas se negó, pero algunos oligarcas tebanos, de simpatías muy proespartanas, se apoderaron de la Cadmea (de Cadmo, fundador legendario de la ciudad). Esta era la fortaleza central de la ciudad, como la Acrópolis era el fuerte central de Atenas. Los oligarcas entregaron la Cadmea a Esparta, que la ocupó en 382 a. C. Mientras las tropas estuvieron allí, Tebas fue territorio ocupado y tan humillada como Agesilao deseaba. Por el momento, Esparta tenía la supremacía y, al menos en Grecia, estaba en la cúspide de su poder.

La caída de Esparta

Pero el odio de Agesilao le había llevado demasiado lejos. Una Tebas libre podía haber sido partidaria de Esparta, pero con tropas espartanas en la Cadmea, Tebas fue permanentemente hostil y sólo esperaba el día en que pudiera expulsar a las tropas espartanas.

Durante cuatro años, Tebas sufrió bajo el yugo espartano, hasta que entró en acción el tebano Pelópidas. Había estado exiliado en Atenas desde la ocupación de la Cadmea, pero ahora volvió para dirigir una conspiración. En 378 a. C., él y un pequeño grupo de hombres, disfrazados de mujeres, se unieron a un festín que daban los comandantes espartanos. A último momento, un traidor tebano envió un mensaje al general espartano para delatar la conjura. Cuando se le dijo al general espartano que la nota se refería a un asunto urgente, respondió: «Los asuntos, para mañana», e hizo a un lado la nota sin leerla.

Para él, no hubo mañana. Las «mujeres» sacaron sus cuchillos e hicieron una matanza con los espartanos. En la confusión que siguió, los tebanos atacaron la Cadmea, y los espartanos, desconcertados por el repentino asesinato, la entregaron. (Probablemente podían no haberlo hecho, y los comandantes espartanos que se rindieron fueron ejecutados al volver a Esparta, pero no por eso se recuperó la Cadmea.)

Tebas se alió una vez más con Atenas contra Esparta. Fue una formidable alianza, pues Atenas estaba recuperando gradualmente las islas del Egeo y las ciudades de la costa egea septentrional, de modo que se estaba reconstituyendo la vieja confederación, después de treinta años. Pero esta vez Atenas aprendió la lección, pues no trató de dominar a sus aliadas como había hecho bajo Pericles.

Esparta no podía permitir que Tebas y Atenas se unieran contra ella; la guerra comenzó nuevamente. Pero Tebas estaba ahora en buenas manos. En la historia pasada, los tebanos no se habían destacado por su capacidad, su encanto o su inteligencia. En verdad, los ágiles atenienses usaban la palabra «beocio» como un adjetivo que significaba «estúpido». Pero ahora no uno, sino dos hombres notables aparecieron a la cabeza de los tebanos.

Uno de ellos era Pelópidas, que había encabezado la conspiración y liberado la ciudad. El otro era el mejor amigo de Pelópidas y un hombre aún más notable, Epaminondas. Organizó un grupo especial de soldados tebanos, comprometidos a combatir hasta la muerte. Estos constituían la «Hueste Sagrada». Con ellos al frente del ejército tebano, Epaminondas pudo mantener a raya a los espartanos.

Entre tanto, los atenienses lograban victorias en el mar. Los espartanos equiparon barcos destinados a interceptar los navíos que llevaban cereal a Atenas. De este modo esperaban cortar el cordón umbilical ateniense. Pero en 376 a. C., la flota espartana fue a su vez interceptada en Naxos por una flota

ateniense y casi completamente destruida. Después de esto, los barcos espartanos desaparecieron para siempre del mar.

Pero en los años siguientes la suerte cambió. Siracusa devolvió la ayuda que había recibido de Esparta en los días de la invasión ateniense enviando barcos en socorro de Esparta. Una vez más, la situación llegó al habitual punto muerto y, en 371 a. C., estaban creadas todas las condiciones para la paz.

Pero, nuevamente, el odio de Agesilao por Tebas intervino y condujo a Esparta a la ruina, esta vez para siempre. Agesilao insistió en que cada ciudad de Beocia firmase separadamente y afirmó que no haría la paz si Tebas se empeñaba en firmar por todas. Por consiguiente, la paz sólo se firmó entre Esparta y Atenas; Esparta y Tebas siguieron en guerra.

Ahora Agesilao había logrado lo que ansiaba desde hacía tiempo: Tebas aislada y superada numéricamente, de modo que podía ser aplastada. En 371 a. C., el ejército espartano conducido por Cleómbroto, el rey que había sucedido a Pausanias al morir éste en 380 a. C., marchó hacia el Norte. Nadie dudaba en Grecia de que Tebas estaba perdida.

Pero Epaminondas estaba elaborando sus propios planes. Comúnmente, cuando los griegos libraban una batalla, disponían a sus hombres en un amplio despliegue de escasa profundidad, de sólo ocho filas a lo sumo, de modo que aun los hombres de la retaguardia podían luchar contra el enemigo. En una batalla semejante era prácticamente seguro que los espartanos ganarían, ya que, soldado por soldado, los espartanos eran mejores. Y en este caso parecía doblemente seguro, pues los espartanos superaban en número a los tebanos.

Pero Epaminondas dividió su ejército en tres partes. Dispuso el centro y la derecha según la formación habitual, pero ordenó la parte izquierda (que enfrentaría a la principal fuerza de combate espartana) en una columna de cincuenta filas de profundidad. Los hombres de la retaguardia de la columna no tendrian que combatir. Estaban allí solamente como peso. Esta profunda columna, al cargar sobre las líneas espartanas, esperaba Epaminondas, penetraría en ellas al igual que un tronco usado como ariete. El centro y la derecha permanecerían en reserva y sólo atacarían otras partes de las filas espartanas después de que la derecha enemiga quedase reducida a la confusión.

La columna de Epaminondas fue llamada la «falange tebana», de una palabra griega que significa «leño».

Los dos ejércitos se encontraron en la aldea de Leuctra, a 15 kilómetros al sudoeste de Tebas. Los espartanos estudiaron la extraña formación tebana y profundizaron sus propias líneas hasta formar doce filas, pero esto no fue suficiente. La falange tebana cargó y todo ocurrió exactamente como lo había planeado Epaminondas. Las líneas espartanas se quebraron y el ejército fue presa de la confusión. Murieron mil espartanos, incluido Cleómbroto, el primer rey espartano muerto en acción desde Leónidas en las Termópilas, un siglo antes.

Tebas obtuvo una victoria completa y la hegemonía espartana terminó para siempre. Había ocurrido durante el «reinado cojeante» de Agesilao, como había predicho el oráculo. Esparta nunca volvió a dominar Grecia. En adelante, apenas pudo proteger su propio territorio.

Los aliados peloponenses de Esparta la abandonaron de inmediato. Las ciudades de Arcadia se unieron en una Liga Antiespartana y, como ciudad capital

de la Liga, fundaron (a sugerencia de Epaminondas) Megalópolis, que significa «gran ciudad», en 370 a. C. Estaba situada casi exactamente en el centro del Peloponeso, inmediatarnente al norte de los dominios espartanos.

Agesilao condujo un ejército hacia Arcadia, pero los arcadios enseguida apelaron a Tebas, Ahora, por vez primera, no fue un ejército espartano el que marchó hacia el Norte para castigar a una u otra ciudad, sino un ejército tebano el que marchó hacia el Sur para castigar a Esparta.

Y Esparta, horrorizada, descubrió que apenas podía resistir. Durante muchos años, su modo de vida había estado sufriendo una continua decadencia y fueron cada vez menos los ciudadanos que caminaban por sus calles. Sin saberlo, cada vez más había llegado a depender de su reputación y de sus aliados. Al esfumarse su reputación en Leuctra y al desertar sus aliados, no le quedaba más que un pequeño ejército, casi inútil.

Epaminondas arrancó a Mesenia de Esparta, anulando las grandes victorias de tres siglos antes que habían puesto los cimientos de la grandeza espartana. Mesenía fue hecha independiente y, alrededor de la vieja fortaleza del monte Itome, donde un siglo antes habían estado asediados los ilotas, se fundó en 369 a. C. la ciudad de Mesene. Esparta fue reducida solamente a Laconia y quedó rodeada totalmente por mortales enemigos.

Pero desde fuera del Peloponeso llegó la ayuda que impidió la total destrucción de Esparta. Atenas, inquieta ante el creciente poder de Tebas, se puso del lado de Esparta. También Siracusa envió soldados. Con esta ayuda, Esparta, bajo la tenaz e intrépida conducción de Agesilao, logró salvar Laconia, pese a otras dos invasiones de Tebas. (En ese momento, como veremos más adelante, Tebas estaba dedicando grandes esfuerzos a realizar expediciones militares al Norte, y sólo parcialmente podía utilizar su potencia contra Esparta.)

En 362 a. C., Tebas se decidió a hacer un esfuerzo supremo para resolver la cuestión del Peloponeso de una vez para siempre. Al frente de las fuerzas tebanas, Epaminondas invadió el Peloponeso por cuarta vez. Era intención de Epaminondas tomar Esparta, pero el viejo Agesilao (tenía ya ochenta años de edad) era aún suficientemente espartano como para enfrentarse a los tebanos dispuesto a morir luchando por la ciudad. Epaminondas decidió no poner a los espartanos entre la espada y la pared.

En cambio, mediante maniobras posteriores, provocó una batalla cerca de la ciudad de Mantinea. Esta vez Tebas combatía contra las fuerzas aliadas de Esparta y Atenas, y una vez más Epaminondas apeló a su falange tebana. Los espartanos no habían aprendido cómo contrarrestarla. Nuevamente, la columna móvil penetró en las líneas enemigas y las desbarató; y, nuevamente, Tebas logró una victoria total.

Sin embargo, la victoria fue desastrosa para Tebas, pues en el momento en que el enemigo estaba en huida, una jabalina lanzada al azar alcanzó a Epaminondas y lo mató. Sin Epaminondas (y sin Pelópidas, que también había muerto en el Norte), Tebas no podía sino descender del primer rango.

Se dirimieron las cuestiones manteniendo el status quo en el Peloponeso y continuó el punto muerto. Agesilao, siempre combatiendo por Esparta con todos los medios a su alcance, finalmente se vio obligado a contratarse como mercenario a fin de reunir el dinero que permitiera a Esparta entrar en escena al viejo estilo.

Egipto se rebeló una vez más contra Persia. Agesilao le ofreció sus servicios y desembarcó en Egipto con un contingente, Pero ni siquiera Agesilao podía luchar eternamente contra la vejez y en 360 a. C. murió.

En su juventud, había presenciado el apogeo de Atenas bajo Pericles. Había visto a Esparta derrotar a Atenas y alcanzar ella la cúspide del poder. Había visto cómo la derribaban de esa cúspide en una sola batalla y había luchado durante diez años para impedir su total destrucción. Y ahora moría en tierra extranjera, en un vano esfuerzo por recuperar lo que ya nunca se podría recuperar.

12. La decadencia

La edad de plata

Bajo la tensión de las continuas y trágicamente destructivas guerras entre las ciudades-Estado de Grecia desde el 431 a. C. en adelante, la cultura griega comenzó a decaer. La edad de oro de Pericles llegó a su fin y la que le siguió en el siglo siguiente, o poco más o menos, puede ser descrita, en el mejor de los casos, como una «edad de plata».

El optimismo se esfumó. Después de la guerra con Persia, parecía que el progreso y el crecimiento serían continuos. Se delineaba en el horizonte la ciudad ideal. Pericles parecía creer realmente que ya Atenas era la ciudad ideal. Los filósofos se interesaron mucho por la política y trataron de elaborar métodos por los cuales se pudiera insertar al hombre en una buena sociedad.

Pero los filósofos posteriores a la guerra del Peloponeso se apartaron de la política y la ciudad considerándolas un fracaso. Se preocuparon solamente por la vida personal del individuo, por la mejor manera de ignorar lo que entonces parecía ser un mundo totalmente malo y de ajustarse a algún código interior.

Un ejemplo era Antístenes, nacido en Atenas por el 444 a. C. y que estudió con Sócrates y con el sofista Georgias. Antístenes llegó a creer que la felicidad consiste en no dejarse envolver por la ciudad, sino, por el contrario, en un retraimiento lo más completo posible. Era menester buscar la total independencia, a fin de no preocuparse para nada por la opinión de los demás y, por tanto, no estar a merced de tal opinión. Para ser verdaderamente independiente, había que precaverse de tener posesiones, pues su pérdida o aun el temor de su pérdida traen la infelicidad.

El más famoso y extremado seguidor de Antístenes fue Diógenes, nacido en Sínope, sobre la costa de Asia Menor del mar Negro, en 412 a. C.

Diógenes no sólo pensaba que el placer común no era el verdadero camino hacia la felicidad, sino que el dolor y el hambre ayudaban a alcanzar la virtud. Prescindió de todo lo posible. Vivía en un gran tonel, para tener la vivienda mínima y estar expuesto a todas las inclemencias del tiempo. Una vez acostumbrado a esto, podía descartarlo: el clima y los cambios climáticos ya no tendrían el poder de perturbarle y afligirle, con lo cual desaparecería otra fuente de infelicidad. Solía beber con un cuenco de madera, hasta que vio a un muchacho beber de la palma de su mano. Inmediatamente, Díógenes arrojó el cuenco como un lujo innecesario.

Naturalmente, cuando alguien se aparta del mundo en tan inusitada medida es porque se piensa que el mundo es malo. Diógenes tenía una opinión muy mala de los hombres y se cuenta de él una famosa historia: solía vagar en pleno día por la plaza del mercado llevando una lámpara encendida. Cuando se le preguntaba qué estaba haciendo, respondía que estaba buscando un hombre honesto. Claramente afirmaba de modo implícito que no había ninguno, pues ni a plena luz del día era visible, de modo que era necesario usar una lámpara para obtener más luz, con la melancólica esperanza de lograr más éxito.

Los filósofos como Diógenes eran llamados *kynikos*, de la palabra griega *kyon*, que significa «perro», porque parecían estar siempre ladrando y gruñendo al género humano (al menos, según una de las versiones sobre el origen de la palabra). En nuestra lengua, esa palabra se ha convertido en «cínico». Aún se usa hoy la palabra para designar a alguien para quien todas las acciones son inspiradas por motivos malos o egoístas.

El cinismo no podía convertirse en una filosofía popular, pero Zenón, de Citio, una ciudad de Chipre, creó una versión más refinada de él. (Quizá haya sido, en parte, de ascendencia fenicia, y no se le debe confundir con Zenón, de Elea, quien vivió más de un siglo antes, véase pág. 121). Zenón estudió primero con filósofos cínicos, pero luego abrió una escuela propia en Atenas, en 310 a. C.

Enseñó que el hombre debe estar por encima de las emociones; debe evitar la alegría y la pena, y de este modo hacerse amo de la fortuna, sea ésta buena o mala. Su único interés debe ser la virtud y el deber; si puede ser dueño de sí mismo, no será esclavo de ningún hombre.

Enseñaba esas doctrinas en una escuela que poseía un pórtico adornado con pinturas. Los griegos llamaron a esta escuela la «Stoa Poikile» (el pórtico pintado). Por ello, sus enseñanzas fueron llamadas, en nuestra versión, el «estoicismo». Todavía hoy, ser estoico es ser ajeno a las emociones e indiferente al placer y al dolor.

Un individuo podía retirarse de la sociedad no sólo aprendiendo a prescindir de los bienes materiales, sino también entregándose a una vida de placeres personales.

El creador de una filosofía de este tipo fue Arestipo. Nació en Cirene, ciudad de la costa septentrional africana, al oeste de Egipto, por el 435 a. C., y recibió educación en Atenas, donde estudió con Sócrates. Luego enseñó que el único bien es el placer y que el placer inmediato es mejor que la preparación para un posible placer posterior.

Una versión más atenuada de esta filosofía fue la de Epicuro, nacido en Samos alrededor de 342 a. C. de padres atenienses. Llegó a Atenas en 306 y enseñó que el placer era el bien principal, pero subrayó que el placer sólo proviene de una vida moderada y virtuosa. Adoptó las ideas sobre los átomos que había sostenído Demócrito (véase pág. 139) y fue su filosofía del «epicureísmo» lo que hizo que esas ideas atomistas persistieran hasta los tiempos modernos. Hasta hoy, la palabra «epicúreo» alude a alguien que aprecia las cosas buenas de la vida.

También la literatura pareció abandonar la ciudad. Los grandes trágicos atenienses habían abordado las grandes y serias relaciones entre los dioses y los hombres para aclarar las acciones de la sociedad. Aristófanes había tocado la política del día. Pero hacia el fin de su vida, después de la derrota de Atenas, Aristófanes comenzó a abandonar la política y a refugiarse en la fantasía. La tragedia prácticamente desapareció y la comedia empezó a tratar temas triviales. En el período de la «Nueva Comedia», en la trama de las obras había amor, intriga, sagaces esclavos, hermosas mujeres, etc. El más capaz autor de esta nueva forma de literatura fue Menandro, nacido en Atenas en 343 a. C. Escribió más de cien obras, de las cuales sólo sobrevive intacta una, descubierta en 1957.

La Atenas de la edad de plata no produjo ningún escultor tan grande como Fidias, ninguna estructura tan magnífica como el Partenón. Pero dio a luz a

Praxíteles, que aún puede ser considerado un artista de primera magnitud. Ha llegado hasta nosotros una estatua de la que se cree que es obra suya. Es la del dios Hermes llevando a Dioniso de niño.

Sólo en matemáticas y en ciencias continuaron los progresos. Eudoxo fue un discípulo de Platón nacido en Cnido aproximadamente en 408 a. C. Fue principalmente un matemático que ideó muchas pruebas geométrícas, las cuales, casi un siglo más tarde, fueron incorporadas a la compendiosa obra de Euclides (véase pág. 268).

Eudoxo aplicó su geometría al estudio de los cielos. Fue el primer griego que demostró el hecho de que el año no tiene exactamente 365 días, sino que es seis horas más largo. Aunque Platón había sostenido que los planetas (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter, Saturno, el Sol y la Luna) atravesaban los cielos describiendo ciclos perfectos, las observaciones de Eudoxo convencieron a éste que no es así, al menos en apariencia.

Fue el primero en esforzarse por «salvar las apariencias», es decir, por explicar cómo el movimiento en círculos perfectos, requerido por la filosofía de Platón, podía producir los movimientos desiguales realmente observados. Eudoxo supuso que cada planeta estaba insertado en una esfera que giraba uniformemente, pero con los polos insertados en otra esfera, cuyos polos estaban insertados en una tercera esfera, y así sucesivamente. Cada esfera se movía uniformemente, pero la combinación de movimientos producía un movimiento aparente irregular del planeta.

Eudoxo necesitó un total de veintiséis esferas para explicar los movimientos de los planetas. Pero observaciones más detalladas mostraron que la explicación no era perfecta. Calipo, de Cízico, discípulo de Eudoxo, se vio obligado a añadir ocho esferas más, lo que hacía un total de treinta y cuatro. De este modo surgió la idea de las «esferas celestes», idea que iba a durar 2.000 años antes de que los astrónomos modernos la abandonaran.

Sin embargo, algunos astrónomos griegos estaban por el buen camino ya por entonces. Es el caso de Heráclides, nacido en Heraclea Póntica, sobre la costa de Asia Menor del mar Negro, en 390 a. C. (y al que a menudo se llama «Heráclides Póntico»). Fue discípulo de Platón y señaló que no es necesario suponer que la Tierra permanece inmóvil, mientras toda la bóveda de los cielos gira alrededor de ella en veinticuatro horas. El mismo efecto se produciría si los cielos fuesen inmóviles y la Tierra rotase alrededor de un eje. Fue el primer hombre de quien sepamos que afirmó la rotación de la Tierra.

Heráclides también sostuvo que los movimientos de Mercurio y Venus podían ser explicados mucho más fácilmente si se abandonaba el supuesto de que tienen esferas propias, como había afirmado Eudoxo. En cambío, podía considerarse que giraban alrededor del Sol.

Las ideas de Heráclides fueron desarrolladas por Aristarco, nacido en Samos alrededor del 320 a. C. Midió la distancia relativa del Sol y la Luna desde la Tierra. Su teoría era correcta, pero como sus observaciones eran defectuosas (los griegos no tenían instrumentos adecuados con los cuales estudiar el cielo), concluyó que el Sol es veinte veces más distante que la Luna, cuando en realidad es 400 veces más distante. Aun así, llegó a la conclusión de que el Sol debe tener un diámetro siete veces mayor que el de la Tierra. (En realidad, es cien veces mayor, pero Aristarco había realizado un gran avance con respecto a Anaxágoras; véase pág. 139).

Puesto que el Sol es mayor que la Tierra, Aristarco consideraba poco razonable creer que el primero gira alrededor de la segunda. Sostuvo, por lo tanto, que la Tierra y todos los planetas giran alrededor del Sol. Por un momento, parecía como si estuviesen a punto de nacer los conceptos de la astronomía moderna, Desgraciadamente, ese momento pasó. La idea de que nuestra vasta v sólida Tierra pudiese estar flotando a través de los cielos era difícil de digerir para los filósofos de la época, y la astronomía tuvo que esperar 2.000 años más para hallar el camino correcto.

El auge de Siracusa

Pero si bien la cultura griega estaba decayendo, también se estaba expandiendo por el exterior. Cada ciudad, en la medida de sus posibilidades, comenzó a imitar a Atenas. Más aún, regiones limítrofes con el mundo griego, que estaban fuera de la corriente principal de la evolución de Grecia o hasta eran bárbaras, empezaron a adoptar la cultura griega y los métodos militares griegos.

Esto provocó un importante cambio en el mundo. Las ciudades-Estado estaban seguras mientras estuviesen rodeadas de tribus primitivas y reinos orientales, como los de Egipto y Persia, que carecían de la gran eficiencia y energía de los griegos.

Pero una vez que las regiones exteriores se hicieron griegas y eficientes, también se volvieron peligrosas, pues tenían territorios y recursos mucho mayores que las diminutas ciudades-Estado de Grecia. En el siglo que siguió a la guerra del Peloponeso, la ciudad-Estado se hizo gradualmente anticuada como unidad política. El futuro pertenecía a los grandes reinos. Los griegos nunca se percataron realmente de esto, como nunca lograron equilibrar la fuerza de las regiones circundantes uniéndose en ordenamientos mayores que la ciudad-Estado,

En vez de esto, las ciudades-Estado siguieron luchando entre sí, sin advertir para nada el hecho de que el mundo estaba cambiando y de que empezaban a aparecer en el horizonte nuevas potencias que las empequeñecían.

La primera de esas «potencias de las afueras» surgió en una región que era realmente griega, pero estaba fuera de la Grecia misma. Surgió en Sicilia, donde el peligro bárbaro se había hecho crítico nuevamente.

Después del fracaso de la expedición ateniense contra Siracusa (véase pág. 146), Cartago juzgó que había llegado el momento de atacar otra vez. Durante tres años, los cartagineses ganaron batallas contra los griegos desunidos, que no recibieron ayuda de Grecia, envuelta por entonces en las etapas finales de la guerra del Peloponeso.

Luego, en 405 a. C., un ciudadano de Siracusa, Dionisio denunció a los generales siracusanos como traidores. Se nombraron nuevos generales, uno de los cuales fue el mismo Dionisio. Gradual y astutamente, Dionisio cortejó al pueblo común y aumentó sus poderes (corno Pisístrato había hecho en Atenas un siglo antes) hasta convertirse en tirano de Siracusa con el nombre de Dionisio I.

Dionisio comenzó baciedo la paz con los cartagineses y utilizando el tiempo ganado de este modo para reorganizar Siracusa, Luego estableció su dominio sobre las ciudades griegas vecinas y en 398 a. C. estuvo listo para ocuparse nuevamente de Cartago. En los quince años siguientes, libró tres guerras contra ésta y llegó a apoderarse de las cinco sextas partes de la isla. En 383 a. C., los

cartagineses sólo conservaban el extremo occidental de la isla. Este fue el punto máximo de poder al que llegaron los griegos sicilianos.

Mientras tanto, en 390 a. C., Díonisío dirigió su atención a la misma Italia y logró establecer su dominio sobre el extremo de la bota italiana. Su influencia se extendió más difusamente sobre muchas de las ciudades griegas de las costas orientales de la península. Hasta extendió su poder del otro lado del Adriático, al Espiro, una región de tribus al noroeste de Grecia que estaba siendo penetrada lentamente por la cultura griega.

En parte, los éxitos de Dionisio en la guerra provinieron de la manera en que adaptó nuevas invenciones. Sus ingenieros fueron los primeros que crearon mecanismos para arrojar grandes piedras y lanzar enormes cuadrillos. Estas «catapultas» adquirieron creciente importancia en las guerras posteriores, hasta la invención de la pólvora dieciséis siglos más tarde.

Dionisio mantuvo el poder gracias a una eterna vigilancia. Por ejemplo, se dice que tenía una cámara acampanada que se abría a la prisión estatal, mientras que el extremo estrecho se conectaba con su habitación. De este modo podía escuchar secretamente las conversaciones de la prisión y enterarse si había conspiraciones en gestación. Se la llamó la «oreja de Dionisio».

Debía mantener una vigilancia tan atenta (como sucedía con todos los tiranos griegos) que en todos los años que estuvo en el poder nunca pudo descansar. Esto adquiere una dramática claridad en relación con una famosa anécdota que se cuenta de un cortesano de Siracusa llamado Damocles, quien envidiaba abiertamente el poder y la buena fortuna de Dionisio.

Dionisio le preguntó si deseaba ser tirano por una noche. Damocles aceptó gozosamente, y esa noche se sentó en el sitio de honor de un gran banquete. Casi de inmediato observó que la gente miraba fijamente hacia un punto situado por encima de su cabeza. Miró hacia arriba y vio una espada desnuda apuntando hacia abajo, justo por encima de él. Estaba unida al techo por una sola cerda.

Dionisio explicó, amargamente, que su vida estaba siempre pendiente de amenazas y que si Damocles quería ser tirano durante una noche, debía soportar la amenaza durante todo el banquete. Desde entonces, todo gran peligro que supone una amenaza constante y que puede caer en cualquier momento es llamado una «espada de Damocles».

Otra famosa historia del reinado de Dionisio se relaciona con un hombre llamado Pitias, convicto de conspiración contra el tirano y condenado a morir en la horca. Pitias necesitaba tiempo para poner en orden sus asuntos y un buen amigo suyo, Damón, se ofreció como rehén en lugar de Pitias, mientras éste se marchaba a su casa. Si Pitias no volvía para el momento fijado de la ejecución, Damón admitía ser colgado en su lugar.

Llegó el día de la ejecución y Pitias no aparecía. Pero cuando estaban colocando el nudo corredizo en el cuello de Damón, se oyó a la distancia la voz de Pitias. Había sufrido un inevitable retraso y galopaba ahora desesperadamente para que no colgaran a su amigo, sino a él. El viejo tirano endurecido quedó tan conmovido por esto que (dice la historia) perdonó a Pitias y dijo que sólo deseaba ser él mismo digno de la amistad de hombres como ésos.

Desde entonces, se ha usado la frase «Damón y Pitias» como expresión de afecto e inseparable amistad.

Finalmente, Dionisio murió en paz el 367 a. C., después de haber gobernado con éxito durante treinta y ocho años. Mientras vivió fue el hombre más poderoso del mundo grecohablante, aunque este poder no se hizo sentir en gran medida porque no se ejerció en la misma Grecia.

Es extraño el hecho de que, mientras los historiadores habitualmente se centran en las luchas por la supremacía de Esparta, Atenas, Tebas, Corinto y otras ciudades en las décadas siguientes a la guerra del Peloponeso, Siracusa fuese en realidad la más poderosa. Es similar al hecho de que las naciones europeas luchasen por la supremacía a comienzos del siglo XX, cuando la más fuerte era realmente Estados Unidos, en el lejano Oeste. De hecho, Siracusa a veces es llamada «la Nueva York de la Antigua Grecia».

Si Dionisio hubiera tenido sucesores tan capaces como él, Sicilia podía haber llegado a encabezar una Grecia unida que hubiese estado a la par de las naciones no griegas que estaban adquiriendo poder lentamente.

Pero esto no ocurrió; el sucesor de Dionisio fue su hijo, Dionisio II o «Dionisio el Joven». Este era un muchacho dominado por Dion, cuñado del viejo Dionisio.

Dion era admirador de Platón, a quien conoció cuando éste visitó Siracusa en 387 a. C. Platón había ofendido a Dionisio con sus críticas a la tiranía. Dionisio (con quien no se jugaba) hizo vender a Platón como esclavo. Pero el filósofo fue pronto rescatado y llevado a Atenas. Dion le siguió y estudió en la Academia.

Muerto Dionisio, Dion invitó a Platón a volver a Siracusa y ser el tutor del nuevo tirano. Platón aceptó de buen grado, pues afirmaba que no habría Estado ideal mientras «los filósofos no fueran reyes, o los reyes, filósofos». Vio la oportunidad de convertir un rey en filósofo.

Desgraciadamente, las cosas no sucedieron de acuerdo con lo planeado, ni para Platón ni para Dion. Dionisio II estaba descontento de la enseñanza de Platón, pues empezó a pensar que Dion le sometía a ella sólo para quitarlo de en medio mientras él gobernaba Sicilia. Dionisio se volvió contra Dion, le expulsó del país y luego despidió a Platón.

Dion retornó, se apoderó del poder en 355 a. C. y echó al joven Dionisio. Pese a su filosofía, Dion gobernó tan tiránicamente como Dionisio, pero dos años más tarde, en 353 a. C., fue asesinado.

Con el tiempo, Dionisio pudo aprovechar la confusión reinante y volver al poder. Sicilia, entonces, fue gobernada más tiránicamente y con menos capacidad que nunca. Hubo levantamientos y guerras civiles, y la vida se hizo insoportable. Finalmente, en 343 a. C., los ciudadanos de Siracusa apelaron a Corinto (la ciudad madre) para que les ayudase a liberarse de sus tiranos.

Eso podía parecer una esperanza insensata, pero resultó que Corinto tenía justamente el hombre adecuado para la tarea: Timoleón, un demócrata sincero e idealista. Rechazaba tan vigorosamente la tirania que, cuando su propio hermano se hizo tirano, Timoleón aprobó su ejecución. Su familia, indignada, le envió al exilio durante veinte años. Tenía casi setenta cuando recibió el llamado de Siracusa, pero aceptó inmediatamente.

Timoleón desembarcó en Sicilia con 1.200 hombres y halló una violenta guerra civil; las fuerzas de Dionisio el joven estaban sitiadas por sus enemigos. Timoleón aceptó la rendición de Dionisio, quien se retiró a Corinto y pasó pacíficamente el resto de sus días, al frente de una especie de escuela. Timoleón luego estableció la paz entre las facciones rivales y se hizo amo de Siracusa.

Llamó de vuelta a los exiliados, atrajo a nuevos colonos de Grecia, restableció la democracia y luego derrocó las tiranías que habían surgido en otras ciudades sicilianas. Cuando Cartago trató de intervenir, Timoleón la derrotó en 338 a. C. Tuvo éxito en todo y cuando terminó su labor, renunció, pues no quería poder para él. Al año siguiente, en 337 a. C., murió.

Pero la breve promesa de poder que había nacido con Dionisio I desapareció en los años de desorden que siguieron a su muerte. El momento histórico había pasado; a fin de cuentas, Siracusa no estaba destinada a salvar a Grecia, o siquiera a sí misma.

La hora de Tesalia

Mientras Dionisio gobernaba en Sicilia y Esparta marchaba hacia su caída, Tesalia, en la Grecia septentrional, tuvo un breve momento de poder.

En. tiempos micénicos, la tierra que luego fue Tesalia dio origen a Jasón, el conductor de los argonautas, y a Aquiles, el héroe de *La Ilíada*. Era la mayor llanura de Grecia, fértil y atractiva. (El hermoso «valle de Tempe», que fue inmortalizado por los autores griegos, está en Tesalía.)

Tesalia es el único lugar de la Grecia continental donde los caballos eran prácticos para la guerra. Se suponía que los legendarios «centauros», mitad hombres, mitad caballos, habían vivido en Tesalia, y esto quizá represente lo que los griegos primitivos creyeron ver cuando encontraron por primera vez jinetes tesalios.

Si Tesalia hubiera tenido un gobierno unido, podía haber dominado Grecia. Pero después de la invasión doria, quedó fuera de la corriente principal de la historia griega. Los jinetes tesalios fueron famosos y útiles como mercenarios (un destacamento de ellos sirvió como guardia de corps de Pisístrato, el tirano de Atenas, por ejemplo), pero Tesalia estaba habitada por tribus rivales que no podían unirse para hacer sentir su fuerza.

Luego, en tiempos de Epaminondas, un nuevo Jasón apareció en Tesalia. Era Jasón, de Feres, ciudad de Tesalia central. Mediante astutas maniobras políticas y un hábil uso de tropas mercenarias, Jasón unió Tesalia tras de sí. En 371 a. C. fue elegido general en jefe de los clanes tesalios. Puesto que Esparta (por entonces en los últimos días de su hegemonía) se oponía a la creación de uniones en Grecia mayores que la ciudad-Estado, Jasón se alió con Tebas.

Casi inmediatamente se produjo la batalla de Leuctra (véase página 168), y Jasón, a la cabeza de su caballería, se lanzó velozmente hacia el Sur para contemplar el campo de batalla, algunos días más tarde (como antaño los espartanos habían marchado al Norte para contemplar Maratón). Por un breve tiempo, arruinada Esparta, y Tebas limitándose a asegurarse de que siguiese arruinada, Jasón se sintió el hombre más poderoso de Grecia continental. Soñó con establecer un liderato sobre Grecia y conducir a las ciudades-Estado unidas contra Persia. Y quizá lo hubiese hecho, de no haber sido asesinado en 370 a. C.

Su muerte sumió a Tesalia en la confusión. El gobierno de Feres pasó al sobrino de Jasón, Alejandro. Pero éste era un hombre cruel, sin el encanto del malogrado Jasón. No pudo obtener la sumisión de las tribus tesalias, como había conseguido Jasón. Para empeorar las cosas, Macedonia, situada al norte de Tesalia, aprovechó la oportunidad para intervenir.

Macedonia gozaba de una creciente prosperidad. Su capital, Pela, a unos treinta kilómetros tierra adentro del extremo noroccidental del mar Egeo, fue refugio de

una cantidad de exiliados griegos por razones políticas. El autor ateniense Eurípides pasó los últimos años de su vida en la corte macedónica.

El asesinato de Jasón abrió el camino a Macedonia, y cuando, en 369 a. C., subió al trono Alejandro II, éste siguió una política vigorosa y trató, a su vez, de imponer su influencia sobre Tesalia.

Durante un breve tiempo, los dos Alejandros, el de Macedonia y el de Feres, entraron en lucha. Luego, las ciudades tesalias, que deseaban liberarse de ambos pidieron ayuda a Tebas, que gracias a Leuctra era entonces lo potencia dominante en Grecia.

En respuesta, Tebas envió una expedición hacia el Norte al mando de Pelópidas, quien habia iniciado los días de la grandeza tebana con su conspiración contra los amos espartanos (véase pág. 166). Pelópidas firmó un tratado con Alejandro II, pero pronto éste quedó anulado por el asesinato del rey macedonio en 368 a. C. a manos de uno de sus nobles. El asesino pronto asumió el papel de regente del hijo mayor de Alejandro, Pérdicas III.

Pelópidas tuvo que volver a Tebas. Para asegurarse de que Macedonia no crearía problemas, cualesquiera que fuesen los desórdenes en los que se viese involucrada, se llevó consigo a varios rehenes elegidos entre la nobleza macedónica. Uno de ellos era el hermano menor del nuevo rey, Filipo, de trece años de edad.

Pelópidas no tuvo mucha suerte en su tarea de castigar a Alejandro, de Feres. En una segunda expedición fue capturado y mantenido prisionero durante varios meses, antes de que una fuerza expedicionaria tebana conducida por Epaminondas obligase a Alejandro a liberarlo.

En 364 a. C. Pelópidas encabezó una tercera expedición a Tesalia y enfrentó al ejército de Alejandro en Cinoscéfalos, no lejos de Feres, al Norte. Los tebanos obtuvieron la victoria, pero Pelópidas murió. Los furiosos tebanos descargaron toda su fuerza sobre Alejandro, que fue obligado a hacer la paz y a quedar confinado a la ciudad de Feres. Se dedicó a la piratería para vivir y finalmente, en 357 a. C., fue asesinado. La amenaza tesalia sobre Grecia desapareció para siempre.

La hora de Caria

Pero otra amenaza surgió en el Este. No era Persia, pues este gigante, aunque aún existía, estaba demasiado agotado para buscarse complicaciones. En cambio, provenía de esa parte del interior de Asia Menor llamada Caria. Las tribus carias habían dominado la costa jónica antes de los asentamientos griegos que siguieron a las invasiones dorias (véase página 22). Posteriormente, estuvieron primero bajo la dominación de Lidia y luego de Persia, sin figurar separadamente en la historia.

Al menos, no hasta el período posterior a la caída de Esparta. Entonces, debilitado el poder persa, los carios conocieron un momento de poder. Tenían sus propios jefes, quienes nominalmente eran sátrapas persas, pero de hecho eran independientes.

El más capaz y poderoso de ellos era Mausolo, que llegó al poder en 377 a. C. Extendió su dominio sobre toda la región sudoccídental de Asia Menor y trasladó su capital desde una ciudad caria insular hasta la ciudad griega costera de Halicarnaso (patria del historiador Heródoto). Poco a poco, comenzó a construir una flota y a tratar de dominar el Egeo desde su nueva base costera.

El enemigo griego con el que se enfrentó fue Atenas. Esparta estaba fuera de combate, y, después de la muerte de Epaminondas, Tebas se replegó en sí misma y no deseaba verse envuelta en aventuras distantes. Sólo quedaba Atenas y su flota. Nuevamente, dominaba el mar Egeo, ganaba victorias en el Norte y se aseguraba su cordón umbilical.

Pero en 357 a. C., Mausolo inició su avance. Intrigó en las islas mayores del Egeo y las persuadió a que se rebelasen contra sus dominadores atenienses. Atenas envió una flota para someterlas, pero fue derrotada, y los almirantes atenienses cayeron en desgracia y fueron destituidos. Sin embargo el general ateniense Cares desembarcó en Asia Menor, en 355 a. C., y combatió con éxito contra ejércitos persas, Se demostró una vez más la debilidad de Persia y la facilidad con que sus ejércitos podían ser derrotados.

Pese a las victorias de Cares, Atenas decidió no intentar grandes aventuras. El desastre en Siracusa la había curado para siempre de tales tentaciones. Selló la paz con Mausolo, y manifestó que si las grandes islas del Egeo querían ser independientes, pues que lo fueran. Atenas las abandonó. No tenía ya ambiciones imperiales y le bastaba con tener asegurado su cordón umbilical.

Mausolo siguió avanzando, por supuestos, y en 363 antes de Cristo, se anexó la gran isla de Rodas, a unos 80 kilómetros al sudoeste de Halicarnaso. Pero en el momento en que parecía estar a punto de iniciar grandes hazañas, murió y, como en el caso de Jasón, de Feres, el poder amenazante se esfumó.

La viuda de Mausolo, Artermisia, estaba inconsolable por su muerte. Decidió elevarle un monumento y construyó una gran tumba sobre el puerto de Halicarnaso. No sólo contenía el cuerpo del rey muerto, sino también gigantescas estatuas de él y de ella, con un carro tallado en lo alto de la tumba y frisos esculpidos en todo su alrededor.

Un signo del declinar de la cultura en la edad de plata es que el gusto de los griegos comenzase a preferir lo complicado y ostentoso. La sencilla columna dórica había perdido su popularidad, y en alguna parte, por el 430 antes de Cristo, el arquitecto Calímaco había inventado la columna corintia, mucho más ornamentada.

Al glorioso Partenón le sucedió la tumba de Mausolo (o «Mausoleo», palabra que todavía se usa hoy para designar una gran tumba), que probablemente estaba demasiado decorada para ser realmente hermosa. Sin embargo, cuando los griegos hicieron la lista de las Siete Maravillas del Mundo, incluyeron el Mausoleo, pero no el Partenón.

Otra fastuosa «Maravilla» de la época estaba en Efeso. La diosa patrona de la ciudad era Artemisa, y en su honor se construyó un complicado templo (el «Artemision» o, en su forma latina, «Artemísium»). Había sido comenzado en la época de Creso y fue terminado alrededor de 420 a. C. Era suficientemente impresionante como para ser una de las Siete Maravillas del Mundo.

En octubre del 356 a. C., el Artemision fue destruido por el fuego; resultó ser un caso de incendio deliberado. Cuando se atrapó al culpable, se le preguntó por qué había hecho tal cosa. Respondió que lo había hecho para que su nombre perdurase en la historia. Para frustrar su deseo, fue ejecutado y se ordenó que su nombre fuese borrado de todos los testimonios y nunca fuese pronunciado. Pero a fin de cuentas el hombre logró su deseo, pues su nombre ha sobrevivido de algún modo y se lo conoce: es Eróstrato, y siempre será recordado como el hombre que incendió deliberadamente una de las Siete Maravillas del Mundo.

13. Macedonia

El advenímíento de Filipo

La muerte de hombres sedientos de poder no salvó a las ciudades-Estado griegas. Tan pronto como desaparecía un peligro, aparecía otro. El problema real era que la ciudad-Estado estaba acabada. La cuestión no era si Grecia caería o no bajo la dominación de un reino de nuevo tipo. ¡Esto era seguro! La cuestión era: ¿de cuál?

En 365 a. C. nadie habría considerado Macedonia un peligro. Recientemente había sido dominada por Tesalia, bajo Jasón, de Feres, y más recientemente había pasado por la conmoción del asesinato de su rey, Alejandro II. El joven rey Pérdicas III, hijo de Alejandro, estaba bajo la tutela del asesino, que actuaba como regente.

Además, Macedonia estaba rodeada de tribus semicivilizadas que representaban un peligro constante. Mientras tuviese que enfrentarse con estas tribus, tenía escasas oportunidades de actuar con energía en Grecia. De hecho, lejos de ser peligrosa para Grecia, actuaba como un conveniente amortiguador entre la civilización griega y los bárbaros del Norte.

Pero en 365 a. C. las cosas empezaron a cambiar. El joven rey esperó atentamente el momento oportuno, hizo asesinar a su vez al regente y asumió solo el gobierno de Macedonia. Al año siguiente, su hermano menor, Filipo, regresó a Macedonia.

Filipo había sido llevado a Tebas como rehén en 367 a. C. (véase pág. 200). Durante los tres años que pasó allí aprendió a conocer a Epaminondas, Filipo era un joven sumamente brillante y observó bien la falange tebana y la manera cómo Epaminondas hacía maniobrar a sus ejércitos, Filipo no olvidó nada de lo que aprendió.

Su conocimiento y su capacidad iban a ser muy necesarios, pues Macedonia estaba en dificultades. Sus perturbaciones internas eran una invitación permanente para las tribus circundantes. Pérdicas fue muerto en una escaramuza limítrofe, en 359 a. C. El reino se encontró en la desesperada situación de estar amenazado de invasión por todos lados y con sólo un niño como rey, Amintas III, hijo de Pérdicas.

Evidentemente, alguien tenía que actuar en lugar del joven rey y su tío Filipo (que sólo tenía veintiún años) se hizo cargo de la regencia. Filipo ya se había asegurado la amistad del vecino Epiro, en el Oeste (que había estado bajo la dominación de Dionisio I de Siracusa, pero estaba ahora bajo el gobierno de príncipes nativos, nuevamente), casándose con Olimpia, sobrina del rey de Epiro, en 359 a. C.

Con increíble energía, Filipo comenzó a atacar en todas direcciones y en 358 a. C. había puesto fin a las incursiones fronterizas. Se lanzó primero contra los peonios (del Norte) y luego contra los ilirios (del Noroeste) y los expulsó de Macedonia. (En una campaña posterior aplastó a unos y otros nuevamente y puso fin al peligro que representaban mientras él vivió.)

Hecho esto, y asegurado el Epiro, Filipo tuvo bajo su dominio toda la región situada al norte de Grecia, desde Tracia, al Este, hasta el Adriático, al Oeste.

Pudo entonces dirigir su atención al Egeo y pronto adquirió valiosos territorios al sudeste, en la Calcídica. La ciudad más fuerte de la península era Olinto, que formó una confederación de ciudades calcídicas que estorbaba las ambiciones de Filipo.

En un principio, ni los atenienses ni los olintios consíderaban como una amenaza a Filipo. Los macedonios nunca habían sido más que unos pesados y cada parte se sentía totalmente segura al usar a Filipo como una especie de arma contra la otra parte.

Para Filipo fue muy fácil aprovechar la codicia de cada parte y engañar a ambas. Mantuvo a los atenienses quietos prometiéndoles devolverles el territorio de Olinto, y calmó a los olintios prometiéndoles la entrega de Potidea, ciudad vecina y, desde hacía largo tiempo, rival.

Luego, por supuesto, todo lo que tomó lo conservó para sí, y respondió a todas las protestas de engaño y fraude con suave calma. En particular, tomó la ciudad de Anfípolis en 358 a. C.

Pocos meses más tarde amplió y reforzó una ciudad situada a unos cien kilómetros de Anfípolis y la rebautizó con el nombre de Filipos, derivada del suyo propio. Cerca de ella había valiosas minas de oro; ellas rindieron grandes sumas de dinero, con el que Filipo pudo comprar útiles aliados entre los griegos.

En esos primeros años, Filipo también se dedicó a reorganizar sus tropas. Ya tenía caballería, parte tradicional del ejército macedónico, pero lo que necesitaba era infantes bien entrenados. Adoptó las ideas de Ifícrates y creó contingentes de peltastas y honderos ligeramente armados.

Medida más importante aún fue la de adoptar la falalange tebana, en la que introdujo fundamentales mejoras. Quería que la falange fuese algo más que un simple leño capaz de moverse solamente en la dirección en que apuntaba. Por ello, la hizo menos densa y con menos filas, dándole capacidad de maniobra en uno u otro sentido. Los hombres de las filas de retaguardia hacían reposar sus lanzas enormemente largas sobre los hombros de los soldados que estaban frente a ellos, de modo que la «falange macedónica» se asemejaba a un puerco espín. Desplazando las lanzas y girando, el puerco espín podía enfrentar al enemigo en cualquier dirección.

En 356 a. C., Olimpia dio a luz un niño que fue llamado Alejandro y de quien hablaremos mucho, más adelante. Según una tradición, nació el mismo día en que Eróstrato incendió el Artemision de Éfeso (véase página 201), pero esto probablemente sea una invención posterior.

Filipo ya había demostrado su capacidad, para satisfacción de su nación. Tenía grandes ambiciones a las que no iba a renunciar por la mayoría de edad de Amintas, sobre todo ahora que tenía un hijo. Por ello, en 356 a. C., Filipo hizo deponer a Amintas y ocupó el trono con el nombre de Filipo II.

Los oradores de Atenas

En el siglo que siguió a la guerra del Peloponeso, surgió en Atenas un nuevo grupo importante de individuos, los «oradores». Expandieron su influencia sobre Grecia por la fuerza de las ideas que presentaban, persuasiva y lógicamente, en sus oraciones. (Esto indica, en cierto modo, que Atenas estaba pasando de los hechos a las palabras, de la acción al discurso.)

Uno de los más famosos fue Isócrates, nacido en 436 a. C. No tenía la voz necesaria para pronunciar sus discursos con eficacia, pero escribió mucho y fue un buen maestro. Casi todos los oradores del período fueron sus discípulos.

Isócrates era un griego (quizá el único) que había aprendido la lección de los tiempos: que la ciudad-Estado estaba acabada. Ya en 380 a. C. empezó a predicar insistentemente un tema: que los griegos debían dejar de luchar entre ellos. Debían unirse en una liga «pan-helénica» (de toda Grecia). Si necesitaban algún enemigo común que los mantuviese unidos, allí estaba siempre el viejo enemigo, Persia. Isócrates buscó algún líder que pudiera conducir a las fuerzas griegas unidas y por un momento fijó sus esperanzas en Dionisio I de Siracusa.

Pero en definitiva, Isócrates no halló a nadie que le escuchase (y vivió casi un siglo). Grecia había decidido suicidarse.

Pero el más grande de todos los oradores atenienses, y el que salió a la palestra como el gran adversario de Filipo, fue Demóstenes. (Es menester no confundirlo con el general ateniense del mismo nombre, el que, durante la guerra del Peloponeso, capturó Pilos y murió en Siracusa.)

El orador Demóstenes nació en 384 a. C., cuando Atenas empezaba a recuperarse de la guerra del Peloponeso. Tuvo una infancia dura, pues su padre murió cuando era un niño y un pariente huyó con la fortuna de la familia.

Demóstenes se vio obligado a progresar por sus propios medios y se cuentan muchas anécdotas sobre el inhumano esfuerzo que se impuso a sí mismo para alcanzar la grandeza. Se dice que se afeitaba sólo una parte del rostro, para obligarse a permanecer en el aislamiento, estudiando. Copió ocho veces toda la obra de Tucídides para estudiar el buen estilo. Tenía algún género de impedimento en el habla, por lo que se colocaba guijarros en la boca para hablar, a fin de obligarse a pronunciar claramente. También hablaba ante el embate de las olas en la playa para verse forzado a hablar en voz alta. Finalmente, se convirtió en un gran orador, uno de los más grandes de todos los tiempos.

El sueño de Demóstenes era hacer de Atenas el escudo de toda Grecia, dispuesta siempre a acudir en ayuda de cualquier ciudad griega amenazada por los bárbaros. Para Demóstenes, Filipo era un bárbaro, y observaba con preocupación cómo el macedonio se apoderaba de la costa norte del Egeo, trozo por trozo.

En 355 a. C., la misma situación ímperante en Grecia comenzó a favorecer a Filipo. Ese año, Fócida se apoderó de Delfos nuevamente, en otro de sus repetidos intentos de dominar la ciudad sagrada que había sido antaño parte de su territorio. Esto dio comienzo a la «Tercera Guerra Sagrada».

Los tebanos marcharon contra Fócida y derrotaron a los focenses en 354 a. C., aunque no en forma concluyente. Una vez que se fueron los tebanos, Fócida, diestramente conducida, expandió su influencia nuevamente y empezó a dominar partes de Tesalia, al Norte. Por un momento, Fócida pareció a punto de obtener el dominio de la Grecia septentrional.

Pero los tesalios apelaron a Filipo, que acababa de ocupar la última de las posesiones atenienses en el Norte. Con el pretexto de proteger la ciudad sagrada de Delfos, marchó hacia el Sur. Los focenses le hicieron frente durante un tiempo, pero en 353 a. C. Filipo los derrotó y se apoderó de toda Tesalia. Era el amo de todo el Norte (con excepción de Olinto), hasta el paso de las Termópilas. Ningún bárbaro había llevado a los griegos hasta ese paso desde los días de Jerjes.

Fócida se salvó cuando Atenas, Esparta y otras ciudades griegas se unieron para ayudarla, pero, como de costumbre, ninguna unión podía durar mucho tiempo. Esparta estaba tratando de recuperar lo que había perdido veinte años antes y se disponía atacar Megalópolis, en Arcadia. Atenas volvió para detenerla y el frente unido contra Filipo se rompió.

En 352 a. C. Filipo se dirigió a Tracia y, extendió su influencia sobre los estrechos mismos que eran el cordón umbilical de Atenas.

Eso fue el colmo. Mausolo estaba muerto y no había nada que distrajera a Atenas. Un ciego podía darse cuenta de que Filipo era infinitamente más peligroso de lo que nunca había sido Mausolo.

Por ello, en 351 a. C., Demóstenes pronunció un importante discurso sobre el peligro macedónico. Fue la «Primera Filípica», por el hombre contra el cual iba dirigido, y desde entonces la palabra «filípica» ha sido usada para aludir a todo discurso pronunciado, directa y violentamente, contra un individuo determinado.

Por desgracia, ya hacía mucho que había pasado el momento en que Atenas podía permitirse emprender una cruzada. Las acuciantes palabras de Demóstenes no hallaron respuesta. Hasta había algunos atenienses que no compartían las opiniones antimacedónicas de Demóstenes. Veían en Filipo no a un bárbaro peligroso, sino a un griego fronterizo que podía tener poder suficiente para unir a las ciudades-Estado y conducirlas en una guerra pan-helénica contra Persia. Isócrates era uno de ellos, y también Esquines, un orador apenas inferior a Demóstenes, que también era partidario de la paz.

Filipo, con escasa preocupación por las palabras de Demóstenes, se dirigió ahora a lo que quedaba de la Calcídica, la misma Olinto. Esta, presa de pánico pidió ayuda a los atenienses y Demóstenes pronunció tres discursos instando a que se enviara tal ayuda. Pero todo lo que pudieron hacer los atenienses fue enviar a su general, Cares, al frente de unos pocos mercenarios. Esto fue completamente inadecuado, Filipo barrió a Cares y tomó Olinto en 348 a. C.

Atenas no podía hacer más que pedir la paz. Envió diez embajadores a Filipo, para negociar los términos de ella; entre ellos, iban Demóstenes y Esquines. Filipo dilató intencionalmente las negociaciones, con una excusa u otra, y aprovechó el tiempo para extender su dominio sobre Tracia. Finalmente firmó una paz que aseguraba a Atenas el Quersoneso Tracio y en la que Atenas, finalmente, se inclinaba ante lo inevitable (después de ochenta años) y renunciaba a toda pretensión sobre Anfípolis.

Después de firmar la paz, Filipo atravesó calmamente el paso de las Termópilas para castigar a los focenses, quienes ya hacía diez años que se habían apoderado de Delfos. En combinación con Tebas, arrancó Delfos a los focenses. En 346 a. C. fue Filipo (que ni siquiera era un griego para Demóstenes) quien presidió los juegos Píticos que Clístenes, de Sición, había establecido dos siglos antes, con ocasión de la Primera Guerra Sagrada (véase pág. 70).

La caída de Tebas

Demóstenes no cejó en su enemistad hacia Filipo y dedicaba todos sus esfuerzos a organizar una nueva guerra, que tuviese más éxito, contra Macedonia. Lentamente ganó poder en la ciudad sobre la fracción promacedónica y en 344 a. C. pronunció su «Segunda Filípica».

Pero Filipo seguía su camino y ocupó lo que quedaba de Tracia. En 341 a. C. fundó Fílipópolis, o «ciudad de Filipo», a unos 160 kilómetros al norte del Egeo,

Había avanzado más lejos hacia el Norte que cualquier ejército civilizado desde el tiempo de la invasión de Tracia por Darío, siglo y medio antes.

Ese año, Demóstenes pronunció su «Tercera Filípica» y persuadió a las ciudades griegas de la Propóntide, incluida Bizancio, a que se rebelasen contra Filipo. Indujo a Atenas a apoyar a Bizancio, lo cual significó una nueva guerra entre Atenas y Macedonia. Filipo tuvo aquí su mayor fracaso, ya que después de un largo asedio, se vio obligado a renunciar a su intento de tomar Bizancio. Su prestigio cayó y el de Demóstenes creció.

Pero la ciudad de Anfisa, en la Fócida, estaba cultivando unos campos que habían formado parte de Crisa dos siglos antes y habían sido objeto de una maldición después de la Primera Guerra Sagrada (véase pág. 70). Los sacerdotes que regían Delfos se escandalizaron por esto y así comenzó la «Cuarta Guerra Sagrada». Filipo fue llamado una vez más y pronto su ejército acampó en las costas del golfo de Corinto.

Demóstenes ganó entonces su mayor victoria diplomática. Convenció a Tebas de que se aliase con Atenas contra Filipo. Los tebanos, aunque muy poco habían hecho desde la muerte de Epaminondas, un cuarto de siglo antes, aún tenían vivo el recuerdo de las batallas de Leuctra y Mantinea, y se consideraban una importante potencia militar. Demóstenes también creía esto y se sentía seguro a la sombra del ejército tebano.

Juntas, Tebas y Atenas hicieron frente al poder de Macedonia en Queronea, en la Beocia occidental. La Hueste Sagrada tebana, que nunca había sido derrotada en batalla desde que fuera formada por Epaminondas, una generacion antes, enfrenó a la falange macedónica. Realmente fue la primera gran prueba de la falange.

El resultado fue desastroso para los griegos. Los atenienses se dispersaron y huyeron. Entre ellos estaba Demóstenes, que no se hallaba muy dispuesto a morir por sus creencias. (Después de la batalla se le reprochó que hubiese huido, a lo que respondió con una frase que se hizo famosa. Un poco modificada es la siguiente: «Quien combate y huye vive para combatir otra vez».).

Los tebanos lucharon en Queronea más honorablemente. La Hueste Sagrada se estrenó y se desangró contra la falange macedónica, pero no huyó. Todos sus soldados murieron, como los espartanos en las Termópilas, con el rostro frente al enemigo. Para Tebas fue una derrota, pero no un deshonor.

Este fue el fin de la hegemonía tebana y el comienzo de la macedónica, que iba a durar por más de un siglo.

Se dice que el viejo Isócrates murió de un ataque al corazón al oír las noticias de Queronea, pero es improbable. Siempre había sido partidario de Fílipo, en quien veía al hombre del momento y al que instaba a unir Grecia contra Persia (que era justamente lo que Filípo planeaba hacer). Es mucho más probable que Isócrates muriera sencillamente de viejo. A fin de cuentas, tenía noventa y ocho años en el momento de la batalla de Queronea.

Filipo ocupó Tebas y la trató con dureza, pero dejó Atenas intacta y ganó su sumisión por amabilidad. Esta actitud puede haber sido resultado de su admiración por el pasado de Atenas, pero también quizá obedeciese a su respeto por la flota ateniense, que estaba intacta y podía causarle muchos problemas aunque ocupase el Ática.

Sólo quedaba el Peloponeso y hacia él se dirigió Filipo. No halló ninguna resistencia excepto de Esparta. Sólo ésta, como orgulloso recuerdo de su pasado, se negó a someterse, Se cuenta que Filipo envió a Esparta un mensaje que decía: «Si entro en Laconia, arrasaré Esparta». Según la misma historia, los desafiantes éforos espartanos respondieron con una sola palabra: «Sí.» Es el más famoso laconismo de la historia.

Quizá Filipo haya sentido una asombrada admiración por el orgullo de la desamparada ciudad. Quizá también haya recordado las Termópilas y pensado que, a fin de cuentas, Esparta no podía ocasionarle ningún perjuicio. Sea como fuere, abandonó el Peloponeso sin tratar de forzar a Esparta.

Filipo dominaba ahora toda Grecia (excepto Esparta, aislada) y convocó una asamblea de ciudades griegas. Esta se reunió en Corínto, en 337 a. C., como habían hecho un siglo y medio antes para hacer frente al peligro persa. Pero esta vez la situación se había invertido. Votaron la guerra contra Persia y eligieron a Filipo comandante en jefe. Hasta se enviaron fuerzas macedónicas de avanzada al Asia Menor, a fin de preparar el camino para el ataque general.

Pero en ese momento surgieron dificultades domésticas para Filipo. Podía derrotar a Demóstenes y dominar toda Grecia, pero en su familia había alguien más fuerte que él: su esposa epirota, Olimpia.

Filipo se había cansado hacía tiempo de su esposa, que era una mujer violenta y difícil. En 337 a. C. decidió divorciarse de ella y casarse con la joven sobrina de uno de sus generales. Olimpia abandonó Macedonia y se dirigió al reino de su hermano, el Epiro. Estaba furiosa y decidida a vengarse por cualquier medio.

Pero Filipo consumó su boda y tuvo un hijo de su nueva mujer. Se hizo cada vez mayor la posibilidad de que desheredase a su hijo Alejandro en favor de su nuevo hijo, y de que surgiera una lucha interna que podía dar al traste con todos sus planes.

Fílípo decidió evitar problemas ganándose al rey del Epiro (el hermano de Olimpia). Propuso un matrimonio entre su hija y el tío de ésta, el rey epirota. La oferta fue aceptada y las bodas fueron alegres y suntuosas.

Pero en 336 a. C., en esa fiesta matrimonial, Filipo, el conquistador de Grecia, en la cúspide de su fama y a punto de partir para Asia, fue asesinado. Nadie duda de que Olimpia contribuyó a preparar el asesinato y muchos sospechan que también Alejandro intervino en él.

El advenimiento de Alejandro

Con la muerte de Filipo, las ciudades griegas se levantaron alegremente con la esperanza de recuperar su libertad. Tenían plena confianza de que así sería.

A fin de cuentas, el poder siracusano había muerto con Dionisio, el poder tesalio con Jasón y el poder cario con Mausolo. Sin duda, el poder macedóníco desaparecería con Filipo. Por supuesto, el hijo de Filipo sucedió a éste en el trono con el nombre de Alejandro III, pero sólo tenía veinte años («sólo un muchacho», decía Demóstenes con desprecio) y no se le prestó mucha atención.

Desgraciadamente para Demóstenes, Alejandro no era sólo un muchacho. Filipo fue uno de los pocos hombres muy notables de la historia que tuvo un hijo aún más notable. (En cierto modo, esto fue infortunado para Filipo, pues sus grandes realizaciones quedaron oscurecidas por las realizaciones aún más grandes de su hijo.)

Se cuentan algunas famosas anécdotas sobre la juventud de Alejandro. Según una de las más famosas, cuando era todavía un adolescente, domó un caballo salvaje que nadie había podido domar. Alejandro observó que el caballo se aterrorizaba de su propia sombra, por ello, manejó el caballo de manera que tuviera frente a sí el sol. Una vez que tuvo su sombra detrás, el caballo se calmó y pudo ser dominado fácilmente. Tenía una marca semejante a la cabeza de un buey sobre su frente, por lo que fue llamado *Bucéfalo*, o «cabeza de buey». Alejandro cabalgó después en él casi toda su vida, y probablemente sea el caballo más famoso de la historia.

En 342 a. C., cuando Alejandro tenía catorce años, Filipo le puso un tutor griego. Era Aristóteles, quien en tiempos posteriores iba a ser considerado como el más grande de todos los pensadores griegos.

Aristóteles nació en 384 a. C. en la ciudad de Estagira, en la Calcídica. Su padre había sido médico de Amintas II, padre de Filipo de Macedonia. A los diecisiete años, Aristóteles marchó a Atenas para estudiar con Platón y permaneció en la Academia de 367 a 347 a. C., y sólo la abandonó después de la muerte de Platón.

Cuando Alejandro subió al trono, Aristóteles partió para Atenas y fundó una escuela llamada el «Lykeoin», o, en la forma castellana derivada del latín, Liceo, en honor de un templo cercano dedicado a Apolo *Lykeois* («Apolo el Matador de Lobos»).

Las clases de Aristóteles fueron reunidas en muchos volúmenes que representan casi una enciclopedia, hecha por un solo hombre, del conocimiento de la época, buena parte de la cual consiste en el pensamiento, la observación y la capacidad organizativa originales del mismo Aristóteles. Tampoco se limitó totalmente a la ciencia, pues Aristóteles abordó la ética, la crítica literaria y la política. En total, los volúmenes que se le atribuyen ascienden a unos 400, de los cuales han sobrevivido unos 50. (Aristóteles vivió en la época de la muerte, de hecho, de la ciudad-Estado, pero sus análisis sobre política trataban solamente de la ciudad-Estado. Aunque fue el más grande pensador de la antigüedad, no vio más allá de ella.)

Aristóteles no abordó las matemáticas, pero fundó una rama casi matemática del pensamiento: la lógica. Desarrolló, con grande y satisfactorio detalle, el arte de razonar a partir de premisas para llegar a conclusiones necesarias.



Sus mejores escritos científicos fueron los concernientes a la biología. Era un observador cuidadoso y meticuloso, fascinado por la tarea de clasificar especies animales. Se interesó particularmente por la vida marina y observó que el delfín da a luz a su cría de una manera similar a la de los animales de los campos. Por esta razón afirmó que los delfines no son peces, en lo que se adelantó 2.000 años a su tiempo.

En física, Aristóteles tuvo mucho menos éxito. Rechazó el atomismo de Demócrito (véase pág. 127) y las especulaciones de Heráclides (véase pág. 175). Siguió con las esferas celestes de Eudoxo (véase pág. 174) y aún agregó más, hasta alcanzar un total de cincuenta y cuatro. También admitió los cuatro elementos de Empédocles (véase pág. 112) y agregó un quinto, el «éter», del que suponía que era el constituyente de los cielos.

No se sabe en qué medida Alejandro absorbió las enseñanzas de Aristóteles. Fue discípulo de éste durante unos pocos años solamente, y en esos mismos años estuvo también dedicado a tareas principescas. Cuando tuvo dieciséis años ya estaba al frente de Macedonia mientras su padre asediaba Bizancío. Aunque Filipo fracasó en este asedio, Alejandro combatió con éxito contra algunas tribus que creían poder hacer incursiones en Macedonia con tranquilidad, ya que a su frente sólo había un muchacho. (Se equivocaron; juzgaron mal al muchacho.)

En 338 a. C., cuando Alejandro tenía dieciocho años combatió en Queronea, y la batalla terminó cuando él condujo la carga que, finalmente, aplastó a la Hueste Sagrada y dio a su padre la supremacía sobre Grecia.

Cuando subió al trono, a los veinte años, siguió actuando con extraordinaria energía y sin ninguna vacilación. Dentro de Macedonia, pronto dispuso la ejecución de todo el que pudiera disputarle su derecho al trono. Entre ellos figuraban la segunda mujer de Filipo y su hijo pequeño, así como su primo, que había antaño ocupado el trono con el nombre de Amintas III (véase pág. 187).

Hecho esto, se lanzó hacia el Sur, a Grecia. Los griegos, cuyo júbilo desapareció cuando de pronto comprendieron que el joven era un nuevo Filipo, y peor aún, se calmaron inmediatamente. En Corinto, Alejandro fue elegido comandante en jefe de los ejércitos griegos unidos contra Persia en reemplazo de su padre.

En las afueras de Corinto, Alejandro se encontró con Diógenes el Cínico, quien tenía por entonces más de setenta años. Este se hallaba tomando el sol fuera de su tonel en el momento del encuentro. Se cuenta que Alejandro le preguntó si deseaba algún favor de él. Diógenes contempló al joven que era el hombre más poderoso de Grecia y le ladró: «Sí. No me tapes el sol.» Así lo hizo Alejandro y, reconociendo el poder de la independencia completa, exclamó: «Si no fuera Alejandro, quisiera ser Diógenes.»

Después de poner en orden las cosas en Grecia, Alejandro marchó rápidamente hacia el Norte en la primavera de 335 a. C., donde los bárbaros pensaron nuevamente aprovecharse de un rey tan joven. Alejandro los aplastó tan rápidamente que apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Un rayo no los hubiera arrasado tan completamente.

Pero mientras estaba en el Norte, en Grecia se difundió la noticia de que había muerto. Inmediatamente, Tebas se rebeló y puso sitio a la guarnición macedónica de la Cadmea. Demóstenes proporcionó fondos a los tebanos y persuadió a los atenienses a que se aliaran con ellos.

Pero apenas recibió noticias de esto, Alejandro se lanzó nuevamente hacia el Sur a toda marcha. Los ejércitos trabaron combate y durante un momento los tebanos lucharon con su acostumbrado valor, pero nadie podía resistir contra Alejandro y su falange. Cuando los tebanos finalmente huyeron, fueron perseguidos tan de cerca que ellos y los macedonios entraron juntos en la ciudad.

Alejandro pensó que, de una vez por todas, tenía que convencer a los griegos de que no debía haber más revueltas contra él. Planeaba marchar sobre Persia y no deseaba guerras domésticas que lo obstaculizaran como medio siglo antes habían obstaculizado a Agesilao (véase pág. 178).

Por consiguiente, destruyó Tebas a sangre fría. Exceptuó los templos, por supuesto, pero arrasó todo otro edificio, con la única excepción del hogar del poeta Píndaro, cuyos versos Alejandro admiraba y que había antaño escrito una oda en honor de su antepasado Alejandro I.

El hecho tuvo su efecto. Atenas se apresuró a humillarse ante el conquistador y, una vez más, su historia pasada salvó a la ciudad. Alejandro ni siquiera exigió la entrega de Demóstenes y los otros dirigentes del partido antimacedónico.

Prosiguió entonces con sus planes de conquista y se ganó plenamente el nombre de «Alejandro Magno» con el que se le conoce invariablemente en la historia. Mientras vivió, Grecia permaneció en calma por temor a ese hombre extraordinario.

La caída de Persia

En Persia, la situación favorecía a Alejandro. Artajerjes II, el vencedor de Cunaxa (véase pág. 173), había muerto en 359 a. C., justamente cuando Filipo ascendía al poder en Macedonia. Fue sucedido por Artajerjes III, quien en 343 a. C., en un último esfuerzo, aplastó a Egipto, que nuevamente se había rebelado.

Pero en 338 a. C., Artajerjes III fue asesinado. Su hijo, Arses, le sucedió en el trono y fue a su vez asesinado en 336 a. C. y seguido por un pariente lejano,

Darío III. Persia, conmovida por dos asesinatos sucesivos, se encontró bajo un monarca que, aunque bondadoso, era débil y cobarde. Ciertamente, era el último hombre capaz de hacer frente al gran Alejandro.

En la primavera de 334 a. C., Alejandro puso al general de su padre Antípatro al frente de Macedonia y Grecia, e inició su gran aventura con otro de los generales de su padre, Parmenio, como segundo jefe. Alejandro atravesó el Helesponto con 32.000 infantes y 5.000 soldados de caballería. Tenía por entonces veintiún años y jamás retornaría a Europa.

Del otro lado del Helesponto, Alejandro realizó un solemne sacrificio en el sitio de Troya. El, como antes Agesilao, se consideraba un nuevo héroe homérico. Era un nuevo Aquiles, como Agesilao se había sentido un nuevo Agamenón (véase pág. 177). Pero a diferencia de su predecesor espartano, Alejandro iba a demostrar que estaba en lo cierto.

Los mercenarios griegos que combatían del lado de Persia estaban comandados por Memnón, de Rodas. Era un hombre capaz y, si bien era dudoso que nadie pudiese derrotar a Alejandro, Memnón habría podido defenderse bien. Antaño había luchado con cierto éxito contra Filipo, y conocía al ejército macedónico. Sugirió que los persas se retirasen tierra adentro y atrajeran a Alejandro en su persecución, mientras la flota persa descendía por el Egeo y cortaba sus líneas de comunicación y aprovisionamiento. Su plan era también estimular revueltas en Grecia, el único lugar donde Alejandro podía encontrar barcos que lucharan de su lado.

Pero los sátrapas persas locales no quisieron escucharle. Pensaban que Alejandro era otro griego que, como Agesilao y Cares, deambularía de un lado a otro y luego se marcharía. Deseaban combatir con él en el lugar y proteger sus provincias.

Los ejércitos se encontraron en el río Gránico, cerca de donde se había levantado antaño la antigua Troya. Alejandro hizo avanzar su caballería en un rápido ataque que desorganizó a los persas. Luego hizo avanzar su falange para triturar a los duros mercenarios griegos. Los persas fueron totalmente derrotados.

Alejandro envió a Grecia un rico botín con la siguiente inscripción: «Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los lacedemonios [espartanos] presentan estas ofrendas del botín tomado a los forasteros que habitan Asia.» Solamente Esparta no se había unido a Alejandro, y éste, como Filipo, no trató de obligarla a que se aliase con él.

No había otro ejército persa en Asia Menor que osara resistirle, y Alejandro avanzó apoderándose de todas las ciudades.

Toda la costa egea era suya, pero Alejandro no estaba totalmente seguro. Memnón, firme aún, pese a las derrotas, empezó a apoderarse de las islas egeas y estaba preparando una batalla naval en la retaguardia de Alejandro. Por fortuna para éste, Memnón murió repentinamente a principios de 333 a. C., mientras sitiaba Lesbos, con lo que desapareció la última posibilidad de resistencia inteligente por parte de los persas.

Alejandro avanzó luego tierra adentro, hacia Gordion, la capital de la antigua Frigia, cuatro siglos antes. En Gordion, se le mostró el «nudo gordiano» (véase página 72) y oyó la antigua profecía según la cual quien lograse desatarlo conquistaría toda Asia.

« ¿Es cierto? -preguntó-. Pues, entonces, lo desataré.» Y, sacando su espada, lo cortó. Desde entonces, la frase «cortar el nudo gordiano» se ha usado para referirse a una solución directa y violenta de lo que parecía una gran dificultad.

Alejandro se desplazó hacia el Sur, al golfo de Isos, donde setenta años antes los Diez Mil habían descansado (véase pág. 173). Tenía toda el Asia Menor en su puño, pero hasta entonces sólo había combatido contra pequeñas fuerzas. La batalla del Gránico no había sido más que un aperitivo.

Ahora, muerto Memnón, no había nadie que aconsejara prudencia a los persas. Darío pensó que era imposible permitir a Alejandro seguir avanzando, de modo que reunió un gran ejército en Isos y se preparó para la batalla.

El gran ejército persa superaba muchas veces en número al pequeño ejército de Alejandro, pero el número aquí tenía poca importancia. La falange macedónica podía atravesar una cantidad de tropas sin inconveniente. Además, Darío estaba en la batalla y esto fue fatal, pues era de una increíble cobardía. Los mercenarios griegos lucharon bien por él y hasta rechazaron a la falange por un momento, pero cuando el choque de los ejércitos se aproximó a la posición de Darío y éste se sintió en peligro, de inmediato huyó atropelladamente. Hay retiradas inteligentes, pero el desenfrenado galopar de Darío para alejarse del campo de batalla era sencillamente deserción. La batalla estaba perdida.

Darío, temblando aún, envió embajadores para ofrecer a Alejandro toda Asia Menor y una gran suma de dinero si aceptaba la paz. Al oír la oferta, Parmenio dijo: «Si yo fuera Alejandro, aceptaría». Y Alejandro, despreciativamente, respondió: «Y yo también, si fuera Parmenio.»

Alejandro exigía nada menos que la total e incondicional entrega de todo el Imperio Persa, y la guerra continuó. Marchó por la costa siria y las ciudades de Fenicia se le rindieron una tras otra. Solamente Tiro resistió. Ofreció aceptar la soberanía de Alejandro si se le permitía administrar sus asuntos internos, pero Alejandro nunca aceptaba menos que la entrega total.

Tiro se preparó para el asedio y el que siguió fue uno de los más obstinados de la historia. Tiro resistió durante siete meses con increíble tenacidad, y Alejandro mantuvo el sitio con igual tenacidad. Finalmente, Tiro tuvo que rendirse y fue tratada con gran severidad por los exasperados macedonios. Varios meses más se perdieron en Gaza, ciudad costera cercana a Egipto que había sido antaño, siete siglos antes, una de las ciudades de los filisteos de la Biblia.

En 332 a. C., Alejandro entró en Egipto. Después de todas las revueltas contra Persia, los egipcios le recibieron como un liberador. Se pusieron de su parte inmediatamente y sin lucha. Lo que quedaba de Persia estaba ahora aislada del mar, y lo que había sido la flota persa estaba destruido.

En 331 a. C., sobre la orilla occidental de la desembocadura del Nilo el monarca macedonio fundó una ciudad a la que dio su nombre, Alejandría. Iba a convertirse en una de las más famosas ciudades del mundo antiguo. Mientras estuvo en Egipto, Alejandro también viajó por el interior hasta un templo que había sido dedicado originalmente al dios egipcio Amón. Los griegos lo llamaron «Ammon», y lo identificaban con Zeus, de modo que se consideró que el templo estaba dedicado a «Zeus-Amón». En ese templo, Alejandro admitió que se lo declarase hijo de Amón (o Zeus), e indudablemente había mucha gente que estaba dispuesta a creerlo.

Pero aún quedaban grandes regiones de Persia sin conquistar y grandes ejércitos que combatir y derrotar, de modo que Alejandro volvió a Asia. Atravesó

el Eufrates y el Tigris, donde Darío había decidido ofrecer nueva resistencia entre las ciudades de Gaugamela y Arbela. El ejército persa era aún mayor que antes, el terreno había sido elegido cuidadosamente y se habían hecho todos los preparativos con reflexión y cautela.

El 1 de octubre de 331 a. C. se libró la batalla de Gaugamela. Los persas pusieron su esperanza en carros con guadañas atadas a las ruedas. Estos afilados cuchillos, lanzados contra los macedonios a gran velocidad, sembrarían el terror (según se esperaba). Pero la caballería macedónica atacó a los carros cuando cargaban y pocos de ellos llegaron hasta la falange.

La falange desbarató las fuerzas enemigas fácilmente, como siempre. Durante un momento, Darío hizo maniobrar a sus hombres casi como sí fuese un guerrero. Pero Alejandro ya lo conocía bien. Lanzó la falange directamente contra Darío y, cuando las erizadas lanzas se acercaron, el endeble coraje de Darío flaqueó y nuevamente volvió las espaldas para huir. El resto de la batalla fue casi una operación de limpieza.

En efecto, éste fue el fin del Imperio Persa (dos siglos después de las conquistas de Ciro, véase pág. 96), pues ya no iba a haber más una resistencia organizada. Darío no volvería a luchar jamás, solamente huiría; y Alejandro sólo iba a encontrarse con fuerzas locales durante el resto de la guerra.

El fin de Alejandro

Después de la batalla de Gaugamela, Alejandro tomó Babilonia sin resistencia y a los pocos meses estuvo en Susa, en el corazón de la tierra persa. En 330 a. C. Ocupó Persépolis, la capital de Jerjes de siglo y medio antes. Se cuenta la anécdota de que, después de un festín donde todos terminaron borrachos, Alejandro ordenó el incendio de Persépolis en venganza por la destrucción de Atenas por los persas en tiempos de Jerjes.

Luego se dispuso a perseguir a Darío nuevamente, que estaba en Ecbatana, la capital de Media, a 650 kilómetros del noroeste de Persépolis, Darío no pensaba librar nuevas batallas, sino que comenzó a correr nuevamente, avanzando hacia el Este, en una huída desesperada, Los sátrapas que iban con él, pensando que, a fin de cuentas, estarían mejor sin su cobarde rey lo asesinaron a mediados de 330 a. C. y abandonaron su cuerpo a Alejandro.

Durante los dos años siguientes, Alejandro llegó a las fronteras orientales del Imperio Persa, combatiendo a los sátrapas y las tribus salvajes. Estos lucharon mejor que los ejércitos organizados del Imperio, pero en definitiva todos perdían invariablemente ante Alejandro. Alejandro nunca fue derrotado, en toda su vida, por nadie ni en ningún momento.

Los éxitos de Alejandro parecen haberle persuadido finalmente de que era, en verdad, muy diferente de los hombres ordinarios y no estaba sujeto a la ley o la costumbre. Hasta la época de Filipo, el monarca macedonio había sido solamente un noble entre los nobles (como los reyes que describió Homero), pero Alejandro comenzó a asumir los aires de un rey persa. Empezó a gozar de los halagos y la adulación, y a esperar que los hombres se inclinasen ante él de una manera que los rudos macedonios no juzgaban correcta.

Empezaron a surgir conspiraciones contra él entre sus oficiales o, si no fue así, la mente cada vez más recelosa de Alejandro sospechó que lo hacían. A fines del 330 a. C., cuando se encontraba en lo que es ahora Afganistán, hizo llevar a juicio a uno de sus generales, Filotas, bajo la acusación de conspiración, y lo hizo

ejecutar. Filotas era hijo de Parmenio, quien estaba a cargo de las tropas de Media, a unos 1.600 kilómetros al Oeste.

Obviamente, no podía confiar en Parmenio una vez que éste se enterase de la ejecución de su hijo. Alejandro envió mensajeros a Occidente a toda velocidad para que mataran al general, quien no sospechaba nada, antes de que le llegasen las noticias, y la tarea fue llevada a cabo con éxito.

Esto aumentó el resentimiento de algunos de los generales macedonios aún más. En 328 a. C., Alejandro estaba en Maracanda, en el límite nororiental del Imperio Persa (es la moderna Samarcanda). Allí dio un banquete y todo el mundo bebió demasiado. Según se iba haciendo costumbre, varios hombres se levantaron para pronunciar discursos aduladores, en los que decían a Alejandro que era mucho más grande que su padre. Alejandro lo aceptó y parecía tanto más complacido cuanto más en ridículo se ponía a su padre.

Un viejo veterano llamado Clito no pudo soportar más. Había combatido con Filipo y le había salvado la vida a Alejandro en la batalla del Gránico. Clito se levantó para defender a Filipo, diciendo que era éste quien había puesto los cimientos de la grandeza macedónica y que Alejandro había obtenido sus victorias con el ejército de Filipo. Alejandro, totalmente borracho, se puso furioso. Cogió una lanza y mató a Clito.

Esto calmó a Alejandro y durante varios días tuvo amargos remordimientos. Pero esto no devolvió la vida a Clito ni detuvo el cambio que se estaba produciendo en Alejandro. No estaba satisfecho con ser rey de Macedonia y general de los griegos. Comenzó a considerarse como monarca universal de todos los hombres, griegos y bárbaros. En 327 a. C., se casó con una princesa persa, Roxana, y comenzó a entrenar a 30.000 persas a la manera macedónica para que sirvieran en el ejército.

Ese mismo año, fue invitado a la India por un gobernante de esa región que estaba luchando contra un monarca del Panjab llamado Poros. Alejandro no necesitaba de muchas excusas para emprender una buena guerra, y marchó hacia el Sur inmediatamente, hasta el río Indo. De este modo atravesó los límites del Imperio Persa. Ningún monarca persa, ni siquiera Ciro ni Darío I habían llegado hasta la India.

En el Panjab, Alejandro se encontró con el general más capaz que le hizo frente nunca. Poros, según los testimonios, medía más de dos metros de alto y tenía una magnífica apariencia. Poseía un gran ejército, respaldado por 200 elefantes, situación que era completamente nueva para Alejandro.

En 326 a, C., los dos ejércitos se encontraron en el río Hidaspes, tributario del Indo, y Alejandro libró la última de sus cuatro grandes batallas en Asia. Los elefantes fueron el mayor peligro, pero Alejandro ejecutó una serie de hábiles maniobras que desconcertaron a Poros, de modo que sus elefantes no tuvieron la oportunidad de entrar en batalla con plena efectividad.

Alejandro obtuvo la victoria, pero la experiencia con los elefantes fue enorme. En el siglo siguiente, los monarcas macedonios a menudo usaron elefantes en la guerra, a la manera en que los ejércitos modernos usan los tanques.

En esta batalla, el caballo de Alejandro, Bucélalo, que lo había llevado a lo largo de miles de kilómetros, finalmente murió, y Alejandro fundó una ciudad que, en honor a su caballo llamó Bucefalia.

Después de la batalla preguntó al altanero e inflexible Poros cómo esperaba ser tratado, «Como un rey», replicó Poros, y así fue. Alejandro le devolvió su reino para que lo gobernase en calidad de sátrapa, y Poros fue fiel a su cargo durante toda su vida. (Fue asesinado en el 321 a. C., por un rival.)

Alejandro tenía la intención de atravesar la India hasta el océano, que, según las ideas geográficas de la época, constituía el fin del mundo. Pero en ese momento sus tropas le fallaron. Los soldados macedonios estaban a casi 5.000 kilómetros de su patria. Lo habían seguido durante seis años, combatiendo, combatiendo y siempre combatiendo. Ganar batallas ya no interesaba a nadie excepto a Alejandro, Sus hombres sólo querían volver. Alejandro estuvo enfurruñado durante tres días y, según la leyenda posterior, lloró porque ya no tenía mundos que conquistar. Con renuencia, consintió en retornar.

Hizo construir una flota que navegó siguiendo la corriente del Indo, mientras el ejército marchaba a lo largo de la orilla. Nuevamente, Alejandro tuvo que someter tribus hostiles a medida que avanzaba. En cierto lugar, mientras asediaba una ciudad, perdió la paciencia y saltó por encima de la muralla y entró en la ciudad. Sólo tres compañeros estaban con él, y antes de que su pasmado ejército pudiera abrirse camino para rescatarlo, fue seriamente herido y estuvo a punto de ser muerto. Fue la herida más grave que recibió nunca, pero se recuperó.

La flota fue enviada de vuelta desde la desembocadura del Indo, por el mar Arábigo y el golfo Pérsico, hasta Babilonia, bajo el mando de un oficial macedonio llamado Nearco. Fue la primera vez que aparecía una flota occidental en el Océano índico.

En 325 a. C., Alejandro y su ejército volvieron por tierra, a través del desierto de Gedrosia, en lo que es hoy el sur de Irán. Esto fue una absurda obstinación, pues el desierto no podía mantener un ejército que vivía de la tierra. Los soldados macedonios sufrieron increíbles tormentos de sed y hambre, al atravesar esa región, y tuvieron más pérdidas que en todos sus combates. (Algunos han especulado que Alejandro quiso deliberadamente castigar a su ejército por negarse a atravesar la India.)

Cuando Alejandro volvió a Babilonia, se dedicó a castigar a los funcionarios corruptos y a reorganizar el gobierno. Llevó a cabo su grandioso proyecto de fundir a griegos y bárbaros ordenando a 10.000 soldados griegos y macedonios que se casaran con mujeres asiáticas en una ceremonia masiva.

Además, obligó a las ciudades griegas a reconocerlo como un dios, para gobernar más fácilmente como rey sobre hombres que se habrían negado a inclinarse ante un gobernante que sólo fuese un hombre. Las ciudades griegas, incluso Atenas, aceptaron la divinidad de Alejandro con grandes halagos. Sólo Esparta conservó su antiguo orgullo. Los éforos dijeron: «Si Alejandro desea ser un dios, que lo sea», y dejaron de lado con desprecio toda la cuestión.

Pero las nubes se cernían sobre el dios Alejandro. A fines del 324 a. C. murió en Ecbatana su más querido amigo, Hefestión, y Alejandro cayó en la más profunda melancolía. Cada vez más, sus hombres temieron sus peligrosos caprichos.

Sus planes eran cada vez más grandiosos. Iba a conquistar Arabia, o a navegar hacia Occidente y tomar Cartago. Comenzó los preparativos y el mundo retuvo el aliento.

Pero a fin de cuentas, no sucedió nada de eso. En junio de 323 a. C., repentinamente cayó enfermo, y hay quienes piensan que fue el resultado de un

envenenamiento por aquellos que se sentían más seguros con el gran monarca muerto. El 13 de junio de 323 a. C. murió.

Sólo tenía treinta y tres años en ese momento y sólo había gobernado durante trece años. Pero en su corta vida había corrido más aventuras, obtenido más victorias y ganado más fama que ningún otro hombre.

Según una historia posterior, Diógenes el Cínico, con quien Alejandro se había encontrado al comienzo de su reinado, murió el mismo día que Alejandro, a la edad de casi noventa años. Esa historia probablemente es otra de las coincidencias ficticias que tanto gustaban a los historiadores griegos.

14. Los sucesores de Alejandro

Antípatro en Grecia

Esparta fue la única ciudad de Grecia que mantuvo una especie de independencia bajo Filipo y Alejandro. Durante los años en que Filipo estuvo extendiendo gradualmente su dominación sobre Grecia, Esparta fue gobernada por Arquidamo III, hijo de Agesilao. Siguió haciendo todo lo que pudo para combatir a Tebas y recuperar la vieja supremacía de Esparta sobre el Peloponeso. Fracasó y, al igual que su padre, terminó sus días como mercenario.

La ciudad de Tarento, en Italia, necesitaba ayuda contra las tribus nativas del Norte y apeló a Esparta, la ciudad madre. Arquidamo respondió al llamado y murió en combate, en Italia, el mismo día (supuestamente) que la independencia de Grecia moría en Queronea.

Su hijo, Agis III, le sucedió en uno de los tronos de Esparta y comenzó su reinado con la famosa respuesta «Sí...» a las fuerzas invasoras de Filipo (véase pág. 211). Esparta, bajo su gobierno, se negó a unirse a Filipo y a Alejandro, y aunque el mundo resonó con las hazañas de Alejandro, Agis mantuvo sus ojos fijos en el Peloponeso solamente. Era como si Esparta hubiese decidido vivir permanentemente en los días de las guerras Mesenias.

Ausente Alejandro en Asia, Agis comenzó a solicitar dinero y barcos a Persia, la cual, desde luego, deseaba hacer cualquier cosa para crear dificultades domésticas a Alejandro. Las noticias de Isos pusieron fin temporariamente a estas negociaciones, pero a medida que Alejandro se internaba en las desconocidas profundidades de Asia, Agis cobró nuevamente ánimo.

En 331 a. C. inició un ataque, respaldado por buena parte del Peloponeso. Durante un tiempo, obtuvo algunos éxitos, con barcos persas y mercenarios pagados con dinero persa. Finalmente, puso sitio a Megalópolis, la única ciudad arcadia que, por odio a Esparta, no se unió al levantamiento antimacedónico.

Esparta apuró el asedio, pero Antípatro llegó desde el Norte con un gran ejército macedónico, Los espartanos combatieron con su valentía de los viejos tiempos, pero eran superados en número y en estrategia, y Agis fue muerto. Esparta tuvo que entregar rehenes a Antípatro y pagar una fuerte suma. Sin embargo, Antípatro, como Filipo y Alejandro, se abstuvo de destruir Esparta.

Atenas había permanecido cautelosamente ajena al combate, pero Demóstenes había estimulado abiertamente a Esparta y su política había fracasado nuevamente. Su gran rival, Esquines, juzgó que había llegado el momento de atacar a Demóstenes y destruir su influencia para siempre. En 330 a. C., Atenas otorgó una corona de oro a Demóstenes en homenaje a sus servicios pasados a la ciudad, y Esquines se levantó para hablar en contra del homenaje. El discurso de Esquines fue magistral, pero Demóstenes le contestó con el más magnífico que pronunció nunca: «Sobre la Corona».

Tan completa fue la victoria de Demóstenes que el humillado Esquínes se vio obligado a abandonar Atenas. Se retiró a Rodas y pasó allí el resto de su vida, dirigiendo una escuela de oratoria. (En años posteriores, un estudiante, el leer el discurso de Esquines contra la corona se maravilló de que Esquines hubiese

perdido el duelo. « ¡Ah! -respondió Esquines, pesaroso-, no te maravillarías si hubieses leído la réplica de Demóstenes.»)

Cuando Alejandro, en lo más profundo de Persia, se enteró de la lucha que se libraba en el Peloponeso, refunfuñó que se le molestaba por una guerra de ratones. Y tenía razón, pues desde el momento en que Alejandro penetró en Asia, las batallas de Grecia entre las ciudades-Estado no tenían ninguna importancia. Estas batallas continuaron durante otro siglo y medio, pero estaban ya al margen de la historia.

Las batallas de importancia que se librarían en Grecia en el futuro involucrarían a grandes potencias externas, para las cuales Grecia sólo era un conveniente campo de batalla.

De hecho, con Alejandro Magno, el maravilloso Período Helénico que había comenzado en 776 a. C. (véase pág. 35) y durante el cual los ojos de la historia estuvieron fijos en la pequeña Grecia, llegó a su fin. Habitualmente se considera como su punto final el año 323 a. C., el año de la muerte de Alejandro. Los siglos siguientes, en los cuales la cultura griega mantuvo su predominio, pero la Grecia misma se hizo insignificante, es llamado el «Período Helenístico».

Aunque Atenas se había evitado dificultades manteniéndose al margen de la rebelión de Agis, seis años después cayó también en la tentación.

Ocurrió de la siguiente manera. Cuando Alejandro abandonó Babilonia, después de la batalla de Gaugamela, y se dirigió hacia el Este para completar su conquista, dejó a Harpalo a cargo del tesoro persa. Este Harpalo lo usó para su propio beneficio, en la presuposición de que Alejandro no retornaría. Cuando comprendió que se había equivocado y que la vuelta de Alejandro era inminente, huyó a Grecia con algunos soldados, barcos y un gran tesoro que hoy equivaldría a muchos millones de dólares.

Se presentó en Atenas en 324 a. C. y pidió admisión y protección contra Macedonia. Por una vez, Demóstenes frenó con prudencia sus sentimientos antimacedónicos y sostuvo que Atenas no debía permitirle la entrada. Harpalo señaló, entonces, lo que Atenas podía hacer con ese dinero, cuán ansiosamente se le unirían otras ciudades y toda Asia contra Alejandro si distribuía parte del dinero adecuadamente; y, finalmente, pese a Demóstenes, se le permitió la entrada en la ciudad.

Antípatro planteó inmediatamente a Atenas la exigencia de entregar a Harpalo. Demóstenes se opuso por juzgarlo contrario a la dignidad de la ciudad. Pero sugirió que Harpalo fuese arrestado, su dinero guardado en el Partenón para mayor seguridad y ofrecer la devolución del dinero a Alejandro cuando éste lo pidiera.

Así se hizo, pero hubo un inconveniente. Entre el momento en que Harpalo entregó el dinero y el momento en que fue contado para depositarlo en el Partenón, la mitad de él había desaparecido. Quizá Harpalo mintiese en cuanto a la cantidad que poseía, pero ¿creería Alejandro esto? ¿No creería más bien Alejandro que los atenienses habían robado la mitad? Las cosas empeoraron cuando Harpalo escapó de Atenas (y huyó a Creta, donde pronto fue asesinado).

Para la salvación de Atenas, lo mejor parecía abrir una investigación y castigar a los culpables. Esto fue lo que se hizo y se incluyó en la lista una serie de individuos, y el primero de ellos fue Demóstenes. Casi con seguridad Demóstenes era inocente, pero era menester hallar culpables para satisfacer a un Alejandro posiblemente furioso, y Demóstenes sería el sacrificio más

aceptable. Se impuso a Demóstenes una cantidad exorbitante como multa, y, puesto que no pudo pagarla, se le encarceló. Escapó y huyó a la Argólida.

Lo que ocurrió después es difícil de saber, pero al año siguiente murió Alejandro antes de tener ocasión de retornar y castigar a Atenas. Inmediatamente (como el día en que murió Filípo), Grecia se rebeló gozosamente contra los macedonios. (Aristóteles, por temor de que los patriotas atenienses recordasen el hecho de que él había sido el tutor de Alejandro, no quiso tentar a Atenas a que cometiesen otro crimen contra la filosofía. Sigilosamente escapó a Eubea, donde murió en 322 a. C.)

Encabezado por Atenas, se formó un ejército griego contra el cual Antípatro condujo las fuerzas macedónícas. Parecía, sin embargo, que la magia de Filipo y Alejandro había desaparecido, pues los macedonios fueron totalmente derrotados en Beocia. Antípatro tuvo que retirarse a Lamia, inmediatamente al norte de las Termópilas, y fue sitiado allí durante el invierno de 323 a. C. por las fuerzas griegas aliadas. (A causa de ello, el conflicto ha sido llamado la «guerra Lamíaca».)

La situación parecía tan promisoria que Demóstenes pudo retornar en triunfo a Atenas, una vez más, como héroe de sus compatriotas. La ciudad misma pagó su multa y, por un momento, pareció que la perseverancia del gran orador había obtenido un triunfo total y que terminaría siendo el vencedor.

Pero era una ilusión. Antípatro recibió refuerzos de Asia y, aunque los griegos siguieron combatiendo bien durante un tiempo, particularmente gracias al apoyo de la eficiente caballería tesalia, el fin era previsible. En 322 antes de Cristo, sufrieron una derrota en Cranón, en Tesalía central, y la moral griega se derrumbó.

En el mar, las cosas fueron aún peor. Los macedonios habían construido una flota propia y se enfrentaron con los barcos atenienses en Amorgos, isla situada al sudeste de Naxos. Allí, en 322 a. C., la flota ateniense fue destruida, y definitivamente.

Hasta entonces, toda vez que una flota ateniense era destruida, aun en Egospótamos, una nueva flota surgía de los astilleros; pero ya no fue así. Nunca iba a haber nuevamente barcos atenienses que dominasen el mar, en ninguna parte. La era que se había iniciado con Temístocles, un siglo y medio antes, había llegado a su fin.

La alianza griega se disolvió y las ciudades-Estado griegas se sometieron a Antípatro una tras otra. También Atenas se sometió, en septiembre de 322 a. C., y como precio para evitar su ocupación, los atenienses convinieron en entregar a Demóstenes. El orador huyó a una pequeña isla frente a la Argólida y los mercenarios de Antípatro le siguieron hasta allí. Trataron de que saliese del templo en que había buscado refugio, pero Demóstenes estaba fatigado de la larga e inútil lucha. Bebió un veneno que había llevado consigo justamente para ese fin y murió en octubre de 322 a. C.

La lucha por la libertad estaba finalmente perdida.

Los diádocos

Pero ¿qué ocurrió con el gran imperio construido por Alejandro? A su muerte, de la familia real de Macedonia quedaban las siguientes personas: la madre de Alejandro, Olimpia; su mujer, Roxana; un hijo, Alejandro IV, que nació unos meses después de la muerte de Alejandro; una medio hermana, Tesalónica, y un

medio hermano que era deficiente mental y fue luego conocido como Filipo III. Ninguno de ellos podía gobernar, de modo que se necesitaba un regente.

Pero Alejandro no había nombrado un regente. Se supone que, al morir, respondió a la pregunta de quién debía sucederle diciendo: «¡El más fuerte!»

Por desgracia, no había nadie que fuese el más fuerte. Había una serie de generales en el ejército de Alejandro, todos preparados por el amo, todos decididos, todos capaces, todos ambiciosos y ninguno con el deseo de permitir que cualquiera de los otros ocupase una posición de supremacía. No menos de treinta y cuatro personas tenían poder, en una u otra parte de los vastos dominios de Alejandro. Estos generales son llamados los «diádocos», que significa «sucesores».

Entre los diádocos, por supuesto, estaba Antípatro, que había vuelto a Macedonia a luchar con los griegos. En Asia, los más prominentes eran Cratero, Antígono, Polispercón, Pérdicas, Lisímaco, Seleuco y Eumenes. En Egipto, estaba Tolomeo.

Estos generales inmediatamente se empeñaron en confusas e incesantes guerras, como las que habían arruinado a las ciudades-Estado griegas, pero en una escala mucho mayor. Tan pronto como uno parecía obtener la supremacía, los otros se unían contra él. Las guerras continuaron con los hijos de los diádocos, o *epígonos*, como fueron llamados, de una palabra griega que significa «nacidos después».

La guerra empezó con Pérdicas, que había sido el «primer ministro» de Alejandro en la época de su muerte y que dominaba a Filipo III, el medio hermano deficiente mental de Alejandro. Pérdicas esperaba ser aceptado como regente de todo el Imperio, pero la mayoría de los diádocos le rechazó. Pérdicas condujo un ejército contra Tolomeo, pero no tuvo éxito. Pérdicas fue asesinado por algunos de sus hoscos oficiales en 321 a. C.

La guerra general proseguía también en Asia Menor. De un lado estaba Eumenes, que combatía en alianza con Pérdicas. Del otro, estaba Cratero, que acababa de volver de Grecia, donde había ayudado a Antípatro a aplastar a los griegos en la guerra Lamíaca (véase página 232). En la batalla, Cratero fue muerto, pero esto no ayudó a Eumenes, porque también había muerto su aliado Pérdicas. Antígono derrotó a Eumenes y se apoderó de Asia Menor.

Antípatro murió en 319 a. C. y, pasando por sobre su propio hijo, Casandro, por alguna razón desconocida, dejó la regencia de Macedonia y el control de Grecia a Polispercón. Casandro no tenía la menor intención de aceptar este arreglo. Obtuvo el apoyo de la mayoría de las ciudades griegas y tomó Atenas en 317 a. C.

La madre de Alejandro Magno, Olimpia, tomó parte activa en la lucha contra Casandro e hizo asesinar a su hijastro Filipo III. Casandro marchó contra Olimpia, la derrotó y la hizo ejecutar en 316 a. C. Se apoderó del control de Macedonia y arrojó a la prisión a la mujer de Alejandro y a su hijo pequeño. Más tarde, en 310 a. C., hizo matar a ambos.

De toda la familia de Alejandro, sólo quedaba su media hermana. Casandro se casó con ella y estableció su dominación durante unos veinte años. Reconstruyó una ciudad de la base noroeste de la Calcídica y la llamó Tesalónica, en honor a su mujer. (Su nombre moderno es Salónica.) También restauró Tebas en 316 a. C., haciéndola recuperarse de la destrucción que había efectuado Alejandro veinte años antes.

De los diádocos, los cuatro que quedaron fueron Antígono y Eumenes en Asia Menor, Seleuco en Babilonia y Tolomeo en Egipto. Además, uno de los epígonos, Casandro, gobernaba Macedonia.

Este arreglo fue alterado por Artígono, el más ambicioso de todos. Este no se contentaba con una parte, sino que quería la totalidad. En 316 a. C. derrotó a Eumenes en una batalla y lo hizo ejecutar. Luego marchó sobre Babilonia y expulsó de ella a Seleuco. Antígono contempló entonces con su único ojo (era llamado «Antígono Monoftalmos», o «Antígono el Tuerto») un imperio que era ya casi suyo.

Pero Seleuco se unió a Tolomeo y Casandro en una coalición contra él. Ninguno de los otros diádocos quería a Antígono en la posición suprema. Por su parte, Antígono tenía en su hijo Demetrio un capaz general.

En 312 a. C., Demetrio fue derrotado por Tolomeo en Gaza, pero esta derrota no fue decisiva. Demetrio decidió hacerse a la mar, dominado entonces por Tolomeo. Reunió una flota, se apoderó de Atenas en 307 a. C. y derrotó a Tolomeo frente a Chipre en 306 a. C. Por el momento, Demetrio dominaba los mares.

Esta fue la victoria que Antígono necesitaba. Tenía setenta y cinco años de edad y ya no podía esperar por más tiempo. Si no iba a gozar del poder supremo, al menos asumiría el nombre de «rey». Inmediatamente, los otros diádocos sobrevivientes también se proclamaron reyes. Lo que era cierto en los hechos se hizo verdad en el nombre; el imperio de Alejandro quedó desmenuzado.

Como Antígono era rey en Asia Menor, Tolomeo fue rey en Egipto, Casandro en Macedonia y Seleuco (que había retomado Babilonia de Antígono en 312 a. C.) fue rey en Babilonia.

Demetrio, para celebrar su victoria sobre Tolomeo, hizo hacer una figura esculpida de la diosa alada de la Victoria, en la isla de Samotracia, en el Egeo septentrional. La estatua («la Victoria Alada»), sobrevive en la actualidad, aunque sin la cabeza y los brazos, pero con sus alas intactas.

(Otra famosa estatua griega de este período que aún existe es una escultura sin brazos de Afrodita, hallada en la isla de Melos en 1820. Fue realizada en una época desconocida del Período Helenístico, y se la llama comúnmente por su nombre italiano de «Venus de Milo».)

Después de derrotar a la flota de Tolomeo, Demetrio asedió la isla de Rodas, que era aliada del primero. Al hacerlo, usó grandes máquinas de asedio destinadas a abatir murallas y destruir ciudades, pues la guerra se había hecho sumamente mecanizada. Demetrio mantuvo el sitio durante un año, pero los rodios resistieron tenazmente y, en 304 a. C., Demetrio tuvo que retirarse.

Tan famoso fue ese sitio que Demetrio recibió el nombre de Demetrio *Poliorcetes*, o «Demetrio el Sitiador».

Ahora fueron los rodios quienes construyeron una estatua para conmemorar una victoria. Decidieron utilizar los materiales dejados por los sitiadores para construir una gran estatua del dios Sol, quien, creían, los había salvado.

Se tardó muchos años en construirla y sólo estuvo terminada en 280 a. C. Cuando se la terminó, según descripciones que han llegado hasta nosotros, medía 35 metros de alto. Se elevaba sobre el puerto, y los barcos que se aproximaban podían verla desde muy lejos en el mar.

Esa estatua del dios Sol es llamada el «Coloso de Rodas» y figuraba entre las Siete Maravillas del Mundo registradas por los griegos. Por desgracia, el Coloso de Rodas no permaneció en pie por más de medio siglo. En 224 a. C. fue destruido por un terremoto y, en años posteriores, los relatos exageraron su tamaño. Se suponía que había sido tan enorme que sus piernas estaban a horcajadas sobre el puerto y que los barcos pasaban entre ellas para entrar. Pero esto, ¡ay!, es un cuento de hadas.

Después del fracaso del sitio de Rodas, Demetrio retornó a Atenas que estaba asediada por Casandro, de Macedonia. Demetrio liberó Atenas y luego arrebató a Casandro la mayor parte de Grecia. En 302 a. C. fue elegido general en jefe de las ciudades griegas, el cargo que antaño tuvieron Fílipo y Alejandro.

Pero Casandro envió fuerzas a Asia Menor para atacar al padre de Demetrio, Antígono. Demetrio se vio obligado a volver rápidamente a Asia Menor para unirse a su padre, dejando que Grecia cayera nuevamente en manos de Casandro.

Antígono, y Demetrio se enfrentaron con todos los demás diádocos y la batalla se libró en Ipso, en el centro de Asia Menor en 301 a. C. Esta batalla señala la culminación del uso de elefantes como elemento bélico. Los diádocos, en general, habían usado elefantes siempre que podían, después de aprender este recurso en la batalla de Hidaspes (véase pág. 224). En Ipso, combatieron casi 300 elefantes, de ambos ejércitos.

Antígono tenía menos elefantes y fue derrotado. Aún a la edad de ochenta y un años era fiero e indomable, y en el momento de morir gritó: «¡Demetrio me salvará!»

Pero Demetrio no pudo salvarlo; apenas pudo salvarse a sí mismo.

La batalla de Ipso acabó con toda esperanza de que el imperio de Alejandro pudiera unificarse nuevamente. Pero Demetrio Poliorcetes no estaba terminado. Aún tenía su flota y esperaba su oportunidad. Casandro murió en 298 a. C. y sólo dejó dos hijos pequeños que le sucedieran. Ninguno de ellos podía conservar Macedonia, y Demetrio se apresuró a aprovechar la situación.

En 295 a. C. puso sitio a Atenas y, una vez más, la tomó. Usándola como base, Demetrio conquistó la mayoría de Grecia, nuevamente, y luego arrancó Macedonia a Filipo IV, el hijo de Casandro. Hizo asesinar al niño sin muchos escrúpulos.

Luego entró en el Peloponeso y se dirigió a Esparta. Desde su intento de luchar contra los macedonios bajo Agis III, una generación anterior, Esparta había permanecido inmóvil. No se había unido a la guerra Lamiaca ni a ninguno de los esfuerzos que los griegos hicieron ocasionalmente para liberarse. Pero, aunque no podía resistir a Demetrio, se negó (como siempre) a rendirse. En el último momento, Demetrio tuvo que retirarse por problemas surgidos en otras partes y, una vez más, Esparta se salvó de ser ocupada. Cualquiera que sea el hechizo que la salvó contra Epaminondas, Filipo, Alejandro y Antípatro, la salvó nuevamente en esta ocasión.

El dominio de Grecia y Macedonia por Demetrio no duró mucho tiempo. Fue expulsado por las fuerzas de Lisímaco, que había estado del bando ganador en Ipso, había recibido las posesiones de Antígono en Asia Menor. Más tarde, en 288 a. C., Demetrio fue capturado en una batalla y murió en el cautiverio en 283 a. C. Pero dejó un hijo en Grecia, otro Antígono, que más tarde iba a continuar la lucha de su padre y su abuelo.

En 283 a. C., Tolomeo murió de muerte natural a la edad de ochenta y cuatro años (extrañamente, los diádocos fueron muy longevos). Los dos diádocos restantes, Lisímaco y Seleuco, que tenían casi ochenta anos, no se habían cansado de esa eterna lucha. Trabaron combate en Corupedion, de Asia Menor, tierra adentro desde la costa jónica, y allí, en 281 a. C., Lisímaco fue derrotado y muerto.

¿Podía Seleuco soñar con el poder supremo? Quizá. Tenía un arma contra Egipto. Al parecer, Tolomeo había tenido dos hijos, el más joven de los cuales le sucedió en el trono. El mayor había ido a buscar fortuna en otras partes. Ambos se llamaban Tolomeo (en verdad, todos los descendientes de Tolomeo llevaron su mismo nombre) y se usaban apodos para distinguirlos. El hijo mayor era Tolomeo *Cerauno*, o «Tolomeo, el Rayo».

Tolomeo Cerauno había llegado a Asia Menor y permanecido allí bajo la protección de Seleuco, quien pensaba que podía serle útil contra el nuevo Tolomeo que se sentaba en el trono de Egípto. Mientras tanto, con Tolomeo Cerauno, Seleuco extendió su dominación hacia Macedonia que, gracias a la derrota de Demetrio Poliorcetes y la muerte de Lisímaco, se hallaba en total confusión.

Pero Tolomeo Cerauno tenía sus propios planes. En 280 a. C. asesinó a Seleuco y se apoderó él de Macedonia.

Así, casi un siglo después de la muerte del gran Alejandro, desaparecía el último de los diádocos. ¿Y cuál era el resultado de cincuenta años de agotadoras e insensatas guerras? Pues bien, sólo fue confirmar la situación que existió desde el momento de la muerte de Alejandro.

La Sicilia helenistica

La única parte del mundo griego que escapó totalmente a la dominación macedónica fueron las ciudades de Sicilia e Italia. Para ellas, fue como si Filipo y Alejandro nunca hubiesen existido. Durante un tiempo, la Sicilia de los tiempos helenísticos fue igual a la de los tiempos helénicos. El enemigo era el mismo, Cartago, como lo había sido en los tiempos de Jerjes, y en Siracusa, pese al brillante interludio de Timoleón (véase página 197), aún había tiranías. Entre los demócratas que se oponían a éstas se contaba Agatocles, quien comenzó su vida en la pobreza, pero se hizo rico gracias a su encanto, que le permitió casarse con una rica viuda.

Fue expulsado de la ciudad por sus actividades políticas, pero logró reclutar un ejército privado y combatir en una y otra parte, por todo el mundo, como si fuese otro Demetrio. En 317 a. C. logró apoderarse de Siracusa, y pronto efectuó una sangrienta matanza con los oligarcas y los defensores de la tiranía. Por supuesto, él mismo era un tirano, en el sentido de que fue un gobernante absoluto. Sin embargo, gobernó de tal modo que se hizo popular entre la gente común. Fue casi un Dionisio (véase página 194) que hubiese renacido después de medio siglo.

Los cartagineses, por otra parte, no querían ningún nuevo Dionisio. Enviaron un gran ejército a Sicilia bajo el mando de otro Amílcar. Este tuvo más éxito que el anterior, quien había muerto en Hímera ciento setenta años antes (véase página 115). Ganó victoria tras victoria y llegó a poner sitio a Siracusa.

Cartago nunca había estado tan cerca de conquistar toda Sicilia cuando Agatocles, por pura desesperación, tuvo una idea digna de un macedonio. En

310 a. C. se deslizó fuera de Siracusa con unos pocos soldados, atravesó el mar hacia Africa y comenzó a atacar las ciudades cercanas a la misma Cartago.

Los asombrados cartagineses, al ver a los griegos en sus costas por primera (y última) vez en la historia, quedaron azorados. No tenían tropas cercanas y los torpes reclutas que reunieron fueron sencillamente barridos por los avezados combatientes de Agatocles.

Se enviaron a Amílcar mensajes llenos de pánico para que mandara tropas a Africa. Pero Amílcar no quiso hacerlo antes de tomar Siracusa, por lo que atacó apresuradamente y fue derrotado y muerto.

Esto dio fin a las esperanzas cartaginesas de conquistar toda Sicilia.

Más tarde, las fuerzas cartaginesas volvieron a Africa y los griegos fueron derrotados, pero antes Agatocles había retornado a Sicilia y reasumido el poder en Siracusa. En 307 a. C. siguió la nueva costumbre que los macedonios estaban difundiendo por todo el mundo griego y se proclamó rey.

Entre los proyectos de Agatocles figuraba una posible conquista de Italia meridional (algo que Dionisio había logrado realizar). Por entonces, la ciudad más importante de Italia del Sur era Tarento. Tenía continuos problemas con las tribus nativas italianas, y unos treinta años antes se había visto obligada a pedir la ayuda de Esparta. Arquidamo había respondido al llamado y murió en Italia (véase página 228). Ahora que las tribus italianas volvían a amenazarla y Agatocles se cernía sobre Italia como un nuevo peligro, Tarento apeló a Esparta una vez más.

Pero en 289 a. C., Agatocles murió, antes de poder realizar sus planes, y Tarento parecía haber superado todos sus peligros.

Pero no era así, pues había surgido una nueva y formidable amenaza. Había en Italia central una ciudad llamada Roma, que durante el siglo anterior había adquirido calladamente cada vez más poder; tan gradualmente, en verdad, que su crecimiento habia pasado casi inadvertido por el mundo griego, que tenía los ojos fijos en el increíble Alejandro y sus imprudentes sucesores.

Por la época de la muerte de Agatocles, Roma había terminado con sus largas guerras con otras potencias italianas centrales y era dueña de toda la península, hasta las ciudades griegas. Tarento se encontró frente no a tribus locales, sino a una nación altamente organizada y con una maquinaria militar avanzada.

Roma estaba comenzando a intervenir en los asuntos de las ciudades del sur de Italia y había hecho alianzas con algunas de ellas. Tarento se ofendió por esto y, cuando aparecieron en la ciudad embajadores romanos, fueron rudamente insultados.

Inmediatamente, Roma declaró la guerra, en 282 a. C., y Tarento, que recuperó repentinamente la sensatez, sintió de nuevo la necesidad de ayuda. Era inútil apelar otra vez a Esparta; la emergencia exigía medidas más radicales. Tarento, pues, miró del otro lado del Adriático y eligió al más fuerte general macedonio que pudo encontrar, Este era Pirro, quien, durante un breve período, domina la historia.

El momento de Epiro

Pirro era rey de Epiro, que, por un instante en la historia, se convirtió bajo su gobierno en una importante potencia militar.

La historia primitiva de Epiro es de poca importancia, aunque los reyes que lo gobernaron pretendían descender de Pirro, el hijo de Aquiles. Hasta el reinado del nuevo Pirro, la única posible pretensión a la fama de Epiro era el hecho de que Olimpia, madre de Alejandro, era una princesa de la región y, por ende, Alejandro era epirota a medias.

Después de la muerte de Alejandro, un primo de Olimpia se sentaba en el trono de Epiro. Luchó contra Casandro y fue derrotado y muerto en 313 a. C. Su hijo menor era Pirro, quien, por ende, era primo segundo, del gran Alejandro y el único pariente de éste que mostró al menos una parte de su capacidad.

El hermano mayor de Pirro subió al trono de Epiro y, durante un tiempo, Pirro fue soldado de fortuna en los ejércitos de los diádocos. Luchó por Demetrio Poliorcetes en Ipso, por ejemplo, cuando sólo tenía diecisiete años.

Pirro llegó a ser rey de Epiro en 295 a. C., pero la paz lo hastiaba. Sólo le interesaba la guerra y necesitaba algún vasto proyecto al cual dedicarse. La ocasión se le presentó en 281 a. C. con la llamada de Tarento, a la que respondió de buena gana.

Desembarcó en Tarento con 25.000 hombres y una cantidad de elefantes, que de este modo entraron en las guerras italianas por vez primera. Pirro contempló con desprecio la cómoda vida de los tarentinos. Ordenó el cierre de los teatros, suspendió todas las fiestas y comenzó a entrenar al pueblo. Los tarentinos se sintieron sorprendidos y disgustados. Querían la derrota de los romanos, pero no estaban dispuestos a hacer nada para obtenerla. Querían que otros efectuasen la tarea. Pirro sencillamente tomó a algunos de los que protestaban y los envió a Epiro. Los restantes se tranquilizaron.

Pirro enfrentó a los romanos en Heraclea, ciudad costera situada a unos 70 kilómetros al sur de Tarento. Envió delante a sus elefantes y éstos arrollaron a los romanos, que nunca habían visto antes tales animales. Pero después de la victoria, Pirro contempló con preocupación el campo de batalla. Los romanos no habían huido. Los muertos presentaban heridas por delante y ni siquiera los temibles elefantes habían hecho que volvieran las espaldas. Obviamente no iba a ser una guerra fácil.

Trató de hacer la paz con los romanos, pero éstos no estaban dispuestos a discutir la paz mientras Pirro permaneciese en Italia. Por ello, la guerra continuó. En 279 a. C., Pirro se encontró con un nuevo ejército romano en Áusculo, a unos 160 kilómetros al noroeste de Tarento. Ganó nuevamente, pero esta vez con dificultades aún mayores, pues los romanos estaban aprendiendo a combatir los elefantes.

Cuando Pirro contempló el campo de batalla esta vez, alguien trató de congratularlo por la victoria. Respondió amargamente: «Otra victoria como ésta, y estoy perdido.» De aquí proviene la expresión «victoria a lo Pirro»[5]. Significa una victoria tan estrecha y obtenida a costa de tales pérdidas que casi equivale a una derrota.

Las batallas de Heraclea y Áusculo fueron la primera ocasión en que la falange macedónica hizo frente a la legión romana. La falange se había deteriorado desde la época de Alejandro, haciéndose cada vez más pesada, torpe y, por ende, más difícil de hacer maniobrar. Necesitaba un terreno llano, pues toda irregularidad alteraba su estrecha formación y la debilitaba. La legión, en cambio, tenía un ordenamiento flexible que, con hombres adecuadamente entrenados,

[5] En España siempre se habla de “victoria pírrica” (y suele usarse inapropiadamente). Nota de Dom.

podía extenderse hacia delante como una mano o contraerse hacia dentro como un puño. Podía luchar tranquilamente en terreno irregular.

La falange derrotó a la legión en esas dos batallas, en parte a causa de los elefantes y en parte a causa de la habilidad de Pirro. Pero la falange nunca iba a volver a derrotar a la legión.

Mientras tanto, en Siracusa se producían serios desórdenes después de la muerte de Agatocles, y el peligro cartaginés se presentó nuevamente. Los siracusanos llamaron a Pirro, quien gustosamente llevó su ejército a Sicilia en respuesta al llamado.

Sin duda, cuando Pirro enfrentó a los cartagineses, no ya a los romanos, tuvo más éxito. Por el 277 a. C. había acorralado a los cartagineses en la región más occidental de la isla, como Dionisio un siglo antes. Pero no pudo expulsarlos de allí, como no había podido hacerlo Dionisio. Más aún, carecía de una flota que le permitiese atacar directamente a Cartago, como había hecho Agatocles un cuarto de siglo antes. Por consiguiente, decidió retornar a Italia, donde los romanos habían hecho firmes progresos durante su ausencia. En 275 a. C., Pirro los enfrentó en una tercera batalla, en Benevento, a unos 50 kilómetros al oeste de Áusculo. Por entonces, los romanos estaban totalmente en condiciones de combatir con los elefantes. Arrojaron flechas encendidas y los elefantes, quemados y enloquecidos, retrocedieron y huyeron, aplastando a las propias tropas de Pirro. Fue una completa victoria romana.

Pirro se apresuró a reunir las tropas que le quedaban, y abandonó Italia sin más trámite. Roma ocupó todo el sur de Italia y, desde ese día, la Magna Grecia fue romana.

De vuelta a Epiro, Pirro siguió batallando, pues sólo le atraía la guerra. Le llegó otro pedido de ayuda. Esta vez, de Cleónimo, príncipe espartano que trataba de ascender al trono. Pirro invadió el Peloponeso en 272 a. C. y atacó a Esparta. Los espartanos resistieron, por supuesto, pero Pirro halló poca dificultad para destruir casi totalmente el ejército espartano. Pero, por sexta vez, Esparta se salvó de ser ocupada, pues Pirro se alejó a causa de problemas más urgentes.

Avanzó hacia Argos y fue muerto en sus calles, cuando, según ciertos relatos, una mujer le arrojó una teja desde un techo. Fue un innoble fin para un guerrero y, con su muerte, Epiro perdió su importancia.

Los galos

Mientras Pirro estaba en Italia, Tolomeo Cerauno había consolidado su dominio sobre Macedonia (véase página 218) y tenía razones para congratularse de la ausencia de su belicoso rival.

Desgraciadamente para Tolomeo, el desastre iba a caer desde un nueva dirección y por obra de un nuevo enemigo.

Hacía casi mil años que Grecia no sufría las penurias de una gran invasión bárbara, pero ahora se produjo. Esta vez los bárbaros eran los galos, que habían ocupado buena parte del interior de Europa al menos desde la Edad del Bronce. Grupos de ellos se habían establecido al norte del Danubio desde época desconocida.

Ocasionalmente, a causa de la presión demográfica o de movimientos que obedecían a derrotas bélicas, tribus de galos irrumpían hacia el Sur, hacia el Mediterráneo. Así, en 390 a. C., tribus galas se lanzaron en gran cantídad por la

península italiana y se apoderaron de Roma, que por entonces era una pequeña ciudad insignificante.

Ahora, un siglo después, le tocó el turno a Grecia. En 279 a. C., invasores galos, conducidos por un líder llamado Breno, se arrojaron sobre Macedonia.

Tolomeo Cerauno se halló repentinamente enfrentado con hordas salvajes contra las cuales apenas tuvo tiempo de reunir sus fuerzas. Su ejército fue barrido y él mismo halló la muerte. Durante algunos años no hubo gobierno alguno en Macedonia, sino solamente bandas errantes de salvajes a los que las diversas ciudades resistían como podían.

Entre tanto, los galos, en busca de mayor botín, se dirigieron hacia el Sur, a Grecia, en 278 a. C. Al igual que dos siglos antes había encabezado la resistencia contra los persas, Atenas encabezó ahora la resistencia contra los galos. A su lado no estaba Esparta, sino los etolios. Estos vivían al oeste de Fócida y habían quedado reducidos a la impotencia por la invasión doria, mil años antes. No habían tenido ninguna importancia en la historia griega durante los tiempos helénicos, pero la adquirieron ahora.

Juntos resistieron en las Termópilas y las cosas ocurrieron exactamente como antaño. Los griegos resistieron firmemente hasta que algunos traidores mostraron a los invasores el viejo camino por las montañas. Pero esta vez, por fortuna, el ejército griego fue evacuado por mar y no tuvo que sufrir la suerte de Leónidas y sus hombres.

Los galos siguieron avanzando hacia el Sur y atacaron Delfos, que era un objetivo particularmente valioso a causa de los tesoros que había acumulado a lo largo de los siglos, tesoros que ningún conquistador griego o macedonio habría osado tocar.

Pero allí los galos fueron derrotados, probablemente por los etolios. La historia es oscura, pues en tiempos posteriores la derrota fue atribuida a la milagrosa intervención de los dioses. Se decía que el ruido de un trueno aterrorizó a los galos y que grandes peñascos, descendiendo por las montañas, mataron a muchos. Por supuesto, puede haberse tratado de un terremoto.

Pero, sea a causa de los etolios, de un terremoto o de los dioses, lo cierto es que Breno fue derrotado y murió, y que los galos debieron abandonar Grecia. Algunos de ellos permanecieron en Tracia y otros pasaron a Asia Menor.

En cuanto a Macedonia, un hombre que había hecho frente con éxito a los galos después del primer embate de un asalto fue Antígono *Gonatas*, que posiblemente significa «Antígono el Patizambo». Era hijo de Demetrio Poliorcetes y nieto de Antígono Monoftalmos.

Anteriormente se había consolado con las bellezas de la filosofía y estudiado con Zenón el Estoico (véase página 173). Ahora aprovechó la oportunidad de apoderarse del trono que no habían tenido su padre ni su abuelo. El viejo Tuerto y el Sitiador habrían sonreído, de haber estado vivos para contemplar el éxito de Antígono Gonatas.

En 276 a. C. subió al trono de Macedonia. Logró rechazar a Pirro de Epiro, cuando éste volvió de Italia y permaneció en el trono, en una paz razonable, durante casi cuarenta años, hasta su muerte, ocurrida en 239 a. C. Más aún, sus descendientes gobernaron Macedonia durante un siglo después de su muerte.

15. El crepúsculo de la libertad

La Liga Aquea

En la Epoca Helenística, Grecia decayó rápidamente. Las grandes conquistas de Alejandro le proporcionaron grandes ganancias, pero en definitiva el resultado principal de esta riqueza, al no ir acompañada de un desarrollo industrial, fue la inflación, en la que unos pocos se hicieron ricos y muchos se empobrecieron.

La situación fue similar a la imperante en la Época de la Colonización, pero entonces se había hallado una solución en el desarrollo de la democracia. Ahora, en la Época Helenística, la dominación extranjera impedía a Grecia ajustarse libremente a la nueva situación. Los intentos de revolución social fueron aplastados.

Peor aún, la población griega mostró una tendencia a abandonar la vieja Grecia, donde parecía haber tan poco futuro, y emigrar a nuevas regiones del exterior, más grandes y más ricas, y donde los monarcas macedonios estaban dispuestos a pagar la enseñanza y la energía griegas a expensas de las poblaciones nativas. A medida que las nuevas monarquías se hicieron cada vez más griegas, compitieron con la misma Grecia en la industria y el comercio, con lo que Grecia padeció más aún. La población empezó a declinar constantemente, y las que habían sido grandes ciudades se convirtieron en ciudades pequeñas, mientras las que habían sido pequeñas ciudades desaparecieron totalmente.

Pero hubo algunas compensaciones. La dominación macedónica absoluta se debilitó y ya no fue lo que había sido en tiempos de Filipo y Antípatro. También Macedonia se debilitó; primero, porque buena parte de su pueblo emigró hacia las tierras recientemente conquistadas, y, segundo, por las devastaciones de los galos.

Pudo mantener algunas guarniciones en alguna que otra parte, por ejemplo, en Corinto. En 262 a. C., también ocupó Atenas y en 255 a. C, hizo derribar los Largos Muros. Sin duda, por ese entonces Atenas no tenía ninguna necesidad de ellos. No libraba guerra alguna ni la volvería jamás a librar.

Con todo, la mayor parte de Grecia (con la ayuda de los Tolomeos de Egipto, que estaban siempre deseosos de plantear dificultades a Macedonia) logró mantener cierta sombra de independencia con respecto a Macedonia. Pero esta independencia no se basaba en la ciudad-Estado, pues ésta se hallaba a punto de morir. (En todo el mundo griego, las únicas ciudades-Estado de viejo tipo que mantenían un mínimo de prosperidad eran Siracusa y Rodas.) En cambio, la independencia griega se basó en las ligas de ciudades.

Por el 370 a. C., las tribus de Etolia se organizaron en una «Liga Etolia», que comenzó a tener cierta importancia en la historia griega.

Una segunda liga, un poco más urbanizada y refinada, se fundó en el Peloponeso en 280 a. C. Comenzó con una unión de algunas de las ciudades de Acaya situadas a lo largo de las costas meridionales del golfo de Corinto, por lo que fue llamada la «Liga Aquea».

Durante una generación siguió siendo una organización local de escasa importancia. El hombre que modificó esta situación fue Arato, de Sición.

La meta principal de Arato fue unir todo el Peloponeso en la Liga Aquea. Condujo una audaz incursión contra Corinto en 242 a. C., y, con unos pocos soldados, capturó su fortaleza central, la Acrocorinto. La guarnición macedónica fue expulsada y Corinto se incorporó a la Liga Aquea. En 228 a. C. hasta Atenas logró expulsar a su guarnición macedónica y se alió con la Liga, que llegó entonces a la cumbre de su poder.

Extrañamente había otra potencia de importancia en Grecia además de las dos Ligas (que, a la buena manera griega, estaban en conflicto constante, conflicto que sólo favorecía a Macedonia), y ésta era Esparta.

Esparta todavía se aferraba, aún entonces, al recuerdo de los días de Agesilao, de siglo y medio antes, y no entraba en ninguna organización de ciudades que no pudiera dominar. Por ello era la gran enemiga de la Liga Aquea.

Para preocupación de Arato, Esparta también comenzó a mostrar signos de una renovada potencia. Sufría, como el resto de Grecia, de los desajustes económicos, y sólo tenía 600 espartanos que fuesen ciudadanos con plenos derechos. Los restantes espartanos eran prácticamente pobres y era común que los ilotas (aún había ilotas) se muriesen de hambre.

En 245 a. C. subió al poder un nuevo rey, Agis IV. Era una persona fuera de lo común, un espartano revolucionario. Trató de imponer un nuevo orden y sugirió que se distribuyese la tierra entre 4.500 ciudadanos y que entre éstos se incluyese a los periecos. No aludía para nada a los esclavos, pero era un comienzo. Sin embargo, los pocos espartanos que poseían todo no aceptaron la reforma. Lograron el apoyo del otro rey, Leónidas II, quien en 241 a. C. se hizo con el poder, llevó a juicio a Agis y lo hizo ejecutar.

Pero esto no puso fin a los intentos de reforma en Esparta. En 235 a. C., Leónidas II murió, y su hijo, Cleómenes III, subió al trono. Se había casado con la viuda de Agis IV y heredó los avanzados planes de éste. Además, era una persona más enérgica.

Reunió a todos los hombres que pudo y los llevó a batallar a la manera de la vieja Esparta. Marchó a Arcadia, derrotó a la Liga Aquea en varias batallas y se apoderó de la mayor parte de la región. Después de ganar prestigio de este modo, retornó a Esparta en 226 a. C., hizo ejecutar a los éforos y puso en práctica las reformas económicas necesarias.

Era entonces más fuerte que nunca, y en 224 a. C. partió nuevamente y derrotó a los ejércitos de la Liga Aquea, capturando y saqueando Megalópolis. También capturó Argos mientras Corinto y otras ciudades entraron voluntariamente en alianza con él.

Arato vio derrumbarse ante sus ojos la Liga Aquea. Antes que permitir que esto sucediese se dirigió al enemigo común, y pidió ayuda a Macedonia. En ésta era entonces rey Antígono *Dosón*, es decir «Antígono el Prometedor». Fue al Prometedor a quien apeló Arato, y Antígono prometió gustosamente su ayuda, y lo hizo.

Pero tuvo que llevar a cabo una dura negociación. Corinto debía ser entregada a una guarnición macedónica; él mismo debía ser reconocido como jefe de la Liga Aquea; y ésta debía apoyar a sus ejércitos. Era obvio que esto significaba

entregar Grecia a Macedonia, pero Arato, en su odio a los espartanos, convino en ello.

Antígono dirigió su ejército hacia el Sur, y en 222 a. C. encontró a los espartanos en Selasia, ciudad situada a ocho kilómetros al norte de Esparta. Cleómenes y los espartanos combatieron con el valor de los viejos tiempos, pero se repitió el resultado de Queronea de un siglo antes. Los macedonios obtuvieron una completa victoria.

Finalmente, el hechizo que había mantenido a Esparta, aun en sus momentos de debilidad, libre de la ocupación enemiga durante un siglo y medio, se rompió. Epaminondas, Filipo, Alejandro, Antípatro, Demetrio y Pirro se habían alejado de las murallas de la ciudad, pero Antígono Dosón, un hombre inferior a cualquiera de ellos, entró en Esparta, restauró a los éforos y obligó a Esparta a incorporarse a la Liga Aquea.

Cleómenes huyó a Egipto, pero en 219 a. C., incapaz de soportar la vida después de la derrota de Esparta, se suicidó. Había hecho maravillas, si se consideran los medios de que disponía; y no era sólo un valiente guerrero, sino también un gobernante ilustrado. ¿Qué no habría hecho, nos preguntamos, si hubiese sido rey en la época de la grandeza de Esparta? Hay razones para sostener que Cleómenes, aunque murió en el fracaso y se suicidó, fue el más grande espartano de todos los tiempos.

En 219 a. C., Antígono Dosón murió, y Filipo IV subió al trono macedónico. Filipo consiguió reforzar su dominio sobre Grecia lentamente, en particular, después de 213 a. C., cuando murió Arato. Pero los planes de Filipo para Grecia no se realizarían. Roma se estaba haciendo cada vez más fuerte, después de haber absorbido a las ciudades griegas del sur de Italia, y era evidente para Filipo que se trataba de un enemigo mucho más peligroso para él que todas las ciudades griegas juntas.

La caída de Siracusa

Sin embargo, durante un momento pareció (mientras Filipo V retenía su aliento) que Roma, pese a toda su creciente fortaleza, podía ser destruida. Esto ocurrió porque medio siglo antes de la época de Filipo, después de que Roma derrotase a Pirro y conquistara el sur de Italia, se había visto obligada a afrontar un nuevo enemigo: Cartago.

Los problemas empezaron en Sicilia, donde un general siracusano, Hierón, se hizo cada vez más poderoso. Había luchado junto a Pirro y ahora trató de dominar a algunas de las tropas mercenarias italianas que habían saqueado Sicilia desde que fueran llevadas allí por Agatocles. Hierón los derrotó y los siracusanos le hicieron rey en 270 a. C. con el nombre de Hierón II.

En 264 a. C., Hierón reinició el ataque a los mercenarios, que se habían fortificado en Messana, en la región de Sicilia más cercana a Italia. Los mercenarios apelaron urgentemente a la ayuda de la nueva potencia italiana, Roma, y ésta respondió al llamado. Hierón fue derrotado varias veces y tuvo la suficiente sabiduría para darse cuenta de que Roma iba a dominar la región mediterránea. Selló una alianza con ella y la mantuvo fielmente.

Los cartagineses, que consideraban Sicilia sometida sólo a su propia intervención, se enfurecieron por la entrada de tropas romanas en la región. Así comenzó la «Primera Guerra Púnica». (Fue llamada «púnica» porque Cartago había sido originalmente una colonia Fenicia, y la palabra latina para designar a los fenicios era *poeni*.)

La guerra duró veinte años y ambas partes sufrieron tremendas pérdidas. Pero Roma construyó una flota y combatió a Cartago en el mar. Finalmente, Roma logró vencer y, en 241 a. C., después de quinientos años, los cartagineses fueron expulsados de Sicilia completamente y para siempre. Los romanos se apoderaron de la isla, en su lugar, pero dejaron la mitad oriental de ella a su aliado Hierón, y Siracusa mantuvo su independencia.

En conjunto, el mundo griego estaba complacido, Cartago era una vieja enemiga que lo había amenazado muchas veces, Roma era más nueva, parecía más amable y más accesible a la cultura griega,

Los griegos hasta admitieron a los romanos en los Misterios Eleusinos y los juegos Istmicos. Era una admisión formal por los griegos de que los romanos constituían una potencia civilizada y no eran considerados como bárbaros.

Siracusa floreció bajo la dominación romana. El reinado de Hierón II es recordado sobre todo porque éste tenía un pariente, Arquímedes, que fue el más grande de los científicos griegos.

Se cuentan muchas historias famosas sobre Arquímedes... Descubrió el principio de la palanca y explicó su acción mediante una fórmula matemática simple. (No descubrió la palanca misma, claro está, que era conocida desde tiempos prehistóricos.) Comprendió que no había ningún límite teórico a la multiplicación de la fuerza que hacía posible la palanca y se dice que afirmó: «Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo.»

Hierón, divertido al oír esto, desafió a Arquímedes a que moviese algo muy pesado; no el mundo, pero algo muy pesado. Así (dice la anécdota) Arquímedes eligió un barco situado en el muelle y lo llenó de carga y pasajeros. Luego creó un aparejo de poleas (que es, en efecto, una especie de palanca) y con él arrastró el barco, él solo, fuera del mar y lo lanzó sobre la costa, sin hacer mayor esfuerzo que el que hubiese necesitado para empujar un barco de juguete.

Más famosa aún es la historia de la corona. En cierta ocasión, Hierón pidió a Arquímedes que determinase si una corona de oro que había encargado a un joyero era realmente toda de oro o si había sido deshonestamente mezclado el oro con plata o cobre, materiales más baratos. Para ello, Arquímedes tenía que conocer el peso y el volumen de la corona. Determinar el peso era fácil, pero determinar el volumen sin fundir la corona en una masa sólida (¡impensable!) parecía imposible.

Un día, Arquímedes se sumergió en una bañera llena de agua y observó que el agua se desbordaba cuando él se sumergía. Se le ocurrió que el volumen de agua que se desbordaba era igual al volumen de su propio cuerpo que reemplazaba al agua. Esto significaba que podía medir el volumen de la corona sumergiéndola en agua y midiendo cuánto aumentaba el nivel del agua. Loco de excitación, saltó de la bañera y (según la leyenda) corrió desnudo hacia el palacio de Hierón, gritando «¡Eureka! ¡Eureka!» («¡lo he encontrado! , ¡lo he encontrado!»). Y, en verdad, había descubierto lo que ahora recibe el nombre de «principio del empuje».

Pero la paz general de Siracusa y de Roma se vio alterada por la vengativa Cartago. En modo alguno ésta se había resignado a la derrota. Cuidadosamente, colonizó España, como nueva fuente de riqueza y nueva base para atacar a Roma. Además, surgió un general llamado Aníbal que demostró, sin duda alguna, ser uno de los grandes capitanes de la historia.

Pasó de España a Italia en 218 a. C. (poco después de que Filipo V subiese al trono de Macedonia), y así inició la «Segunda Guerra Púnica». En Italia, Aníbal se encontró con un ejército romano superior tras otro, y, haciendo maniobrar hábilmente sus fuerzas y aprovechando plenamente el exceso de confianza de Roma, les infligió tres derrotas, una tras otra y cada una peor que la anterior.

La tercera derrota, en 216 a. C., en Cannas, sobre la costa meridional del Adriático, fue el modelo clásico de todos los tiempos de batalla aniquiladora; fue un ejemplo perfecto de un ejército más débil que maniobra de tal modo frente a otro más fuerte que provoca su completa destrucción. Nunca en su historia Roma iba a sufrir una derrota tan aplastante.

Después de Cannas, Roma parecía acabada. Ciertamente, así lo creyó Filipo V de Macedonia, pues pronto selló una alianza con Cartago.

Hierón II de Siracusa conservó su fe en Roma y se mantuvo fiel a la alianza, pero murió en 215 a. C. Su nieto Hierónimo, que le sucedió en el trono, estuvo de acuerdo con Filipo V. También él pensó que Roma estaba terminada y se apresuró a ponerse del lado de Cartago.

Pero Roma *no* estaba terminada. Los años posteriores a Cannas fueron, en verdad, los más bellos de su historia y nunca se asemejó tanto a los espartanos en su apogeo. Con tenaz y casi sobrehumana determinación, continuó la lucha contra Aníbal.

Y, acosada como estaba, aún tuvo la fuerza suficiente para enfrentar a Siracusa. En 214 a. C. apareció una flota romana que puso sitio a Siracusa (la primera desde la flota ateniense de dos siglos antes, véase pág. 155).

Siracusa resistió valientemente durante tres años, gracias principalmente a Arquímedes. El científico, según historias posteriores de historiadores griegos que se deleitaban contando el cuento de la inteligencia griega frente a la fuerza romana, inventó toda clase de ingeniosos mecanismos para combatir a los romanos. Hizo espejos incendiarios, rezones, catapultas especiales, etc. (cuyos detalles probablemente fueron exagerados con el tiempo). Se decía que tan pronto una cuerda o un trozo de madera aparecía sobre las murallas de Siracusa, los barcos romanos empezaban a alejarse a toda velocidad, tratando de salir del alcance del más reciente invento del fatídico siracusano.

Pero, en definitiva, fue la dureza la que triunfó. En 211 a. C., pese a todo lo que hizo Arquímedes, Siracusa fue tomada por los romanos. El jefe romano había dado órdenes de que Arquímedes fuese cogido vivo. Pero un soldado romano dio con él cuando estaba trabajando en algún problema geométrico en la arena. El soldado ordenó al viejo Arquímedes (tenía casi setenta y cinco años por entonces) que fuese con él. Arquímedes vociferó: «¡No pises mis círculos!» Y el soldado, quien juzgó que no tenía tiempo para tonterías, mató al gran hombre.

Sicilia fue, en lo sucesivo, totalmente romana, y la historia de los griegos como pueblo independiente en Occidente, que había comenzado cinco siglos antes, en la Edad de la Colonización, llegó a su fin para siempre.

La caída de Macedonia

Después de Cannas, Filipo V, durante un momento, se hizo dueño de Grecia. Hasta la Liga Etolia temía una invasión de Cartago victoriosa y apeló a Filipo (aliado de Cartago) para que la protegiera contra ella.

Pero Roma, pese a su mortal duelo con Aníbal y a que su flota estaba ocupada en el sitio de Siracusa, se las arregló para enviar algunas tropas a Grecia. No

bastaban para dominar la situación, pero impidieron que Filipo prestase a Cartago algo más que un apoyo moral. Filipo, en efecto, no se atrevió a enviar tropas a Aníbal.

Además, Roma estimuló a Grecia a la rebelión contra Macedonia. Con este fin se alió con la Liga Etolia y con Esparta. Pero, a fin de cuentas, la amenaza cartaginesa impidió a Roma obtener un acuerdo completo, y lo que se llamó la «Primera Guerra Macedónica» terminó en algo así como un empate.

Este conflicto romano-macedónico se reflejó en el Peloponeso, donde la Liga Aquea (bajo el mando de Filopemen, de Megalópolis), con la ayuda macedónica, y Esparta, con ayuda romana, continuaron su duelo.

En 207 a. C., un espartano revolucionario, Nabis, depuso a los últimos reyes (nueve siglos después de la ocupación doria de Esparta) y asumió el poder como tirano. Completó las reformas de Agis IV y Cleómenes III, aboliendo las deudas y volviendo a dividir la tierra. Hasta liberó a los esclavos y puso fin al horrible sistema de los ilotas.

Mientras, la Segunda Guerra Púnica llegada a su punto culminante. Roma halló un general particularmente brillante en Publio Cornelio Escipión. Para éste, la única manera de derrotar a Aníbal era imitar al viejo Agatocles, de un siglo antes, y llevar la guerra a la misma Cartago.

En 202 a. C. fue esto lo que hizo. Aníbal fue llamado de vuelta por los angustiados cartagineses. En la ciudad de Zama, al sudoeste de Cartago, Escipión enfrentó y derrotó a Aníbal. La Segunda Guerra Púnica terminó y la victoria fue de Roma.

Entonces Roma dirigió su atención a todos aquellos que, en sus días oscuros, se habían vuelto contra ella o tratado de apresurar su caída, y el primero de la lista era Filipo V de Macedonia.

En 200 a. C., Roma halló una excusa (siempre buscaba una excusa, aunque a veces fuese trivial). Se le presentó cuando la isla de Rodas apeló a su ayuda contra Filipo.

Inmediatamente, Roma le declaró la guerra (la «Segunda Guerra Macedónica»).

El general romano Tito Quinto Flaminio actuó lentamente. Se aseguró de que Grecia estaba de su parte y permanecería quieta. En 197 a. C., la falange macedónica y la legión romana se encontraron nuevamente en Cinoscéfalos, en Tesalia, como en los días de Pirro casi un siglo antes. La legión ganó, y Filipo V, con su ejército destrozado, tuvo que pedir la paz. Conservó Macedonia, pero esto fue todo. Su dominio sobre Grecia fue destruido, y la hegemonía macedónica impuesta a Grecia desde la época de Filipo II, siglo y medio antes, desapareció para siempre.

En los juegos ístmicos de 197 a. C., Flaminio anunció públicamente la restauración de su antigua libertad a todas las ciudades griegas, y Grecia desbordó de alegría.

Pero el primer uso que hicieron las ciudades de su libertad fue tratar de lograr la ayuda de Roma en su antigua tarea de destruirse unas a otras. La Liga Aquea persuadió a Flaminio a que la ayudase a destruir a Nabis, el temido revolucionario de la odiada Esparta. Flaminio asintió con renuencia y, pese a la valerosa resistencia espartana, expulsó a Nabis de Argos (que éste había ocupado antes). Así llegó a su fin la lucha de quinientos años entre Esparta y Argos. Pero Flaminio impidió que la Liga tomase a la misma Esparta.

Flaminio abandonó Grecia en 194 a. C. y esto brindó la oportunidad que esperaban la Liga Aquea y Filopemen. Atacaron a Esparta, la derrotaron y la obligaron a unirse a la Liga Aquea. Nabis fue asesinado por unos etolios, y con esto Esparta se desplomó.

Filopemen fue el último general griego que ganó victorias en guerras entre ciudades griegas, y por esta razón se lo llamó en tiempos posteriores «el último de los griegos». Halló su fin en Mesenia, en 184, cuando trataba de sofocar una revuelta contra la Liga Aquea.

El fin de la Liga Aquea

Las ciudades griegas descubrieron, sin embargo, que, al obtener su libertad de Macedonia, en realidad sólo habían cambiado de amo y caído bajo la hegemonía romana. La Liga Etolia no soportó este dominio y buscó ayuda externa.

Nada podía esperarse de Filipo V, por supuesto, quien nunca más se atrevería a enfrentar a los romanos. Pero en el Este había otro macedonio, Antíoco III, rey del Imperio Seléucida. Había hecho conquistas en el Este y se creía un nuevo Alejandro. Además, en su corte estaba Aníbal, quien nunca había renunciado a su sueño de humillar a Roma e instó a Antíoco a emprender aventuras en Occidente. Se ofreció para conducir un ejército a Italia, si Antíoco hacía algo en Grecia que distrajera a los romanos.

Este plan podía haber tenido éxito, pero los etolios pidieron a Antíoco que volcase en Grecia su esfuerzo principal, prometiendo que toda Grecia se levantaría contra Roma. Desde luego, esto no resultó verdadero. Grecia nunca se levantó unida, toda, contra un enemigo externo. Puesto que la Liga Etolia era antirromana, la Liga Aquea fue, naturalmente, prorromana.

Antíoco decidió hacer de Grecia el campo de batalla, como pedían los etolios, y en 192 a. C, se trasladó a ella. Allí perdió el tiempo en fútiles placeres, y, cuando los decididos romanos le hicieron frente, se encontró aplastado en las Termópilas, en 191 a. C., y volvió desordenadamente a Asia.

Como resultado de la derrota de Antíoco, la Liga Etolia fue totalmente sometida a Roma. Sólo la Liga Aquea conservó una chispa de la libertad griega, y Roma vigiló cuidadosamente para que la chispa no se hiciese demasiado brillante.

Perseo, hijo de Filipo V, planeó una nueva guerra contra Roma y tomó cuidadosas medidas para recibir apoyo de los etolios. En 171 a. C., estalló la «Tercera Guerra Macedónica». Los romanos finalmente forzaron una batalla decisiva en Pidna, ciudad de la costa egea macedónica, en 168 a. C. De nuevo, los macedonios fueron totalmente aplastados. Fue la última batalla de la falange macedónica. Perseo huyó, pero fue capturado y enviado a Roma. La monarquía macedónica llegó a su fin.

Los romanos estaban exasperados porque Grecia apoyaba todo levantamiento antirromano, y decidieron llevarse un grupo de rehenes aqueos para asegurarse de que no habría más problemas.

Entre los rehenes se hallaba Polibio, nacido aproximadamente en 201 a. C. en Megalópolis y que figuró entre los líderes de la Liga Aquea después de la muerte de Filopemen.

En Roma, Polibio trabó amistad con varios de los romanos más destacados, entre ellos, Escipión el joven (nieto por adopción del Escipión que había derrotado a Aníbal), por lo que su vida en Roma no fue dura. Escipión se benefició de esto, pues Polibio fue el más grande de los historiadores griegos de

la Época Helenística y escribió una historia de la Segunda Guerra Púnica en la que relató cuidadosa y favorablemente las hazañas del viejo Escipión.

Cuando los rehenes aqueos fueron finalmente liberados, en 151 a. C., y entre ellos Polibio, éste no permaneció en Grecia mucho tiempo, sino que se marchó apresuradamente a Africa, llevado por sus intereses de historiador, para unirse a su amigo Escipión en vísperas de un nuevo triunfo romano.

Roma mantuvo el deseo de llevar a la ruina definitiva a Cartago, pues aunque ésta era impotente por entonces, Roma nunca olvidó que medio siglo antes estuvo a punto de destruir a Roma. Finalmente, Roma inventó una excusa para atacar Cartago y comenzó la «Tercera Guerra Púnica», en 149 a. C.

Cartago, aunque tan debilitada como Esparta, logró hallar medios para resistir. Por puro heroísmo obstinado (como sus compatriotas de Tiro ante Alejandro, casi dos siglos antes, véase pág. 220), resistió durante más de dos años. Pero la destrucción final de Cartago era inevitable y el fin se produjo en 146 a. C.

La ciudad fue totalmente arrasada, y el pueblo que había disputado la supremacía en el Mediterraneo a griegos y romanos durante seis siglos dejó de existir.

La atención que Roma dedicó a Cartago despertó nuevas esperanzas en Grecia. Macedonia se rebeló en 149 a. C., conducida por un hombre que pretendía ser hijo de Perseo, el último rey de Macedonia. En esta «Cuarta Guerra Macedónica», Roma pronto barrió toda resistencia y, en 148 a. C., convirtió a Macedonia en provincia romana.

En el ínterin, la Liga Aquea aprovechó la oportunidad para saltar sobre Esparta nuevamente. Los romanos habían prohibido toda guerra entre las ciudades, pero los aqueos no tenían ojos más que para Esparta. Roma, pensaron, estaba demasiado ocupada con Macedonia para molestarse por ellos.

Pero los exasperados romanos no estaban demasiado ocupados y se molestaron. Un ejército conducido por Lucio Mummio entró en el Peloponeso. La Liga Aquea, paralizada de terror, no osó resistir, pero esto no le importó a Mummio. No era uno de esos romanos que por entonces estaban enamorados de la cultura griega. Tomó Corinto en 146 a. C. Era la ciudad más rica de Grecia y, aunque no ofreció ninguna resistencia, la usó para dar una lección. Los hombres fueron muertos, las mujeres y los niños vendidos como esclavos y la ciudad saqueada.

La Liga Aquea se disolvió y todas las ciudades fueron gobernadas por oligarquías. Se extinguió la última miserable chispa de libertad griega, aunque se mantuvo en parte su apariencia. Sólo en 27 a. C. Grecia fue convertida directamente en parte de los dominios romanos con el nombre de «Provincia de Acaya».

16. Las monarquías helenísticas

El Asia Menor helenística

Pero aunque durante los tiempos helenísticos Grecia entró en el crepúsculo, las conquistas de Alejandro habían difundido la cultura griega por todo el Este, y fue realmente más poderoso e influyente en los días de la decadencia griega que durante el apogeo ateniense.

Por ejemplo, surgieron en Asia Menor una serie de pequeñas monarquías helenísticas. Una de ellas se centraba en la ciudad de Pérgamo, situada a unos 30 kilómetros tierra adentro de la costa que está frente a la isla de Lesbos.

Al norte de Pérgamo, bordeando la Propóntide, estaba Bitinia. Esa región había logrado su independencia, en la práctica, durante los últimos años de Persia, debilitada ya ésta. Conservó su independencia en vida de Alejandro (quien nunca envió un ejército a esa región) y también posteriormente. En 278 a. C., su gobernante, Nicomedes, asumió el título de rey.

Pero su dominación no estaba asegurada, pues tenía rivales para el trono. En busca de ayuda, se le ocurrió usar a los galos, que habían saqueado Macedonia y Grecia hacía unos años (véase pág. 245). Así, invitó a una tribu gala a penetrar en Asia Menor. Pero los galos llegaron con sus planes propios. Inmediatamente empezaron a someter a pillaje a las prósperas y pacíficas ciudades de la zona, por todas partes.

Durante una generación, los galos fueron el terror del Asia Menor occidental. Fue como si hubiese vuelto el tiempo de los cimerios, de cuatro siglos y medio antes (véase pág. 90). Finalmente, fue Pérgamo la que arregló la situación.

En 241 a. C., Atalo I sucedió a su padre Eumenes, en el trono de Pérgamo, y con él comenzó la grandeza del reino. Atalo combatió y derrotó a los galos en 235 a. C., terminando con su amenaza y recibiendo, por consiguiente, el nombre de Atalo *Soter*, o «Atalo el Salvador».

En honor a esta victoria, Atalo hizo esculpir una estatua, «El Galo Moribundo», y la erigió en Atenas. A menudo se la llama erróneamente «El Gladiador Muerto» y es una de las más famosas obras de arte helenísticas que han llegado hasta nosotros.

Los galos fueron acorralados en una región de Asia Menor central, que a causa de esto fue llamada Galacia. Una vez que fueron obligados a asentarse, pronto se civilizaron.

Atalo I, como su contemporáneo Hierón, de Siracusa, reconoció que Roma era la potencia dominante y se alió con ella. Bajo su hijo Eumenes II, que le sucedió en 197 a. C., Pérgamo llegó a su apogeo. Obtuvo territorios (con la ayuda de Roma) y llegó a dominar la mayor parte de Asia Menor, como una nueva Lidia (véase pág. 90).

Eumenes se interesó por el saber y creó una biblioteca que fue la segunda en importancia del mundo helenístico. La principal estaba en Alejandría, en Egipto. Egipto tenía en sus manos el comercio de papiro del mundo, y en aquellos días el papiro era el material sobre el que se escribían los libros. Los gobernantes

helenísticos de Egipto, no querían que el papiro (que se iba haciendo cada vez más escaso) fluyera libremente a su rival, por lo que los bibliotecarios de Pérgamo tuvieron que hallarle un sustituto.

En su lugar podían usarse pieles de animales. Estas eran mucho más duraderas que el papiro, pero también mucho más caras. Alguien ideó en Pérgamo un método por el cual podían prepararse las pieles de modo que pudiese escribirse en ellas de ambos lados, lo que permitió doblar la cantidad de escritos por piel y redujo a la mitad su precio. Este tipo de piel es llamado ahora «pergamino», que deriva de Pérgamo.

Por la época de Atalo III, en 138 a. C., Roma tenía el firme dominio de Macedonia y Grecia, y no había duda de que llegarían a dominar todo el mundo antiguo. Atalo pensó que lo mejor que podía hacer por su pueblo era admitir pacíficamente lo inevitable. Cuando murió, en 133 a. C., dejó el reino de Pérgamo a Roma, que lo aceptó y convirtió a la mayor parte de él en la «Provincia de Asia».



Los reyes de Bitinia habían hecho ensayos de antirromanismo y habían sufrido por ello, pero sus dos últimos reyes, Nicomedes II y Nicomedes III, aprendieron la lección. También ellos se hicieron firmemente prorromanos. Cuando Nicomedes III murió, en 74 a. C., siguió el ejemplo de Atalo III y dejó su reino a los romanos.

Pero al menos un monarca de Asia Menor no cedió a las tendencias que parecían marcar el futuro.

Al este de Bitinia y bordeando las costas meridionales del mar Negro, estaba el reino del Ponto, cuyo nombre derivaba del nombre griego del mar Negro. Su ciudad más importante era Trapezonte; era la ciudad costera a la que habían llegado los Diez Mil de Jenofonte.

El primero en titularse rey del Ponto fue Mitrídates I, quien asumió el título en 301 a. C. Durante los dos siglos y medio siguientes, sus sucesores gobernaron el

reino. El último miembro de este linaje fue Mitrídates VI, quien gobernó durante más de medio siglo, de 120 a 63 a. C. Fue un hombre capaz, que extendió el territorio del Ponto a expensas de los reinos helenísticos vecinos.

Al expandir su influencia, Mítrídates entró en conflicto con Roma, por supuesto, y la guerra se hizo inevitable. Mitrídates dio el primer golpe, en 88 a. C. Sorprendentemente, tuvo grandes éxitos iniciales, barrió la mayor parte de Asia Menor, derrotó a los ejércitos romanos e hizo matanzas de ciudadanos romanos.

Luego atravesó el mar Egeo y entró en Grecia. Atenas no tomó parte en la guerra -ya hacía tiempo que no estaba para esas cosas-, pero tomó una decisión política. Decidió apoyar a Mitrídates y le permitió entrar en la ciudad.

Pero los romanos habían perdido terreno sólo porque después de la conquista de Cartago y Macedonia se había permitido el lujo de una sangrienta guerra civil. Esta guerra llegó a su fin, por el momento, con el triunfo de Lucio Cornelio Sila. Al frente de nuevos ejércitos romanos, Sila entró en Grecia en 87 a. C., tomó Atenas y la sometió a pillaje en su totalidad. Después de esto, Atenas nunca volvería a tomar decisiones políticas.

En 86 a. C., Sila se enfrentó a Mitrídates en el fatídico campo de Queronea y lo derrotó. Mitrídates tuvo que huir a Asia y los romanos lo siguieron. En 84 a. C., Mítrídates se vio obligado a hacer la paz según los términos dictados por los romanos.

Dos veces más libró furiosas batallas con los romanos y dos veces más fue derrotado. En 65 a. C., sufrió su tercera y última derrota a manos de Gnaeus Pompelus Magnus, más conocido en castellano por Pompeyo, y en 63 a. C. Mitrídates se suicidó.

Al fin, toda Asia Menor se halló bajo la firme dominación romana, aunque algunas partes de ella conservaron una independencia nominal durante algunos años.

El Imperio Seléucida

La parte del imperio de Alejandro que está al este de Asia Menor correspondió a Seleuco. Su reino se basó, principalmente, en Siria y Babilonia, de modo que fue casi un resurgimiento del viejo Imperio Caldeo de dos siglos y medio antes (véase pág. 93). Las vastas regiones iranias que había al norte y al este estaban más o menos bajo su dominio, de manera que, en el mapa, parecía haber heredado la mayor parte del imperio de Alejandro. Por ello fue llamado Seleuco *Nicator*, o «Seleuco el Conquistador».

En 312 a. C., Seleuco se hizo construir una nueva capital a orillas del río Tigris, no lejos de Babilonia, que estaba sobre el Éufrates. La llamó, según su propio nombre, Seleucia. A medida que Seleucia crecía, Babilonia decaía.

Babilonia se había cubierto de fama y gloria desde que, por vez primera, gobernó un imperio en tiempos del patriarca hebreo Abrabham. Pero la muerte de Alejandro fue el último suceso de importancia con el que estuvo vinculada. A comienzos de la Era Cristiana, Babilonia estaba tan muerta como Nínive.

En 300 a. C., Seleuco también fundó una ciudad en el norte de Siria. En honor a su padre Antíoco la llamó Antioquía.

El tataranieto de Seleuco intentó apartar a los judíos del judaísmo y los obligó a aceptar la cultura griega. En 168 a. C., declaró ilegal el judaísmo, y los judíos, por consiguiente, se rebelaron. Bajo la dirección de una familia a la que conocemos

como los Macabeos, lograron contra todas las previsiones, crear un reino judío independiente en 164 a. C.

El mismo reino Macabeo tenía un fuerte tinte helenístico. Dos de sus reyes llevaron el nombre griego de Aristóbulo, y en 103 gobernó Judea un rey llamado Alejandro. El último de los macabeos se llamó Antígono. El Imperio Seléucida siguió decayendo después de la revuelta judía. Por el 141 a. C. perdió Babilonia, ocupada por invasores orientales, y Antioquía se convirtió en la única capital del Imperio. En 64 a. C., el general romano Pompeyo, que acababa de destruir a Mitrídates, reunió los miserables restos que quedaban del vasto imperio de Seleuco Nicator y los convirtió en una provincia romana. Al año siguiente, en 63 a. C., también Judea fue convertida en provincia romana.

Alejandría

El que tuvo más éxito de todos los reinos helenísticos fue el creado en Egipto por el general de Alejandro, Tolomeo, cuyos descendientes iban a gobernar Egipto durante casi tres siglos. El primer Tolomeo ayudó a los rodios a derrotar a Demetrio Poliorcetes, y los rodios, como signo de gratitud, lo apodaron «Tolomeo Soter» («Tolomeo, el Salvador»). Y con este nombre se lo conoce en la historia.

Tolomeo Soter puso los fundamentos de una universidad en su capital, Alejandría, a la que invitó a los sabios del mundo griego con la promesa de sostén financiero y de oportunidades para efectuar ininterrumpidos estudios. La universidad fue dedicada a las Musas, las diosas griegas del saber, por lo que se la conoce como el «Museo».

Fue la más famosa institución del saber de todo el mundo antiguo y a ella perteneció la más grande y bella biblioteca que se haya reunido nunca en los días anteriores a la imprenta. Alejandría se convirtió en una de las más famosas ciudades de habla griega y fue el centro del saber antiguo durante unos siete siglos.

La ciencia griega había permanecido viva durante todas las turbulencias que siguieron a la muerte de Alejandro. La escuela de Aristóteles, el Liceo, mantuvo su vigor durante un siglo. Como Aristóteles daba sus clases mientras caminaba por el jardín, los seguidores de esta escuela fueron llamados los «peripatéticos» (los «caminantes»).

Uno de los peripatéticos fue Teofrasto, nacido en Lesbos alrededor de 372 a. C. Estudió con Platón y luego se asoció con Aristóteles, A su muerte, Aristóteles dejó su biblioteca a Teofrasto, quien asumió la dirección del Liceo y extendió la labor biológica de Aristóteles.

Teofrasto se concentró principalmente en el mundo vegetal y describió laboriosamente más de 500 especies, con lo cual fundó la ciencia de la botánica, Permaneció al frente del Liceo hasta su muerte, en 287 a. C.

El sucesor de Teofrasto fue Estratón, de Lampsaco. Realizó importantes experimentos de física y tuvo ideas correctas sobre cuestiones tales como el vacío, el movimiento de caída de los cuerpos y las palancas.

Pero después de la muerte de Estratón el Liceo decayó. El mismo Estratón se había educado en Alejandría, y la ciencia griega se desplazó de Atenas a la nueva capital de los Tolomeos, donde dadivosos monarcas estuvieron siempre dispuestos a financiar el saber.

Uno de los primeros miembros del Museo de Alejandría fue Euclides, cuyo nombre estará por siempre ligado a la geometría, pues escribió un libro de texto

(los Elementos) sobre esa disciplina que ha sido desde entonces el modelo, con algunas modificaciones, desde luego.

Pero como matemático, la fama de Euclides no proviene de sus propias investigaciones, pues pocos de los teoremas de su libro son suyos. Muchos de ellos los tomó de la obra de Eudoxo (véase pág. 190). Lo que hizo Euclides, y lo que constituye su grandeza, fue tomar todo el conocimiento acumulado en matemáticas por los griegos y codificar dos siglos y medio de labor en una sola estructura sistemática.

En particular, elaboró, como punto de partida, una serie de axiomas y postulados que eran admirables por su brevedad y elegancia. Luego ordenó demostración tras demostración de una manera tan lógica que fue casi imposible de mejorar.

Sin embargo, no se sabe prácticamente nada de la vida de Euclides, excepto que trabajó en Alejandría por el 300 a. C. Una anécdota que se cuenta de él (y se cuenta también de otros matemáticos de la antigüedad) es que mientras trataba de explicar la geometría a Tolomeo, el rey le pidió que hiciera sus demostraciones más fáciles.

Euclides respondió, sin concesiones: «No hay ningún camino regio hacia el conocímiento.»

Un matemático posterior a Euclides en unos cincuenta años, aproximadamente, fue Apolonio, de Perga, ciudad costera del Asia Menor meridional. Estudió las curvas que se forman en la intersección de un plano y un cono (las «secciones cónicas»). Estas son el círculo, la elipse, la parábola y la hipérbola.

El mundo se amplió en la Era Helenística, y algunos griegos fueron grandes viajeros. El más grande, quizá, fue Piteas, de Mesalia, quien fue contemporáneo de Alejandro Magno y buscó nuevos mundos en el lejano Oeste, mientras Alejandro penetraba en el Este.

Piteas viajó por el Atlántico y de sus informes se desprende que muy probablemente haya llegado a las Islas Británicas y a Islandia y haya explorado las aguas septentrionales de Europa hasta el mar Báltico. En el océano Atlántico pudo observar las mareas (que no se notan en el Mediterráneo por estar cercado de tierras) y conjeturó que son causadas por la Luna, observación por la que se adelantó 2.000 años a su tiempo.

Otro geógrafo fue Dicearco, de Mesana, quien estudió con Aristóteles, y fue íntimo amigo de Teofrasto. Usó los informes traídos por los ejércitos de Alejandro y sus sucesores que habían llegado a lejanas regiones para confeccionar mejores mapas del mundo antiguo que los que existían antes. Fue el primero en usar las líneas de latitud en sus mapas.

Pero Eratóstenes, de Cirene, sin moverse de su casa, realizó una hazaña geográfica mayor que las de Piteas o Dicearco. Eratóstenes, que estaba al frente de la Biblioteca de Alejandría por el 250 a. C. y que era íntimo amigo de Arquímedes, no hizo nada menos que medir el tamaño de nuestro planeta.

Tomó nota del hecho de que el día del solsticio de verano (el 21 de junio) el Sol era observado directamente por encima de Siene, ciudad del sur de Egipto, al mismo tiempo, que estaba a siete grados del cenit en Alejandría. Esta diferencia sólo podía deberse a la curvatura de la superficie de la Tierra entre Siena y Alejandría. Conociendo la distancia entre las dos ciudades, era fácil calcular la circunferencia de la Tierra mediante la geometría de Euclides. Se cree que la cifra obtenida por Eratóstenes era 40.000 kilómetros, que es la cifra correcta.

Eratóstenes también trató de establecer una cronologia científica, en la que todos los sucesos estuviesen fechados desde la Guerra de Troya. Fue el primer hombre en la historia que se preocupó por obtener una datación exacta.

La ciencia griega no era fuerte en sus aspectos aplicados, pues en los tiempos antiguos el trabajo físico estaba a cargo de esclavos y se sentía escasa necesidad de aliviar ese trabajo. (Además, interesarse por lo que concernía a los esclavos era considerado indigno de un hombre libre.)

Pero aun así, algunos griegos no pudieron evitar convertirse en ingenieros. Arquímedes, con sus palancas y poleas, fue uno de ellos. Otro fue un inventor griego, Tesibio, nacido en Alejandría alrededor de 285 a. C. Usó cargas de agua y chorros de aire comprimido para mover máquinas. Su más famoso invento fue un reloj de agua mejorado, en el que el agua, deslizándose a un recipiente a un ritmo constante, elevaba un flotador con un puntero que señalaba una posición sobre un tambor. La hora podía leerse en esa posición. Esos relojes fueron los mejores indicadores del tiempo del mundo antiguo.

Además del Museo y la Biblioteca, que tanto éxito tuvieron, Tolomeo Soter también concibió la idea de construir una estructura para que albergara una almenara, la cual sirviese de guía a los navegantes que entrasen en el puerto de Alejandría durante la noche. Contrató a un arquitecto griego, Sostrato, de Cnido, para que construyese el edificio en una isla situada justamente enfrente de Alejandría. La isla se llamaba Faro, y así se llamó también la estructura.

Tenía una base de 30 metros cuadrados y en su cima se mantenía perpetuamente encendida una almenara. Los admirados griegos la consideraban una de las Siete Maravillas del Mundo. Permaneció en pie durante 1.500 años, hasta que fue parcialmente destruida por un terremoto y se la dejó en ruinas. (En verdad, de las Siete Maravillas, sólo las pirámides de Egipto sobreviven.)

Los Tolomeos

En 285 a. C., Tolomeo Soter abdicó en su hijo segundo. (Su hijo mayor, Tolomeo *Cerauno*, se había marchado a Macedonia, donde murió: véase pág. 244).

Tolomeo II adoptó la vieja costumbre egipcia por la cual los gobernantes se casaban con sus hermanas, porque ninguna otra familia era suficientemente noble para proporcionar una esposa. Continuó el mecenazgo de su padre de la ciencia y la literatura.

En 246 a.C., Tolomeo II fue sucedido por Tolomeo III, cuya esposa era Berenice, de Cirene. Según una leyenda, Berenice se cortó el cabello y lo colgó en el templo de Venus para dedicarlo a la diosa, con la esperanza de que ésta hiciera volver a su marido de las guerras victorioso.

El cabello desapareció (probablemente robado) y el astrónomo de la corte, Conon, de Samos, anunció inmediatamente que había sido llevado al cielo por la diosa; señaló algunas tenues estrellas que, según decía, eran el cabello dedicado. Esas estrellas forman la constelación llamada ahora «Coma Berenices», que en latín significa «la Cabellera de Berenice».

Con tres reyes capaces sucesivos, Egipto tuvo un siglo de buen gobierno; quizá mejor que el que tuvo nunca, en conjunto, en cualquier época de su larga historia, anterior o posterior. Por desgracia, esto no duró. Después de Tolomeo III, todos los gobernantes siguientes fueron débiles e incapaces, de modo que el Egipto Tolemaico gradualmente decayó.

Esa decadencia trajo también un creciente declinar de la ciencia griega. Sólo un científico de primer rango brilló durante este período, y no trabajó en Alejandría. Fue Hiparco, de Nicea, nacido por el 190 a. C. y quizá el mayor astrónomo de la antigüedad. Trabajó en un observatorio situado en la isla de Rodas.

Rodas había carecido de importancia en tiempo helénicos, pero después de la muerte de Alejandro obtuvo su independencia y se enriqueció y prosperó dedicándose al comercio, mientras el resto del mundo helenístico se arruinaba en incesantes guerras. Durante el siglo y medio que siguió a la triunfal resistencia al asedio de Demetrio fue la ciudad-Estado más próspera en un mundo donde las ciudades-Estado estaban muertas o agonizantes. Después de la caída de Siracusa en 211 a. C. (véase página 255), Rodas fue la única ciudad-Estado próspera que quedó.

Pero en la época de Hiparco esa situación estaba llegando a su fin. En 167 a. C., después de la Tercera Guerra Macedónica, Roma desvió deliberadamente el curso del comercio para arruinar a Rodas. Esta, pues, fue obligada a convertirse en aliada y satélite de Roma en 164 a. C. Después de esto, otra vez se hundió lentamente en la insignificancia.

Hiparco prosiguió la labor de Aristarco (véase página 192) para determinar la distancia de la Luna y el Sol, pero no adoptó la idea de Aristarco de que la Tierra gira alrededor del Sol. En efecto, elaboró con todo detalle un universo en el que todos los cuerpos celestes giran alrededor de la Tierra, para lo que hizo uso cuidadoso y detallado de las matemáticas. Fue Hiparco quien colocó la «teoría geocéntríca» sobre una base firme; tan firme que pasaron diecisiete siglos antes de que fuese abandonada, nuevamente y ya para siempre, a favor de la «teoría heliocéntrica» de Aristarco.

En 134 a. C., Hiparco observó en la constelación Scorpio una estrella de la que no pudo hallar registro en observaciones anteriores. Esto era algo serio, pues existía la firme creencia (respaldada por Aristóteles) de que los cielos eran permanentes e inmutables. Hiparco no pudo discernir fácilmente sí esa estrella era un ejemplo de lo contrario, a causa del carácter asistemático de las observaciones anteriores. Decidió entonces que los futuros astrónomos no padecerían similares dificultades. Procedió a registrar la posición exacta de algo más de mil estrellas, de las más brillantes. Este fue el primer mapa estelar exacto. Al hacerlo, Hiparco ubicó las estrellas según la latitud y la longitud, sistema que luego transfirió a mapas de la Tierra. Hiparco también clasificó las estrellas en grados de brillantez (primera magnitud, segunda magnitud, etc.), sistema que todavía se usa. Luego, al estudiar viejas observaciones, descubrió la «presesión de los equinoccios», como resultado de la cual el punto del cielo hacia el cual apunta el Polo Norte terrestre cambia lentamente de un año a otro.

Después de Hiparco hubo un astrónomo muy inferior, Posidonio, de Apamea, ciudad siria cercana a Antioquía. Por el 100 a. C. repitió el experimento de Eratóstenes para determinar el tamaño de la Tierra. Usó una estrella en vez del Sol, lo cual, en sí mismo fue una modificación valiosa. Pero, por alguna razón desconocida, obtuvo la cifra de 29.000 kilómetros para la circunferencia de la Tierra, cifra demasiado pequeña.

Por el 50 a. C., Roma se destacaba como un coloso por sobre el mundo helenístico. Se había apoderado de Macedonía y Egipto, estaba en vías de apoderarse de Asia Menor, trozo a trozo, y pronto se apoderó de lo que quedaba del Imperio Seléucida.

Pero Egipto aún seguía bajo los Tolomeos. Sólo él sobrevivía de las grandes conquistas macedónicas de casi tres siglos antes.

Entonces surgió en Egipto el último gran monarca helenístico, alguien a quien podríamos llamar «el último de los macedonios». Pero no era un hombre, sino una mujer. Era Cleopatra.

Recuérdese que Cleopatra no era una egipcia, sino una macedonia. Tampoco Cleopatra es un nombre egipcio. Es griego y significa «padre famoso», esto es, «de noble ascendencia». Era un nombre común entre las mujeres macedonias. Cuando Filipo II se divorció de Olimpia para casarse con una joven (véase página 194), el nombre de ésta era Cleopatra.

La Cleopatra que fue el último de los macedonios nació en 69 a. C. Su padre, Tolomeo XI *Auletes*, o «Tolomeo el Flautista», murió en 51 a. C. y había dos niños que, en teoría, debían ser reyes luego. Cleopatra, su hermana mayor, sin embargo, recibió a pedido de ella misma la ayuda de un romano; en efecto, recibió la ayuda del más grande de los romanos: Cayo Julio César.

Las guerras civiles romanas continuaron después de Sila, y ocasionalmente Grecia se convirtió en campo de batalla. Así, César guerreó contra Pompeyo (el vencedor de Mitrídates) y le persiguió hasta Grecia, en 48 a. C. Allí le derrotó en Farsalia, un distrito de Tesalia.

Pompeyo luego huyó a Egipto, pero pronto fue asesinado allí por egipcios que no querían problemas con César. Desde luego, César llegó poco después. En Egipto, conoció a Cleopatra y la halló hermosa. Hizo que sus hermanos compartiesen el trono con ella y más tarde se la llevó a Roma consigo.

En 44 a. C., César fue asesinado y la guerra civil comenzó nuevamente. Cleopatra volvió sigilosamente a Egipto, donde pensó que estaría más segura. Se deshizo de sus hermanos y se convirtió en única ocupante del trono.

Pero un anterior colaborador de César, Marco Antonio, viajó al Este en persecución de los asesinos de César. Los alcanzó en Macedonia y los derrotó en 42 a. C., en Filipos, ciudad que habla fundado el gran Filipo tres siglos antes. En 41 a. C. Marco Antonio se encontró con Cleopatra y también él se enamoró de ella.

En verdad, olvidó sus deberes, en su afán de estar con ella y vivir en el placer. No así el capaz sobrino e hijo adoptivo de César, Caius Octavianus (comúnmente llamado en castellano Octavio), quien estaba haciéndose poderoso en Roma, y ganaba fuerza en ésta mientras Marco Antonio la perdía en Egipto.

Era inevitable un enfrentamiento entre ellos. En 31 antes de Cristo, la flota de Cleopatra y Marco Antonio chocó con la de Octavio frente a Accio, ciudad de la costa occidental de Grecia, a unos 80 kilómetros al norte del golfo de Corinto. Por última vez, el poder helenístico se enfrentó al de Roma, y no carecía de significado que esto ocurriese frente a la costa griega.

En lo más crítico de la batalla, Cleopatra fue presa de pánico y huyó con sus barcos. Inmediatamente, Marco Antonio abandonó a sus hombres y salió tras ella. Así perdió la batalla y Octavio quedó vencedor. Al llegar a Egipto, Marco Antonio oyó una falsa noticia según la cual Cleopatra había muerto y se suicidó, en 30 a. C.

Octavio, en su persecución, llevó su ejército a Alejandría. Cleopatra le hizo frente y efectuó el último intento de ganar a un romano con su encanto. Pero Octavio no era el tipo de hombre que podía ser hechizado por alguien. Aclaró bien que ella

iba a volver a Roma con él como enemigo vencido. Sólo tenía una carta para jugar y la jugó. Según la historia tradicional, se suicidó haciéndose morder por una serpiente venenosa.

Egipto pronto fue anexado a Roma y, así, en 30 a. C., desapareció el último de los reinos helenísticos. Dos siglos y medio después del primer enfrentamiento entre griegos y romanos, en tiempos de Pirro, Roma finalmente se tragó y absorbió todo el mundo griego. Hasta las ciudades griegas que sobrevivían en Crimea, sobre la costa septentrional del mar Negro, aceptaron la soberanía romana.

En cuanto a Octavio, cambió su nombre por el de «Augusto» y, aunque mantuvo las apariencias de la República Romana, se convirtió en algo similar a un rey. Se proclamó «Imperator», que sencillamente significa «lider». De esta palabra proviene la voz castellana «emperador». Con Augusto, en 31 a. C. (el año de la batalla de Accio), la historia del mundo antiguo se funde con la del «Imperio Romano».

17. Roma y Constantinopla

La «Paz Romana»

Aunque las monarquías helenísticas desaparecieron, la cultura griega no desapareció. De hecho, fue más fuerte que nunca. La misma Roma había absorbido el pensamiento griego, y por la época en que Augusto establecíó el Imperio Romano, Roma se había convertido en un imperio helenístico y el mayor de todos.

Pero Grecia siguió decayendo. El Imperio Romano produjo dos siglos de paz absoluta en el mundo mediterráneo (la «Pax Romana», o «Paz Romana»), mas para Grecia fue la paz de la muerte. En su período de expansíón, Roma había tratado a Grecia con implacable crueldad. La destrucción de Corinto, la ruina deliberada de Rodas, el saqueo de Atenas y las batallas de las guerras civiles romanas en suelo griego habían devastado Grecia.

El geógrafo griego Estrabón ha dejado una descripción de Grecia en tiempos de Augusto. Es un melancólico cuadro de ciudades arruinadas y regiones despobladas.

Sin embargo, aun entonces, se hicieron sentir en Grecia los comienzos de una nueva y gran fuerza. En Judea había surgido un profeta -Jesús Cristo («Joshua, el Mesías»)-. Reunió algunos discípulos que empezaron a considerarlo como la manifestación de Dios en forma humana.

(El mundo occidental ahora numera los años desde el tiempo del nacimiento de Jesús. Así, la batalla de Maratón fue librada en 490 a. C., es decir, antes de Cristo. Los años transcurridos desde el nacimiento de Jesús se escriben junto a las iniciales d. C., «después de Cristo».)

Jesús fue muerto crucificado en 29 d. C., pero sus discípulos persistieron en su creencia. Los seguidores de Cristo (los «cristianos») sufrieron persecución en Judea por considerárseles heréticos, y uno de los más activos perseguidores fue un judío llamado Saúl, nacido en la ciudad grecohablante de Tarso, sobre las costas meridionales de Asia Menor.

Varios años después de la muerte de Jesús, Saúl experimentó una repentina conversión y se transformó en un cristiano tan firme como antes había sido un perseguidor de los cristianos. Cambió su nombre por el de «Pablo» y empezó a predicar el cristianismo a los no judíos, particularmente a los griegos.

Por el 44 d. C., Pablo viajó a Antioquía, y luego a Chipre y a Asia Menor. Posteriormente visitó Macedonia y la misma Grecia, donde predicó en Corinto. En 53 después de Cristo predicó en Atenas. Por último, en 62 d. C., navegó a Roma y allí encontró la muerte.

Durante sus años de misión, Pablo dirigió una serie de cartas (o «epístolas») a los hombres que había convertído entre los griegos. Aparecen en la Biblia con los nombres de los habitantes de las ciudades a los que iban dirigidas. Dos de ellas son a los corintios, a los hombres de Corinto.

Tres epístolas están dirigidas a las ciudades de Tesalónica y Filipos, en Macedonia: dos «a los tesalonicenses» y una «a los filipenses». Otras están

dirigidas a ciudades de Asia Menor: una «a los efesios», una «a los gálatas» y una «a los colosenses». Esta última era para una iglesia de la ciudad de Colosas en el interior de Asia Menor, a unos 190 kilómetros al este de Mileto.

Según la tradición, Pablo murió en el martirio durante la primera persecución del cristianismo, bajo el emperador Nerón, quien gobernó de 54 d. C. a 68 d. C.

Nerón era uno de esos emperadores que, cuando Grecia estaba casi muerta, gustaban mucho de ensalzarla y viajar por ella con la pretensión de vivir nuevamente los viejos grandes días. Su mayor deseo era participar en la célebración de los Misterios Eleusinos, pero no se atrevía a hacerlo porque ¡había hecho ejecutar a su madre!

El emperador Adríano, que reinó de 117 a 138, llevó al extremo el amor romano por una Grecia muerta. Visitó Atenas en 125. Allí presidió las fiestas, fue iniciado en los Misterios Eleusinos e hizo terminar, ampliar y embellecer sus templos. También hizo construir un canal a través del istmo y permitió a las ciudades (aldeas, más bien) griegas que quedaban ciertas «libertades», a imitación de los viejos tiempos.

A medida que Grecia declinó lentamente, la ciencia griega se marchitó. Pocos son los nombres dignos de mención.

Sosígenes fue un astrónomo alejandrino que floreció en la época de Julio César. Ayudó a éste a elaborar un nuevo calendario para los dominios romanos, el llamado «calendario juliano». En este calendario, tres años de cada cuatro tienen 365 días, y al cuarto año se le agrega un día más: tiene 366. Este calendario subsiste (ligeramente mejorado quince siglos más tarde) y es el que se usa en el mundo actual.

En tiempos de Nerón, un médico griego, Dioscórides, viajo con los ejércitos romanos y estudió las nuevas plantas que encontraba, particularmente en lo concerniente a sus propiedades medicinales.

Herón fue un ingeniero griego que trabajó en Alejandría poco antes de iniciarse el período del Imperio Romano. Es famoso por su invención de una esfera hueca a la que estaban unidos dos tubos curvados. Cuando se hacía hervir agua en la esfera, el vapor escapaba por los tubos y hacía rotar rápidamente la esfera. Se trata de una sencilla «máquina de vapor».

Herón usó la energía del vapor para abrir puertas y hacer accionar estatuas en los templos. Pero sólo se trataba de mecanismos mediante los cuales los sacerdotes podían asombrar a ingenuos creyentes o maravillas con las cuales divertir a los ociosos. La idea de utilizar la energía del vapor para sustituir los agotados y doloridos músculos de los esclavos no parece haberle interesado a nadie.

El último de los astrónomos griegos fue Claudius Ptolemaeus, comúnmente conocido en castellano por Tolomeo. Pero no tenía parentesco con los reyes macedonios de Egipto. Vivió por el 150.

Tolomeo adoptó el modelo de universo que había elaborado Hiparco (véase página 271) y agregó sus propias mejoras. Su mayor importancia reside en el hecho de que todos los libros de Hiparco se han perdido, mientras que los de Tolomeo subsisten. Durante los catorce siglos siguientes, los libros de Tolomeo fueron los textos básicos de astronomía, por lo que el sistema de universo centrado en la Tierra es llamado el «sistema tolemaico».

Tolomeo también escribió sobre geografía y aceptó la cifra de Posidonio de 29.000 kilómetros para la circunferencia de la Tierra (véase página 271), en lugar de la cifra correcta de Eratóstenes, de 40.000 kilómetros. La cifra menor fue aceptada hasta los comienzos de los tiempos modernos; en verdad, cuando Colón propuso navegar hacia el Oeste para llegar a Asia, pensaba en un viaje de 5.000 kilómetros, sobre la base de las cifras de Tolomeo. Si hubiese sabido que había 18.000 kilómetros hasta Asia, quizá no habría emprendido el viaje.

El último de los biólogos griegos fue Galeno, nacido en Pérgamo alrededor de 130 a. C. En 164, se estableció en Roma, donde fue médico de la corte de los emperadores durante un tiempo.

Los mejores trabajos de Galeno fueron los concernientes a la anatomía. Como la disección de seres humanos había adquirido mala reputación, Galeno trabajó con animales. Elaboró una teoría general del funcionamiento del cuerpo humano que fue la más avanzada del mundo antiguo y constituyó la base de la ciencia médica durante los trece siglos posteriores a su muerte.

El último matemático griego de alguna importancia fue Diofanto, que trabajó en Alejandría por el 275. Dejó de lado la especialidad griega de la geometría e hizo los primeros avances hacia el álgebra.

La ciencia griega recibió también la influencia del saber de otras tierras (como había ocurrido siempre, en verdad). De Egipto, los griegos recogieron el antiguo saber de esa tierra sobre el estudio de la estructura de las substancias y los métodos para transformar una sustancia en otra. Los griegos llamaron a esta ciencia *chemeia* (palabra derivada, quizá, del nombre que los egipcios daban a su país, *Khem*). Esta ciencia fue la antecesora de nuestra química. Alrededor del 300, un experimentador griego de la *khemeia*, Zósimo, escribió una serie de volúmenes entre los que resumía los conocimientos griegos en este campo.

Entre los historiadores griegos de la Época Romana, se contaba Diodoro Sículo, quien vivió en tiempos de Julio César. Escribió una historia en cuarenta libros, de los que sólo subsisten del primero al cuarto y del once al veinte. Buena parte de la información que poseemos sobre los diádocos proviene de Diodoro.

Un autor mucho más importante fue Plutarco, de Queronea. Nació alrededor del 46 y se le conoce sobre todo por sus biografías. Ansioso de demostrar que los griegos habían tenido sus grandes hombres tanto como los romanos, escribió una serie de «Vidas Paralelas», en las que cada personaje griego es comparado y contrastado con uno romano. Así, trazó un paralelo entre Alejandro y Julio César en el que examina sus semejanzas y sus diferencias. El estilo de Plutarco es tan agradable que sus chismosos relatos sobre grandes figuras históricas constituyen una buena lectura hasta el día de hoy. Otro biógrafo fue Arriano, de Nicomedia. Nació hacia el 96 y su obra más importante es una biografía de Alejandro Magno. Se basaba en la obra testimonial de Tolomeo Soter (ahora perdida) y es la más fiable historia que tenemos de las hazañas del gran Alejandro.

Mencionemos, por último, a Diógenes Laercio, de quien no sabemos nada excepto que vivió por el 230. Reunió una colección de biografías y dichos de los antiguos filósofos. Realmente, es poco más que un álbum de recortes, y no muy bueno, pero es importante porque ha sobrevivido en su mayor parte y es todo lo que tenemos sobre muchas de las grandes figuras del pensamiento griego.

El triunfo del cristianismo

La filosofía griega mantuvo su importancia durante el período de la Paz Romana. En particular, el estoicismo (véase pág. 275) llegó a la cima de su popularidad.

Fue enseñado al mundo romano con gran éxito por un filósofo griego, Epícteto. Este nació en Hierápolis, ciudad del interior de Asia Menor, hacia el 60. Fue esclavo en su vida temprana, pero luego fue liberado y en su edad adulta vivió en Nicópolis. Esta ciudad, cuyo nombre significa «Ciudad de la Victoria», había sido fundada por Augusto un siglo antes, cerca de donde se libró la batalla de Accio (véase pág. 274).

Al igual que Sócrates, Epícteto no puso por escrito sus enseñanzas, pero sus discípulos (Arriano era uno de ellos) difundieron sus ideas.

El emperador Marco Aurelio, que reinó de 161 a 180, creyó en la doctrina estoica y actuó de acuerdo con ella, por lo que es llamado «el Emperador Estoico». Fue uno de los hombres más bondadosos y civilizados que hayan estado en una posición de poder absoluto. Sin embargo, su reinado marcó el fin de los buenos tiempos del Imperio Romano.

A Marco Aurelio le seguiría una serie de emperadores crueles o incompetentes. Tribus no civilizadas atacaron las fronteras del Imperio, las legiones romanas impusieron emperadores títeres, y las revueltas y las guerras civiles se hicieron comunes. En suma, la Paz Romana terminó y el Imperio inició una prolongada decadencia.

En parte a causa de esta decadencia y de las crecientes penurias que engendró, el pueblo del mundo antiguo halló insatisfactorias las secas creencias del estoicismo y de la filosofía griega en general. Necesitaba algo más emocional, algo que brindase un objetivo superior que pudiese ser alcanzado en este mundo y que contuviese mayores promesas de una gloriosa liberación de la vida dura, antes y después de la muerte.

Las religiones de misterios fueron una respuesta a esos anhelos, pero del Este no griego llegó una serie de religiones que ofrecían más estímulos y esperanzas que los misterios griegos. Entre ellas se contaban el culto de Isis tomado de Egipto; el de Cibeles, de Asia Menor, y el de Mitra, de Persia.

La respuesta de la filosofía griega a la creciente importancia de estas religiones orientales la dio Plotino, nacido en Egipto por el 205. Sus enseñanzas comenzaron con el platonismo, la filosofía de Platón, pero le incorporó muchas ideas místicas que se asemejaban a las de las religiones orientales. Así, el «neoplatonismo» fue una mezcla de filosofía griega y cultos orientales de misterios.

Pero el neoplatonismo no tenía la fuerza y el atractivo de la nueva y revolucionaria religión que estaba invadiendo el mundo romano. Hombres como Pablo y los que vinieron después de él podían morir por sus creencias, pero continuaban predicando el Evangelio, y el cristianismo siguió ganando fuerza hasta que la mitad de la población del Imperio fue cristiana. Finalmente, en 313, Constantino I, que reinó de 306 a 337, adoptó el cristianismo como religión oficial del Imperio Romano.

Hubo un último intento de resurgimiento del paganísmo. En 361, Juliano, sobrino de Constantino, fue hecho emperador. Aunque recibió una educación cristiana, era un admirador de los antiguos. Su sueño era restaurar los días de Platón y, cuando fue emperador, trató de hacerlo.

Proclamó la libertad religiosa y quitó al cristianismo su posición de religión oficial del Imperio. Había sido iniciado en los Misterios Eleusinos y caminaba por Atenas con trajes antiguos, hablando con los filósofos.

Pero, por supuesto, esto no tenía futuro. No podía imponerse la supremacía de la filosofía griega, como no podía volverse a la vida a Platón. Juliano murió en combate, en 363, y el cristianismo fue restablecido como religión oficial. Desde entonces, ésta ha sido la religión dominante del mundo occidental.

Una vez que el cristianismo recuperó el poder oficial, el paganismo se acercó rápidamente a su fin. Los seguidores de ambas corrientes de pensamiento chocaron en enconados motines que estallaban en diversas partes del Imperio. En 415, esos motines provocaron serios daños en la Biblioteca de Alejandría. Esta ciudad dejó de ser un centro del saber griego y también la ciencia griega llegó a su fin.

También desaparecieron otros símbolos antiguos de la cultura griega. Los juegos Olímpicos se llevaron a cabo por última vez en 393. Luego, por un edicto del emperador Teodosio I, fueron eliminados, después de casi doce siglos de existencia. La gran estatua de Zeus, que Fidias había esculpido ocho siglos antes, fue quitada, y un incendio la destruyó en 476.

Las diversas religiones rivales fueron desapareciendo gradualmente, y los viejos templos fueron derribados o convertidos en iglesias. El Partenón, por ejemplo, fue convertido en una iglesia, y la estatua de Atenea quitada de él y hecha desaparecer.

El golpe final se dio en 529, cuando el emperador Justiniano cerró la Academia de Atenas, la Academia que había fundado Platón nueve siglos antes. Los maestros paganos tuvieron que marcharse a Persia (la antiquísima enemiga se había convertido en refugio ahora), y fue borrado el último rastro de la vida griega precristiana.

Sin embargo, Grecia subsistió. Los libros que había creado, su arte, su arquitectura y sus tradiciones estaban aún allí. Si el mundo mediterráneo era ahora cristiano, el cristianismo, sobre todo en la parte oriental del Imperio Romano, se fundó en cimientos griegos. La cultura griega había sido modificada por el cristianismo, pero no destruida.

En verdad, la declinación del Imperio Romano liberó a la parte oriental del Imperio y permitió que la variedad griega del cristianismo adquiriese una gran importancia. Esto ocurrió del siguiente modo.

El Imperio Romano había decaído constantemente desde la época de Marco Aurelio y, para mantenerlo, el emperador Diocleciano, que reinó de 284 a 305, decidió que se necesitaba más de un hombre para la tarea. En 285 dividió el Imperio en dos mitades, una occidental y otra oriental. Puso a un colega al frente del Imperio Occidental, mientras él se hizo cargo del Imperio Oriental.

En teoría, los dos emperadores cooperaban y gobernaban juntos un solo Imperio. En realidad, a veces un emperador obtenía la supremacía en ambas mitades, aun después de la época de Dioclecíano. Pero cada vez más se tuvo la sensación de que esa división era natural. La línea divisoria era el mar Adriático. La mitad occidental, incluyendo Italia, hablaba latín y era fuertemente romana en sus tradiciones. La mitad oriental, que incluía a Grecia, hablaba griego y sus tradiciones eran vigorosamente griegas.

Constantino I, el primer emperador cristiano, gobernó todo el Imperio, pero comprendió que la mitad oriental era más rica y valiosa. Por ello decidió establecer su capital allí. Reconstruyó y amplió la vieja ciudad de Bízancio, sobre el Bósforo y la rebautizó con el nombre de Constantinopla («la ciudad de Constantino»). Se convirtió en su capital en 330 y llegó a ser la más grande y más poderosa ciudad de habla griega de todos los tiempos.

El último emperador que gobernó todo el Imperio fue ese mismo Teodosio que puso fin a los Juegos Olímpicos. Después de su muerte, ocurrida en 395, el Imperio quedó dividido en forma permanente.

Durante el siglo siguiente, el Imperio Romano sufrió repetidamente las invasiones de los bárbaros, y, en 476, Rómulo Augústulo, el último de los emperadores occidentales, fue obligado a abdicar. Ningún emperador reinó en Roma en lo sucesivo, y a este hecho se alude cuando se habla de «la caída del Imperio Romano».

Pero el Imperio Romano de Oriente capeó el temporal y se mantuvo en existencia, con una serie de emperadores que iban a gobernar en una sucesión ininterrumpida durante casi mil años más, pero rompió, políticamente, con Occidente, y siguió cada vez más su propio camino. Hasta su cristianismo siguió un camino independiente. En Occidente los cristianos aceptaron la conducción del obispo de Roma, a quien se llamó Papa.

En cambio los cristianos del Imperio Romano de Oriente consideraban que su jefe espiritual era el Patriarca de Constantinopla. Hubo continuas querellas entre las dos ramas de la Iglesia y, finalmente, en 1054, se separaron completamente. Desde entonces, la iglesia occidental fue la «Iglesia Católica Romana», y la oriental la «Iglesia Ortodoxa Griega».

Ambas Iglesias trabajaron para convertir a los paganos del Norte, antes y después de la escisión final. La Iglesia Ortodoxa Griega obtuvo su mayor victoria cuando convirtió no sólo a los búlgaros y servios de la península balcánica, sino también a los rusos de las grandes llanuras situadas al norte del mar Negro. Los rusos fueron ortodoxos desde entonces, y esto contribuyó a separarlos de la Europa Occidental católica, hecho que ha tenido importantes consecuencias hasta el día de hoy.

El advenimiento del Islam

El Imperio Romano de Oriente no era todo de tradición griega. Partes de él, como Egipto y Siria, tenían tradiciones propias que se remontaban mucho más atrás en el tiempo, y la cultura griega cubrió esta vieja tradición, pero tenuemente. Los egipcios y los sirios hasta diferían en sus versiones del cristianismo y no creían en todos los dogmas afirmados por Constantinopla y las regiones de cultura totalmente griega, es decir, Grecia y Asia Menor.

Por ello, los invasores extranjeros hallaron relativamente fácil ocupar Siria y Egipto. Sus habitantes tendían a considerar a los invasores con ojos no tan adversos como el gobierno de Constantinopla.

Esto se demostró por primera vez en relación con una renovación de un antiguo peligro proveniente del Este. El Reino Parto, que estaba al este de Siria, nunca había sido conquistado por los romanos, pero cayó presa de las guerras civiles. En 226 subió al poder un nuevo linaje de monarcas. Eran persas llamados Sasánidas, por el abuelo del primer rey de este linaje, que se llamaba Sasán.

Siguió a esto una práctica recreación del Imperio Persa tal como había sido seis siglos antes, sólo que las partes más occidentales del viejo imperio estaban bajo la dominación de Roma.

Durante cuatro siglos, romanos y persas libraron frecuentes guerras, sin que unos u otros obtuviesen una victoria decisiva. Luego, en 590, subió al trono persa Cosroes II. Sus guerras contra el Imperio Romano de Oriente tuvieron un asombroso éxito. En 603 inició la conquista de Asia Menor. En 614 tomó Siria, en 615 Judea y en 616 Egipto. En 617 estaba del otro lado del estrecho del Bósforo, a kilómetro y medio de la misma Constantinopla.

Prácticamente, todo lo que le quedó al Imperio Romano de Oriente fue la Grecia continental, Sicilia y una franja de la costa africana. Fue como si Jerjes hubiese renacido y Grecia se encontrase de nuevo a su merced.

En 610, Heraclio ocupó el trono del Imperio. Hizo preparativos durante diez años y luego descargó el golpe. Adoptó la audaz decisión de llevar la guerra a territorio enemigo. Con su flota (los persas no tenían flota), Heraclio llevó un ejército a Isos en 622. Durante los cinco años siguientes fue como un nuevo Alejandro, y atravesó el corazón de Persia derrotando a sus ejércitos. Las provincias perdidas fueron recuperadas en 630.

Pero esas enconadas guerras debilitaron fatalmente a ambas partes. Mientras éstas continuaban, un nuevo profeta, Mahoma, creaba una nueva religión, el Islam, en la península arábiga. Mahoma murió en 632, y los árabes, que hasta entonces no habían desempeñado ningún papel importante en la historia, iniciaron desde su península una serie de conquistas.

Derrotaron a las fuerzas del Imperio Romano de Oriente en Yarmuk, tributario del Jordán, en 636. El Imperio, desgastado, y Heraclio, desalentado, no pudieron hacer frente a este nuevo desafío.

Después de dedicar la década siguiente a derrotar y conquistar el Imperio Sasánida, los árabes se dirigieron a Africa. En 642 tomaron Alejandría y, si algo quedaba de la gran Biblioteca, fue destruido. Por el 670 habían tomado el resto de Africa del Norte.

La conquista árabe borró la capa de cultura griega que se había extendido por Siria y Egipto. El Islam reemplazó en esas regiones al cristianismo, y el árabe a la lengua griega.

Pero la cultura griega no murió. Los árabes experimentaron su fascinación, como había sucedido con los romanos. Los árabes adoptaron la *khemeia* griega y le dieron el nombre de «alquimia». Tradujeron las obras de Aristóteles, Euclides, Galeno y Tolomeo al árabe, las estudiaron e hicieron sus propios comentarios sobre ellas. Conservaron el saber griego en una época en que casi había sido olvidado en la Europa Occidental bárbara.

En verdad, cuando el saber revivió en Europa Occidental, después del 1000, fue estimulado principalmente por esos mismos libros de la sabiduría griega, que fueron entonces traducidos del árabe al latín.

Lo que quedó del Imperio Romano de Oriente después de la conquista árabe consistía principalmente en la península balcánica, el Asia Menor y Sicilia, Aún se le llamó el «Imperio Romano»; de hecho, así se le llamó hasta su fin, pero su tradición era totalmente griega y, en tiempos de Heraclio, el griego se convirtió en su lengua oficial en lugar del latín.

Los europeos occidentales, durante toda la Edad Media, llamaron al reino gobernado por Constantinopla el «Imperio Griego», justificadamente, Historiadores posteriores comenzaron a llamar al Imperio Romano de Oriente de la época de Heraclio y posteriores el «Imperio Bizantino», de Bizancio, el antiguo nombre de Constantinopla, y éste es el nombre por el que se lo conoce hoy más comúnmente.

El Imperio Bizantino resistió los ataques árabes contra su centro. En 673, los árabes pusieron sitio a Constantinopla y durante cinco años la bloquearon por tierra y por mar, Nuevamente, como en el sitio de Siracusa por romanos, casi cinco siglos antes, fue la lucha de la inteligencía griega contra el valor no griego. El nuevo Arquímedes, según la tradición, era un alquimista llamado Calínico, un refugiado de Siria o Egipto. Inventó una mezcla inflamable que, una vez encendida, seguía ardiendo aunque se la sumergiera en agua. No se conoce la composición exacta de ella, pero es probable que contuviese un líquido inflamable como la nafta, con nitrato de potasio que le proporcionara oxígeno y cal viva, que, al calentarse en contacto con el agua, mantiene la mezcla ardiendo pese a la presencia del agua.

Esta vez, la inteligencia derrotó a la bravura. El fuego griego incendió los barcos árabes y, finalmente, éstos se vieron obligados a levantar el sitio. Los ejércitos bizantinos recuperaron Asia Menor, pero Siria, Egipto y el norte de Africa se perdieron para siempre.

La guerra entre griegos y árabes prosiguió durante cuatro siglos más, pero fue una guerra fronteriza, sin victorias importantes de ninguna de ambas partes, Las únicas pérdidas importantes del mundo griego fueron algunas islas, Por ejemplo, Sicilia fue tomada por fuerzas islámicas procedentes de Africa en 825. La cultura griega llegó a su fin en la isla y en el sur de Italia, después de haber predominado en ellas durante quince siglos (aun bajo los romanos). Posteriormente, Sicilia fue recuperada para la cristiandad, pero por fuerzas provenientes de Europa Occidental, y desde entonces su cultura ha sido la occidental.

Un nuevo peligro surgió en el Norte. Poco después del 700, tribus de habla eslava empezaron a invadir la península balcánica y se establecieron en Tracia y Macedonia. Hubo constantes luchas entre ellas y el Imperio Bizantino. Finalmente fueron derrotados totalmente en 1014, por el emperador bizantino Basilio II. Pueblos eslavos permanecieron en las regiones situadas al norte de Grecia (hasta hoy, de hecho), pero aceptaron la versión griega del cristianismo y la cultura oriental.

Bajo Basilio II el Imperio Bizantino llegó a la cúspide de su poder, pero, por desgracia, esto no iba a durar mucho.

Las Cruzadas

Alrededor del 1000, un nuevo grupo de nómadas se lanzó hacia el Sur desde Asia Central. Eran los turcos. La tribu particular de turcos que primero se llegó a destacar se consideraba descendiente de un antepasado llamado Selytik, por lo que son conocidos como los turcos selyúcidas. Hicieron estragos en las tierras islámicas, pero adoptaron el Islam como religión.

Con la furia de los conversos, se volvieron sobre el Imperio Bizantino. El emperador de la época era Romano IV. Derrotó a los turcos selyúcidas varias veces, pero en 1071 trabó combate con ellos en las fronteras orientales de su reino y sufrió una desastrosa derrota. Los turcos se volcaron hacia el Oeste y ocuparon el interior de Asia Menor, reduciendo la dominación griega a la costa.

Este fue el comienzo del proceso que barrería la cultura griega en Asia Menor para siempre, convirtiéndola hasta hoy en territorio turco. En efecto, después de 1071, el mundo griego quedó reducido a lo que había sido en los inicios de la Era de la Colonización, dieciocho siglos antes. (Los turcos, dicho sea de paso, llamaron a sus dominios de Asia Menor «Rum», que era su manera de decir «Roma», pues consideraban que habían conquistado el Imperio Romano.)

El Imperio Bizantino se encontró, entonces, en serias dificultades y tuvo que buscar ayuda entre las naciones de Occidente. Lo hizo con gran renuencia, pues los bizantinos consideraban bárbaros y heréticos a los occidentales,

Los occidentales tenían una opinión igualmente mala de los bizantinos y en modo alguno les interesaba salvarlos. Pero les preocupaban los turcos selyúcidas, pues éstos habían arrancado Siria a los tolerantes árabes y maltrataban a los cristianos occidentales que realízaban peregrinaciones a Jerusalén. Por ello, los occidentales estaban dispuestos a responder al llamado bizantino.

El resultado de ello fue un período de doscientos años, a partir de 1096, durante el cual ejércitos occidentales periódicamente marchaban o navegaban hacia el Este para luchar contra los turcos. Estos movimientos son llamados las «Cruzadas», de la palabra latina que significa «cruz», pues los occidentales luchaban por la cruz, esto es, por el cristianismo.

En forma creciente, el Imperio Bizantino (o lo que quedaba de él) cayó bajo la influencia de guerreros occidentales y, más aún, de los comerciantes occidentales, en particular, los mercaderes de Venecia y Génova.

Después del 1000, una cantidad de regiones de Grecia recibieron nuevos nombres de esos mercaderes italianos, y los nombres italianos se hicieron comunes en Occidente. Algunos subsisten aún. El Peloponeso, por ejemplo se convirtió en Morea, de una palabra latina que significa «hoja de mora», porque éste es el aspecto que parece tener el irregular perfil de la península.

Naupacta, la ciudad de la costa septentrional del golfo de Corinto, donde Atenas había antaño establecido ilotas espartanos (véase pág. 129), fue llamada Lepanto; por consiguiente, el golfo de Corinto se convirtió en el golfo de Lepanto. Asimismo, una ciudad de Creta que llevaba el nombre griego de Herakleion fue rebautizada «Candia» por los comerciantes venecianos, y luego el nombre se aplicó a toda la isla de Creta. Corcira se transformó en Corfú, etc.

Pero los cruzados, aunque ayudaron a los bizantinos a derrotar a los turcos, provocaron un gran desastre para el pueblo griego.

Esto ocurrió porque una banda de cruzados (que constituían lo que ahora se llama la «Cuarta Cruzada») fueron persuadidos por los venecianos (cuyos barcos usaban) a que atacasen Constantinopla, en vez de proseguir hacia Siria. Sin barcos venecianos los cruzados no podían ir a ninguna parte, y después de un poco de reflexión, empezaron a pensar en el botín que podían obtener y manifestaron su acuerdo.

El emperador bizantino de aquel entonces era un hombre sin carácter llamado Alejo IV, que pensaba poder usar a los cruzados en sus querellas privadas. Sencillamente preparó el camino hacia la ruina, y mediante la violencia, el engaño y la traición, los cruzados capturaron la gran capital en 1204.

La tragedia principal fue la siguiente:

Actualmente, la imprenta ha hecho posible que existan miles de ejemplares de cada libro. En los días anteriores a la imprenta, en cambio, aun los libros más

importantes existían en unos pocos centenares de copias, pues cada copia debía ser hecha laboriosamente a mano.

Gradualmente, en los desórdenes que siguieron a la decadencia del Imperio Romano, los pocos ejemplares de los libros en los que estaban depositados el saber y la literatura griegos se perdieron. Las muchedumbres cristianas destruyeron una cantidad de ellos. Los bárbaros que se apoderaron del Imperio Occidental destruyeron lo que había quedado de éste. Los ejércitos islámicos barrieron las bibliotecas en lugares corno Alejandría, Antioquía y Cartago, aunque salvaron algunos de los libros científicos más importantes.

En resumen, por 1204 el único lugar donde existía el cuerpo total del saber griego aún intacto era Constantinopla. Pero, como resultado de su conquista por los cruzados, Constantinopla fue saqueada y destruida implacablemente y se perdió para siempre casi todo el gran tesoro del antiguo saber griego. Es a causa de este saqueo, por ejemplo, por lo que sólo tenemos siete obras de las más de cien que escribió Sófocles.

La tragedia de 1204 nunca podrá ser reparada; del maravilloso mundo griego, nunca podremos conocer más que unos pocos fragmentos.

18. El Imperio Otomano

La caída de Constantinopla

Durante dos generaciones, Grecia estuvo dominada por occidentales, que crearon el llamado «Imperio Latino». Al estilo feudal occidental, los caciques importantes se repartieron el territorio. La Grecia del noroeste se convirtíó en el Reino de Tesalónica (cuya capital era la ciudad de Casandro, fundada quince siglos antes; véase página 235). El Peloponeso se transformó en el Principado de Acaya, mientras que el Atica, Beocia y Fócida formaron el Ducado de Atenas.

Pero los griegos no se encontraron totalmente bajo la dominación occidental. Un miembro de la vieja familia real dominaba la Grecia del noroeste y llamó a su dominio el Despotado de Epiro (con una reminiscencia de Pirro, véase pág. 241).

Un pariente por matrimonio de la familia real creó un reino en el Asia Menor occidental, en tierras reconquistadas a los turcos en el período de las Cruzadas. Su capital fue Nicea, y se lo llamó el Imperio de Nicea. Su territorio fue como una resurección de la antigua Bitinia.

Finalmente, a lo largo de la costa sudeste del mar Negro había una delgada franja de tierra griega, en la que estaban las ciudades de Sinope y Trapezonte, además de unas pocas ciudades griegas que aún sobrevivían en la península de Crimea, al norte del mar Negro. La ciudad de Trapezonte se había convertido en Trebisonda, de modo que el reino fue llamado el Imperio de Trebisonda.

El Imperio Latino nunca fue muy sólido y se encontró en creciente peligro frente a los capaces gobernantes de Epiro. En 1222, el déspota de Epiro conquistó el Reino de Tesalónica, por ejemplo.

Sin embargo, Constantinopla fue de Nicea, no de Epiro. Miguel Paleólogo se hizo emperador de Nicea en 1259. Se alió con los búlgaros y los genoveses y esperó el momento en que la flota veneciana (que custodiaba la Constantinopla latina) estuviera ausente. Entonces, en un golpe de sorpresa, se apoderó de Constantinopla en 1261.

Se convirtió en Miguel VIII, y el Imperio Bizantino fue gobernado nuevamente por griegos. Durante los dos siglos restantes de su historia, todos los emperadores bizantinos fueron descendientes de Miguel.

Pero el Imperio Bizantino sólo era una triste sombra de lo que había sido antes. Epiro y Trebisonda se hallaban bajo gobiernos independientes, mientras Venecia conservaba Creta, las islas egeas, el Ducado de Atenas y buena parte del Peloponeso.

En verdad, Atenas nunca volvió a ser bizantina. Poco después de 1300, una banda de aventureros sin escrúpulos llegó a Grecia desde Occidente. Muchos de ellos provenían de una región de España oriental llamada Cataluña, Por lo que se conoce a dicha banda como la Gran Compañía Catalana. En 1311 lograron apoderarse del Ducado de Atenas, que entonces permaneció bajo la férula de una u otra fracción occidental hasta la derrota final de los cristianos por los turcos.

Por el 1290 había adquirido importancia un nuevo grupo de turcos. Su primer líder destacado fue Osmán, o, en árabe, Otmán. Por ello, sus secuaces fueron llamados turcos osmanlíes o turcos otomanos.

Para 1338, los turcos otomanos se habían apoderado de casi toda Asia Menor, arrasando el territorio que había sido antes el Imperio de Nicea. En 1345, los turcos otomanos fueron llamados a Europa por el emperador bizantino Juan VI, quien buscaba su ayuda contra un rival. Esto resultó ser un colosal error. Por el 1354, los turcos se habían establecido permanentemente en Europa (y aún dominan una pequeña parte del Continente en la actualidad).

Rápidamente, los turcos empezaron a extenderse por la península balcánica. A la sazón, el pueblo predominante de la península eran los servios de habla eslava. Habían construido un Estado fuerte al norte de Grecia, bajo Esteban Dusan, quien comenzó su reinado en 1331. Había conquistado Epiro, Macedonia y Tesalia, y hasta se estaba preparando para atacar Constantinopla.

Tal vez habría podido detener a los turcos, pero en 1355 murió Y su reino empezó a derrumbarse. En 1389, servios y turcos chocaron finalmente en Kosovo, en lo que es hoy el sur de Yugoslavia. Los turcos lograron una abrumadora victoria y toda la penísula balcánica quedó en su poder- Lo que quedaba del Imperio Bizantino habría caído en manos de los turcos, de no ser por la inesperada aparíción de un poderoso enemigo en Oriente.

Un jefe nómada llamado Timur había subido al poder en 1360 e iniciado una carrera de conquistas. Era llamado «Timur Lenk» («Tímur el Cojo»), que en castellano se convirtió en Tamerlán.

En ataques relámpago conquistó toda el Asia Central y estableció su capital en Samarcanda, la antigua Maracanda, donde Alejandro había matado a Clito diecisiete siglos antes. Tamerlán extendió sus dominios en todas las direcciones, penetrando en Rusia hasta Moscú e invadiendo la India y capturando Delhi.

Finalmente, en 1402, cuando ya tenía setenta años de edad, invadió el Asia Menor. El sultán turco Bayaceto enfrentó a Tamerlán cerca de Angora, en el Asia Menor central. (Bajo su nombre, anterior, Ancira, esta ciudad había sido la capital de Galacia.)

En la batalla, Bayaceto fue completamente derrotado y hecho prisionero. El victorioso Tamerlán saqueó el Asia Menor y provocó la destrucción definitiva de Sardes, la capital de Lidia dos mil años antes. Pero cuando murió Tamerlán, en 1405, su vasto reino se derrumbó inmediatamente. El ataque de Tamerlán había dislocado de tal modo al Imperio Otomano que Constantinopla pudo gozar de un medio siglo adicional de existencia. Pero durante ese medio siglo, los turcos otomanos recuperaron totalmente su fuerza.

En 1451, Mohamed II llegó a ser sultán del Imperio Otomano y estaba dispuesto a ajustar cuentas con Constantinopla de una vez por todas. El 29 de mayo de 1453, después de un asedio de cinco meses, Constantinopla fue tomada por los turcos y Constantino XI, el último de los emperadores romanos de una serie que había comenzado con Augusto quince siglos antes, murió en la batalla combatiendo valientemente.

Constantinopla se volvió turca para siempre y su nombre cambió nuevamente. Los griegos, cuando viajaban a Constantinopla decían que iban «eis ten polin», que significa «a la ciudad». Los turcos captaron esta frase, la convirtieron en Estambul e hicieron de la ciudad la capital del Imperio Otomano.

En 1456, Mohamed arrancó el Ducado de Atenas a sus gobernadores occidentales, y en 1460 el Peloponeso. En 1461 se apoderó también del Imperio de Trebisonda La ciudad en la que el ejército de Jenofonte había llegado al mar, cerca de diecinueve siglos antes, fue el último trozo de territorio griego independiente.

La noche turca

La resistencia de pueblos no griegos contra los turcos continuó durante algunos años en los Balcanes. Un foco de poder cristiano quedaba en Epiro, cuya parte septentrional comenzó a ser llamada «Albania», de una palabra latina que significa «blanco», a causa de las montañas cubiertas de nieve de esa región. Albania estaba gobernada por Jorge Castriota.

Castriota estaba en la tierra natal de los antepasados maternos de Alejandro Magno, y él mismo era llamado por los turcos «Iskander Bey» («Señor Alejandro», que se corrompió en «Scanderberg». Mientras vivió mantuvo a los turcos a raya, pero después de su muerte, en 1467, Albania fue conquistada e incorporada al Imperio Otomano.

Sólo quedaban las islas griegas en manos cristianas, pero se trataba de cristianos occidentales. En 1566, la lucha se centró en las islas, dominadas por los venecianos, de Creta y Chipre, donde la población griega (como en otras partes de Grecia) en general apoyaba a los turcos contra los occidentales. No cabe sorprenderse de esto. Los turcos toleraban la forma ortodoxa del cristianismo, mientras que los católicos occidentales se esforzaban por convertir al catolicismo a sus súbditos ortodoxos. Los occidentales también establecían impuestos más duros que los turcos.

Los griegos de Chipre, pues, en su mayoría se sintieron encantados cuando los venecianos fueron expulsados de Chipre en 1571 y los turcos se apoderaron de la isla.

Esta victoria turca fue compensada por una derrota sufrida el mismo año. Se libró una gran batalla entre una flota otomana y una flota cristiana (principalmente, española) en el golfo de Lepanto (o Corinto, para usar su nombre griego). Fue la última batalla importante que se libró entre barcos impulsados por remos, y fue una importante victoria cristiana. Los turcos otomanos se recuperaron de la batalla de Lepanto y conservaron su vigor durante un considerable período, pero la batalla mostró claramente que el apogeo de los turcos había pasado y que el futuro pertenecía a la Europa Occidental, de creciente poderío.

Un siglo después de Lepanto, los turcos hicieron un último intento de conquista. En el mar arrancaron Creta a los venecianos en 1669. En tierra avanzaron hacia el Noroeste y en 1683 estaban en las afueras de Viena; Austria parecía a punto de caer.

Tanto los venecianos como los austríacos contraatacaron con éxito. Los venecianos invadieron el Peloponeso y una flota veneciana se estacionó frente a Atenas. Esto fue causa de una gran tragedia. Para defender Atenas, los turcos almacenaron pólvora en el Partenón, nada menos, que hasta entonces, durante dos mil años, se había mantenido intacto. En 1687, un cañonazo veneciano dio en el edificio, hizo explotar la pólvora y destruyó la más magnífica construcción de todos los tiempos. Sólo quedaron los pilares sin techo, para recordarnos tristemente la desaparecida gloria de Grecia.

Cuando los turcos fueron obligados a firmar la paz, en 1699 (la primera paz que consentían firmar con las potencias cristianas), cedieron el Peloponeso a los

venecianos. Pero esto sólo fue temporáneo, pues los peloponenses pronto se dieron cuenta de que la mano veneciana era más pesada que la de los turcos. Por ello, dieron la bienvenida a la reconquista de la región por los turcos en 1718.

Bajo el dominio turco, Grecia se recuperó lentamente en población y vigor. Gracias a la tolerancia y la ineficiencia de los turcos, conservaron su lengua y su religión. Algunos hasta se hicieron ricos y poderosos, particularmente los descendientes de la vieja nobleza bizantina, que vivían en un distrito de Estambul llamado Fanar.

Después de 1699, cuando los turcos comprendieron que debían entablar relaciones diplomáticas con las naciones occidentales y ya no podían confiar en una superior potencia militar, apelaron a esos griegos fanariotes. Desde entonces, los fanariotes prácticamente dirigieron el servicio exterior turco, y en muchas ocasiones fueron el poder real que estaba detrás del trono.

Pero a lo largo de todo el siglo XVIII el Imperio Otomano decayó y fue presa de la ineficiencia y corrupción creciente. Cada vez más, los griegos soñaban en la libertad con respecto a los turcos, pero no al precio de caer bajo la dominación occidental, sino en una verdadera libertad. Querían una Grecia independiente, gobernada por griegos.

Este sueño adquirió fuerza cuando Rusia, a lo largo de todo ese período se empeñó en una serie de guerras con Turquía y conquistó todas las regiones turcas situadas al norte del mar Negro. Esto puso de manifiesto la debilidad de los turcos y brindó a los griegos una nueva posibilidad de ayuda extranjera. Puesto que los rusos eran de religión ortodoxa, los griegos los consideraban mucho más aceptables que a los venecianos.

Con el aliento de Rusia, bandas griegas se rebelaron contra los turcos en 1821. Gracias a la ayuda rusa, se apoderaron del Peloponeso y luego de las regiones situadas al norte del golfo de Corinto. Muchos occidentales se sintieron conmovidos por las victorias griegas, pues para ellos los griegos eran aún el pueblo de Temístocles y Leónidas. El gran poeta inglés George Gordon, Lord Byron, por ejemplo, era un extravagante admirador de los antiguos griegos y marchó a Grecia a incorporarse a sus fuerzas revolucionarias. Allí halló la muerte, pues en 1824, a la edad de 36 años, murió de malaria en Míssolonghi, ciudad de Etolia.

Pero los turcos se rehicieron y, en particular, apelaron a la ayuda de sus correligionarios de Egipto, que se hallaba bajo el fuerte gobierno de Mehmet Alí. Los turcos y los egipcios recuperaron Atenas el 5 de julio de 1827 y comenzaron a asolar el Peloponeso. La revolución parecía sofocada.

Más por entonces, la simpatía occidental por los griegos era sencillamente abrumadora. Gran Bretaña y Francia se aliaron con Rusia y las tres potencias ordenaron a Turquía que cesase las hostilidades. La flota unida anglo-franco-rusa atacó a la flota turco-egipcia en Navarino el 20 de octubre de 1827 y sencillamente la barrió. (Navarino es el nombre italiano de Pilos, donde se libró la gran batalla de Esfacteria veintidós siglos antes; véase página 151).

La guerra no terminó inmediatamente, pero Turquía se halló ante lo inevitable. En 1829 aceptó con renuencia una paz que otorgaba autonomía a Grecia. Al principio se suponía que ésta se hallaría bajo una vaga soberanía turca. Pero en 1832 fue reconocida directamente la independencia de Grecia.

Por entonces, Grecia sólo consistía en la región situada al sur de las Termópilas, más la isla de Eubea. Atenas, claro está, se convirtió en la capital de Grecia; la

capital libre de un reino griego libre, por primera vez desde los tiempos de Demóstenes, más de veintiún siglos antes.

La Grecia moderna

El nuevo reino tenía una población de unos 800.000 habitantes que sólo constituían la quinta parte de las personas de habla griega de esa región del mundo. Había 200.000 griegos en las Islas Jónicas ocupadas por los británicos, y unos 3.000.000 vivían aún en territorios dominados por los turcos. Durante casi un siglo, el gran impulso que movió la política griega fue el esfuerzo dirigido a incorporar al reino a esos otros griegos y las tierras que ocupaban.

Ese esfuerzo griego fue apoyado por Rusia, que deseaba debilitar al Imperio Otomano para sus propios fines (Rusia soñaba con apoderarse de Estambul). En cambio, a Grecia se opuso Gran Bretaña, que deseaba un Imperio Otomano fuerte que actuase como freno a las ambiciones rusas en Asia.

En 1854, Gran Bretaña y Francia se unieron para iniciar la Guerra de Crimea contra Rusia. Puesto que las simpatías griegas estaban de parte de Rusia, una flota británica ocupó El Pireo para impedir a los griegos a aprovechar la oportunidad de atacar territorio turco. Posteriormente, en 1862, Gran Bretaña compensó esta actitud cediendo a Grecia las Islas Jónicas, que había poseído desde los tiempos napoleónicos.

Pero la oportunidad siguiente de Grecia se presentó en 1875, cuando Rusia entró nuevamente en guerra con Turquía. Después de una dura lucha de tres años, los rusos lograron la victoria (aunque no ocuparon Estambul, como habían esperado). Pero a último minuto intervinieron los británicos para impedir que los rusos destruyesen totalmente el Imperio Otomano. Gran Bretaña se recompensó a sí misma por sus bondades con los turcos apoderándose de Chipre.

Todo lo que Grecia pudo lograr (después de las grandes esperanzas que había despertado la derrota turca) fue obtener Tesalia y parte de Epiro en 1881.

Mientras tanto, en la isla grecohablante de Creta se produjeron varias rebeliones contra los amos turcos. En 1897, el gobierno trató de acudir en ayuda de los rebeldes cretenses, pero fue totalmente derrotado por los turcos. Pero la intervención occidental obligó al Imperio Otomano a conceder la autonomía a Creta, y en 1908 Creta pasó a formar parte del Reino de Grecia.

Este hecho produjo un beneficio inesperado, pues de Creta era oriundo Eleuterio Venizelos, que iba a ser el más capaz estadista de la Grecia moderna. En 1909 subió al poder en Atenas y pronto comenzó a interesarse por la península balcánica.

Durante el siglo XIX, las derrotas turcas llevaron a la gradual formación de una serie de reinos en los Balcanes del Norte: Montenegro, Servia, Bulgaria y Rumania. Estaban separados de Grecia por una franja de territorio que era aún turca y que incluía a Albania, Macedonia y Tracia. Todos los reinos balcánicos tenían puestas sus ambiciones en este territorio turco y, como resultado de ello, se odiaban más unos a otros que a los turcos.

Venizelos, con el aliento de Rusia, logró unir a los países balcánicos. Formaron una alianza y, en 1912, atacaron al Imperio Otomano. Los turcos sufrieron una rápida derrota, y tan pronto como se libraron de éstos, los reinos balcánicos adquirieron plena libertad para odiarse de nuevo unos a otros. En una segunda guerra, Bulgaria enfrentó a los otros países balcánicos y, en 1913, fue derrotada.

Como resultado de estas dos Guerras Balcánicas, el Imperio Otomano prácticamente fue expulsado de Europa, seis siglos después de haber entrado en ella. Los dominios europeos del Imperio Otomano se redujeron a una pequeña región, aproximadamente del tamaño de New Hampshire, centrada en las ciudades de Estambul y Edirne. (Edirne es el nombre turco de Adrianópolis, ciudad que tomó su nombre del emperador romano Adriano, que la fundó dieciocho siglos antes.) Esta región todavía es turca en la actualidad.

En cuanto a Grecia, obtuvo la Calcídica, además de partes de Epiro y Macedonia, y la mayor parte de las islas egeas. Su territorio y su población casi se doblaron. También las otras naciones balcánicas obtuvieron territorios y se formó una Albania independiente.

La gran catástrofe de la Primera Guerra Mundial se abatió sobre Europa en agosto de 1914. En esta guerra, Gran Bretaña, Francia y Rusia (los «Aliados») estaban de un lado; Alemania y Austria-Hungría (las «Potencias Centrales»), del otro. El Imperio Otomano se alió a las Potencias Centrales en noviembre de 1914, y Bulgaria, la vecina septentrional de Grecia, se les unió en octubre de 1915.

Grecia tenía simpatías por Rusia, como siempre, y Bulgaria era su enemiga tradicional, de modo que todo llevó a Grecia a unirse a los Aliados, particularmente porque Venizelos era un vigoroso defensor de la causa aliada. En efecto, finalmente, Grecia se unió a los Aliados en 1917, contra los deseos de su rey progermano, Constantino I, quien fue obligado a abdicar.

Este fue un golpe afortunado para Grecia, pues los Aliados ganaron la guerra en 1918 y Grecia se halló del lado victorioso. Como resultado de esto, Grecia obtuvo la costa septentrional del mar Egeo, la «Tracia Occidental», de manos de Bulgaria. (El norte de Grecia, Servia y Montenegro fueron unidos y, con un territorio adicional, se convirtieron en Yugoslavia.)

Pero Grecia no sólo consiguió Tracia. Sobre la costa egea de Turquía estaba la ciudad de Izmir, que es el nombre turco de Esmirna, la ciudad que había sido destruida por Aliates, de Lidia, veinticinco siglos antes y que había sido refundada por Antígono Monoftalmos. La mitad de la población era griega, y por ende los griegos la reclamaron como botín de guerra. Los Aliados fueron persuadidos por los argumentos de los griegos y, en el tratado de paz que siguió a la Primera Guerra Mundial, Izmir y la región que la rodea fue otorgada a Grecia. Como consecuencia de esto, desembarcó en Asia Menor un ejército griego para ocuparla.

Pero en 1920 los griegos destituyeron al capaz Venizelos y llamaron de vuelta a su incompetente rey. Constantino soñaba con grandes conquistas y se sentía un nuevo Alejandro o, al menos, como otro Agesilao. ¿Por qué no se apoderarían los griegos de las costas orientales del mar Egeo y convertirían a éste, nuevamente, en un lago griego, como había sido antaño durante más de 2.000 años, de 900 a. C. a 1300 d. C?

Así, en 1921 Constantino ordenó al ejército griego que avanzara hacia el Este y aplastase a los turcos. Pero Turquía se estaba reorganizando. Después de más de dos siglos de continuas derrotas en las guerras bajo una monarquía inepta, las cosas empezaron a cambiar. Un enérgico general, Mustafá Kemal, reorganizó el ejército.

En Angora (donde 500 años antes Tamerlán bahía aplastado a los turcos), el ejército de Kemal enfrentó a los griegos, en agosto de 1921, y los detuvo. En

1922, los turcos pasaron a la contraofensiva, Los ejércitos griegos, que habían penetrado profundamente en un territorio hostil, cedieron y huyeron en desorden. El 9 de septiembre de 1922, los turcos tomaron Izmir, que, en la lucha, fue incendiada en su mayor parte.

Luego, ambas naciones se pusieron a arreglar sus asuntos internos. En Grecia, Constantino fue obligado a abdicar, y se restituyó en su cargo a Venizelos. En Turquía se obligó a abdicar al sultán y el Imperio Otomano llegó a su fin, después de seis siglos de existencia. En su lugar, surgió la República de Turquía, bajo la conducción de Mustafá Kemal.[6]

Grecia y Turquía llegaron a un acuerdo final por el que toda la costa oriental del Egeo seguiría siendo turca. Además se hicieron arreglos para un cambio obligatorio de población, de modo que los griegos que vivían en Turquía retornasen a Grecia y los turcos que vivían en Grecia retornarían a Turquía.

Esto hizo que, por primera vez en 3.000 años, no hubiese gente de habla griega en las costas egeas orientales, pero también hizo posible la paz entre griegos y turcos, después de 1.000 años de guerra.

Después de la Primera Guerra Mundial

Aun después de la Primera Guerra Mundial quedaron islas de habla griega que no eran griegas. Gran Bretaña tenía en su poder Chipre, desde 1878. Además, Italia había librado una guerra victoriana[7] contra Turquía en 1911, y obtuvo, como parte del botín, la isla de Rodas y una cantidad de islas menores de su vecindad. Eran una docena de islas en total, por lo que se las llamó Dodecaneso, que significa «doce islas».

El Dodecaneso votó por su unión con Grecia, después de la Primera Guerra Mundial, pero en 1922 subió al poder en Italia el líder fascista Benito Mussolini, cuya política era ganar territorios, no perderlos. De hecho, Mussolini se convirtió en el principal enemigo de Grecia. En 1936, también Grecia se unió al número creciente de naciones europeas que estaban abandonando la democracia a favor de las dictaduras. El dictador griego fue Juan Metaxas.

La amenaza de Mussolini aumentó en aquellos años, sobre todo después de aliarse con Adolf Hitler, dictador mucho más poderoso y peligroso de una Alemania que se había recuperado totalmente de su derrota en la Primera Guerra Mundial.

En abril de 1939, Mussolini invadió y ocupó Albania sin lucha y se detuvo en la frontera noroccidental de Grecia. Medio año más tarde, en septiembre, comenzó la Segunda Guerra Mundial.

Los alemanes lograron notables victorias en Europa durante el primer año de la guerra, derrotando a Francia completamente, y en junio de 1940 Italia juzgó seguro unirse al bando alemán. Mussolini estaba ansioso de efectuar alguna gran hazaña bélica que pudiera compararse con las de Hitler. Por ello, en 1940, sin provocación alguna, ordenó a sus ejércitos que invadieran Grecia.

Para su sorpresa y para sorpresa de todo el mundo (excepto, quizá, de los mismos griegos) fue como si hubiesen vuelto los viejos días. Los griegos, aunque superados en número, resistieron tenazmente en las montañas de Epiro y

---

[6] Mustafa Kemal Ataturk, más conocido por este último nombre, está considerado como el padre de la moderna Turquía. El cambió el alfabeto árabe por el latino y modernizó profundamente Turquía, a la que convirtió en un estado laico. El gran puente que une Europa y Asia sobre el Bósforo lleva su nombre. (Nota de Dom)

[7] ¿No habrá un error de transcripción por “victoriosa”? (Nota de Dom)

detuvieron a los italianos. Iniciaron luego una contraofensiva y rechazaron a los italianos a Albania. Metaxas murió en enero de 1941, cuando los griegos se desgastaban lentamente, aunque aún mantenían su ventaja.

Esta batalla, que recuerda un poco las de los griegos contra Persia, sin embargo, no tuvo el mismo fin. Un enemigo mucho más fuerte que el dictador italiano entró en escena. En marzo de 1941, el ejército alemán ocupó Bulgaria; en abril destruyó a los ejércitos yugoslavos y se dirigió hacia el Sur, a Grecia.

Los británicos (la única nación, en ese momento, que seguía enfrentando a los conquistadores alemanes) trataron de enviar ayuda, pero esto no fue suficiente. Griegos y británicos retrocedieron y el 27 de abril de 1941 la bandera alemana ondeó sobre la Acrópolis.

Pero la guerra no había terminado. En julio de 1941, Alemania cometió el supremo error de invadir Rusia. (Rusia había llevado a cabo una revolución durante la Primera Guerra Mundial, había adoptado una forma comunista de gobierno y recibía ahora el nombre de la Unión Soviética.) Hitler esperaba otra fácil victoria, pero no la obtuvo. Luego, en diciembre de 1941, los japoneses atacaron Pearl Harbor y Estados Unidos entró en la guerra, contra Alemania y contra Japón a la vez.

Con la Unión Soviética y Estados Unidos entre sus enemigos, Alemania ya no podía abrigar esperanzas de obtener la victoria. En todos los frentes, las fuerzas alemanas fueron lentamente obligadas a retroceder.

El 26 de julio de 1943 Mussolini fue forzado a dimitir y a las seis semanas Italia quedó fuera de la guerra. El 13 de octubre de 1944, las fuerzas aliadas entraron en Grecia, y la bandera griega volvió a flamear sobre la Acrópolis. En 1945 llegó el fin para los dictadores. Mussolini fue atrapado por guerrilleros italianos y ejecutado el 28 de abril de 1945. Hitler se suicidó entre las ruinas de Berlín el 1º de mayo. El 8 de mayo terminó la guerra en Europa.

Una consecuencia de la guerra fue que Rodas y el Dodecaneso fueron cedidas a Grecia por Italia.

Pero el fin de la guerra no trajo la paz a Grecia. Cuando la tiranía nazi fue eliminada en Europa por los esfuerzos del ejército soviético en el Este y de los ejércitos angloamericanos en el Oeste y el Sur, se planteó una nueva cuestión. ¿Formarían las naciones liberadas gobiernos del tipo británico-norteamericano o del tipo soviético?

El ejército soviético había ocupado la península de los Balcanes, al norte de Grecia, y Albania, Yugoslavia y Bulgaria, las tres vecinas septentrionales de Grecia, tuvieron gobiernos del tipo soviético. ¿Qué pasaría con Grecia?

Durante los cuatro años posteriores al fin de Hitler, esta cuestión no recibió una respuesta definitiva, porque se desató en Grecia una guerra civil. Las fuerzas guerrilleras griegas, cuyas simpatías iban hacia la Unión Soviética, se hicieron fuertes en el Norte, donde recibían ayuda de los vecinos septentrionales de Grecia. El Gobierno de Atenas, en cambio, era probritánico y recibió ayuda de Gran Bretaña.

Pero Gran Bretaña trataba de recuperarse del gran esfuerzo realizado durante la Segunda Guerra Mundial y juzgó que no podía apoyar al gobierno griego indefinidamente. Los Estados Unidos, más ricos y fuertes, debían encargarse de la tarea. El 12 de marzo de 1947, el presidente de los Estados Unidos, Harry

Truman, convino en hacerlo. Así, con esta «doctrina Truman», las guerrillas griegas quedaron en desventaja.

Además, Yugoslavia riñó con la Unión Soviética en 1948, y se negó a seguir ayudando a las guerrillas griegas. Finalmente, en 1949, las guerrilla abandonaron la lucha y la paz llegó a Grecia, con un gobierno que se alineó del lado occidental.

Al iniciarse el decenio de 1950, pues, el gobierno de Atenas ejercía su autoridad sobre todas las regiones de habla griega, con una excepción: Chipre, que, después de setenta años, seguía bajo la dominación británica.

Pero Chipre planteaba un problema especial. No era totalmente griega, como eran Creta y Corfú, por ejemplo, De las 600.000 personas que vivían en Chipre, unas 100.000 eran de lengua y simpatías turcas. Además, Chipre está relativamente lejos de Grecia, pues se halla a unos 500 kilómetros al este de Rodas, la posesión más oriental de Grecia. En cambio, está a sólo 80 kilómetros de la costa meridional de Turquía.

Después de la Segunda Guerra Mundial surgió en Chipre un fuerte movimiento a favor de la unión con Grecia (o *gnosis*), pero encontró la firme oposición de la minoría turca y de la misma Turquía. Los turcos propusieron, en cambio, la partición de Chipre: la parte griega se uniría con Grecia y la parte turca con Turquía. Pero los griegos chipriotas no querían ni oír hablar de partición.

Tumultos y desórdenes de todo género sacudieron la isla desde 1955 en adelante, sin que los británicos pudiesen en ningún momento hallar una solución que satisficiese a todo el mundo. Por último se tomó la decisión de hacer de Chipre una nación independiente, con un presidente griego y un vicepresidente turco. Los chipriotas griegos tendrían en sus manos el gobierno, pero los chipriotas turcos poseerían una forma de veto, para impedir que se los oprimiera.

El 16 de agosto de 1960, pues, Chipre se convirtió en república independiente. El arzobispo Makarios, cabeza de la Iglesia ortodoxa en la isla, fue el presidente, y Fazil Kutchuk el vicepresidente. Chipre fue aceptada en las Naciones Unidas y todo parecía bien.

Sería placentero poner punto final a esta historia de Grecia con esta nota de paz y concordia, pero, desgraciadamente, esto no es posible.

En 1963, el presidente Makarios trató de modificar la Constitución de Chipre para disminuir el poder de la minoría turca, la cual, decía, impedía el buen funcionamiento del gobierno con su poder de veto.

En diciembre estallaron motines de chipriotas turcos. A inicios de 1964 los motines se agravaron y los británicos se vieron obligados a enviar tropas. Después de algunos meses, éstas fueron reemplazadas por tropas de las Naciones Unidas, y ahora prevalece en la isla una tregua inestable.

La historia es un proceso sin fin. Casi desde sus comienzos, la historia griega fue una batalla entre Europa y Asia, entre los hombres de un lado del mar Egeo y los del otro lado: fue la guerra entre Gracia y Troya; luego entre Gracia y Persia; más tarde, entre Grecia y el Imperio Otomano; y la guerra continúa.

19. Cronología

A. C.

3000 (o antes) Creta entra en la Edad del Bronce.

2000 (o antes) Los griegos entran en Grecia.

1700 Cnosos es arrasada por un terremoto.

1400 Los mícénicos destruyen Cnosos. Fin de la Edad Minoica.

1184 La Guerra de Troya.

1150 Los tesalios ocupan Tesalia.

1120 Los beocios ocupan Beocia.

1100 Los dorios invaden el Peloponeso. Fin de la Era Micénica.

1068 Muerte de Codro, último rey legendario de Atenas.

1000 Los griegos comienzan a colonizar la costa de Asia Menor.

850 Legendaria creación de la Constitución Espartana por Licurgo. Homero escribe *La Iliada*.

814 Los fenicios fundan Cartago.

776 Los primeros Juegos Olímpicos. Comienzos del Período Helénico.

753 Fecha legendaria de la fundación de Roma.

750 El rey Fidón gobierna Argos. Hesíodo escribe *Los trabajos y los días*.

738 El rey Midas gobierna Frigia.

735 Los corintios fundan Corcira.

734 Los corintios fundan Siracusa.

730 Comienza la Primera Guerra Mesenia.

721 Fundación de Sibaris.

710 Fundación de Crotona.

700 Unificación del Atica. Los cimerios invaden Asia Menor.

687 Giges crea el Reino de Lidia.

685 Comienza la Segunda Guerra Mesenia.

683 El arcontado se convierte en cargo anual en Atenas.

671 Asiria conquista Egipto.

660 Fundación de Bizancio y comienzos de la colonización del mar Negro. Fundación de Peapolis y Massalia. El Egipto Saíta se libera de Asiria.

640 Teágenes llega a ser tirano de Megara.

635 Fundación de Naucratis.

632 Cilón trata de establecer la tiranía en Atenas. Maldición de los Alcmeónidas.

625 Periandro se convierte en tirano de Corinto.

621 Dracón de Atenas redacta un código.

617 Aliates llega a ser rey de Lidia. Fin de la amenaza cimeria.

612 Destrucción de Nínive y caída de Asiria.

610 Trasíbulo llega a ser tirano de Mileto.

605 Nebuchadrezzar se convierte en rey de Caldea.

600 Tales crea la filosofía griega. Clístenes llega a ser tirano de Sición. Aliates ocupa las ciudades griegas de Asia Menor. Nacimiento de Ciro.

594 Solón llegar a ser arconte de Atenas.

590 La Primera Guerra Sagrada.

589 Pítaco es tirano de Lesbos.

586 Nebuchadrezzar destruye Jerusalén. Muerte de Periandro.

585 Batalla entre Media y Lidia suspendida por un eclipse solar.

582 Creación de los Juegos Pitícos. Nacimiento de Pitágoras.

570 Atenas conquista Salamina.

562 Muerte de Nabuchadrezzar.

561 Pisístrato llega a ser tirano de Atenas. Esparta, bajo Quilón, establece su supremacía sobre Arcadia.

560 Muerte de SoIón. Creso sube al trono de Lidia.

550 Ciro conquista Medía y crea el Imperio Persa.

546 Ciro conquista Lidia.

544 Fundación de Abdera.

540 La flota griega derrotada frente a Cerdeña por cartagineses y etruscos. Fin del Período de la Colonización Griega.

538 Ciro conquista Caldea.

535 Polícrates llega a ser tirano de Samos.

530 Muerte de Ciro. Nacimiento de Arístides.

529 Pitágoras emigra a Italia.

527 Muerte de Pisístrato. Nacimiento de Temístocles.

525 Cambises conquista Egipto. Nacimiento de Esquilo.

522 Muerte de Polícrates. Muerte de Cambises.

521 Darío I sube al trono de Persia.

520 Cleómenes I llega a ser rey de Esparta.

514 Hiparco, tirano de Atenas, es asesinado.

512 Darío conquista Tracia.

510 Hipias, tirano de Atenas, es expulsado. Crotona derrota a Síbaris.

507 Clístenes crea la democracia ateniense.

500 Nacimiento de Fidias y de Anaxágoras.

499 Los griegos de Jonia se rebelan contra Persia.

498 Atenienses y jonios incendian Sardes.

495 Nacimiento de Sófocles.

494 Los persas saquean Mileto y termina la revuelta jónica. Cleómenes I derrota a Argos.

492 Mardonio de Persia reconquista Tracia.

490 Los atenienses derrotan a los persas en Maratón. Nacimiento de Pericles.

489 Muerte de Milcíades y de Cleómenes I.

486 Muerte de Darío I.

485 Gelón llega a ser tirano de Siracusa.

483 Egipto se rebela contra Persia. Nacimiento de Heródoto y de Eurípides.

482 Ostracismo de Arístides.

481 Congreso de ciudades griegas en Corinto.

480 Los espartanos mueren en las Termópilas. La flota griega derrota a los persas en Salamina. Los siracusanos derrotan a los cartagineses en Himera.

479[8] Los griegos derrotan a los persas en Platea y Micala.

478 Se funda la Confederación de Delos. Muerte de Gelón.

477 Cimón es puesto al mando de la flota ateniense.

474 Los siracusanos derrotan a los etruscos en Cumas.

472 Ostracismo de Temístocles.

471 Muerte de Pausanias. Nacimiento de Tucídides.

470 Nacimiento de Demócrito.

469 Nacimiento de Sócrates.

468 Cimón derrota a los persas en Eurimedonte. Muerte de Arístides.

464 Un terremoto destruye Esparta. Tercera Guerra Mesenia. Muerte de Jerjes.

461 Ostracismo de Cimón.

460 Pericles llega al poder en Atenas.

458 Terminación de los Largos Muros de Atenas.

457 Esparta derrota a Atenas en Tanagra.

456 Muerte de Esquilo.

---

[8] El libro tiene aquí una errata: pone 470.

454	Destrucción de las fuerzas atenienses en Egipto. Muerte de Cimón. Nacimiento de Alcibíades.
449	Segunda Guerra Sagrada.
448	Nacimiento de Aristóteles.
447	Se comienza el Partenon. Tebas derrota a Atenas en Coronea.
443	Atenas funda Turios.
436	Atenas funda Anfípolis. Nacimiento de Isócrates.
434	Nacimiento de Jenofonte.
431	Comienzo de la guerra del Peloponeso.
430	La peste asola a Atenas. Nacimiento de Dionisío. Heródoto escribe su Historia.
429	Muerte de Pericles.
427	Muerte de Anaxágoras.
425	Los atenienses capturan a los espartanos en Esfacteria.
424	Los espartanos toman Anfípolis. Muerte de Heródoto.
422	Muerte de Brásidas y Cleón.
421	La Paz de Nicias.
415	Atenas envía la expedición contra Siracusa.
413	Las fuerzas atenienses barridas en Siracusa.
412	Nacimiento de Diógenes.
407	Lisandro es puesto al frente de la flota espartana.
405	Los espartanos derrotan a los atenienses en Egospótamos Muerte de Sófocles.
404	Termina la guerra del Peloponeso. Los Largos Muros son derribados. Los Treinta Tiranos gobiernan Atenas. Muerte de Alcibíades.
403	Se restaura la democracia ateniense.
401	Batalla de Cunaxa. Retirada de los Diez Mil.
399	Ejecución de Sócrates. Agesilao II llega al trono de Esparta.
398	Nacimiento de Antípatro.
396	Agesilao, invade Asia Menor.
394	La flota espartana es derrotada en Cnido. Atenas recupera el poder marítimo.
393	Se reconstruyen los Largos Muros.
390	Ifícrates destruye una columna espartana.
387	Platón funda la Academia. La Paz de Antálcidas.
384	Nacimiento de Aristóteles y de Demóstenes.
383	Siracusa domina las cinco sextas partes de Sicilia.
382	Nacimiento de Filipo de Macedonia.

378 Pelópídas de Tebas arranca la Cadmea a los espartanos.
377 Mausolo llega al poder en Caria.
371 Epaminondas de Tebas derrota a los espartanos en Leuctra.
370 Jasón de Feras es asesinado.
369 Fundación de Messene.
367 Muerte de Dionisio. Filipo de Macedonia es llevado como rehén a Tebas.
364 Muerte de Pelópidas.
362 Tebas derrota a Esparta en Mantinea. Muerte de Epaminondas.
361 Nacimiento de Agatocles.
360 Muerte de Agesilao II.
359 Filipo II domina Macedonia; se casa con Olimpia.
358 Filipo II toma Anfípolis.
356 Nacimiento de Alejandro el Grande. Incendio del templo de Artemisa en Éfeso.
355 Muerte de Jenofonte. Tercera Guerra Sagrada.
353 Filipo II conquista Tesalia. Muerte de Mausolo.
352 Filipo II conquista Tracia.
351 Primera Filípica de Demóstenes.
348 Filipo II conquista Olinto.
344 Segunda Filípica de Demóstenes.
343 Timoleón va a Sicilia.
342 Aristóteles es designado tutor de Alejandro. Nacimiento de Epicuro.
341 Tercera Filípica de Demóstenes.
338 Filipo II derrota a Atenas en Queronea. Muerte de Isócrates.
337 Muerte de Timoleón. Nacimiento de Demetrio Poliorcetes. Filipo II se divorcia de Olimpia.
336 Asesinato de Filipo II. Alejandro sube al trono.
335 Alejandro destruye Tebas. Aristóteles funda el Liceo.
334 Alejandro invade Persia y obtiene la victoria del Gránico.
333 Alejandro derrota a los persas en Isos y toma Tiro.
332 Alejandro toma Egipto.
331 Alejandro funda Alejandría y derrota a los persas en Gaugamela. Antípatro derrota a Agis II de Esparta.
330 Alejandro incendia Persépolis. Discurso de Demóstenes «Sobre la corona».
326 Alejandro derrota a Poros en Hidaspes.
324 Harpalo en Atenas. Destierro de Demóstenes.

323	Muerte de Alejandro. Muerte de Diógenes. Guerra Larníaca.
322	Antípatro derrota a Atenas. Muerte de Demóstenes y de Aristóteles.
319	Muerte de Antípatro.
318	Nacimiento de Pirro.
317	Agatocles domina Siracusa.
316	Casandro domina Macedonia funda Tesalónica. Antígono funda Nicea. Muerte de Olimpia.
312	Seleuco funda Seleucia.
310	Agatocles invade Africa. Zenón crea su escuela en Atenas.
306	Epicuro comienza a enseñar en Atenas.
305	Demetrio Poliorcetes fracasa en el sitio de Rodas.
301	Batalla de Ipso. Muerte de Antígono Monoftalmos.
300	Euclides en Alejandría. Seleuco funda Antioquía.
298	Muerte de Casandro.
295	Pirro sube al trono de Epiro.
290	Se funda la Liga Etolia
289	Muerte de Agatocles.
287	Nacimiento de Arquímedes.
283	Muerte de Demetrio Poliorcetes y de Tolomeo Soter. Se funda el Reino de Pérgamo.
282	Tarento en guerra con Roma y llama a Pirro.
280	Se crea la Liga Aquea. Se termina el Coloso deRodas. Tolomeo Cerauno domina Macedonia. Muerte de Seleuco. Pirro derrota a los romanos en Heraclea.
279	Pirro derrota a los romanos en Áusculo. Los galos invaden Macedonia. Muerte de Tolomeo Cerauno.
278	Los galos son derrotados en Delfos. Nicomedes I de Bitinia llama a los galos a Asia Menor.
277	Pirro limpia casi todo Sicilia de cartagineses.
276	Antígono Gonatas sube al poder en Macedonia.
275	Los romanos derrotan a Pirro en Benevento.
272	Muerte de Pirro. Nacimiento de Arato.
270	Hierón II se hace rey de Siracusa.
213	Los Largos Muros son abatidos nuevamente.
213	Nacimiento de Filopemen.
251	Arato al frente de la Liga Aquea.
250	Eratóstenes al frente de la Biblioteca de Alejandría,
249	Se funda el Reino de Partia.
245	Agis IV sube al trono de Esparta.

241 Muerte de Agis IV. Roma expulsa a los cartagineses de Sicilia.

235 Atalo I de Pérgamo derrota a los galos. Cleómenes III es rey de Esparta.

229 Antígono Doson se convierte en rey de Macedonia. Roma aplasta a los piratas ilirios.

228 Atenas se alía con Roma.

226 Cleómenes III hace reformas en Esparta.

224 Un terremoto destruye el Coloso de Rodas. Cleómenes III captura Megalópolis.

221 Antígono Doson derrota a Esparta en Selasia. Cleómenes III es exiliado.

219 Muerte de Cleómenes III y de Antígono Doson. Filipo V sube al trono de Macedonia.

216 Aníbal de Cartago derrota a los romanos en Cannas.

215 Muerte de Hierón II.

213 Muerte de Arato.

211 Roma conquista Siracusa. Muerte de Arquímedes.

210 Filopemen derrota a Esparta.

207 Nabis da fin a la monarquía espartana y se hace con el poder; fin del ilotismo.

202 Filopemen derrota a Nabis. Roma derrota a Cartago en Zama.

201 Nacimiento de Polibio.

197 Roma derrota a Macedonia en Cinoscéfalos. Roma da la «libertad» a las ciudades griegas.

191 Roma derrota a Antíoco III en las Termópilas.

190 Roma derrota a Antíoco III en Magnesia.

184 Muerte de Filopemen.

179 Muerte de Filipo V.

168 Roma derrota a Macedonia en Pidna. Fin de la monarquía macedónica.

167 Roma arruina la prosperidad de Rodas. Hiparco realiza observaciones en Rodas.

164 Se crea el Reino Macabeo de Judea.

148 Macedonia se convierte en provincia romana.

146 Roma destruye Cartago, disuelve la Liga Aquea y saquea Corinto.

134 Hiparco elabora el primer rnapa estelar.

133 Pérgamo se convierte en provincia romana.

89 Mitrídates VI del Ponto obtiene victorias sobre Roma en Asia Menor.

87 Sila derrota a Mítrídates. Saqueo de Atenas.

75 Roma se anexa Cirene.

74 Bitinia se convierte en provincia romana.

69 Nacimiento de Cleopatra.

65 El Ponto se convierte en provincia romana.

64 Siria se convierte en provincia romana. Fin del Imperio Seléucida.

63 Judea se convierte en provincia romana. Muerte de Mitrídates.

58 Roma se anexa Chipre.

48 César derrota a Pompeyo en Farsalia y conoce a Cleopatra.

44 Asesinato de César.

42 Marco Antonio derrota a los asesinos de César en Filipos.

41 Marco Antonio conoce a Cleopatra.

31 Marco Antonio y Cleopatra son derrotados en Accio por Octavio. Este adopta el nombre de Augusto y funda el Imperio Romano.

30 Egipto se convierte en provincia romana. Muerte de Marco Antonio y de Cleopatra.

27 Grecia se convierte en provincia romana.

25 Galacia se convierte en provincia romana.

D. C.

100 Epícteto enseña en Nicópolis. Plutarco escribe sus biografías.

120 Arriano escribe la biografía de Alejandro.

125 Adriano embellece Atenas y funda Adrianópolis.

150 Tolomeo resume la astronomía griega.

180 Muerte de Marco Aurelio. Comienza la decadencía de Roma.

190 Galeno resume la biología griega.

226 Se funda el Imperio Sasánida.

230 Diógenes Laercio escribe sobre los filósofos griegos.

240 Plotino funda el neoplatonismo.

275 Diofanto escribe sobre álgebra.

300 Zósimo resume la química griega.

313 El cristianismo se convierte en religión del Estado en el Imperio Romano.

330 Constantino establece su capital en Bizancio (Constantinopla).

361 Juliano trata de restablecer el paganismo, pero fracasa.

394 Teodosio pone fin a los juegos Olímpicos.

395 Muerte de Teodosio. El Imperio Romano queda dividido definitivamente.

415 Hipatia es asesinada en Alejandría. Destrucción de la Biblioteca.

426 El Partenón es convertido en iglesia cristiana.

476 Caída del Imperio Romano de Occidente.

529 Justiniano cierra la Academia.

610 Heraclio emperador de Bizancio.

617 El Imperio Sasánida se apodera de Siria y Egipto.

630 Heraclio derrota a los sasánidas y recupera los dominios bizantinos.

636 Los árabes se apoderan de Siria.

642 Los árabes conquistan el Imperio Sasánida. Toman Alejandría.

673 Los árabes sitian Constantinopla. Son rechazados por el fuego griego.

827 Los árabes se apoderan de Sicilia.

1014 Basilio II derrota a los búlgaros.

1054 Escisión final entre las Iglesias Ortodoxa Griega y Católica Romana.

1071 Los turcos selyúcidas derrotan a los bizantinos y ocupan la mayor parte de Asia Menor.

1096 Comienzo de las Cruzadas.

1204 Los cruzados saquean Constantinopla y fundan el Imperio Latino.

1261 Miguel Paleólogo recupera Constantinopla.

1303 El Faro de Alejandría es destruido por un terremoto.

1311 La Gran Compañía Catalana se apodera de Atenas.

1338 Los turcos otomanos dominan el Asia Menor.

1354 Los turcos otomanos ponen pie en Europa por primera vez.

1389 Los turcos otomanos derrotan a los serbios en Kosovo.

1402 Tamerlán derrota a los turcos otomanos en Angora.

1451 Mohamed II se hace sultán turco.

1453 Mohamed II se apodera de Constantinopla.

1456 Mohamed II toma Atenas.

1460 Mohamed II toma Mistra.

1461 Mohamed II toma Trebisonda.

1467 Mohamed II ocupa Albania.

1481 Mohamed II no logra apoderarse de Rodas.

1522 Solimán el Magnífico se convierte en sultán de los turcos y se apodera de Rodas.

1565 Solimán es derrotado en Malta.

1571 Los turcos otomanos arrancan Chipre a los venecianos. Son derrotados en Lepanto por los españoles.

1669 Los turcos otomanos quitan Creta a los venecianos.

1687 El Partenón es volado por un bombardeo de los venecianos.

1699 Los turcos otomanos son obligados a firmar un tratado de paz. Apelan a los griegos fanariotes para que manejen sus relaciones con Occidente.

1718 Los turcos otomanos reconquistan el Peloponeso de los venecianos.

1797 Gran Bretaña se anexa las Islas Jónicas.

1821 Los griegos se rebelan contra los turcos.

1824 Lord Byron muere en Missolonghi.

1827 La flota occidental destruye a la flota turco-egipcia en Navarino.

1829 Grecia obtiene su independencia del Imperio Otomano.

1854 Gran Bretaña ocupa El Pireo.

1862 Jorge I es rey de Grecia. Gran Bretaña cede a Grecia las Islas Jónicas.

1878 Gran Bretaña ocupa Chipre.

1881 Grecia se anexa Tesalia.

1908 Grecia se anexa Creta.

1909 Venizelos sube al poder en Grecia.

1911 Italia derrota a los turcos otomanos y se apodera de Rodas.

1912 Grecia se anexa la Calcídica, después de la guerra de los Balcanes.

1913 Constantino I sube al trono de Grecia.

1917 Grecia se une a los Aliados en la Primera Guerra Mundial. Constantino I es exiliado.

1919 Grecia se anexa Tracia Occidental, después de la Primera Guerra Mundial. Ocupa Izmir. Venizelos es destituido y se llama de vuelta a Constantino.

1921 Grecia invade Turquía.

1922 Turquía derrota a Grecia, se apodera de Izmir y la incendia. Constantino es exiliado nuevamente. Jorge II sube al trono.

1923 Mussolini bombardea Corfú.

1924 Jorge II es exiliado.

1935 Se hace volver a Jorge II.

1936 Metaxas se convierte en dictador de Grecia.

1939 Italia ocupa Albania.

1940 Italia invade Grecia. El ejército griego contraataca con éxito.

1941 Hitler invade Grecia. Alemania ocupa Grecia y toma Creta.

1944 Grecia es liberada por los Aliados.

1945 Grecia se anexa Rodas.

1947 Doctrina Truman. Estados Unidos apoya al gobierno griego en la guerra civil.

1949 Fin de la guerra civil. Obtiene la victoria el gobierno pro occidental.

1960	Chipre se convierte en nación independiente.
1963	Griegos y turcos luchan entre sí en Chipre.
1964	Las tropas de las Naciones Unidas imponen la tregua en Chipre.

20. Indice